



MIKEL
IZAL

PESCAR
EN
LAS
NUBES

Lectulandia

SINOPSIS

Eric llega en pleno invierno a la isla donde tantas veces había veraneado con Claudia, dispuesto a enfrentarse voluntariamente a una interminable rutina de días grises. Mía, la chica encargada de la limpieza de los bungalós donde se aloja, le pide ayuda para tratar a Julio —un hombre al que la muchacha lleva buscando toda su vida— de una aparente demencia que le impide recordar su pasado.

La peculiar relación que Eric establecerá con Julio supondrá para Eric la posibilidad de reconciliarse consigo mismo y, a la vez, descubrir los secretos que esconde el anciano.

***Pescar en las nubes*, la primera novela de Mikel Izal, se balancea entre el *thriller* y el viaje emocional. Una historia intensa y cautivadora.**

Mikel Izal



Pescar en las nubes

*A Cecilia, que se fue al norte,
a Javi, que permanece en él,
y al resto de mi familia y amigos,
que son el mío. Nunca estaremos solos*

Hoy no luce el sol.
Se esconde tras una fortaleza de nubes negras,
recordándole que no regresa a aquellos días,
que vuelve a estos otros,
más crueles,
más oscuros y ventosos.

¿Qué mejor lugar para ser torturado
que aquel en el que se fue feliz?

LA SONRISA DE UN HOMBRE TRISTE

Una semana para el despegue

—Tú y yo, no importa nadie más. Mírame. No me importa lo que ha pasado. Quemaremos esta casa con todo lo que contiene y nos iremos lejos. Huiremos a donde nadie pueda encontrarnos. Mírame a los ojos. Sé que esto ha sido culpa mía, y sé que lo has hecho por nuestro bien. Mira mi boca —la sonrisa de Eric parecía sincera—. ¿Acaso podría ser esta la sonrisa de un hombre triste? Sabes que no. Sabes que es la de un hombre al que acabas de liberar de una carga que no supo afrontar. Fui un cobarde, pero nunca más lo seré. Te lo prometo. Ahora, quítame estas esposas y empecemos a vivir como merecemos.

Sobre la mesilla de noche, la luz de la lámpara seguía tiñendo la habitación de un color ocre que dejaba ver los restos de una guerra, de un extraño sueño del que Eric acababa de despertar con el cuerpo dolorido. Esa misma luz iluminaría pocos minutos más tarde la apertura de unas esposas de acero, liberando a uno y volviéndose a cerrar para capturar al otro. Una luz naranja a la que sustituirían después las luces azules de unas sirenas de Policía retumbando en una casa que ya nunca volvería a ser un hogar.

VUELO

A sal le saben, en el regusto de la memoria, algunos de los mejores momentos que pasó con Ella. A sal y a crema solar salpicada de arena, y a mar donde enjugaba las lágrimas de sudor bronceado, y a vaporosas cortinas blancas ondeando a media tarde. Le saben a habitación sin dueño, donde follaba espoleado por un espacio ajeno a la rutina del hogar.

Aún nota aquella sal cubriendo su piel y su conciencia. Incluso ahora, en este viaje que le devuelve a aquel reino de agua y sol. Solo que esta vez el agua no baila en forma de olas y espuma, ni sepulta sus pies en la orilla. Hoy ataca desde el cielo, azotando en violentas ráfagas una ventanilla de avión en la que apoya su cansancio tras las exigencias de un vuelo no deseado.

Eric nunca podría enamorarse de la princesa del aeropuerto. Lo sabía ya antes, pero lo confirmó con aquella visión que cambiaría su vida para siempre.

La vio salir por la puerta de la terminal T4. Claudia regresaba tras un par de semanas en Vietnam con sus mejores amigas de la universidad. Un pequeño respiro tras los exámenes del primer cuatrimestre en su segundo año. Él decidió darle una sorpresa e ir a recogerla a su llegada, adelantar unos minutos el reencuentro.

La vio emerger, escupida desde las entrañas del aeropuerto, con aquel horrible chándal de colores fosforescentes, arrugado hasta lo imposible y con un par de manchurriones de la salsa gelatinosa que acompañaba al pollo en la cena. Lucía unas magníficas ojeras cetrinas, el pelo revuelto y la marca rojiza de la almohada de viaje deformándole la mejilla.

En ese preciso instante, con aquella imagen, Eric se acabó de enamorar de Claudia.

Los largos trayectos en avión consiguen reducir a su mínima expresión a cualquier hombre o mujer mentalmente sanos. Al menos, Eric cree que así debería ser. Siempre ha defendido que el aspecto de un pasajero tras un largo vuelo define a esa persona. Cualquiera que tras los controles de seguridad, las butacas estrechas, los interrogatorios de suspicacia criminal, las esperas para coger y dejar las maletas, la comida plástica y todo ese largo etcétera de incomodidades consiguiera mantener un aspecto elegante no es de fiar. Algo debe fallar en la escala de valores de ese individuo.

Claudia pasó con nota aquella prueba. Una prueba definitiva para Eric.

Hoy es él quien aterrizará, diezmado y en solitario, en el pequeño aeropuerto de una isla que siempre fue para él sinónimo de felicidad.

En un vuelo de algo menos de tres horas le da tiempo de vaciar en su estómago cuatro de esas botellas de alcohol en miniatura. Elige whisky, pero podría haber optado por cualquier otro licor. Le interesa su efecto, no su sabor. Degustar el trago es un lujo reservado para quien es capaz de disfrutarlo. Y Eric no está en disposición de entregarse a exquisiteces.

Las bebidas son servidas por una azafata de anuncio caro. Contrasta con su perfección el vaso de plástico en el que no pueden tintinear los dos cubitos de hielo. Para Eric, la cantidad de hielos en una bebida debe ser siempre un número par, y tiene que pedir que le retire un incómodo tercer hielo en los dos primeros servicios. En la tercera y cuarta ocasión la señorita perfecta ha aprendido la lección.

La escena destila un deprimente glamur artificial. La del viajero que a pesar del plástico barato y las estrecheces no quiere privarse de nada, mientras el resto del pasaje lucha por dormir una breve siesta o por conseguir que el sonido del sistema de entretenimiento salga por los dos auriculares. Un antiglamur que empeora con cada copa, cuando la ebriedad comienza a ser notoria.

Eric llega a pedir la quinta dosis, pero se la niega esa misma señorita con mucha amabilidad y una magnífica sonrisa blanca, sugiriéndole disfrutar de ese trago de una forma más confortable en el bar del aeropuerto. «Aterrizaremos en breve, caballero.» Eric gruñe una especie de gracias.

Cuando se marcha la azafata dedica unos segundos a reforzar un dogma adquirido en vuelos previos: «Aléjate de las azafatas de vuelo, Eric». Le aterran esas maneras perfectas, a pesar de las turbulencias subidas de tono, del vómito de la mujer nerviosa del 27C o del llanto ininterrumpido del bebé del 12A, que Eric, desde el asiento de atrás, ha comprobado empíricamente que supera en decibelios al último disco de Beck a todo volumen en sus cascos. Esa sonrisa robot siglo XXV, esa falsedad profesionalizada es un superpoder contra el que nada podría hacer un civil en tierra firme. Con una mujer así es imposible saber si realmente todo va bien o si uno está a punto de hacerse papilla contra el suelo, si la pasión es mutua o esa sonrisa solo es sincera fuera de casa. «Demasiados prejuicios, Eric.» También se obliga a recordar esto último.

Demasiados prejuicios.

Con la azafata fuera de escena y sin alcohol a su alcance, Eric se concentra en la otra tarea que ha distraído su trayecto. Por trigésima novena vez —las ha contado—, intenta colocar el pestillo que sujeta su bandeja en posición vertical. No queda satisfecho del todo en ningún intento. Cierta holgura diabólica en el sistema de piezas de plástico no se lo permite. El contacto baila un poco hacia un lado u otro de su vertical y no hay forma de sentir que el cierre ha quedado en el sitio que corresponde al diseño original.

Este tipo de comportamientos obsesivos le persiguen desde hace tanto tiempo que no recuerda cuándo empezaron. El hábito de grandes ingestas de alcohol, sin embargo, es reciente.

Desde la ventanilla del avión, entre las nubes, ya distingue el comienzo de La Isla. La ve acercarse, crecer despacio, como un bebé de arena, hierba y montaña en el que brotan los primeros dientes multicolores. Chalés con tejados anaranjados, piscinas azules, pueblecitos blancos encajados entre los pliegues marrones del terreno, bosques verdes que arderán naranjas para ser reemplazados por más dientes de cemento gris.

En un ejercicio de autocontrol, es capaz de abandonar la batalla contra su bandeja de plástico y se esconde tras el periódico que le han ofrecido al embarcar.

Palabras ajenas que acallan las suyas. Esa voz interior que se empeña en seguir formando frases, que trata de explicar un pasado que no tiene explicación, al menos no una satisfactoria. Mejor centrarse en desgracias ajenas que en las propias.

Lo de siempre. El Gobierno y su corrupción asimilada, normalizada hasta la vergüenza propia y ajena. El fútbol que todo lo puede. Poderoso caballero don Cristiano. La España de la paridad posbélica, del rojo y el azul que se infiltra incluso cuando se juega a meter una pelota entre tres palos. Un terremoto aquí, un ciclón allá, demasiado lejos para sentir que ha ocurrido en nuestro planeta. Víctimas de rostros pulidos, sin rasgos, irreconocibles y por tanto invisibles.

También la actualización de una noticia repetida, el típico suceso ligero que la prensa ha alimentado hasta convertirlo en un culebrón a pie de calle. Ya son tres las semanas transcurridas desde que empezó «el misterio de la lotería» y todo el mundo sigue el serial.

Continúa desaparecido el ganador del mayor bote en la historia de la lotería europea. Nadie vive ajeno a la noticia gracias a los detalles salpimentados que la prensa ha ido filtrando sin demasiado rigor. Es la ventaja de hablar de alguien que de momento no existe: la dramaturgia puede imponerse sin que nadie se moleste y ayuda a rellenar los días huérfanos de catástrofes de peso. Si dicen que el ganador es un narcotraficante que no reclama el premio por miedo a ser cazado, no habrá quien alce la voz para desmentir la información de primera mano. Puede seguir la función. La noticia ya casi parece una leyenda urbana. Y eso gusta. Encanta.

Eric reflexiona un momento sobre esa cantidad obscena de millones. Surge la incógnita del qué haría yo, y Eric se queda perplejo ante su incapacidad de sentir deseo, por lo absolutamente inútil que, en este momento, le parece todo ese dinero. No cambiaría nada en su interior, en sus ruinas.

«El dinero solo arregla exteriores», piensa.

No pasa por alto, sin embargo, el contraste entre la noticia y una foto que muestra, cuatro páginas antes, a varios niños desnutridos, hinchados de pura injusticia, en la enésima crisis de algún rincón de África.

Los niños sonríen.

El ganador de la lotería se esconde.

El mundo es extraño, y Eric está a punto de volver a tocar tierra.

Horas antes, al llegar al mostrador de venta de billetes, no ha dudado. Ha pronunciado el nombre de La Isla ante un joven negro, alto y de atractivas facciones

afiladas que lucía el uniforme de la compañía aérea con una sorprendente clase.

—Tiene suerte, en una hora sale un vuelo con plazas disponibles —le ha dicho el joven con una sonrisa amplia, de gato de Cheshire.

«Sí, tengo mucha suerte», ha pensado Eric, que en un par de minutos obtenía un billete de avión que le transportaría a dos mil kilómetros de su casa.

—El embarque es en veinte minutos en la puerta B, no se entretenga demasiado —la apuesta pantera, sus dientes blancos y sus encías rosadas ya se dirigían al siguiente en la cola.

Las ruedas del Boeing 747 han entrado en contacto con la superficie de La Isla hace menos de una hora. Eric ha contemplado el aterrizaje desde la ventanilla de su asiento de clase turista. A la bruma generada por el whisky se han sumado las espesas cortinas de lluvia que se precipitaban contra el fuselaje.

Mientras el mundo se aproximaba de nuevo, una pequeña parte de Eric ha deseado un cambio drástico en el guion. Un espíritu burlón, surgido de algún rincón de su inconsciencia, se ha posado sobre su hombro para susurrarle al oído jugosas alternativas. Ha paladeado, solo un instante, la posibilidad de un incendio en cabina, un atasco en el tren de aterrizaje, un ataque terrorista en el nombre de algún dios, cualquier incidente que alterara el orden natural de las cosas y pusiera freno no solo a este viaje, también a todo lo demás. Un final involuntario que no habría sido culpa suya. El suicidio perfecto. Ha sido un simple pensamiento, un juego de imaginación, pero cuando los pasajeros más nerviosos, casi todos hombres y mujeres de negocios, han aplaudido la pericia del piloto, Eric no ha podido evitar cierta decepción. Un sentimiento que se ha unido al de la vergüenza ajena que siempre le hace sentir ese aplauso nervioso al final de un vuelo. Gente aplaudiendo la normalidad.

Una vez en tierra, la sugerencia que le hizo la azafata no ha caído en saco roto y Eric ha visitado uno de los bares del aeropuerto para su quinta copa.

Eric bebe mientras suenan por megafonía diversos avisos que anuncian embarques y despegues inminentes. Un tal señor Lebermann debe acudir a cierto mostrador. A Eric le gustaría saber qué ocurre con ese desconocido, pero nunca lo sabrá.

El techo del establecimiento es un enorme cielo de espejo. Se encuentra con su reflejo al mirar hacia arriba y no puede evitar valorar lo que ve. «Más que guapo eres atractivo.» Eso le dijo Claudia en alguna de sus primeras conversaciones de descubrimiento mutuo. Luego puso esa voz burlona suya, intencionadamente afrancesada y pedante, y soltó una frase de crítico de arte: «Para llegar a vislumbrar tu peculiar belleza, señor Mendoza, hay que observarla el tiempo suficiente». Eric fingió enfadarse mientras ella reía sin maldad.

En el vaso, el número par de hielos relampaguean a través del whisky. Se mira a los ojos, verdes, demasiado separados, y luego desvía la atención a su nariz, grande y aguileña, toda personalidad. Su oreja izquierda es ligeramente más grande y se dispone en su rostro a mayor altura que la derecha.

Claudia le habla al oído.

«No sé por qué, pero no pude dejar de mirarte cuando te vi por primera vez. Tú ni te enteraste. Fue en ese autobús raquítico de la escuela. ¿Recuerdas esa vieja tartana que sonaba como si hubieran montado una chatarrería en el motor? Me pasé

todo el viaje decidiendo si te envidiaba o me apiadaba de ti. No te enfades, pero todo en tu cara estaba ligeramente..., digamos que desubicado, y sin embargo parecía que, conforme pasaban los segundos, todo ese desorden iba encontrando su lugar hasta alcanzar una especie de equilibrio mágico. Te convertiste en mi Uma Thurman cubista.»

Eric traga el alcohol y el recuerdo. Sigue observándose en el reflejo. Ahora se ve más delgado, más que nunca. Contempla su pelo rubio, que soporta con entereza sus treinta y siete años. Piensa que debe volver a rapárselo.

La maquinilla de afeitar eléctrica es uno de los pocos objetos que no ha olvidado meter en la bolsa de deporte. Abre la cremallera y palpa la superficie metálica para asegurarse de que sigue ahí.

La suavidad fría del aparato le transporta a sus catorce años de edad. Sentado en una silla de madera vieja, en medio de una cocina humilde y limpia, con azulejos blancos de cenefas azules y eterno olor a guiso de puchero. Su abuela Dana, maquinilla en ristre, y Eric disfrutando de la lluvia áurea, de la caída ingrátida de aquellos copos de nieve rubia que le liberaban de un peso que siempre creyó inútil.

No dudó al elegir la vía más rápida y eficaz aquel día en el que su querida Dana le preguntó por primera vez cómo quería que le cortara el pelo. «Rápamelo, abuela.»

Desde entonces, una vez al mes se lo rapa casi a ras de cráneo, dejando un milímetro de cabello que colorea su cuero cabelludo con un fulgor blanquecino. El resto del mes duerme unos segundos más cada mañana. Los que no malgasta en peinarse, que siempre le pareció una pérdida de tiempo.

A Eric le gusta dormir, ahora más que nunca. Cuando duerme no piensa.

ATERRIZAJE

Fuera sigue lloviendo y huele a humedad. «A tierra y caracoles, a eso huele», piensa Eric. Sin saber por qué, no cree posible que aquellos bichos babosos que le provocaron una arcada la primera y última vez que los probó puedan vivir en una isla. No se le ocurre ningún argumento lógico que refute su teoría, pero algo le dice que allí no hay caracoles. Piensa en ello un par de segundos y luego vuelve a no pensar en nada. Se acomoda balanceándose ligeramente sobre el asiento de cuero, en la parte trasera de un taxi, con la vista desenfocando la carretera mojada.

Viste unos pantalones de pinzas color beis, una camisa blanca y los mocasines que usó ayer mismo para acudir a su consulta por última vez.

Eric es psicólogo. Escuchador profesional, guía espiritual, enterrador de traumas. Eso es lo que era, o quizá algún día lo vuelva a ser, o quizá nunca pueda dejar de serlo aunque quiera. Ha sido tantas cosas para tanta gente que no sabría definir con exactitud a qué se ha dedicado todos estos años. Una buena aproximación sería afirmar que se ha pasado la vida desentrañando misterios en cabezas ajenas. Es paradójico, piensa, que no conozca la suya en absoluto. Su mente es el mayor de los misterios para alguien que pretendía sanar las de los demás. Lo que sí sabe es que durante el día de hoy ha dejado de ser la persona que era. Ningún ser humano es capaz de predecir cómo reaccionará al latigazo de la tragedia hasta que esta llama a su puerta.

Eric acaricia un tejido familiar. Lleva puesta su vieja sudadera, la sudadera-de-andar-por-casa, la única prenda que desentona con el resto de su vestimenta formal. Hace años que su algodón granate no se aireaba en un espacio abierto, siempre confinada en las cuatro paredes de un pequeño piso de alquiler. Fue el espacio que Claudia y él eligieron como propio, en el corazón de un gigante de cemento, en el mismo centro de una gran ciudad y de un bullicio que siempre amaron. *Rock and roll* urbano.

Se hizo con la sudadera en una tienda de segunda mano uno de sus primeros días de universidad. Alquiló un estudio, que no era otra cosa que un trastero reformado, cerca de la facultad de Psicología. Era un ático abuhardillado en un edificio antiguo que con el tiempo se había llenado de heridas mal curadas y cuyas cicatrices pasaban factura. El frío se filtraba por el par de ventanucos altos que iluminaban el espacio y en los días más fríos su aliento se hacía visible en el aire en forma de pequeñas llamaradas blancas. Eric prefirió invertir en tela y ahorrar en calefacción. Aquella sudadera fue su primera estufa contra un frío que, en esos primeros días, aún no hacía necesario mucho más. Granate, de algodón, con capucha y un grabado con el nombre

de una universidad americana en el pecho. El primer símbolo de su independencia y de las penurias asociadas a ella.

En el taxi, tira del extremo de los cordones que aprietan la capucha tras su nuca. Es un gesto del que no es consciente. Observa varias manchas oscuras en el tejido. Manchas que hace unas horas, cuando se suponía que aquel viejo jersey nunca volvería a ver la luz del sol, no tenían ninguna importancia, pero que ahora, a la vista de todo el que se cruza con él, son una tarjeta de presentación extraña que combinada con el resto de su atuendo formal le dan un aspecto singular, el de un hombre que no es de fiar. El cuello de la camisa y el de la sudadera se pelean a muerte. La moda y la pulcritud no eran preocupaciones realistas cuando salió esta mañana de su casa rumbo al aeropuerto, a la carrera y aún sin billete, pero sí con destino.

Suena su teléfono móvil y el volumen del timbre se impone al del gol cantado desde la radio del taxi. Eric lo saca del bolsillo derecho del pantalón y observa la palabra que se ilumina en la pantalla con cada vibración:

RECUERDA.

RECUERDA.

RECUERDA.

Eric rechaza la llamada y devuelve el teléfono a su bolsillo.

Sigue algo mareado a causa del alcohol, pero el taxista no lo ha notado o ha fingido no darse cuenta. Eric viaja con un equipaje de mano ligero, improvisado. Ni siquiera se recuerda a sí mismo preparando la bolsa de deporte que ahora reposa junto a él en el asiento, custodiada bajo su brazo izquierdo.

Gira la cabeza y en el asiento contiguo, vacío un parpadeo antes, observa ahora a Claudia. Sus ojos marrones escrutan el paisaje gris de La Isla a través de la ventanilla. El taxista habla, pero Eric percibe su voz lejana, como si los separara una montaña. La melena pelirroja de Claudia cae retorciéndose en amplios bucles hasta descansar en un pecho firme y generoso que tantas noches actuó como combustible en la cama, tan infalible como primitivo.

«Un paraíso bajo la lluvia es un lugar extraño, esta isla no ha sido diseñada para esto», dice Claudia sin dejar de mirar por la ventanilla.

Eric pestañea y la voz del conductor vuelve a un primer plano y reemplaza a la de su esposa.

El taxista habla del tiempo. Es un hombre agradable que ha vivido siempre en La Isla y se siente orgulloso de ello. Eric escucha su monólogo asintiendo de vez en cuando con sonidos guturales que muestran el grado justo de interés. «Ajá.»

Le explica algo que Eric ya sabe. Que llega en la época del año en la que La Isla se vacía debido a las lluvias y el descenso de la temperatura, que son meses horribles para el taxi, pero que, por otra parte, se disfruta durante un tiempo de algo de paz y La Isla se parece en estos días a lo que era hace años, antes de que llegaran los turistas y los hoteles, los karaokes, los pubs, los descuentos de grupo, los cruceros. Antes de que las playas se prostituyeran por un puñado, enorme, eso sí, de dólares, libras y euros.

Mientras conduce, sin prisa porque la prisa también desaparece con el frío, se filtran en su discurso matices que dejan bien claro que desprecia a los inmigrantes de temporada, esos que por otra parte son los que ponen un plato caliente en su mesa.

No incluye a Eric en esa masa maldita, porque fuera llueve y porque ha llegado cuando todos se han ido, con un equipaje tan liviano que ni ha necesitado usar el maletero. Por eso Eric es un poco más de los suyos, porque no viene a disfrutar de La Isla, sino a enfrentarse a ella.

—Muchos dicen que ahora esto está muerto. Para mí es todo lo contrario: es en estos meses cuando mi isla está viva de verdad —dice el taxista, que se queda rumiando su discurso satisfecho.

Eric, mientras tanto, ha comenzado a colocar por orden alfabético unas cuantas revistas acumuladas en un bolsillo de cuero tras el asiento del copiloto. No deja de llover en ningún momento. Los parabrisas trabajan frenéticos achicando agua. Parecen jadeos sus chirridos contra la luna delantera. Hace un día horrible incluso para estas fechas.

El trayecto dura algo menos de media hora. Las calles están desiertas al entrar en el pueblo blanco donde se ubica el complejo de bungalós. Eric tiene la sensación de adentrarse en una ciudad fantasma, en un escenario construido a tamaño real que recrea aquel pueblo que disfrutó en tantas ocasiones con el sol que ahora se esconde y lo castiga negándole su calor.

Aún hay claridad, pero ya comienza a apagarse. Flota una luz lechosa, filtrada a través de una gruesa cortina de lluvia que lo envuelve todo en un ambiente onírico. Nubes bajas que construyen un techo espeso a pocos metros del suelo.

Al paso por una de las calles, Eric observa un perro marrón, o gris, no lo distingue bien. Está empapado. Pasa al trote cabizbajo y entra por el portón abierto de una vivienda, donde se agita en un torbellino que centrifuga la carga de lluvia. Piensa en su fiel Platón, lo ve realizando la misma maniobra tras un baño en el mar, en esta misma isla, en otros tiempos. Habría sido una buena compañía, pero no puede permitírsela.

El taxi empieza a callejear, perdido, o intencionadamente torpe. Eric se da cuenta pero no dice nada. No tiene ninguna prisa y unas monedas más o menos nada importan dadas las circunstancias.

Llegan a calles que Eric nunca ha visto, cosa difícil dadas las dimensiones del pueblo. Sus faros delanteros iluminan las fachadas. Observa un par de complejos de apartamentos que parecen cerrados, aquel al que se dirige quizá también lo esté, piensa. El cartel de un restaurante de comida local llama su atención. Utiliza el nombre y la imagen —una de las muchas que se le han atribuido— de una famosa leyenda de La Isla. Una historia que siempre le encantó a su esposa.

—El Sabio... —susurra Eric sin darse cuenta.

—¿Cómo dice?

—El Sabio —repite en voz alta, consciente de que ha iniciado sin querer una conversación—, la leyenda.

—Ah..., sí, bueno, a alguna gente le encanta esas cosas. A mí me ponía los pelos de punta cuando era un chaval, pero cuando uno se hace mayor estas cosas pierden la gracia. O estás muy loco o muy aburrido si crees en algo así. —Eric siente una pequeña náusea cuando escucha esto—. Pero allá cada cual, cada uno que crea en lo que le dé la gana. Yo creo en Dios, en mi mujer y en el Real Madrid. Mi Santísima Trinidad.

El hombre ríe su propio chiste. Eric sospecha que lo ha repetido muchas veces. Unos minutos después y ya en completo silencio, el taxi llega a la urbanización. Son las siete de la tarde y ya casi es noche cerrada. Las nubes de tormenta no han dejado ver la puesta de sol y la oscuridad ha ganado terreno con paso firme. Parece que el viento y la lluvia arrecian. Eric ve luces encendidas en la cancela de entrada, parece que ha tenido suerte y no está cerrada. Suerte.

El taxista se despide deseándole una feliz estancia. Eric paga la carrera y no coge las vueltas. Sale del vehículo con su equipaje, en medio de una auténtica tempestad, y ve alejarse las luces de posición del coche.

Toma aire.

Esa primera bocanada salada que conoce tan bien, y que siempre significó algo muy diferente, es ahora un bumerán lanzado hace mucho tiempo por una versión de sí mismo que quizá siempre esperó este regreso, y que ha ido cogiendo más y más fuerza para terminar estrellándose en su cara.

Cierra los ojos y sale el sol, y Claudia baila sobre las tablillas de madera de un restaurante a pie de playa y sostiene en su mano una copa de vino, ríe y le invita a unirse a su danza. Ahora le abraza, en un lugar que no consigue reconocer o que ha inventado. Pero ese mundo existe, es real y muerde fuerte para sellar a fuego esa realidad en su memoria. Un olor que antes era dulce y ahora asfixia. Toda la pena y la alegría del mundo convertida en un machete que le abre de la cabeza a los pies. Eric mira hacia abajo y observa sus entrañas derramándose sobre la calzada. Puede sentir cómo se vacía. Náuseas. Suelta la bolsa de deporte y apoya las manos sobre los muslos. Se inclina hacia adelante preparando un vómito que parece inminente, pero que nunca llega. Nada sucede. O quizá suceden demasiadas cosas como para que se traduzcan en algo tan vulgar como un vómito. Eric permanece inmóvil, empapándose bajo la lluvia, aspirando ese olor que le transporta lejos en el tiempo pero muy cerca en el espacio. La potente memoria olfativa se ceba con él. El efecto sedante y tranquilizador del alcohol ha pasado y ahora solo quedan daños colaterales.

Poco a poco vuelve a ser consciente de la presión de sus pies sobre el asfalto. Oye los aplausos de los pasajeros que hace un rato le avergonzaron. Abre los ojos. El agua chorrea por sus mejillas. Respira, se incorpora y mira su reloj. Han sido tan solo un par de minutos de vuelo. Traspasa las puertas automáticas y un cartel con una imagen de la perfecta familia feliz le saluda.

BIENVENIDO

No hay nadie en la garita de recepción y un cartel sobre el mostrador con un escueto «He salido» no ofrece demasiadas pistas.

Es un vestíbulo olvidable. Un mostrador, una silla de metal con asiento acolchado descosido por los bordes, folletos de actividades caducadas de la temporada pasada, plantas de plástico polvoriento en los rincones; baratijas funcionales. Eric se queda de pie, empapado, sobre una moqueta beis desgastada en la que deja que se escurra su bolsa de deporte. La ha colocado perpendicular al mostrador y ha cerrado del todo la cremallera, que no llegaba al tope por un par de milímetros. Huele a comida recalentada mezclada con el aroma del mar cercano. El recinto está bañado por la luz fría de un par de fluorescentes que parpadean y empapan todavía más el ambiente.

—¿Hola?

Nadie contesta. Solo oye el ronquido sordo y mecánico de una máquina de refrescos. Eric eleva el volumen de su saludo hasta el grito y tampoco obtiene respuesta.

Escurre un poco su ropa con las manos. Comienza a tener frío. Ojea algunos de los folletos desperdigados sobre el escritorio para distraerse. Llama su atención un folleto sobre el Sabio.

Habían hablado miles de veces sobre aquella leyenda. Claudia defendía la potencial veracidad del relato, Eric lo contrario. Ella incluso llegó a afirmar haber visto al fantasma del bastardo, en un juego extraño que Eric tomaba a broma.

Aquellas charlas definían perfectamente la mutua atracción de sus polaridades. Eric era la lógica aplastante, el sentido común por encima de todas las cosas, el hombre que no sabía volar, el de los pies bien cimentados. Claudia era la soñadora, la utópica, la que disfrutaba retorciendo una realidad que resultaba demasiado rutinaria para un espíritu que desbordaba creatividad.

Siempre pensó que él suponía un necesario contrapunto al deslumbrante atractivo de su mujer. Él, que necesitaba encender y apagar varias veces el interruptor de la luz al entrar o salir de un cuarto. Él, que por algún motivo que no alcanzaba a entender nunca quedaba satisfecho con la unión de los contactos metálicos chocando en su interior, imperfectos, desalineados, sin el clic adecuado. Él, que no podía beber un sencillo vaso de agua si una sola gota resbalaba por la superficie exterior del recipiente. Él, que entonces debía limpiarlo, secarlo y volver a llenarlo de forma que

todo quedara dentro y nada salpicara. Él, que había llegado a invertir quince minutos en cerrar el cajón de su mesilla de noche para que no sobresaliera o se hundiera ni medio milímetro con respecto a su posición perfecta. Él, que siempre imaginaba que algo quedaba estropeado en el universo y era incapaz de dejarlo estar. Él, que era el psicólogo con menos habilidades sociales de la historia del gremio y cuyo comportamiento parecía más propio del paciente que del terapeuta.

Él, que era eso y mucho más, compensaba el equilibrio romántico de su mujer, su capacidad para cuidar de gente como él, su bondad con los casos perdidos y su magnetismo sexual.

Por supuesto, Claudia no aprobaba este discurso, no compartía la visión de Eric sobre sí mismo. Ella se esforzaba en hacerle el boca a boca cada día para transmitirle su versión de los hechos y la imagen de un hombre inteligente, con una inagotable capacidad de escucha y comprensión, bondadoso y recto, con la seriedad y el orden que a Claudia le faltaban.

Ambos ejercían de adecuado contrapeso en una balanza en la que se equilibraban mutuamente. Quizá esa fuera la clave de su éxito. Quizá eso sea lo que todo el mundo llama amor.

Amor.

Eric siempre había odiado esa palabra y le declaraba la guerra siempre que surgía la oportunidad. «Somos esclavos de las palabras y sus limitaciones», solía decir a quien quisiera escucharle. Las palabras, sobre todo cuando tratan de definir emociones, son muchas veces laberintos sin salida en los que no queda más remedio que adentrarse y escoger uno de los caminos disponibles. «El lenguaje se muestra como un vehículo minúsculo para que viajen en su interior sensaciones tan inmensas», sentenciaba.

Para Eric, tratar de describir con palabras lo que sentía por Claudia era como encender una luz con un interruptor que nunca llegaba a hacer un contacto perfecto. Para acercarse a la definición correcta debía dejar de intentar verbalizarla, relajarse y disfrutar de aquella luz sin importar el mecanismo que la hacía brillar.

Si le preguntasen y le obligaran a dar una respuesta, diría que amarse es no ver al otro como esa persona se ve a sí misma, tratar de quitarle la venda de los ojos día tras día, desde que uno despierta hasta que se acuesta, a base de cariño, risa, confianza y solidaridad. Mejorarse mutuamente y percibirse mejores de lo que en realidad llegarán a ser nunca. Todo esto, a poder ser, acompañado de algo de sexo lo suficientemente irrespetuoso como para que siga siendo interesante con el paso de los años.

No todo fue perfecto en su matrimonio, ni mucho menos, pero en la recepción de unos bungalós que a nadie reciben, mientras el agua gotea por su ropa interior y la resaca empieza a hacerse patente, Eric solo puede recordarlo como el vuelo prodigioso de dos ángeles, un interruptor en contacto perfecto, un vaso de agua en el que jamás resbaló una gota, un cajón alineado a nivel atómico con la superficie frontal de una mesilla de noche.

Los caprichos de la memoria selectiva.

Para distraerse de su propio frío y hacer algo de tiempo hasta que alguien aparezca en el mostrador, Eric comienza a leer el folleto del Sabio. Una de las

secciones se titula «El Sabio. La verdad». Eric lo aprueba mentalmente. Un título corto, conciso. Un tortazo en la cara. «Este panfleto te va a contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Eso te promete.»

EL SABIO

En aquellos tiempos, en los que la vida de un hombre costaba lo que una cesta de nabos, la de dos costaba solo el doble.

Año 1350 d. C.

Beltrán —voz medieval que significa «cuervo ilustre», símbolo de la inteligencia y la memoria— fue el hijo menor de los tres que tuvo Telmo, de oficio vinicultor. Los dos hermanos mayores, Durán y Tristán, nacieron de su esposa Alodia. Beltrán era el bastardo.

Fue concebido en una fiesta nocturna donde el propio vino que elaboraba Telmo fluyó con abundancia y en la que el cosechero, que jamás había manchado el honor de su esposa y era hombre recto, humilde y poco dado a los excesos, cayó bajo el embrujo de una extranjera. La madre de Beltrán, cuyo nombre nunca llegó a conocerse ni en aquel ni en ningún otro lugar, fue una mujer llegada con la feria ambulante que visitaba el pueblo por la festividad del Santo. Hermosa, de pelo largo y negro, con un aspecto felino y una voluptuosidad que enajenaba a todo aquel, hombre o mujer, que entraba en su pequeña carpa de piel de oso para conocer su futuro a través de las cartas.

Mujer de hábitos paganos —varios escritos hablan de sacrificios a diversos dioses herejes y artimañas vinculadas a la magia negra—, la cartomántica quedó embarazada de Telmo aquella noche, y al cabo de un año, con el regreso de los feriantes a La Isla, entregó a Telmo su hijo bastardo, junto a una profecía.

Según la mujer, el niño poseía la virtud de la Luz del Mañana; el futuro se le mostraría con la claridad de un día sin nubes, vería lo que nadie debe ver, sentiría lo que los hombres no quieren sentir, y finalmente sería repudiado por ello. Que esa luz le llevara a un camino de oscuridad o de gloria dependería del uso que Beltrán diera a ese don y del tipo de hombre en el que se convirtiera bajo la tutela de Telmo y Alodia.

La adivina nunca volvió a pisar el pueblo.

Alodia —mujer piadosa y abnegada esposa— perdonó a Telmo y acogió a Beltrán como sangre de su sangre y así lo amó y lo educó, sin diferencias entre el bastardo y sus dos hijos legítimos. La misma comida en la mesa, las mismas ropas, el mismo lecho y el mismo cariño que prodigaba a Durán y Tristán hicieron de Beltrán un niño querido y feliz.

Así transcurrieron los años de su infancia, sin ningún comportamiento que indicara la existencia de una virtud sobrenatural. La profecía de la cartomántica cayó en el olvido y solo era mencionada por la familia en forma de burlas ocasionales por parte de sus hermanos, que su madre pasaba por alto a pesar de que nunca le hicieron gracia. Al contrario, algo inquietaba a Alodia. Una sombra parecía comenzar a alzarse sobre su casa.

Pasó el tiempo y los niños se convirtieron en adolescentes y luego los adolescentes fueron hombres, y en ese proceso sufrieron cambios. La sombra que Alodia había intuido comenzó a ser visible. Durán y Tristán se fueron alejando de Beltrán, el recelo hacia su hermano bastardo y la envidia por el trato ecuánime que sus padres le brindaban fue creciendo y oscureciendo sus espíritus.

Llegaron tiempos difíciles, no solo para la familia sino para toda la región; tiempos en los que la comida escaseaba y en los que la carga de una boca bastarda que alimentar hacía notoria la merma en

las raciones de sus hermanos.

Durán y Tristán ya no escondían su resentimiento y reclamaban el cumplimiento de su legítimo derecho —según ellos— a las porciones de comida, mantas, ropas y cariño derrochadas en el bastardo. El vinicultor y su esposa intentaban, sin éxito, volver a ser una familia unida, pero la infelicidad y el conflicto crecían sin remedio.

A los cuarenta y cinco años de edad Telmo cayó gravemente enfermo, precisando de atenciones día y noche. Fue Beltrán quien, junto a Alodia, cuidó de su padre la mayor parte del tiempo y asumió sus tareas en los viñedos. El corazón de Beltrán creció en bondad y responsabilidad, mientras que los de sus hermanos se fueron cubriendo de tinieblas.

Horas antes de su fallecimiento, Telmo reunió a sus hijos y a su esposa en su lecho de muerte para pronunciar sus últimas palabras y nombrar a Beltrán su sucesor como maestro cosechero y heredero de la mayor parte de sus posesiones.

Durán y Tristán maldijeron a su padre y a su hermano, y, a pesar del ofrecimiento de Beltrán de cederles el total de su herencia, abandonaron la casa para siempre debido a la que, para ellos, era una ofensa irreparable.

Ruidos sordos interrumpen la lectura de Eric. Ha comenzado a tiritar de frío y nota que algo se mueve en la trastienda. Unos instantes más tarde se abre la puerta del despacho tras el mostrador.

Dos pupilas. Enormes. Clavan en él su mirada desde la penumbra del interior. Unas fauces se abren y le enseñan unos dientes afilados que gotean un líquido azulado. La bestia avanza hacia la luz y la puerta termina de abrirse para que emerja de ella una sonrisa familiar.

—¡Hola, hola, hola, bienvenido! ¡Perdón, perdón, perdón! Me tenía comiendo algo detrás.

Eric recupera el pulso y vuelve a notar el suelo enmoquetado bajo sus pies, el miedo cesa pero tiritita más. El frío ha penetrado profundo en su interior y tardará en salir.

Ha pasado año y medio desde que la vio por última vez. No parece haber pasado el tiempo para ella; tiene el mismo aspecto descuidado de siempre. Sale masticando aún su cena y tiene restos de una salsa rojiza en la comisura del labio izquierdo. La señora Hicks descansa todo su peso en una silla de estudio con ruedines.

—¡Pero está usted empapado! ¡No, no, no! ¡Esto no puede ser! Solo momento y traigo toalla. ¡Mal, mal, mal!

No reconoce a un Eric mucho más delgado que en su última visita. Vuelve con una enorme toalla de playa con estampados de arena, océano y velas de windsurf. La estampa es nocturna en una cara de la tela y diurna en la otra. A toda prisa lo envuelve con ella.

Eric vuelve a ser un niño, y su madre, su verdadera madre, lo está secando de la cabeza a los pies tras un largo baño en su antigua casa. La oye cantar alguna canción de los Beatles o de Franco Battiato mientras le frota con suavidad todo el cuerpo.

—¡Ahora sí! ¡Mejor, mejor, mejor! No quiero que se muera por mi culpa. No, no, no.

Ese acento inglés, sin pudor y en constante pelea con la gramática española, devuelve a Eric a un presente huérfano.

La señora Hicks es una mujer grande pero se mueve deprisa. Desborda energía. Eric se fija en su pelo arremolinado, que —imagina— no habrá visto un peine en años. Su desorden castaño enmarca unos ojos de un azul claro, rodeados por miles de pequeñas arrugas de expresión. Cicatrices de una risa frecuente. No parece importarle en absoluto su aspecto físico, ni su ropa, ni su peinado ni nada que tenga que ver con el envoltorio, y, mucho menos, con el arte de la seducción. Quizá por eso sea una mujer tan alegre, porque hace tiempo decidió eliminar de su ecuación el cuidado de su autoestima estética. En algún momento descubrió que los calcetines blancos en chanclas y los pantalones de chándal bajo amplios vestidos florales eran la fórmula secreta de la felicidad. Eso y ser absolutamente invulnerable a la opinión ajena.

—Veamos... Tenía una reserva, ¿verdad o miento? Verdad, verdad, verdad...

Eric aún no ha dicho una palabra.

La señora Hicks hace un círculo con un bolígrafo de tinta azul sobre un folio que parece contener las reservas. El círculo ha enmarcado el número de bungalow, el 4, y el nombre de Eric está escrito al lado. No hay ninguna otra anotación en el papel. Ningún otro número o nombre. Todo parece indicar que es la única reserva del día, o del mes. Este hecho hace aparentemente inútil el ritual del bolígrafo, las marcas en el folio y todo lo demás, pero algunos seres humanos necesitan modificar elementos a su alrededor para generar una sensación de utilidad.

—Sí, te... tenía una reserva. Eric, apellido... —Sigue temblando y ahora le castañetean los dientes.

—¡Eric! ¡Sí, sí, sí! ¡Mucho tiempo! ¡No conocía a la primera! ¡Dos años sin venir!, ¿verdad o miento? —señala a Eric con el bolígrafo esperando respuesta, no es una pregunta retórica, quiere saber si dice la verdad o miente.

—Hace do... dos veranos.

—¡Exacto! Nunca olvido una cara de amigo, no no no. ¿Qué tal su esposa? Le daré dirección de un salón de masaje de los buenos, nuevo aquí, ¡bonito bonito, muy bonito!

—Vengo solo. Claudia está trabajando —dice Eric con un tono lo suficientemente hosco para zanjar el asunto. No tiene ganas de más preguntas.

—Ah... De acuerdo. Buena época para descanso, sí... —Un notable cambio de energía acaba de producirse en el discurso de la señora Hicks. Una alteración en el color de su voz. Cree haber mencionado algo que no debía y, a la vez, quiere saber dónde está la esposa de Eric, a la que recuerda bastante más simpática que su marido, con una bonita sonrisa y mucho más habladora que este.

Rebusca en la parte inferior de su escritorio y saca unas llaves en su correspondiente llavero, que tiene el número 4 escrito con rotulador sobre un trozo de madera circular.

—Aquí llaves. No olvidas darme día de salida cuando te marchas. No importa cuánto tiempo estás porque muy poca gente ahora. Haces pago el día que te vas, ¿parece bien?

—Así lo haré. Gracias.

Eric coge las llaves. Se dispone a devolver la toalla, pero la señora Hicks le obliga a salir con ella hacia su bungalow. «No va a resfriarse por mi culpa, no, no, no.» Eric abandona la estancia enrollado en la toalla, que sujeta con una mano sobre su

pecho. En la otra el maletín y la llave, junto con la guía del Sabio, que no ha llegado a soltar.

La señora Hicks, en vez de lanzarse de nuevo a la cena a medio comer que le espera en la trastienda, se ha quedado observando la salida de Eric. Quiere saber.

En los últimos compases de la conversación sus movimientos han sido más lentos, como si su metabolismo se hubiera reajustado a una velocidad que le permitiera almacenar ese ahorro de energía y utilizarla para analizar la situación de su huésped. Eric le lanza una mirada de soslayo justo antes de desaparecer de su campo de visión. El tiempo justo para ver cómo la señora Hicks recupera su velocidad habitual para agachar la cabeza sobre su escritorio.

Eric avanza por el camino que lleva a su nueva casa y, antes de llegar al umbral, se detiene un momento. Se siente exhausto. Mira la noche, que ya es cerrada. Lluve algo menos, esa lluvia a Eric ahora le parece casi agradable.

Caprichos del agravio comparativo.

Reina una oscuridad que sería imposible en su Gran Ciudad. Se siente invisible. Quiere creer que alguien ha apagado el mundo, que todo ha dejado de existir, que solo queda este suelo de piedra que le sostiene y, a pocos metros, la playa de arena donde acaba La Isla y un horizonte de agua invisible que no le pide explicaciones.

PENTÁGONO

Ocho años para el despegue

El tutú rosa oscilaba en el aire como un platillo volante con cada movimiento. Y Eric se desgañitaba, entre carcajadas propias y ajenas, cantando el tema principal de la banda sonora de una película de Disney. Rasgaba la voz en plena calle, en tonos demasiado agudos para él, y su interpretación estaba plagada de calvas de silencio cuando la risa le impedía continuar.

Abrazado a él reía Jairo, su amigo del colegio, el de siempre. El mejor, y más antiguo, amigo de Eric. El mejor que pudo encontrar. El que, más que nadie, supo apreciar los encantos de una personalidad que nunca cumplió los estándares de diversión de la mayoría. La idea de la prenda bailarina había sido suya. El gigante melenudo le encasquetó la falda de tul en cuanto Eric entró por la puerta del bar. La expectativa de ver al siempre formal y juicioso señor Mendoza ataviado con semejante complemento había resultado irresistible para su amigo. La falda combinaba de forma grotesca con sus habituales pantalones de pinzas y camisa blanca impoluta. Distorsionaba su ropa de trabajo, de ser humano confiable.

Eric nunca fue un bebedor frecuente, más bien lo contrario, de mecha corta y con poco fondo. Tras la segunda copa —la primera se la había puesto Jairo en la mano antes incluso que el tutú en la cintura— ya comenzó a notar cierta relajación en la lengua y, sobre todo, en el espíritu. Hacía semanas que no disfrutaba tanto. Desde que trasladó su consulta a un nuevo local, más espacioso y mejor situado, no había tenido tiempo para otra cosa que no fuera la mudanza y el relanzamiento del negocio. A menudo, el éxito envejece.

Sus voces resonaban entre los edificios rumbo al último pub, colofón de una gran noche. Eric daba otro trago a la copa de Jairo, que había conseguido sacarla del último local oculta bajo su chaqueta, y le cedía a su amigo el honor de arrancar en solitario con el segundo estribillo.

Los Cinco juntos de nuevo. Todo había sido idea de Claudia, que en ese momento cerraba el grupo, un paso por detrás y algo más cansada que el resto. La rubísima Carolina, la guapa oficial del grupo, charlaba con Dhawal, al que al principio llamaron el Indio por una apariencia que no dejaba dudas sobre sus orígenes. Más tarde cayó en desuso cuando un profesor del instituto tachó el mote de humillante. Dhawal nunca entendió qué tenía de denigrante aquel apodo, que siempre tomó por una muestra de cariño y normalidad. «A veces el prejuicio habita en el censor y no en el censurado», pensó Dhawal. Después, durante un tiempo, Dhawal

pasó a ser Longo, debido a un rumor acerca del tamaño de su pene, cuya veracidad nunca quedó muy clara y Dhawal ni confirmó ni desmintió. El misterio permaneció intacto. Finalmente este segundo apodo también cayó en el olvido y volvió a ser simplemente Dhawal.

Carolina, Dhawal, Jairo, Eric y Claudia habían estado juntos desde los ocho años, de una u otra forma. Juntos formaban un grupo heterogéneo, a los que el resto de los compañeros llamaban Los Cinco, en referencia a la famosa saga de Enid Blyton. Un pentágono en el que cada una de sus puntas se conectaba con las demás en uniones de diferente intensidad. Unas más sólidas, otras más endebles, pero jamás quebradas.

Tras terminar el instituto, el grupo se dispersó por diferentes universidades del país o, en el caso de Jairo, escuelas de interpretación, pero aun así conseguían reunirse dos o tres veces al año, ocasiones en las que aprovechaban para ponerse al día y lanzarse todas las puyas que les fuera posible. Ellos lo llamaban «la bondad maliciosa», o «maldad bondadosa», dependiendo de lo arriesgado de cada broma.

Eric y Claudia se trasladaron a Madrid, donde él comenzó sus estudios de Psicología y ella los de Historia del Arte. Al principio compartieron piso con otros estudiantes por separado, pero en el tercer año de carrera decidieron irse a vivir juntos. Fue entonces cuando Claudia fue consciente de la magnitud de las manías de Eric, de su trastorno obsesivo compulsivo que repuntaba y se relajaba cíclicamente dependiendo del estrés que sufriera.

Claudia superó la prueba. Incluso creyó amarle más aún por todas aquellas manías sin sentido que le parecían por momentos fascinantes. Le hacían mirar a Eric como un ser todavía más especial.

Eric también fue consciente de nuevas peculiaridades en su pareja o, al menos, las conoció con más detalle. Claudia no era una mujer ordenada y se tomaba a broma ciertas reglas que para Eric eran de obligado cumplimiento. Asombrosamente, rara vez discutían. Eric era capaz de admitir su excesivo celo con el orden y Claudia hacía lo mismo con su despreocupada actitud frente a la limpieza, y la vida en general. Todo solía quedar en un sano empate que mejoraba a ambos. Ella ganaba en organización y él relajaba su autodisciplina.

Un par de horas antes de esta reunión inesperada, en su consulta Eric desviaba la vista de su paciente hacia su teléfono móvil, que vibraba en silencio sobre el escritorio. El nombre de su prometida parpadeaba de forma insistente en la pantalla.

CLAUDIA.

CLAUDIA.

CLAUDIA.

No cogió esa primera vez, esperando a terminar la sesión para devolver la llamada, pero hasta en tres ocasiones más el dispositivo reclamó su atención. El aparato reptaba unos milímetros con cada vibración en un grito mudo imposible de ignorar por más tiempo. Cuando entró la cuarta llamada, Eric se disculpó y salió del despacho para atenderla.

Claudia se mostró taciturna y le rogó que se vieran urgentemente en su pub favorito cuando acabara su última sesión.

—Tengo que contarte algo y necesito que sea en persona —dijo con cierta ansiedad.

Su dramatismo a punto estuvo de conseguir que Eric saliera en desbandada hacia su galería de arte, pero Claudia relajó su tono a tiempo, lo justo para sofocar el incendio y a la vez asegurar la presencia puntual de Eric en el pub. Fue algo cruel, Claudia lo sabía, pero era parte del plan. El contraste de lo que esperaría encontrarse Eric con lo que iba a recibirle en el pub haría crecer la sorpresa y multiplicaría su felicidad. El calor es más reconfortante si antes se ha pasado algo de frío. La felicidad es mayor si es inesperada. Y eso es todo lo que Claudia quería, que su futuro marido fuera feliz.

Eric salió del despacho nervioso, disculpándose con su último paciente por terminar antes de tiempo. No había sido capaz de concentrarse en esa sesión, con la imaginación trabajando a pleno rendimiento visualizando los peores escenarios posibles. Por la calle caminó rápido. En algunos trechos su andar se convertía en trote y se presentó en el pub casi media hora antes de lo previsto, lo que a punto estuvo de arruinar la sorpresa.

Al entrar por la puerta de madera de doble hoja del local irlandés, con la nuca perlada del mismo sudor que notaba resbalando por la espalda, Eric no tuvo tiempo de asimilar el alivio. Jairo se le abalanzó con una copa en la mano que pasaba a ser propiedad de Eric y con el tutú en ristre, encajándose por la cabeza hasta la cintura. Mate de concurso.

Sin tiempo para tomar aire, ya eran cinco cuerpos fundidos en cariñosa melé. Eric y Claudia en el centro, los otros tres vértices del pentágono saltando y girando abrazados a su alrededor. El resto del bar contemplaba la escena haciéndola suya, como actores secundarios de una felicidad ajena. La alegría de Los Cinco se dispersó en el ambiente como esporas, colonizando el ánimo del resto de los clientes, que se unían a ellos en la distancia.

Las dos copas que Jairo ya digería antes de que apareciera Eric, unidas al entusiasmo del encuentro y, sobre todo, al pequeño tamaño del pub, en el que no habría más de ocho o nueve personas ajenas al grupo, animaron al eterno aspirante a actor en paro a gritar un eufórico: «¡Una ronda para todos! ¡Paga el Estado!». Acto seguido, Jairo plantó un beso etílico en los labios de Eric, que este se limpió con la manga de la camisa entre exagerados gestos de asco que divirtieron aún más a su amigo, y se dirigió a la barra para cumplir su promesa.

Cuando la ronda llegó a manos de todos los clientes, y visiblemente emocionado, algo nada frecuente en él, Eric abrazó primero a Jairo y después a Carolina y a Dhawal, agradeciendo lo que fuera que estuviera ocurriendo. Después se volvió hacia Claudia señalándola con el dedo.

—¡Tú! ¡Te mato! ¡Me has acojonado, psicópata!

Claudia se encogió de hombros con una expresión angelical y Eric apartó su falso enfado para besarla. El tutú quedó aplastado contra la falda del vestido de Claudia en un beso adolescente y húmedo, vitoreado por todo el pub. Un beso de los de los comienzos, de los que ya no eran frecuentes, pero que, por eso mismo, se habían revalorizado y pesaban mucho más que aquellos que se despilfarraban cuando no se conocía otra manera de besar.

Eric exhibía una sonrisa que no se le borraría en varias horas. La conservaría hasta que, en los últimos coletazos de la noche, se materializara una sospecha que en los últimos tiempos había debilitado su unión con uno de los vértices del pentágono.

REGRESO

—¡Eric!

—¡Despierta, Eric, vamos!

—Está aquí el inspector de Trabajo. Han llamado de tu antiguo instituto. Dicen que nunca llegaste a sacar tu graduado escolar. Nunca llegaste a aprobar Educación Física. La clase del señor Morella, ¿recuerdas? Claro que lo recuerdas, odiabas esa clase y odiabas a aquel cabrón que siempre intentaba humillarte. Pues resulta que nunca llegaste a aprobar aquel último curso.

—¿Entiendes lo que eso significa?

Se oyen ruidos de muelles, saltos y caídas sobre un suelo de parquet en la cancha de baloncesto. Risas de niños, huele a plástico y sudor de colchoneta.

—¡Espabila, Eric! Tu título universitario no vale para nada, no existe, no hasta que apruebes esa clase. Debes volver allí y contentar al señor Morella. Debes saltar el potro.

Se oyen ruidos de llanto. Huele a vestuario. Hace frío en las duchas. Se oye el agua correr. Un agua que nunca se calentaba lo suficiente en invierno.

—Vamos, salta, Eric.

—Salta el potro.

—No tengas miedo.

—Salta.

—Salta, joder.

—¡Salta!

Despierta vestido sobre una de las camas del dormitorio en el bungalow número 4. El cielo está encapotado, pero un jirón de sol consigue colarse por un resquicio entre las nubes. Calienta e ilumina el rostro de Eric, que respira sin moverse.

Son las nueve y media de la mañana y tiene algo de resaca, pero no se arrepiente del último whisky en el aeropuerto. No recuerda en qué momento le venció el sueño. Piensa que, quizá, todo lo acontecido en los últimos meses podría ser solo eso, un sueño. Una pesadilla maravillosa que podría terminar sin dejar más huella que un regusto ácido en la boca y una pequeña taquicardia al despertar.

Quizá se quedó dormido, vestido, hace meses sobre esta misma cama, en aquellas últimas vacaciones de verano en La Isla.

Quizá preparara su aclamado arroz negro mientras Claudia, en la terraza, leía algún libro de Palahniuk o de Khaled Hosseini. Quizá Eric le gastara bromas sobre lo

cómodo que era tener un chef personal que hiciera también las veces de amante y sobre el doble sueldo que se ahorra en ese dos por nada. Y después de comer probablemente le diera un beso en la frente y le dijera que subía a echarse un rato antes de ir al pueblo a ver esa muestra de artesanía local que anunciaba uno de los folletos de recepción.

Y por fin despierta ahora, en esta cama, con la insolencia de la luz del sol en la cara, y Claudia le está esperando abajo viendo la televisión, paciente. Le ha dejado dormir sin molestarle, porque le notaba cansado y también como recompensa por ese arroz que tanto le ha gustado siempre.

Todo esto pasa por la cabeza de Eric sin mover un músculo, intentando alargar el momento de inconsciencia. El lujo de no saber. «No pienses, Eric, sigue durmiendo. Mierda..., demasiado tarde.»

El bumerán vuelve a golpearle, y él se alinea de nuevo con el mundo que le rodea y con sus estrictas normas espaciotemporales. Escucha el devastador silencio del apartamento. Vuelve a aterrizar. Y a los pasajeros se les empiezan a cansar las manos de tanto aplaudir.

Se incorpora sentándose en la cama, se frota las legañas y echa un vistazo a través de las puertas acristaladas del balcón. Parece imposible que el sol haya encontrado el resquicio para esquivar tantas nubes. Se levanta y arrastra los pies hasta la terraza.

Cuando sus ojos se acostumbran a la luz, Eric distingue la figura de un hombre.

El conjunto de bungalós está separado de la recepción por una breve escalera de piedra que desemboca en la piscina, epicentro geográfico y social del complejo. Alrededor de ella se colocan en círculo las dieciséis construcciones blancas de ladrillo encalado. A cada uno de los porches se accede por escaleras gemelas a la de recepción.

La noche anterior, tras dejar a la señora Hicks preguntándose dónde estaría su esposa, Eric subió una de esas escaleras hasta el porche de su nuevo hogar alquilado. Tuvo la sensación de haber estado alojado en él antes, en alguna de las seis estancias anteriores que disfrutó junto a su esposa en las temporadas altas, en los meses de calor y tópicos playeros. La primera hace ya doce años. La última el pasado verano. Pocas veces vieron entonces las baldosas del porche empapadas por la lluvia. Anoche, al apoyar su pie derecho, Eric resbaló y estuvo a punto de caer sobre la cerámica pulida. Un suelo diseñado para el calor, el bañador y el caminar despreocupado del turista descalzo y con arena en los pies, no para el paso cansado de un psicólogo en mocasines en medio de una noche de tormenta.

Utilizó una de las tres llaves que le dio la señora Hicks para abrir la puerta acristalada de entrada al bungaló, probándolas por orden de tamaño. Más tarde las dispondría de esa forma en el llavero. Acertó con la segunda y puso dentro primero el pie derecho, después el izquierdo. La entrada daba directamente al salón, un espacio uniforme que ocupaba toda la primera planta mutando en una cocina al fondo. Pulsó el interruptor de la luz, pero la oscuridad no desapareció. Recordó entonces que una

de las tres llaves, la más pequeña y plana, debía introducirse en una pequeña abertura en la pared, al lado de la puerta, para así activar el paso de la corriente. Lo hizo y el salón se iluminó.

Nada había cambiado. Todo estaba como la primera vez que entró en esta estancia, o en otra exactamente igual. Un espacio atemporal, donde los muebles siempre fueron los mismos; sencillos, baratos, de aspecto viejo y pasados de moda. Si algo se había roto o había envejecido, le era imposible detectarlo.

Imaginó un enorme almacén lleno de copias exactas de cada uno de los elementos que decoraban su bungalow: las mismas sillas, mesas, lámparas, sofás, cuadros, camas, con los mismos rasguños, las mismas manchas de humedad, el mismo desgaste en el barniz, el mismo color desvaído, y a una señora Hicks que, con cada fin de temporada, reemplazaba el mobiliario al completo por un juego exactamente igual. Viejo pero nuevo. Nuevo pero viejo.

Eric estaría, por tanto, disfrutando de la copia número 7 de sus vacaciones en La Isla, solo que esta vez no venía de vacaciones. Así que la copia número 7 de sí mismo aterrizaba defectuosa, incorrecta, con más rasguños, nuevos daños, nuevas pérdidas de color y, lo que es más importante, sin compañía.

El bungalow de dos plantas era una vivienda sencilla que olía a desinfectante. Lo habían limpiado recientemente y pronto conocería a la persona que se había encargado de esa tarea.

Eric dedicó unos minutos a aspirar ese olor a falsa novedad mientras recorría el espacio. Dejó la maleta en el suelo del salón y miró alrededor. Elementos familiares pero extraños. Una mesa baja con superficie de cristal frente a un sofá forrado de cuero viejo de un marrón oscuro y, enfrente, un gran mueble de conglomerado marrón anaranjado en el que se encajaba una televisión antigua, ancha, de la era de los rayos catódicos. El enorme mueble que alojaba esa antigualla estaba repleto de cajones, casi todos vacíos. En un par de ellos Eric encontró algunas herramientas y utensilios de cocina, un par de cubremanteles y cuatro bombillas de recambio. Al fondo del salón, la pequeña cocina equipada con un par de hornillos de gas, microondas, frigorífico y lavadora. Una cafetera de aluminio reposaba junto a los hornillos. Una mesa de madera con cuatro sillas a juego servía para separar los dos ambientes.

Eric subió las escaleras hasta el segundo piso, bajo las cuales se había habilitado una pequeña despensa del tamaño de una antigua cabina de teléfono.

La primera puerta del breve pasillo daba al baño. En ese espacio de azulejos color sepia se recordó quitándose la arena de pies y pantorrillas en el plato de ducha, mientras Claudia le metía prisa para entrar a quitarse el bikini húmedo. Luego, durante la comida, comentarían su aversión a las cortinas de baño y el asco que les producía notarlas pegándose a la piel. Momentos de pequeños odios compartidos que les hacían sentirse más unidos que nunca.

Dejó atrás el baño y sus recuerdos y entró en el dormitorio. Dos camas individuales eran una devastadora novedad con respecto a visitas anteriores. Claudia y él siempre pedían una sola cama doble *king-size*. El concepto de camas separadas les parecía una aberración propia de la senectud. Un armario empotrado con puertas de espejo volvió a golpear a Eric con su imagen, de la que escapó a toda velocidad

saliendo a la terraza, de un tamaño similar a la del porche y, al igual que esta, con una mesa de jardín de plástico blanco con dos sillas a juego. Aspiró el aire salado de la noche y volvió al dormitorio.

Después debió tumbarse y caer rendido sin tiempo para desvestirse. Se apagó. Por desgracia para él, solo temporalmente.

Se frota de nuevo los ojos y la figura gana en definición. Le ve tendido en una de las tumbonas de tela plástica azul, enorme, como una ballena varada sin posibilidad de volver al mar, con un bañador de *slip* minúsculo. La escasa tela da la suficiente información para calificar el estampado como hortera. Completa el conjunto una camisa de flores de manga corta y con los botones desabrochados —se intuye imposible que puedan abrocharse alrededor de ese torso—, que cae a ambos lados de una prominente barriga lucida sin complejos.

Los caminos de cemento y piedra se han secado. La hierba que rodea la piscina aún está húmeda. Aunque en apariencia el día es veraniego y luce el sol, Eric sabe que es solo una ilusión óptica. La temperatura rondará los ocho grados centígrados y sopla un viento desagradable. Observa cómo se agitan a lo lejos las palmeras del paseo marítimo. Hace frío, o al menos no hace tanto calor como para que alguien pueda, o quiera, aguantar más de cinco minutos tumbado semidesnudo bajo un sol débil, que no calienta.

Al parecer, su vecino no opina lo mismo.

Tendrá unos sesenta años, pero distingue una musculatura definida bajo las capas de grasa. Hombros anchos, brazos fuertes. Tiene la piel clara enrojecida. Pelo cano rapado muy corto, abundante vello en el pecho, rizado y también blanco. Llamen la atención los tatuajes en hombros, brazos y piernas, cuyos motivos, desde su posición, Eric no consigue identificar. Sus ojos se esconden tras unas gafas de sol de modelo aviador.

Sostiene en la mano una lata de cerveza, de la que bebe regularmente, y bajo la tumbona, en la sombra que proyecta, reposan otras cinco, dos de ellas vacías y deformes. Ya son basura.

Eric se queda hipnotizado por una figura que se le antoja casi mitológica.

Tras un trago especialmente largo de su cerveza se pone en pie. Otro trago y la apura, estruja la lata y la arroja junto a sus hermanas muertas. Se quita las gafas de sol y la camisa y las deposita con cuidado sobre la tumbona. Se estira como un oso que sale de la cueva tras su hibernación. De puntillas levanta los brazos con los puños cerrados en un violento desperezo. Tira de uno de sus codos con la mano contraria por detrás de su cabeza y repite la operación con el otro codo.

Es entonces cuando pasa los pulgares por dentro de su *slip* y lo desliza hasta sus tobillos: lo recoge y lo dobla con esmero.

No deja de ser curioso que esta revelación de un uno por ciento de su superficie corporal provoque tan violento cambio en el ambiente. Quedan a la vista unos genitales pequeños en comparación con el resto de su cuerpo. Completamente desnudo, avanza hacia la piscina midiendo cada paso, parece un ritual preciso. Un

saltador olímpico recorriendo el trampolín antes de ejecutar su ejercicio. Se detiene en el borde, con los dedos de los pies sobresaliendo, mirando hacia el agua, que debe estar helada, piensa Eric. Levanta los brazos en cruz. Aspira profundamente y se lanza de cabeza en un vuelo perfecto. Es sorprendentemente ágil. Ya navega, a braza, a lo largo de la piscina. Enorme renacuajo rosado.

Mientras lo ve flotar, Eric envidia su libertad, al igual que la de la señora Hicks y sus calcetines y sus pantalones de chándal bajo vestidos florales. La aparente simplicidad de sus vidas.

Parece que en La Isla él es el único que vive oprimido por los límites de una realidad de la que no consigue abstraerse, salvo por breves ensoñaciones que sufre más que disfruta, y que no cambian, sino que más bien le recuerdan su esencia.

Eric piensa en acercarse al supermercado para comprar unas cervezas. Debe convertir su cerebro analista, en continuo proceso de observación, en una máquina más sencilla que se limite a administrar de manera óptima el carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, azufre y fósforo que lo forman, y dedique el resto del tiempo y la energía a vaciarse, a alejarse de un mundo hostil en continuo conflicto.

Esperará a que su vecino vuelva a cubrirse, se dará una ducha y saldrá a por ese combustible alcohólico que consiga tal transformación.

Está a punto de ponerse en marcha cuando observa, en el porche del bungalow número 9, a la que, supone, es la mujer del hombre desnudo. Está sentada en una de las sillas de jardín, con un libro abierto en el regazo, y mira fijamente a Eric.

Es rubia, talluda, de rictus severo y labios pintados de un rojo intenso, con un vestido elegante y un pañuelo al cuello. Lleva también una chaqueta para protegerse del frescor matinal. Tiene los ojos de un azul casi transparente, tan claros que Eric es capaz de sumergirse en ellos a distancia. Se sostienen las miradas. El instinto de supervivencia social de Eric le pide esconderse, alejarse del balcón y huir de la embarazosa situación de que una mujer haya estado observándole mientras él escrutaba a su enorme marido, desnudo y flotando en la piscina comunal. Sin embargo, Eric se queda mirándola, y así siguen unos segundos hasta que ella, sin cambiar el gesto, vuelve a su lectura.

«Necesito un trago», piensa Eric.

Sale de la ducha y se cambia de ropa con la mente puesta en una cerveza. En la pantalla de su teléfono móvil aparecen tres llamadas perdidas.

RECUERDA.

RECUERDA.

RECUERDA.

Cambia sus pantalones de pinzas por unos vaqueros usados. Se pone una camiseta de manga corta con publicidad de una agencia de seguros y sobre ella la sudadera granate, su única ropa de abrigo. Cambia los mocasines por unas zapatillas deportivas blancas.

Cuando sale del bungalow, su vecino vuelve a estar en la tumbona, con su *slip*, su camisa abierta y sus gafas de sol. Sostiene otra cerveza en la mano. Maravillosa máquina feliz.

Al ver bajar a Eric de su porche, le saluda con la cerveza en alto, en un brindis a distancia. Eric levanta tímidamente la mano y acelera el paso mirando al suelo de piedra. Se dirige al supermercado más cercano esperando que sea uno de los comercios que resistan al cierre generalizado de La Isla.

Se le hace extraño usar sus deportivas por la calle. Siempre ha limitado su uso al gimnasio un par de días a la semana. Las zapatillas llegaban en su bolsa de deporte y salían del recinto de la misma forma. Allí habían permanecido desde la última vez que pisó el centro especializado de tortura, como él lo llamaba. Ni siquiera recordaba que estaban en la bolsa. Ahora camina con ellas por la acera, y la ligereza que siente en sus pies contrasta con el peso que le hunde la cabeza entre los hombros.

Encuentra el supermercado abierto pero completamente vacío, a excepción de una cajera que le saluda como si hubiera estado esperando su visita durante meses y un reponedor que ríe al fondo de un pasillo con algo que está viendo en la pantalla de su móvil. Una sección que abarca la mitad del local está desmantelada, con las estanterías desiertas y los pasillos cerrados al público. Es el escenario idóneo para un guion posapocalíptico. «Toda La Isla lo es —piensa Eric—. Es perfecto.»

Tras devolver el buenos días a la cajera, enfila los pasillos y se detiene un momento en la frutería. Acaricia una de las naranjas que llenan una barcaza de plástico verde oscuro. Nota su superficie porosa en sus dedos. Su aroma mezclado con el del resto de las pocas frutas que ofrece el puesto de autoservicio. «¿Todo empezó con una sencilla naranja? —se pregunta—. No, no simplifiques.»

Tras obligarse a saborear el recuerdo, sustituye su amargor por un movimiento práctico. Se dirige a la sección de bebidas y llena su carro con dos *packs* de seis cervezas y dos botellas de vino.

Cuando ya se dispone a pagar en la única de las cuatro cajas abierta, un gorgojeo en el estómago le recuerda que no ha probado bocado en más de veinticuatro horas. Desanda sus pasos en busca de algo sólido.

El paseo entre estanterías es un momento casi agradable. Su cabeza está ocupada localizando objetos concretos, comparando diferentes alternativas e introduciendo las elecciones ganadoras en el carro. Todo bajo el mantra constante de un hilo musical sin personalidad mezclado con el chirrido de las ruedas de goma del carrito sobre el linóleo.

Compara precios, examina ingredientes, kilocalorías, conservantes, edulcorantes y aromatizantes. Discrimina entre varias marcas para elegir vencedoras y vencidas. Todo lo que existe ahora son estos pasillos desiertos y estas decisiones. Una forma de felicidad sencilla, o al menos una forma de no infelicidad. Es casi una persona normal que ya paga a una cajera que le sonríe y le comenta que es un gusto que venga algún cliente de vez en cuando. Que se aburre soberanamente. Eric asiente. A pesar del paréntesis de normalidad, sigue sin tener nada que decir.

Vuelve al apartamento cargado con un par de bolsas de comida. También ha comprado algo de ropa en un bazar asiático, junto al supermercado. La ropa que llevará las próximas semanas hace juego con el mobiliario de su nueva casa, es barata y funcional. Improvisada. Nada que ver con su antigua indumentaria de eminente psicólogo.

En la rutina que despidió ayer desde un avión, vestía con la finalidad de proyectar una imagen más responsable de lo que nadie en su sano juicio debería tener, intentaba transmitir rectitud, dejar claro que era alguien que cumple las normas, que no iba a sacar de repente una armónica del bolsillo para arrancarse con un tema de Bob Dylan. Que no era un artista, que no era creativo, que era predecible y, por tanto, confiable. Cualquiera podía depositar en él sus pensamientos más íntimos y él los guardaría con sobria profesionalidad. Eric, ese chico tan capacitado, serio y respetable, les rescataría de su locura, de la infelicidad, de los complejos, de la monotonía de sus matrimonios. Sería su superhéroe.

Ahora se viste para una vida en la que da igual qué prendas elija mientras le permitan mantener el cuerpo caliente, las articulaciones flexibles y los pies cómodos. Se prepara para desaparecer cómodamente.

De vuelta a los bungalós, una chica delgada, menuda y con una coleta que recoge una melena azabache, está fregando la entrada. Al ver llegar a Eric con las bolsas de la compra le abre la puerta y la sostiene para que pase. Él le da las gracias. Ella no contesta y sigue con su tarea. Ninguno de los dos ha apartado la vista del suelo. En eso queda todo.

Ya en su apartamento, Eric coloca la comida en la despensa con cuidado de que los paquetes no queden boca abajo para que puedan leerse bien las etiquetas. Guarda los refrigerados en el frigorífico ordenándolos en las baldas, de la más alta a la más baja según sus necesidades de temperatura y, aplicando un segundo criterio, dentro de cada balda por orden alfabético. Ordena la ropa recién comprada en los cajones y perchas del armario del dormitorio, celosamente agrupada por colores. Otra actividad agradable que le hace sentir culpable. Otra distracción que no merece.

Enciende uno de los hornillos con una cerilla y prepara café. Lo acompaña con un par de tostadas de mantequilla y mermelada de arándanos y una manzana. Desayuna en silencio sin encender la televisión, intentando concentrarse en los sonidos de su ingesta, que resuenan a través de los conductos óseos de su cabeza.

Fuera las nubes ya no dejan resquicio posible al sol en un día gris como tantos que seguirán a este. Eric se quedará sentado en el sofá y beberá nueve cervezas y una de las dos botellas de vino antes de dejar de pensar. Quizá coma algo a media tarde si la ebriedad se lo permite.

Después solo nubes, recuerdos y oscuridad.

INVENCIBILIDAD

Ocho años para el despegue

La romería prenupcial que Claudia le había preparado a Eric llegó a su último destino. Una discoteca de moda que un amigo de Jairo le había recomendado encarecidamente. Los Cinco sabían lo que eso significaba: estaban a punto de entrar en un auténtico antro.

En la cola, cincuenta o sesenta trasnochadores a los que los unían las ganas de que no llegara el día siguiente. La diversidad sorprendía. Imposible encontrar un patrón común entre todas aquellas personas que guardaban fila para acceder a un edificio que, a plena luz del día, rodearían evitando la puerta de entrada.

Olía a la orina reciente derramada en las oscuridades cobijadas en los espacios entre coches y en las entradas a los garajes y soportales cercanos. Los Cinco se colocaron al final de la hilera aguardando su turno, sin dejar de repasar, ahora de forma algo más discreta, bandas sonoras de Disney. En la segunda canción ya se les unió el grupo que esperaba justo delante, tres chicas algo más jóvenes que ellos. Tras unos minutos, en medio de una interpretación tan desafortunada de «Bajo el mar», de *La sirenita*, que apenas era reconocible, uno de los gorilas de la puerta se acercó para pedirles que bajaran el tono: «Los vecinos se quejan, y con motivo». Eric volvió a su forma primigenia por unos momentos, la de la rectitud personificada, y comentó al resto que aquel *profesional* tenía toda la razón. Todos adoptaron entonces el gesto serio de un niño travieso arrepentido y guardaron silencio para, acto seguido, en perfecta sincronía espontánea, estallar en carcajadas más audibles aún que el karaoke previo.

—Chsssssss —chistó Eric—, va, va, que nos van a echar.

Poco a poco se fueron extinguendo las risas y dejaron paso a una charla más civilizada. Las tres jóvenes se integraron en el grupo, preguntando a Claudia y a Eric el porqué de los tutús. Jairo se adelantó explicando, con un orgullo difícil de entender dada su nula responsabilidad en el hecho que acontecería unas semanas más tarde, que la pareja se iba a casar.

—¿Y hacéis una despedida conjunta? ¡Qué monos! —comentó una de las chicas, la más alta.

—¿Eso es porque os queréis mucho o porque os fiais poco? —preguntó otra con gesto pícaro. Era tal la amplitud de su escote que daba la sensación de carecer de pezones.

Todos rieron su comentario.

—Ambas cosas —contestó Claudia, a lo que Eric reaccionó con un codazo cariñoso.

La fila avanzaba más lenta de lo que esperaban y la euforia fue decayendo y dio paso a la batalla entre el cansancio y las ganas de alargar una noche de las que últimamente escaseaban para todos, excepto para Jairo.

Esa lucha se cobró su primera víctima.

—No puedo más, chicos, os abandono —dijo Claudia disculpándose y poniendo la cara de extenuación más creíble que pudo conseguir.

Comenzó entonces el aluvión de chantajes emocionales: «Si te vas tú, nos vamos todos». «Un día es un día. No he viajado siete horas para que la novia nos deje plantados.» «Eric, ten cuidado el día de la boda, que parece que le van las huidas.» «¿Es que vas a dejarme sola con estos tres?»

Claudia fue inmune a las balas. Haciendo caso omiso a la lluvia de cariño encubierto, fue despidiéndose de cada uno con un largo abrazo.

—Ha sido una noche increíble, pero estoy destrozada. Devolvedme a mi futuro marido de una pieza.

—Yo te acompaño, cariño —dijo Eric haciendo un esfuerzo titánico.

—Ni se te ocurra. Tú te quedas. Te conozco y sé que te ofreces para no sentirte culpable. Disfruta, y espero que me cuentes alguna buena anécdota de ese antro infecto.

Eric no tuvo fuerzas para resistirse. Le plantó otro beso como el que abrió la noche y se despidió de Claudia cantándole «Hakuna Matata», de *El rey león*, mientras se alejaba. Se le unieron el resto de Los Cinco, y Claudia se volvió para dedicarles una última sonrisa. El réquiem de despedida cesó con la reaparición del portero prometiéndoles que a la tercera iría la vencida.

Una vez dentro, la discoteca respondió a lo esperado. Oscuridad, alcohol y música a todo volumen. Un hedor resultante de la mezcla de sudor y perfume de cientos de personas y alcohol barato sobrevolaba el ambiente. Nada parecía diferenciar aquel lugar de sus miles de copias nocturnas diseminadas por la ciudad. Lugares en los que la mitad del aforo busca aparearse y la otra mitad que le dejen en paz.

Jairo no tenía pareja, Dhawal sí, pero esa noche consiguió olvidarlo. Las tres jóvenes de la cola decidieron seguir compartiendo la noche con el grupo —lo que ha unido Disney que no lo separe el hombre—, y tanto Jairo como Dhawal comenzaron a desplegar todos sus encantos, cada uno con sus armas. Ambos parecían centrarse en el mismo objetivo, la chica del escote infinito. Carolina y Eric se apartaron un poco, lo justo para quedarse al margen de la cacería pero poder comentar cada jugada del partido. Jairo parecía llevar las de ganar. La cortesía de Dhawal le restaba eficacia, porque tenía la deferencia de dar conversación a las otras dos amigas, mientras que su amigo se centraba exclusivamente en su presa. La educación no sería recompensada en ese duelo.

Cansados de un espectáculo cuyo desenlace parecía bastante claro, Carolina y Eric decidieron pedir otra copa. Era necesario cierto estado de embriaguez para soportar los empujones que iban recibiendo, y devolviendo, en su camino hasta la barra. El volumen de la música los obligaba a acercarse mucho para entenderse.

Prácticamente se gritaban al oído. El nivel de alcohol en sangre, que hacía que algunas palabras resbalaran en la lengua, no facilitaba la comunicación.

Ya en la barra, Carolina comenzó a tomarle el pelo a Eric. Comentarios sobre su futura boda que incluían conceptos como «esclavitud voluntaria» y «cárcel de oro». Los acompañaba con una sonrisa cariñosa, mientras esperaban a que la camarera se fijara en ellos. Carolina llevaba un vestido corto de tirantes muy finos, estampado con millones de rombos microscópicos. La prenda le sentaba estupendamente a su cuerpo delgado, casi infantil. Se había alisado la melena larga que le caía hasta la mitad de la espalda. El pelo más rubio que Eric vio jamás, casi albino, enmarcaba sus ojos azules.

La mitad de las bromas de Carolina y los contraataques de Eric se perdían entre la música, los gritos ajenos y una ebriedad que aún seguía en línea ascendente.

Parecían ser invisibles para una camarera que ya se había trasegado tres chupitos con sus compañeros de barra y seguía sin atenderlos. Cuando ya comenzaba a tomar nota a un grupo de ocho personas que habían llegado después de ellos, Eric se dispuso a protestar. Carolina le detuvo tapándole la boca con la palma de la mano y propuso que salieran un rato a la calle.

—No creo que esos dos nos echen mucho de menos, están muy ocupados con Doña Escote —dijo Carolina.

Eric pensó en el aire fresco y en librarse de aquel ruido y le pareció el paraíso en la Tierra.

Se sentaron en las escaleras de mármol blanco de un portal que los borrachos habían respetado. Carolina lo hizo con cuidado de que su corto vestido tapara lo suficiente para no repartir alegrías involuntarias. Eric se dejó caer en el peldaño más alto tras quitarse el tutú.

—Joder, qué alivio —resopló Eric.

—¿Lo dices por librarte del tutú o del antro al que nos ha traído Jairo?

—Por el antro, claro, el tutú no me lo pienso quitar nunca más. Pasaré consulta con él.

—Quedará genial sobre tu traje de boda.

Ambos rieron y después hubo un largo silencio. Eric estaba cansado pero feliz. Se abandonó a ese pensamiento, el de ser consciente de la noche que le habían regalado su futura esposa y sus mejores amigos. Eso es lo que llenaba su silencio. El de Carolina lo ocupaban reflexiones bien distintas.

—Claudia tiene mucha suerte. Se lleva a uno de los mejores —rompió ella la calma.

—Es esta tela. El tul rosa eléctrico me favorece.

—No, lo digo en serio. —El tono de Carolina cambió por completo, cobró una gravedad extraña en una noche como aquella—. Siempre me pareciste especial, una persona buena e inteligente a la vez. No abundan, ¿sabes? Al menos, en mi experiencia. Los hombres inteligentes son personas insatisfechas por naturaleza. Tienen más necesidades que los menos brillantes y necesitan saciarlas porque lo contrario les parece un fracaso. Y para conseguirlo usan su talento. Son egoístas y eso muchas veces se traduce en dobles intenciones, engaños, manipulación del débil. En una maldad que consiguen justificarse ante sí mismos.

—Como psicólogo, podría rebatirte ese argumento de mil maneras, y también hacer exactamente lo contrario. El individuo es un cúmulo de muchísimos factores y generalizar es siempre un error, pero, si has tenido la mala suerte de encontrarte con un par de cabrones, no seré yo quien te agüe la fiesta y apoyaré tu discurso sin reservas. ¡A la hoguera con esos hijos de puta! Encontrarás a un tonto encantador cuando menos te lo esperes... —dijo Eric guiñándole un ojo.

—Eres tan decente que ni siquiera lo sabes.

—Está hablando tu último mojito, pero es un tipo muy amable —rió Eric intentando aligerar una conversación que empezaba a recordarle a otra similar en el pasado.

—Los tíos son gilipollas... —se quejó Carolina en un susurro.

—Gran verdad. En nombre de mi género, te pido disculpas.

Carolina apoyó la cabeza en el hombro de Eric. Él le correspondió rodeándola con un brazo protector. Pensó entonces en sus años de escuela. La mujer a la que ahora consolaba siempre fue la candidata perfecta para el título de reina del baile, si es que hubiera asistido a alguno. Eric recordó que fue Carolina, y no Claudia, la que atrajo por primera vez su mirada. No era un gran pecado, a todos les sucedía al verla por primera vez, pero aun así Eric no pudo contener una pequeña punzada de culpabilidad al recordarlo. En aquel portal, en brazos de Eric, seguía siendo igual de atractiva. No solo por su belleza, sino también por muchos otros intangibles que la convertían en una mujer a la que rara vez algún hombre le había negado nada.

Volvió el silencio, ahora más denso, que de nuevo rompió Carolina segundos después:

—Eres tan buena persona que siempre me has ahorrado la vergüenza. Nunca has dejado que me humille ante ti.

El gesto de Eric mutó sin que Carolina pudiera verlo. Su rostro reflejó incomodidad, preocupación. Aflojó el abrazo. No pudo eludir las implicaciones de la frase que acababa de vomitar Carolina. Inmediatamente recordó aquella ocasión en la que otras palabras tomaron la misma forma que las que acababan de caer a plomo en ese portal, la misma gravedad pastosa.

Fue en una cena organizada por Jairo, unos años antes, para celebrar su primer papel protagonista en una obra de teatro. Era una dramaturgia retorcida, de un autor lleno de pretensiones y que a posteriori se comprobó que no iba a ninguna parte, más orientada a familiares y amigos que al público general. En la ignorancia del momento, sin embargo, ilusionó tanto a Jairo que decidió celebrarlo por todo lo alto. Lo que se gastó en la fiesta fue más de lo que ganó en los tres pases que la obra consiguió permanecer en la cartelera de un teatro de barrio.

En un momento de aquella noche, Carolina y Eric coincidieron esperando para entrar en el baño. El pequeño estudio de Jairo estaba atestado y, a esas horas, el aseo funcionaba a pleno rendimiento intentando evacuar todo el líquido ingerido por los invitados. Estaba en un pequeño pasillo desde el que no se veía el resto del apartamento. Eric y Carolina, que mantenían una charla intrascendente, tuvieron que

pegarse el uno al otro, de frente, para dejar pasar al anterior ocupante cuando salió. Fue en ese momento cuando Carolina buscó los labios de Eric, y este los apartó.

—Perdón —dijo entonces Carolina avergonzada—. Por un momento he pensado que eras otra persona. Demasiada cerveza. —Relajó el tono, incluso consiguió reírse de la situación—. ¡No me mires con esa cara de pasmado! Estaba pensando en mi chico y se me ha ido la olla. Joder, bastante vergüenza me está dando ya, no me mires así.

Eric reaccionó a tiempo. Se unió a la risa de Carolina y zanjaron el percance. Eric se agarró a su excusa y la quiso creer sin condiciones. Aun así, durante los siguientes meses, la equívoca escena fue un recuerdo recurrente e incómodo para él.

Mientras Dhawal y Jairo libraban su particular batalla por llevarse el escote al agua, Eric libraba la suya propia. Carolina alzó un poco la cabeza y comenzó a respirar en el cuello de Eric. Este sintió cómo se le erizaba la piel. No era placer, era tensión. Miedo.

—Ya me salvaste una vez. Esta noche no me vas a salvar. Esta noche no.

Tras susurrar estas palabras al oído de Eric, Carolina mordió suavemente el lóbulo de su oreja. Esos labios tan conocidos y a la vez jamás probados, esos dientes, peligros blanqueados, la humedad de una lengua prohibida capaz de destrozarse dos vidas en un instante, le hicieron reaccionar.

Sin brusquedad, se apartó y deshizo el abrazo.

—Carolina, estamos cansados, hemos bebido mucho... Deberíamos irnos a casa —dijo levantándose y situándose frente a ella, ya en la acera.

Carolina siguió sentada. Apoyó la cabeza en la puerta metálica del portal, mirando hacia la noche y sus estrellas. Ya no hablaba con Eric, sino para sí misma, como en sueños. Eric la escuchó sin decir nada.

—Te quiero, Eric. Desde que teníamos ocho jodidos años. —La borrachera se hizo más patente en esta última frase, que fue casi un bufido de resignación—. Y lo has sabido siempre. No eres tan torpe ni tan tonto, aunque pretendas parecerlo. Y aun así, has pasado de puntillas por mi locura. La has respetado. Y no solo para protegerte a ti mismo. Creo que, sobre todo, ha sido para protegerme a mí. Y a Claudia. Y a Los Cinco. Porque eres generoso de una forma silenciosa. Sin alardes. Y eso..., esa mierda de bondad tuya, joder, la odio. Hace que me sienta malvada, una hija de puta caprichosa. Me hace sentir... miserable.

Los ojos de Carolina brillaron, reflejando las luces de la calle en una fina película de lágrimas contenidas. Eric quiso cortar la hemorragia, pero no encontró las palabras adecuadas. No quería ofenderla con algún comentario que minimizara la importancia de una confesión que había pospuesto tanto tiempo, no quería menospreciar sus sentimientos, pero tampoco podía alimentarlos. Optó por callar, como tantas veces en su consulta cuando esperaba a que el paciente diera las respuestas adecuadas. Calló esperando que sucediera algo que pusiera punto y final a la escena, un telón oportuno que borrara lo dicho y lo dejara en el mismo limbo, sin

consecuencias, en que se queda una mala película de las que se olvidan a los cinco minutos de salir del cine y no se vuelve a hablar de ella.

Lo que sucedió fue Dhawal. Salió de la discoteca sudado y con un paso elástico, y llegó al portal donde Carolina ya no hablaba y Eric ya no escuchaba. Dhawal gritó el resultado del duelo que acababa de concluir en el interior.

—¡Me cago en Jairo y en su puto magnetismo animal! ¡Hay un ganador y, oh, sorpresa, no soy yo! ¡Salta la noticia! ¡Paren las rotativas!

Lo dijo divertido, sin rencor, con la indiferencia del que ha perdido tantas veces que ya no sufre la derrota. Eric le sonrió intentando unirse a su normalidad.

—Lo importante es participar, amigo mío —le dijo mientras Dhawal se sentaba en las escaleras, en el lugar que ocupaba él hace un momento.

La llegada de Dhawal no modificó un ápice la actitud de Carolina. El mismo gesto ausente en una mirada vidriosa. Dhawal no fue consciente de que había irrumpido, justo a tiempo, en uno de los episodios más complicados en la historia de Los Cinco. Eric esperaba que Carolina dijera algo que rompiera su propio hechizo. Algún comentario acerca del escote que no disfrutaría Dhawal o acerca de la camarera que los había ignorado, o sobre el tutú rosa que ahora sostenía él entre las manos hecho un ovillo. Cualquier cosa ligera que hiciera posible achacar lo sucedido al alcohol.

Pero Carolina no dijo nada.

Dhawal siguió hablando sobre el talento de Jairo con las mujeres cuando ella se levantó y abrazó a Eric por la cintura, cerrando los ojos con fuerza, provocando que las lágrimas contenidas resbalaran en una sola descarga. Un único par de gotas, gruesas y pesadas, que no escaparon a la mirada de Dhawal, que enmudeció.

Eric la rodeó posando las manos en su espalda. Intentó medir la intensidad de su respuesta, ejercer la presión justa para consolarla sin ofrecerle esperanza. Para darle cariño, no amor. Al menos, no el tipo de amor que irradiaba el cuerpo de Carolina al apresar el de Eric con todas sus fuerzas.

Dhawal los miraba sin saber qué estaba pasando y Eric simuló unirse a su estupor dedicándole un gesto sorprendido por encima del hombro de Carolina.

Tras unos segundos, que a Eric le parecieron semanas, Carolina deshizo el abrazo y echó a andar sin despedirse. Dhawal y Eric la vieron alejarse por la acera, iluminada por los conos de luz naranja que arrojaban las farolas.

—¿Y a esta qué le pasa? —preguntó Dhawal.

—No tengo ni idea —mintió Eric encogiéndose de hombros.

—Mujeres... —zanjó Dhawal.

Eric abrió la puerta de su apartamento sin cuidado.

Tras el mutis de Carolina, Dhawal y él decidieron que era el momento de poner punto y final a una noche que empezaba a perder el rumbo. Compartieron un taxi de vuelta a casa. Dhawal se bajó primero y Eric se despidió de su amigo con un abrazo en lugar del habitual apretón de manos. Una vez solo en el taxi, pudo pensar en lo que acababa de ocurrir con Carolina.

Esta vez no sería tan fácil obviar un sentimiento que se había verbalizado, aunque presumía que Carolina jamás lo mencionaría y él tampoco. No hablar de ello era factible, ignorarlo sería muy diferente. Algo se había roto entre ellos y solo conocería el alcance de la lesión cuando volvieran a verse. Quizá todo fuera menos grave de lo que parecía en ese taxi de vuelta a casa, con el temblor de Carolina aún vibrante en sus brazos. Quizá el alcohol y sus propiedades amnésicas mitigaran los efectos de la crisis. Hipótesis.

Por encima de todos esos cálculos inciertos, uno se erigió con fuerza: su culpabilidad.

Cualquiera en la situación de Eric, un hombre que acababa de rechazar a una mujer magnífica, habría degustado su invencibilidad, la sensación de inmunidad ante cualquier ataque. Eric debería haberse recreado en la solidez de la relación que habían construido él y su futura esposa. Pero ese no habría sido Eric. Como psicólogo, sopesó cuáles habían sido sus gestos y comportamientos que habían propiciado el enamoramiento de Carolina, qué había hecho para que llegara al punto de llorar por él delante de Dhawal. Con esos análisis en marcha, bajó del taxi y entró en casa.

En el dormitorio Claudia dormía profundamente. Se quitó la ropa como si estuviera solo y no hubiera nadie a quien molestar. Se sentó en su lado del colchón, hundiéndolo y haciendo que el cuerpo de Claudia virara un poco hacia él. Se descalzó y tiró un zapato al suelo, consiguiendo por fin su objetivo.

Ella se dio media vuelta en la cama y masculló perezosa algo parecido a un saludo, o un te quiero, apenas nada.

—Hola, cariño —respondió Eric tumbándose a medio desvestir.

Se acercó a Claudia y le dio un beso en la mejilla. Necesitaba oír su voz y que esta cambiara el signo de sus pensamientos. Confirmar que todo estaba bien, que su fidelidad había sido puesta a prueba y el resultado había sido una victoria inapelable sobre la tentación de la carne, sobre el hambre de cuerpo ajeno. Que solo era culpable de cavilar demasiado.

Mordisqueó el lóbulo de su oreja, como había hecho Carolina con el suyo de manera furtiva una hora antes. Eric recogió aquel gesto y lo entregó al destinatario correcto. Claudia fue despertando entre los dientes de Eric y le besó en la boca. El tercer beso adolescente que se regalaban esa noche.

—Nunca voy a decepcionarte. Quiero que lo sepas, que estés completamente segura de ello —dijo Eric en un exceso de solemnidad.

Esa declaración consiguió agrandar y preocupar a Claudia a partes iguales. Eric le había imprimido una trascendencia que hacía saltar las alarmas. Y Claudia se resistió a aceptar una revelación de semejante calibre sin otorgarle el maleficio de la duda. ¿Habría ocurrido algo que precisaba contrición? ¿Sería el origen de ese juramento un pecado anterior? ¿Se encontraba ante el preludio de una confesión que lo destrozaría todo?

Claudia se separó un poco de Eric para intentar verle la cara. La luz de las farolas que se filtraba por las rendijas de la persiana apenas alcanzaba para dibujar los contornos de los objetos. Eric solo era una masa informe de oscuridad densa sobre oscuridad traslúcida.

—¿Me estás devolviendo el susto? ¿Ha pasado algo? —dijo Claudia acariciando la mejilla de su novio.

—No. No tienes nada de lo que asustarte. Precisamente eso es lo que quiero que sepas. Que no debes temer nada, nunca. —Con la acuciante necesidad de convencerse a sí mismo, imprimía una energía desesperada a cada sílaba—. Te quiero, sin ninguna duda, sin puntos débiles. Eso es lo que intento decir —añadió estrechando a Claudia como un náufrago se aferra al último tablón en medio del océano.

—Yo también, Eric, con todo mi corazón —respondió Claudia más tranquila.

—Pues entonces somos invencibles.

Eric cerró los ojos deseando creer aquellas palabras. Intentó dormir pero no pudo conciliar el sueño. Seis demonios bailaron en su interior.

LOS SEIS DEMONIOS

Ocho años para el despegue

Eran seis los demonios que danzaban alrededor de una hoguera. Cantaban canciones en un idioma que solo ellos conocían. Eric no conseguía entender lo que decían, pero sentía la angustia que le producían sus voces, sus gestos, sus risas. Sus cuerpos estaban cubiertos de un sucio pelaje en tonalidades grises y marrones. Vestían pieles de animales que, suponía Eric, ellos mismos habían cazado. Le recordaban a aquellas marionetas de Jim Henson en alguna película que había olvidado. Pero estos carecían de la amabilidad, de la inocencia de aquellos muñecos de trapo. Estos que se burlaban de la felicidad de Eric no eran títeres controlados por una mano invisible, eran seres con vida propia y maldad genuina.

Aquella noche, abrazado a Claudia mientras le prometía que eran invencibles, fue la primera en la que bailaron para Eric, pero él sabía que habían existido siempre en su interior. Habían asistido al nacimiento del universo y todo hacía pensar que seguirían bailando hasta verlo desaparecer.

Ya había visto esos rostros antes, un par de días atrás, colgados en la pared de la galería de arte de Claudia.

Pertenecían a un cuadro menor, de un autor menor en una colección menor, que se había expuesto apenas durante una semana en una sala auxiliar de la galería. En una esquina de esta bailaba el sexteto a golpe de tinta en un pequeño grabado en blanco y negro.

Claudia detestó el cuadro desde el primer momento. Ella nunca hacía favores en su galería. «El arte no suplica, al arte se le da las gracias.» Le encantaba esa frase y la aplicaba a rajatabla, pero esa vez tuvo que hacer una excepción.

No supo cómo esquivar la bala que le disparó Carmelo, el encargado de la limpieza de la galería, un hombre a punto de jubilarse por cuya dulzura Claudia sentía debilidad. Incapaz de eludir la misión que —Claudia estaba segura— le había encomendado su padre, el hombre dejó caer el comentario con la torpeza de un mal jugador de póker. Don Ernesto, su tío, hermano de su padre, acababa de fallecer, y al parecer la ilusión de su vida había sido ver expuestos algunos de sus dibujos en una galería «de las buenas». Claudia entendió al primer vistazo el motivo de que nunca llegara a cumplir su sueño.

Carmelo le dio las gracias tantas veces a Claudia durante esa semana y se avergonzaba tanto al hacerlo que no quedó ninguna duda de que ambos compartían la misma opinión sobre la obra de don Ernesto.

Así que, durante cinco largos días, Claudia sintió aquel cuadro como un incómodo grano infectado en el hermoso y trabajado trasero que era su galería de arte. Visitaba varias veces al día el rinconcito maldito solo para admirar la fealdad de los trazos, para intentar explicarse el porqué del horror que le producía mirarlo. No consiguió concretar ninguna teoría acerca de semejante desequilibrio estético. Simplemente era feo. Punto.

Tanto le repitió a Eric, durante aquellos días, cuánto odiaba ese cuadro que él no tuvo más remedio que saciar su curiosidad y acercarse a verlo antes de que desmontaran la exposición.

Claudia respiró aliviada cuando la retiraron. Especialmente cuando descolgaron el de los seis demonios, que resultaron ser seis pastores de cabras, según explicaciones de Carmelo a las preguntas de Claudia que él trasladó a su padre para satisfacer su curiosidad.

Eric se contagió de la felicidad de Claudia cuando las paredes volvieron a estar vacías y pudo sustituir la obra odiada por la belleza de una nueva y magnífica exposición.

Y ahora Eric iba a casarse con ella. Eric iba a ser un cuadro que permanecería en las paredes de Claudia para siempre. Esa era la idea al menos.

Obligaría a su mujer a colgarlo en la pared y mirarlo al despertar cada día durante el resto de su vida. Y le había prometido que aquel cuadro sería indestructible, que ellos serían «invencibles», esa fue la palabra exacta. Y sin embargo, no había sabido evitar que Carolina cruzara unos límites que podían acarrear graves consecuencias. Algo debía haber hecho él.

Y por eso, los demonios danzaban. Y danzarían en adelante cada vez que Eric no se comportara como debía, o como él creía que debía comportarse un hombre recto amante de su esposa.

¿Y si Eric, que ahora le parecía a Claudia el cuadro más bello del mundo y cuyos colores conseguían dejarla sin aliento, acababa convirtiéndose en un horrible dibujo en blanco y negro, en un horrible *Don Ernesto*?

Ese presagio de Eric derivó en otro, como si los seis demonios se lo dictaran palabra por palabra.

¿Y si era él quien acababa detestando el mismo cuadro todas las mañanas?

De todas las bifurcaciones en el camino, Eric solía reservar un pequeño espacio en su corazón para las alternativas no elegidas. Una curiosidad sana por las opciones perdidas. Más un juego de fantasía que otra cosa, el placer de imaginar otras vidas para acabar quedándose siempre con la suya. Eric era consciente de que la inteligencia del ser humano era una fuente de desencanto constante a la que se debía quitar importancia. Sin embargo, no eran pocas las veces que no conseguía neutralizarla.

Sintió un vértigo amorfo en la boca del estómago. Un miedo difícil de vencer porque no conseguía encontrar la fuente.

Dudas.

Culpa.

«Somos invencibles», acababa de decirle a Claudia minutos después de que otra mujer, Carolina, confesara su amor por él. Tenía claro que no quería transitar ese otro

sendero que acababa de abrirse ante él, y sin embargo los seis demonios bailaban y reían. Daban fuertes pisotones sobre la tierra y levantaban humaredas de polvo que no dejaban a Eric respirar. Seis demonios que, en una noche en la que debería haber sido completamente feliz, no le dejarían dormir.

Han transcurrido varios días desde su huida y ya no hay rastro del respetable psicólogo, ya no parece un hombre de fiar.

Durante este tiempo se ha limitado a esculpir una profunda depresión en el sofá con la forma de sus glúteos, ingerir alcohol en grandes cantidades y comer lo suficiente para seguir respirando. Una rutina que ya afecta a la superficie. Su aspecto le delata. A menudo no encuentra la motivación suficiente para poner una lavadora y reutiliza en exceso las prendas.

Cada mañana despierta a la hora en la que la resaca le impide seguir durmiendo. Casi siempre ingiere algo de alcohol antes de acordarse de desayunar. Si tiene suficiente bebida y comida, todas las tareas del día se reducen a beber hasta que una nueva borrachera cubra la resaca de la anterior. Enciende la tele de vez en cuando, pero no le presta atención, la utiliza como a un charlatán al que ignorar mientras bebe, una forma de completar el silencio.

La idea de una muerte rápida e indolora, con la que ya fantaseó al aterrizar en La Isla, ha cruzado su mente un par de veces. Igual que entonces, ha sido algo fugaz, una chispa que salta de la hoguera y se apaga en el aire un poco después. La picadura de un mosquito que no ves hasta que sientes el pinchazo. No han llegado a ser reflexiones conscientes que generaran un debate en su interior. Lo cierto es que nunca antes se había acercado tanto a esa orilla, Eric lo sabe, y por eso no puede ignorar esos pensamientos a la ligera. Son semillas incómodas sobre las que se acuesta cada noche esperando que no germinen. O quizá todo lo contrario.

La realidad es que si Eric no se adentra más en ese camino es simplemente porque no le parece justo. Es un final que no se merece. Demasiado fácil. Demasiado inocuo. Ser consciente de su soledad, amplificada por ese desierto que otrora fuera un paraíso superpoblado, condenado al frío que azota La Isla y a una lluvia que no ha dado tregua, le parece un castigo más razonable.

«RECUERDA», le dice a diario ese teléfono sabio que lleva en el bolsillo. Alaba esa tecnología infalible que no le permite eludir su principal tarea en La Isla.

La señora Hicks le ha visitado un par de veces para, según ella, asegurarse de que todo estuviera a su gusto. Ambas ocasiones fueron temprano por la mañana y él aún estaba lo suficientemente sobrio para poder hablar con cierta normalidad. La casera no se ha ahorrado algún que otro comentario sobre cuánto le habría gustado poder saludar de nuevo a su esposa, confirmando las sospechas de Eric de que sus visitas estaban más orientadas a la obtención de información que a la preocupación

por su bienestar. Para decepción de la anfitriona, Eric volvió a comentar la excesiva carga de trabajo de su esposa.

La chica morena que limpia los apartamentos ha sido la cara que ha visto con mayor frecuencia. Una pequeña abeja obrera que ha revoloteado alrededor sin gran entusiasmo. La ha visto todos los días en al menos una ocasión, adecentando la recepción, colocando las hamacas en la piscina de una forma metódica y precisa que ha agradado a Eric, barriendo los porches, cortando el césped o vaciando las papeleras, siempre en movimiento, siempre enérgica y siempre con el mismo rictus de seriedad.

Ella también se aloja en el complejo. Bungaló número 15. Parece trabajar a tiempo completo. Limpia, arregla, se encarga de la recepción o está a disposición para hacer cualquiera de esas cosas. En las horas a las que Eric se despierta y desayuna en su salón mirando a la piscina, o en el porche si no hace demasiado frío, la suele ver buscando algún pedazo de ese mundo que pueda arreglar.

Los saludos entre ellos comenzaron siendo breves y sin contacto visual. Pero ha ido mutando conforme ambos levantaban la mirada, un poquito más en cada ocasión.

Hoy se mirarán a los ojos por primera vez.

Eric vuelve de otra visita al supermercado. Siempre acude con la cara enrojecida por la resaca o en plena borrachera interrumpida por la falta de provisiones. Esta vez al menos está sobrio. Se ha despertado hace pocos minutos con otro lacerante dolor de cabeza que necesitaba convertir en ebriedad cuanto antes. Ha cogido unas cervezas y algunas botellas de vino barato, ha pagado con rapidez y ha vuelto a su bungaló.

Ya no goza de la simpatía que la cajera le regaló el primer día. Ha ido desgastándose con cada visita, con cada lamparón de vino, con cada respiración de aliento alcohólico. Ahora la empleada intenta que la transacción comercial sea lo más rápida e impersonal posible.

El orondo vecino vuelve a estar en la piscina, con su *slip* y su camisa, ajeno a cuanto le rodea. No hace otra cosa en todo el día, siempre en silencio. «¿De qué huyes tú, gordito?», piensa Eric.

Cuando echa la mano al bolsillo comprueba que ha olvidado las llaves dentro. Es algo que le solía ocurrir varias veces cada verano. La puerta de entrada no tiene manilla exterior y se cierra de golpe al salir. Cualquier despiste suponía molestar a la señora Hicks para que les abriera la puerta.

Mira dentro y observa el pequeño manojito de llaves, ordenadas por tamaño, colgando en el interruptor general de la luz. Ya se dispone a regresar a la recepción en busca de la señora Hicks cuando ve a Claudia sentada en una silla que hace un momento no estaba allí. Una silla de estilo victoriano que Eric reconoce al instante como la que durante años adornó su dormitorio. El contorno lateral de sus senos queda expuesto entre los tirantes de una camiseta de algodón. Reconoce la prenda. Es la camiseta con la que solía dormir junto a él. Unas finas bragas de encaje negro completan el resto de su indumentaria.

Claudia se está pintando las uñas del pie derecho. Eric observa sus movimientos, siempre admiró la destreza con la que hacía serpentear aquella pequeña brocha cubriendo cada uña por completo, sin traspasar jamás el límite donde comenzaba la carne. Claudia termina con el meñique, levanta la cabeza y mira a Eric. Le saca la

lengua. Eric contempla la burla amable al otro lado del cristal, como tantas otras veces cuando él llegaba de darse un baño en la piscina y ella se negaba a abrirle.

La sonrisa se desvanece de pronto. Claudia parece desmayarse, pero sin embargo permanece erguida contra el respaldo de la silla. Algo va mal. Entonces Eric se da cuenta. Algo falta en la escena. Ladridos. «Sí, eso es —piensa Eric—, es el silencio el que no tiene sentido. ¿Por qué no se oyen los ladridos?»

Claudia reacciona. Abre unos ojos inyectados en sangre, que parecen a punto de saltar de sus órbitas. Se agita. Forcejea para librarse de unas cuerdas invisibles. Se sacude contra el respaldo de la silla cada vez con más intensidad. Su rostro tiembla con fuertes espasmos, cada vez más rápido, hasta que Eric ya no consigue distinguir sus rasgos. La velocidad es inhumana. Entonces Claudia deja de moverse. Su cabeza cae hacia adelante, inerte, y la melena le cubre la cara en una cascada de pelo sudado. A través de la camiseta empieza a crecer una mancha rojiza, a la altura del vientre, que se propaga como un incendio carmesí empapando el algodón. Salta de la camiseta a la piel tiñendo de rojo a Claudia hasta que toda ella se torna una masa unicolor.

Eric parpadea y el salón vuelve a estar vacío.

Le falta el aire, los demonios vuelven a levantar una polvareda con sus bailes. Eric aspira profundamente.

Deja la bolsa del supermercado y se sienta en una silla del porche. Cierra los ojos unos segundos y evoca el supermercado y sus pasillos y los artículos dispuestos en las estanterías. Trata de recordar todos los que ha comprado esta semana, uno a uno, ordenándolos luego mentalmente por tamaños, de menor a mayor. Genera en su cabeza una serie de cajetines de madera cuadrados, cada uno más grande que el anterior, y va metiendo en ellos esos artículos, cada uno en el cajetín de su tamaño. Vuelve a recuperar el pulso. Consigue ponerse en pie. Una última respiración profunda y se dirige a la recepción en busca de la señora Hicks.

En su lugar encuentra a la chica de la coleta azabache. Está barriendo.

—Perdona, olvidé las llaves. ¿Podrías abrirme?... —La empleada sigue barriendo—. Por favor.

Ella se detiene y mira a Eric. Es la primera vez que Eric ve esos ojos negros.

—Le he dicho mil veces a la señora que debería cambiar el sistema de cierre de las terrazas. Pero ni caso. Si no se cerraran de golpe, me ahorraría ser la serena del vecindario.

Parece malhumorada por el cansancio, o cansada por el malhumor. Sus ojos grandes y oscuros reposan sobre unas amplias ojeras que destacan en una piel no excesivamente morena. Los párpados parecen algo hinchados, esa mirada no ha descansado bien en una larga temporada. La nariz es chata y los labios más bien gruesos. Pómulos afilados, todo su cuerpo parece afilado. Se adivina su delgadez bajo la holgada ropa de algodón grisáceo. No lleva maquillaje y sería una mujer atractiva si estuviera más descansada y fuera más feliz de lo que aparenta.

—Supongo que es usted más barata que unas cerraduras nuevas... —le dice sin pensar, sin ser consciente de lo ofensivo que podía sonar.

—¿Perdona? —la muchacha le mira apoyada en la escoba, sus ojos entornados piden explicaciones.

—Quiero decir... que... quizá no le importe que tú tengas más trabajo si así se ahorra... Perdona. No pretendía ofenderte —dice agotado, no se siente con fuerzas para enderezar la situación. Solo quiere entrar en casa y tomarse un vaso de vino.

—No se te dan bien las personas, ¿eh? —la chica relaja algo el tono y la mirada —. Lo peor es que tienes razón. Esa mujer, con tal de ahorrarse cuatro duros...

La chica enfila el camino de la piscina con paso vivo sin esperar a Eric mientras saca de uno de sus amplios bolsillos del pantalón un llavero con una docena de llaves numeradas. Coge la llave número 4 sin que Eric tenga que indicarle cuál es su bungalow, abre la puerta y da media vuelta sin mirar a Eric.

—Intenta no darme mucho trabajo extra, por favor —dice ella a modo de despedida.

—Si alguna vez siente la necesidad de hablar, venga a verme. Será un placer escucharla.

Es él quien ha hablado, no hay duda, pero no tiene ni idea de quién ha dado la orden de pronunciar esas palabras, y mucho menos con qué intención. Algo ha golpeado con un pequeño martillo un punto reflejo en su laringe y esta ha reaccionado de forma involuntaria, y la frase se ha esparcido por el aire y ya es tarde para recoger sus partículas con las manos y volver a introducirlas en su interior. La chica ladea la cabeza, aún de espaldas, y relaja los hombros y disminuye la tensión en su rostro, al menos en el perfil que ofrece a Eric. Frena su marcha un instante y vuelve a arrancar a paso vivo mirando de nuevo al frente. Justo antes de desaparecer por la escalera de recepción, alza la voz haciendo que el vecino del *slip* levante la cabeza y los mire desde su tumbona.

—¡Yo soy Mía!

MOVIMIENTO

Despierta aturcido por la invitación que ayer realizó a una extraña. Lo último que le apetece en estos momentos es escuchar a nadie, pero ahí quedó, flotando en el aire, su compromiso verbal de estar encantado de escuchar a una tal Mía.

Se consuela pensando en la escasa probabilidad de que ella recoja un guante que, a juzgar por sus primeros intercambios, sería de boxeo. Resultó ofensivo, aunque no fuera su intención. No parece demasiado verosímil que se pase por su apartamento para compartir una taza de café, y a una gran parte de su yo consciente le alivia pensar que no sucederá jamás. Sin embargo, un pequeño reducto de sí mismo desea, con involuntario fervor, que esa mujer introduzca una nueva suerte de caos en su mundo.

Ayer bebió algo menos, sus devaneos mentales se desviaron hacia esa extraña invitación para encontrar el motivo. Se dispersó, se distrajo. Quizá simplemente quiso ser cortés para intentar compensar su torpeza, pero, no, él sabe que es algo más que eso.

De nuevo le golpea el sentimiento de culpa. Cualquier ansia de romper su rutina la considera una falta grave en el cumplimiento de la condena. No es que desee a Mía, no podría desear a ninguna mujer del planeta. No se trata de eso. Se trata de no desviarse de su cometido en La Isla: recordar.

Sin embargo, hoy la resaca es tolerable y siente la necesidad de generar movimiento en cualquier dirección. Rodear números con el bolígrafo, aunque no sirva para nada. Modificar elementos a su alrededor para generar una sensación de utilidad.

Son las once de la mañana, suena su teléfono móvil y mira la pantalla sabiendo de antemano lo que verá: «RECUERDA». Rechaza la llamada.

Mira sobre la mesa del salón donde descansa la guía del Sabio, aquella que cogió el primer día en recepción. Ese puede ser un mapa como otro cualquiera para encontrar lo que no se busca. Del frigorífico ha cogido el último minitetrabrik de zumo de naranja de un *pack* de seis. Pincha la pajita en la abertura sellada por un cartón plateado y sorbe el líquido mientras termina de leer, aunque ya la conoce, la leyenda que dejó a medias días atrás.

Tras la muerte de su esposo y la marcha de sus dos hijos legítimos, la pena embargó a Alodia, que no tardó en caer enferma para morir pocas semanas después por unas malas fiebres.

Pasado un tiempo, y tras un romance que comenzó tras la muerte de su madre adoptiva, Beltrán se desposa con una joven granjera del pueblo, la bella y esbelta Berta, a la cual aspiraban todos los

hombres solteros de la región, incluidos Durán y Tristán, y de la que se enamora como nunca antes lo hizo un hombre sobre la faz de la tierra. Berta ve en el corazón de Beltrán todo aquello que ha deseado alguna vez en un hombre y le ama por ello. Un sentimiento mutuo en la pareja. Beltrán vuelve a ser feliz.

La envidia de los hermanos hace que sus corazones rezumen de un odio enfermizo hacia el bastardo. No queda ya rastro de los niños alegres que un día fueron. Son las sombras de los hombres que Telmo y Alodia imaginaron en sus hijos.

La noche previa a la boda, Beltrán tiene un sueño sombrío y extrañamente vívido: sus hermanos Durán y Tristán arrastran a una Berta amordazada e inconsciente hasta unos árboles. Una vez allí, Tristán descarga una cantimplora de agua sobre su rostro, haciendo que Berta recobre la conciencia. Quieren que esté despierta para lo que sucederá a continuación. Ríen, parecen borrachos. Por turnos, sus hermanos violan, golpean y acaban matando a su desposada. Cuando han terminado mutilan su cuerpo, bajo una euforia demente, abandonando los restos a los pies de un gran sauce.

Beltrán despierta en medio de la noche, empapado en sudor, y se viste a toda prisa para dirigirse a la granja en la que duerme Berta. Llama al portón y el padre de la muchacha abre la puerta alarmado. Cuando entran en la pequeña habitación de su hija, ven la cama de paja vacía y revuelta. Varios objetos están tirados por el suelo. Se ponen en marcha para buscar a la joven.

Comienza a amanecer cuando hallan su cadáver. Es Beltrán quien lo encuentra. Primero reconoce el gran sauce, a lo lejos, en una arboleda a las afueras del pueblo. Cuando se acerca, sus ojos captan todo el horror del mundo en el cuerpo desnudo, mutilado y amoratado de su adorada Berta, que yace fría a los pies del sauce. Hay sangre por todas partes y los gusanos se retuercen sobre su amada. Las extremidades y la cabeza están separadas del tronco y tiene la boca rasgada por las comisuras, junto a horribles lesiones en el ano y el sexo. No es humano lo que contempla Beltrán, en el momento en el que el primer rayo de sol, del que iba a ser el día de su boda, acaricia su rostro.

Nadie en el pueblo ha visto ni oído nada, pero el bastardo conoce cada detalle de lo ocurrido.

Al día siguiente, durante el funeral de Berta, a la luz rojiza de un precioso atardecer, Beltrán no derramará una sola lágrima. Con gesto impasible y mirada perdida, recibe en silencio las frases de consuelo de sus allegados. Beltrán jamás volverá a pronunciar palabra alguna. Una fuerza poderosa crece en su interior con cada segundo de vida, con cada latido de corazón, transformándole en algo tan inhumano como el crimen cometido bajo el gran sauce.

Esa misma noche comienza la mayor carnicería en la historia de La Isla.

Las primeras víctimas son Durán y Tristán, cuyos cuerpos aparecen a la mañana siguiente del funeral bajo el mismo sauce en el que Beltrán encontró el de su esposa, mutilados de forma exacta a la que sufrió ella, con un añadido: sus cabezas han sido vaciadas por completo, dejando solo piel y huesos. Cáscaras vacías.

A partir de ese momento, Beltrán comienza a tener imágenes premonitorias que ponen al descubierto los pensamientos más perversos de los habitantes de la región. Es capaz de ver toda la oscuridad que habita en las mentes de sus vecinos. Se alimenta de ella, física y espiritualmente. Cada noche, Beltrán sale de caza. Visita a los protagonistas de sus visiones anticipándose a sus actos. Los mutila y recolecta sus cerebros, podridos por la codicia, el adulterio, la envidia, la lujuria, la ira y el orgullo que albergaban. Purga sus pecados y se nutre de ellos, sorbe cada gramo de esa sustancia maldita, y lejos de aplacar su apetito, cada día se vuelve más voraz.

Los rumores sobre estos asesinatos vuelan veloces y alcanzan los confines de La Isla, penetrando incluso en el continente. Todo el mundo ha oído ya hablar del Sabio. El asesino que vacía las cabezas de sus víctimas.

Todos los dedos, miradas y comentarios señalan a Beltrán, pero jamás es visto ni oído.

Una noche, un grupo de campesinos decide ajusticiar al bastardo. Armados con hoces, hachas y cuchillos avanzan bajo la luz de sus antorchas en dirección a los viñedos y lo encuentran esperándolos en la puerta. Beltrán no ofrece resistencia. Pronuncia sus últimas palabras antes de ser prendido: «Conozco la fecha y hora de mi muerte desde que vi el cuerpo de mi esposa devorado por los gusanos. Me será más fácil conceder muerte desde la muerte que hacerlo desde la vida».

El bastardo es prendido y arrastrado hasta el sauce donde comenzó todo. Allí es ejecutado. Su cuerpo, con el torso abierto desde el vientre a la garganta y las extremidades quebradas por los golpes de la turba, es arrojado desde el Acantilado Norte, que linda con la arboleda, a un mar encrespado, en el que desaparece engullido por las aguas en una noche de luna llena.

Tras su muerte, se forja la leyenda.

Muchas fueron las voces que aseguraron, y muchas siguen haciéndolo hoy en día, haber visto al hijo bastardo de Telmo, en cada luna llena, saliendo de entre las aguas con la piel traslúcida, podrida y gelatinosa, visibles las vísceras en el torso abierto, y felinos los ojos heredados de la cartomántica, para dar muerte a un nuevo culpable y vaciar otra cabeza enferma. Vaciando este mundo de sus maldades. Anticipándose. Un crimen para evitar otro crimen.

Texto de LUCAS OLIVER BOSCH

Eric devuelve el folleto a la mesa, succiona hasta el último mililitro de zumo y el salón queda en silencio. Una quietud que le permite oír la voz de Claudia con nitidez: «¿Ves? Te lo dije, ese tal Lucas Oliver Bosch parece un hombre serio. Me gusta ese aire de rigor histórico en su historia. Avala mi versión de los hechos. No-estoy-loca».

Claudia se esfuma dejando una estela de cristales puntiagudos. Eric siente la tentación de tragarse cada esquirla. De nuevo le ataca la necesidad de alcohol e inacción, pero consigue elevar su peso del sofá y moverse antes de caer en la telaraña. Hoy no hará una ofrenda al dios del olvido, sino al del recuerdo. Hoy su movimiento generará sensación de utilidad.

No se molesta en quitarse la ropa con la que ha dormido, unos calzoncillos bóxer de estampado jeroglífico y una camiseta blanca de manga corta que ha comenzado a amarillear en la zona de las axilas. Se enfunda sobre ese pijama improvisado el pantalón vaquero y un grueso jersey de lana roja con un estampado de cenefas blancas, estilo montañero. Lo compró en el bazar asiático en una de sus visitas al supermercado y, a pesar de su más que dudoso valor estético, le protege del frío mejor que su vieja sudadera granate. Antes de abandonar el bungalow coge un pequeño paraguas plegable que compró también en el bazar, por si regresa la lluvia.

Al salir no ve a Mía. Siente cierto alivio. Sería embarazoso enfrentarse a cualquier comentario que pudiera hacerle acerca de su arrebato de hospitalidad o, peor aún, sobre su nuevo jersey.

Camina hasta el paseo marítimo bajo un manto de nubes cuyo blancor no parece amenazar lluvia. Al contrario que ese viento que no amaina y mueve las palmeras que adornan la avenida, y cuyo tronco rugoso toca ahora con los dedos.

Las baldosas trazan dibujos geométricos granates sobre un fondo blanco. Están salpicadas de arena que llega desde la playa por las rachas de viento. Apenas hay comercios abiertos. Casi todas las cafeterías y restaurantes de la primera línea están cerrados y en su interior, entre cortinas que ocultan el abandono, asoman decenas de sillas y mesas metálicas amontonadas esperando volver a convertirse en terrazas al sol.

Está solo. Por eso oye con nitidez las zancadas que se aproximan a su espalda. Unos segundos más tarde, un hombre que podría doblarle la edad le adelanta al trote por la derecha con indumentaria fosforescente de corredor. Resopla como un caballo al galope, pero marcha ligero. El hecho de que Eric y él sean los únicos seres humanos a la vista le obliga a exhalar un «buenos días» entrecortado. ¿Cómo no

hacer el esfuerzo? Eric devuelve el saludo cuando el corredor ya le saca un par de metros. No cree que lo haya oído. Eric envidia su forma física con la misma intensidad con la que se reprocha su dejadez. Casi simultáneamente cae en la cuenta de que no le preocupa en absoluto su estado cardiovascular. Es más libre que nunca en ese sentido. La muerte ha dejado de importarle.

¿Es esto la libertad? ¿Que ya no importe la cantidad de colesterol acumulada en las paredes de las arterias? ¿El peaje de entrada al mundo libre es perderse de tal manera que no importe qué camino elegir? ¿Que no importe nada en absoluto? Quizá sea así. Quizá si uno se hunde en un mundo en el que, de la mañana a la noche, no deba hacer otra cosa sino esperar el siguiente latido de su corazón, poco a poco pueda convertirme en una señora Hicks.

Eric recuerda entonces con mayor nitidez a la señora Hicks y confía en que haya mejores alternativas.

El Acantilado Norte ha conservado su nombre, igual que conserva su majestuosidad pese al azote constante del viento. Es uno de los lugares cuya visita recomendaba la guía del Sabio, el paraje donde se supone que aquel bastardo fue arrojado al mar por los campesinos, el mismo por el que vuelve a la vida, reptando por sus rocas, en noches de luna llena. Es allí a donde Eric dirige sus pasos, rehaciendo el recorrido que Claudia cubriera tiempo atrás.

Camina algo menos de media hora, concentrado solo en sus zancadas, en su respiración y en su cansancio. Llega hasta el extremo del paseo y continúa más allá, por caminos de piedra cada vez menos transitables y más inclinados. El último trecho es poco más que una brecha abierta en el manto de hierba por el paso de los turistas. Una cicatriz más que los tiempos modernos han dejado en La Isla.

Llega al borde del acantilado. Al lugar donde unos descoloridos bancos de madera invitan al visitante a sentarse y contemplar el panorama. Están situados a un metro escaso del límite de la caída libre. Escuetos manojos de un césped amarillento sobreviven en los intersticios del cemento en el que hunden sus patas de metal. Delante de ellos, una valla levantada con maderos impide la caída involuntaria. Eric se sienta en un banco y mira el paisaje nublado.

«¿En qué piensas?»

«En ti, aquí es donde dijiste que lo viste.»

«Aquí fue.»

«Hace mucho que no me cuentas esa historia, cuéntamela otra vez.»

«¿Para qué, para que vuelvas a burlarte de mí?»

«Te prometo que no me burlaré esta vez.»

«No deberías, te juro que lo vi.»

«Y yo te juro que te creo.»

Las palabras de Claudia llegan de otro tiempo para resonar en la cabeza de Eric. Interpretación libre de un pasado desandado sobre sus pasos. Esta será la ofrenda de Eric, depositada en el altar de un dios que solo devuelve dolor. Astillas bajo las uñas del pecador.

«Está bien. Han pasado... ocho años, ¿verdad?», dice la voz de Claudia.

«Ocho largos años...», contesta Eric.

«Fue aquella noche en la que te sentó mal la cena que te preparé con todo mi cariño y que tu estómago no supo apreciar —continúa la voz de Claudia—. Recuerdo que brillaba la luna llena más grande que había visto en mi vida. Iluminaba la piscina y casi todos los vecinos estaban en sus porches disfrutando de la noche. La temperatura era perfecta. Ese calor tibio que se sincroniza con el de tu propio cuerpo y no eres capaz de sentir dónde termina tu piel y empieza el resto del mundo.

«Qué poética has sido siempre», bromea Eric.

«Calla y déjame contarlo a mi manera. Recuerdo que aquel grupo de jóvenes ingleses pusieron música mientras bebían sangría o cerveza o vete tú a saber qué más. Nadie les dijo nada, por una vez su aparato de música no parecía molestar a ningún vecino, aquella noche todo estaba bien. Después se metieron en la piscina, contra las normas, ya estaba cerrada a esas horas, y en vez de discutir con ellos, tres o cuatro familias se les unieron y todo el mundo pareció aceptar que esa noche valía todo. Recuerdo las risas...»

«Yo también las recuerdo..., sobre todo las tuyas. Recuerdo que estabas feliz.»

«Todo el mundo lo estaba. Y tú más que nadie. Te preparé una cena de esas de las de “un día es un día”. Freí un par de huevos para cada uno, hice patatas fritas, cortadas muy finas como a nosotros nos gustan, y preparé cuatro chorizos criollos, dos para cada uno, abiertos en mariposa. Además, aún nos quedaba la mitad de una hogaza de pan de pueblo que compramos el día anterior en el mercado medieval. Ese que montan en agosto en el casco antiguo del pueblo. ¿Aún lo hacen?»

«Creo que sí, la verdad es que últimamente no estoy de humor para mercados medievales...»

«A ti nunca te entusiasmó aquel mercado, decías que parecía el decorado de una peli de bajo presupuesto, que parecía todo de cartón piedra. Eso sí, disfrutabas como nadie de aquellas hogazas. Recuerdo que cuando viste la cena bromeaste: “¿Qué infidelidad estás tratando de encubrir?”. Y yo te dije que necesitaría muchas cenas como esa para expiar mis pecados.»

«Y yo te pedí que pecaras todo lo que pudieras si esa iba a ser la recompensa. Espero que no me hicieras caso.»

«Sabes que nunca te hice mucho caso.»

«Uno de tus muchos encantos.»

«Zalamero... ¿Puedo seguir?»

«Por favor.»

«Estábamos sentados a la mesa, con los restos de la cena aún sin recoger, y me cogiste de la mano mientras veíamos a nuestros vecinos disfrutar en la piscina. Olía al cloro del agua mezclado con el aroma de muchas cenas diferentes recién cocinadas. Nuestro chorizo criollo aportaba su parte a aquel olor. Oíamos sus risas y veíamos a gente feliz disfrutar de algo sencillo. Y lo veíamos juntos. Fue uno de esos momentos de felicidad tranquila que por algún motivo extraño se graban en la memoria. Sin grandes alardes, no había fuegos artificiales, ni era el día de nuestra boda ni nada por el estilo. Es un recuerdo simple de un momento de paz que me sirve a menudo de refugio cuando tengo un mal día o me siento triste. La nitidez con la que reconstruyo aquel momento genera un eco que, aún después de tanto tiempo, incluso ahora mismo, sigue resonando y reproduce algo de aquella felicidad instantánea.»

«Siempre te explicas muy bien —tercia Eric—. A mí me pasa exactamente lo mismo con aquel recuerdo.»

«¡En fin! El caso es que, después de un rato, nuestros vecinos comenzaron a retirarse. La piscina quedó en calma y las luces de los porches y las casas se fueron apagando. Los chicos ingleses se fueron en busca de fiesta al pueblo y todo quedó en silencio. A ti te empezó a molestar la tripa, como siempre que comes demasiado, y te fuiste a dormir. Yo no tenía sueño. Hacía una noche tan perfecta que decidí aprovecharla y caminé hasta el paseo marítimo para leer un rato en algún banco de la playa. Pero una vez allí no me detuve. Seguí andando hasta llegar al mirador del acantilado y me senté exactamente en el banco en el que estás ahora. Abrí el libro *Al faro*, sobre el que llevaba tiempo intentando entender qué narices quería contarme Virginia Woolf en él, cuando oí ruidos extraños a los pies del acantilado. Me asomé a la barandilla de madera intentando ver de dónde provenía y qué era aquel ruido. Y lo vi, Eric. Te juro que lo vi.»

«Eso has dicho siempre... Prometo creerte esta vez. Cuéntame lo que viste. Cuéntamelo aunque ya lo sepa.»

«Vi una figura, parecía un hombre. Desprendía un brillo azulado. Y se movía. Salía del agua arrastrándose por las rocas sobre las que rompían las olas. Gruñía. Eché a correr. Y no paré hasta llegar a nuestro dormitorio. Te desperté y tú me abrazaste mientras me preguntabas qué había pasado.»

«Me diste un buen susto...»

«Nunca me creíste.»

«Era difícil de creer.»

«Ahora puedo confesarte que tampoco yo me creí a mí misma a la mañana siguiente. Con la luz del sol las cosas se ven más claras y la explicación parece más sencilla..., ya sabes..., probablemente fue algún perro perdido aullando por las rocas, o alguien que pisó mal buscando cangrejos en la oscuridad, pero me encantaba que nunca me creyeras y que me permitieras divertirme haciéndome la excéntrica...»

«Te quiero...»

«Yo también te quiero, Eric.»

«Espero que puedas perdonarme.»

Una canción sube por el camino de tierra e interrumpe la charla. La canción habla de un marino que se enamoró del mar y perdió la vida al lanzarse del barco para caer en los brazos de su amada.

Eric se seca las lágrimas mientras el soniquete se hace cada vez más presente. El aullido de un perro acompaña el canto a intervalos.

Tras una loma emerge un hombre mayor dando pequeños saltos infantiles. Canta y sonríe con todo el cuerpo. Es de baja estatura pero corpulento. Podría rondar los setenta años, pero ostenta la energía de un veinteañero.

Al acercarse, Eric se fija en sus manos, grandes y callosas. No cuesta imaginar a este anciano ganándole un pulso a cualquiera. Lleva botas de monte y ropa de escalador, la cremallera de la pechera abierta dejando a la vista el torso, algo sudado y enrojecido por el sol. Una cadena de oro con el colgante de un ancla rodea su garganta. Huele a pescado a varios metros de distancia. Y a sal.

Un perro lanudo brinca a su alrededor entre aullidos que acompañan la canción en insólito dueto. Parece feliz. Le cuelgan por todas partes delgadas rastas enmarañadas en toda la gama cromática, desde el gris hasta el marrón. Es un milagro que sea capaz de ver algo a través de la cortina de pelo que cubre sus ojos. No es un perro de concurso, desde luego. Parece tan viejo como su dueño. Quizá sea el perro que vio al entrar en el pueblo.

—¡Maravilloso día para vivir, joven! ¡Y para cantar! ¡Y para ladrar y aullar también!, ¿verdad, Cristóbal? —dice el anciano dirigiéndose al perro, o a Eric o a ambos.

El animal suelta un ladrido que parece pedir explicaciones más que ofrecer respuestas. El hombre arranca de nuevo a cantar, mientras toma asiento al lado de Eric y le pasa un brazo por los hombros balanceándole al compás del cántico.

Eric frunce el ceño y se ruboriza. El viejo termina su canción y se queda mirándole fijamente ladeando la cabeza hasta rozarle la mejilla con la nariz. Eric se aparta un par de centímetros, el anciano los recupera inclinándose más hacia él.

—¡Caramelos de menta! ¿No le gusta cantar al joven? ¿El joven perdió la lengua en una ratonera? ¿La vendió por una virgen? ¡Si están a la venta, nunca son vírgenes! Jajaja —habla a toda velocidad, y ríe, y el hedor de su aliento es un punzón que se le clava a Eric en el fondo del cerebro.

—No me sé la canción —dice Eric con voz queda.

El viejo se aparta y se apoya en el respaldo mirando el paisaje despreocupado, tarareando la canción ahora sin letra. El perro sube al banco de un salto y se echa a su lado apoyando la cabeza en su regazo.

—Nunca debería venderse una mujer —dice pensativo. Su rictus cambia por completo y habla pausado y a un volumen mucho más bajo—. No me parece bien. No es alegre, y en el mundo solo debe haber alegría. Y justicia. Y caramelos de menta.

Tararea entre dientes la melodía de otra canción. Eric no dice nada. Al cabo de un rato, el viejo arranca de nuevo como si alguien hubiera vuelto a conectarle a la corriente.

—Espero que nunca venda su lengua —dice con una voz potente y clara mientras señala a Eric con el dedo—. Una lengua, como una mujer, no es para venderla, joven. Una lengua solo se presta. Préstela a bocas dulces y a labios rojos y deliciosos, y al vino y al estofado de perdiz, y al asado de cordero, y al coño de una mujer bonita, o fea, caliente igual, y ambas merecen la misma alegría, jijiji —ríe como un niño que ha dicho algo que no debe—. Préstela sin pedir nada a cambio, que suficiente recompensa dejarán en su boca todos esos milagros.

Se levanta de un salto y el perro le imita. Se asoma a la barandilla y grita al mar, o a sí mismo, pero las palabras están dirigidas a Eric:

—¡Caramelos de menta! ¡Hace un día demasiado bello para quedarse sentado! ¡Preste su lengua a todos los placeres que se le presenten, joven! ¡Es una orden!

No espera respuesta. Da media vuelta, entonando la misma canción con la que llegó, y reanuda su marcha internándose en el bosque que rodea el mirador. Aún se le oye unos segundos después de perderse en la arboleda.

«Ojalá pudiera ser ese hombre», piensa Eric cuando vuelve a reinar el silencio. Una voz en su interior le recuerda que no se lo merece.

CARNE YERMA

Seis años para el despegue

No recordaba la última vez que la había visto llorar. Pensó que el llanto no la favorecía, le desfiguraba el rostro de una forma grotesca convirtiéndola en otra persona. Los rasgos se le deformaban, enrojecidos y congestionados mientras sorbía aire, saliva y mucosidad por la nariz en espasmos involuntarios. Una especie de vuelta a los primeros segundos de vida, al corte del cordón umbilical, a la sucia viscosidad del neonato. Eric se sentía asqueado. No por ella y su llanto, sino por sus propios pensamientos. Por su retorcido mecanismo de defensa. Prefería centrarse en la fealdad que el cuerpo humano exhibe como reacción física a la pena antes que en la pena en sí misma. Se quedaba paseando por las inmediaciones del envoltorio sin atreverse a entrar. Detestaba lo que veían sus ojos para no tener que valorar lo que acababan de escuchar sus oídos.

Se encontraban en la consulta de un médico. Un desconocido hasta hacía unas semanas que, de repente, se había convertido en la persona con más peso en su relación. Él, enfundado en una bata blanca, sentado tras su escritorio. Eric y Claudia frente a él. La sentencia pronunciada.

Barba cuidada y pelo grisáceo bien peinado. Bajo su bata, un bolígrafo sobresalía del bolsillo de una camisa azul celeste. Les había hablado un hombre decente, un juez de vida que acababa de negarles un derecho fundamental que nunca antes se habían cuestionado. Disfrutaban de él en su ignorancia, hacían todo lo posible por no ejercerlo. Hasta hace muy poco, habían estado tomando todas las precauciones posibles para no disfrutar un privilegio por el que ahora matarían. Habían estado luchando contra lo que ahora más deseaban.

Tras unos meses en los que habían cambiado de bando en esa batalla, habían notado que algo iba mal.

«¿Quién nos ha hecho esto? ¿A quién culpar?»

Eric ya sospechaba de alguien y su suspicacia acababa de ser ratificada por la ciencia.

Él mismo era el culpable. Él y no el mensajero que estaba haciendo su trabajo, por muy desagradable que fuera la noticia. Ese hombre no había reducido la eficacia de su esperma, ni había convertido sus espermatozoides en organismos hostiles al penetrar en el interior de su esposa. Eso había sido cosa suya, del demonio que habitaba su cuerpo. Una posesión maligna le había vaciado y le había convertido en un hombre de punto y final tras el que no brotaría la vida. Una vía muerta.

Al fin reaccionó. Abrazó a su esposa desde su silla, demasiado separada de la de ella. Alargó los brazos de una forma ridícula, estirándose para alcanzarla. Una postura incómoda que ponía en tensión los músculos de sus hombros, brazos y espalda. Un castigo más. Permanecería así el tiempo que fuera necesario, por mucho que doliera.

—Lo siento.

Claudia no se dio cuenta de que esas dos palabras eran mucho más que una típica frase hecha buscando el consuelo fácil. No se trataba del tópico «Estoy aquí, estamos juntos y sufro contigo». Significaban mucho más. Con ellas Eric aceptaba su culpabilidad, la confesaba ante ella y le pedía perdón. Sentía ser el problema. Sentía ser el asesino de su hijo nonato. Los seis demonios reían en su interior.

Claudia intentaba cortar la hemorragia de su llanto mientras el hombre de bata blanca pensaba ya en su siguiente pareja, más afortunada que ellos, y los despedía con una frase que ninguno de los dos escuchó:

—No hay culpables, nadie puede controlar la naturaleza.

Tras la oscura revelación, el sexo entre ambos adquirió tintes peyorativos. Ahora les parecía egoísta, una diversión desalmada, una frivolidad que les recordaba lo inútil de un acto no diseñado para dar placer, sino para otorgar vida. No podían evitar el discurso radical, que se guardaban para sí mismos. Demonizaban una actividad diseñada para procrear y que, ahora que era incapaz de cumplir su función primigenia, se había convertido en un vicio indefendible. Un vicio que no merecían.

A pesar de que eran capaces de disfrutar a nivel físico, algo antinatural subyacía en el proceso. Odiaban el calor que desprendían sus fluidos. Un segundo más tarde, cuando todo había terminado y el instinto animal se apagaba, llegaba el vacío, el recuerdo de que aquello que acababa de expulsar él y ahora manchaba el interior de ella no era más que un vertido, basura, suciedad que debía ser limpiada y eliminada.

Eric ya nunca tomaba la iniciativa, siempre era Claudia la que debía comenzar el intercambio. Eric se aplicaba, se mostraba solícito y se esforzaba para satisfacer las necesidades de su esposa. Se lo debía. Ya le había negado demasiado. Claudia le debía a él una vida sexual, ¡qué menos!

Estos sentimientos se filtraban y empapaban su convivencia, como el agua de lluvia atraviesa un techo defectuoso cuyo arreglo cuesta más que la casa entera y se opta por intentar que las goteras no estropeen demasiado los muebles.

Todo lo que hacían, decían y sentían estaba cubierto por una fina pátina de esa suciedad, de cierta sensación de incompetencia, de ineptitud.

El viaje que habían iniciado hacía tantos años parecía haber perdido gran parte de su sentido. En la autopista se habían saltado la salida que debía llevarlos al destino más interesante del viaje, ese que lo justificaba por sí solo y que debía marcar las decisiones desde ahí hasta el final. Ahora su despiste los lanzaba a caminos secundarios, anodinos, que jamás hubieran transitado de haber tomado la salida adecuada, y ya no podían dar marcha atrás. Durante el resto del trayecto no podrían pensar en otra cosa que no fuera aquella vía alternativa que habían dejado atrás de

forma irreversible. Él se sentía el único responsable, el conductor del coche extraviado.

Nunca hablaron de adopción ni de métodos alternativos, simplemente aceptaron el castigo que los había catalogado como no aptos. Eso iba a ser todo, lo supieron en cuanto conocieron la noticia. O el fruto de sus vientres o el vacío.

Ambos multiplicaron sus atenciones, su cariño mutuo. Él intentando paliar la culpa, el error que albergaba en su interior y que su esposa debía sufrir por el simple hecho de una mala elección a los quince años de edad. Ella compensando la pena de su marido, intentando exonerarle de la culpa.

Ya en la cama y sin la protección del ajeteo diurno, Claudia se quebraba a veces, deshaciéndose en sollozos. Gemidos contenidos que solo liberaba cuando creía que él dormía. Eric nunca conseguía conciliar el sueño hasta que terminaba el llanto de aquella mujer bondadosa cuya única opción de ser madre pasaba por abandonarle. Nada más lejos de la intención de Claudia.

Poco a poco fueron despertando de su dolor. Despacio, de forma natural, como en una mañana de domingo en la que el despertador descansa y el cuerpo es el que decide cuándo está listo para salir de las mantas. Sus cuerpos fueron decidiendo el final del luto, cerraron las puertas del purgatorio.

Esas puertas nunca se cerrarían del todo, claro. La presencia del hijo imposible, como un miembro fantasma que sientes unido al cuerpo una vez amputado, iba a planear para siempre sobre sus cabezas, pero cada día dolería algo menos. Se haría tolerable.

La maquinaria que movía sus cuerpos y sus corazones, la que generó tantos momentos de felicidad, había sufrido un terrible accidente y era imposible que volviera a su estado original. Había engranajes seriamente dañados, cadenas destensadas, roces brutales en el metal, pero de nuevo lograba ser funcional, generaba movimiento y era capaz de hacerles felices. Sufría averías ocasionales, crisis impensables antes del accidente, pero eran siempre capaces de repararla en poco tiempo y cada vez la máquina parecía mejor engrasada, fluía a mejor ritmo.

Ninguna pena es eterna o, al menos, no consigue brillar siempre con la misma intensidad.

También el dolor se desgasta.

Meses más tarde, de vuelta a casa, Eric no encendió la radio. Conducía callado, atento a cualquier sonido que pudiera provenir del maletero. En él, un perro aún sin nombre viajaba asustado pero en silencio, como si hubiera aprendido a guardarse el miedo.

En un punto del trayecto, no pudo evitar que una de las ruedas pasara por encima de un socavón de la calzada. La suspensión del coche lo absorbió sin problemas, pero Eric dio un pequeño bote en su asiento. Inmediatamente pensó en el perro. Aguzó el oído esperando percibir algún gemido, un ladrido de socorro que

indicara que el animal se había lastimado. Nada. El silencio le inquietó aún más. Alarmado, abandonó la autopista en la primera gasolinera y bajó del vehículo.

Abrió el maletero con cuidado, un explorador del siglo xv abriendo la tapa de un sepulcro sagrado recién descubierto. El perro estaba recostado en la misma postura en la que lo había encontrado la primera vez que lo vio en su jaula, enroscado contra el fondo del maletero, mirándole sin levantar la cabeza.

—¿Estás bien, chico?

Se sintió extraño al hablarle a un animal por primera vez. En su fuero interno siempre había ridiculizado a las personas que hablaban con sus mascotas, pero de repente le pareció lo más natural del mundo comunicarse con su nuevo amigo e incluso le dio la sensación de que el animal le entendía perfectamente. En respuesta a su pregunta, el perro volvió a bajar la cabeza invitando a Eric a cerrar el maletero y proseguir el viaje.

En el resto del trayecto a casa Eric fue consciente del cambio. Ese ser vivo, que esperaba a que alguien abriera la puerta del maletero y pasara lo que tuviera que pasar, le había transformado en unos pocos minutos. Para empezar, ya pertenecía al club de los que charlan con sus animales, algo impensable en él unas horas antes. Además de eso, se había convertido en un padre sobreprotector, otra cualidad que jamás se habría achacado antes. Había bastado un pequeño socavón en la autopista para que Eric se pusiera en lo peor. Para que su imaginación multiplicara por diez la intensidad del impacto hasta hacer saltar al perro por los aires rompiéndole el cuello contra la parte superior del maletero.

Recordó a uno de sus pacientes, el señor Westerberger, un padre primerizo obsesionado con la seguridad de su hijo recién nacido. Desde hacía cuatro meses era incapaz de dormir más de quince minutos seguidos. Se despertaba continuamente durante la noche y se acercaba a la cuna para asegurarse de que el bebé no estuviera ahogándose con un vómito o sufriendo su primer ataque epiléptico o atragantándose con las sábanas o su puño o la almohada. En definitiva, necesitaba comprobar de forma compulsiva que el niño no estuviera siendo víctima de una desgracia que solo él era capaz de imaginar. Los peligros, casi siempre ficticios y delirantes, se multiplicaban y hacían imposible su descanso, afectando a su actividad profesional. Construía su propia jungla, su cámara de tortura, y vivía única y exclusivamente para que nada rozase a aquella criatura.

Eric no podía evitar sentirse agotado en sus sesiones con el señor Westerberger. Por lo general, era capaz de objetivar el problema de cualquier paciente, pero por alguna razón con aquel paciente siempre se sentía ligeramente molesto. Lo veía como un hombre pusilánime en extremo y no conseguía empatizar con él. Le daban ganas de gritarle: «¡Espabile!». Y acto seguido darle un buen bofetón. En aquellas ocasiones los seis demonios volvían a danzar.

Eric decidió dejar de tratar al señor Westerberger, incapaz de rascar esa coraza, uno de sus pocos fracasos en un extenso currículum de éxitos.

Y ahí estaba Eric, abriendo el maletero en aquella gasolinera, esperando encontrar el cadáver de un perro con el contenido de su cráneo esparcido por la tapicería. Había imaginado lo peor, el imposible, y por fin llegó a vislumbrar la semilla de aquella maldición que sufría el señor Westerberger.

Al llegar a casa, tuvo que esperar un par de minutos a que el animal se decidiera a salir del maletero. No quería atosigarlo, deseaba que el nuevo habitante de la casa supiera que nadie volvería a ponerle la mano encima. Ya habría tiempo de fijar límites, educar, ser estricto. Ahora lo único que quería Eric es que aquel animal lleno de miedo fuera vaciándose de su pasado, de aquella horrible playa de angustia y terror que guardaba en su interior. Conseguir penetrar su piel con una fina aguja, un pinchazo indoloro que abriera sus carnes para que las toneladas de arena sucia fueran derramándose grano a grano en cada paseo por el parque, en cada juego en el jardín. Que quedara un montoncito de aquel dolor en el suelo del salón cada vez que se tumbara a sus pies, él leyendo un libro, el animal aligerando su carga. Ya limpiarían todo aquel desastre. Ya aspirarían toda aquella suciedad para arrojarla después al fuego.

Claudia desconocía estos planes. Eric había querido darle una sorpresa y sostenía con suave firmeza la correa plantado en el umbral. Tardó en encontrar el timbre de su propia casa, y al apretarlo sintió la ilusión de un niño en la mañana de Reyes. La ilusión de regalar vida.

Había sido un año muy duro para ambos, pero por fin parecían vislumbrar un horizonte que hasta entonces había desaparecido bajo una niebla espesa. Desde el mismo día en que se conocieron, habían estado acumulando cariño, una enorme reserva de bondad, esperando volcarla un día en algo más grande que ellos dos juntos, en aquello que se les negó de un plumazo meses atrás. Tuvieron que enterrar todo aquel amor sin dueño, guardarlo bajo llave pensando que jamás podría ser aprovechado por nadie. A Eric le bastó mirar a los ojos del animal que temblaba ahora al final de la correa para saber que toda esa provisión de buenas intenciones, respeto, fidelidad y confianza mutua tenía por fin un destinatario.

Claudia abrió la puerta y pareció desconcertada al ver a su marido. Tardó un momento en detectar la presencia del perro. Al verlo se le iluminó la cara. Eric sonrió con ella, consciente de que su particular mañana de Navidad en pleno verano iba a ser un día importante, un punto de inflexión. El regalo había sido desenvuelto y era perfecto. Había acertado de lleno.

Claudia se agachó para acariciar al perro y este dio un par de pasos atrás hundiendo la cabeza. Reflejo de tiempos oscuros. Ella suavizó sus movimientos hablando con un tono maternal que, de golpe, devolvió a Eric la conciencia de su amor por ella. Amaba a aquella buena persona. La mano de su esposa se movió en suaves círculos sobre la cabeza del animal, que aún se encogía al contacto humano, por muy agradable que este fuera. Parecía esperar la traición, el brusco cambio de tercio. Aquella boca que alimentar, aquel corazón que llenar les proporcionarían una versión inesperada del núcleo familiar que creyeron haber perdido para siempre. Una versión distinta de un sueño. Pero no por ello peor. A cambio, Claudia y Eric devolverían a aquel animal lo que siempre debió ser suyo. Su voluntad.

UNA GRAN BOCA Y UNA PELÍCULA CHINA

Eric se encuentra haciendo lo peor que puede hacer. Nada.

Está reclinado sobre el respaldo y ha dejado que su mirada desenfoque un punto indeterminado del techo del salón. Son las cuatro de la tarde y está ebrio, pero no lo suficiente.

Ahora reflexiona, que es aún peor que no hacer nada. Evoca sus últimos meses, en los que el castillo de naipes ha ido derrumbándose, y calcula cuán profundos han sido los cortes provocados por los filos de navaja en que se han convertido los bordes de las cartas. Las ve caer y girar en el aire y destrozarle el rostro. Cuchillas. Así va cavando su propia tumba, desde ese sofá, rasgando una brecha en sus cojines y empezando a abrirse paso hasta el centro de la Tierra a puro hachazo de memoria.

Tiene la suficiente lucidez para intentar cortar la hemorragia a tiempo, como aquel alemán que desmembró al otro y consiguió que pudiera mantenerse despierto y funcional para compartir el manjar. «Stop. Haz algo, imbécil, multiplica números decimales, limpia tu nueva casa hasta que no quede nada que ordenar, hasta que brille cada milímetro de hogar, sal a correr cantando la canción de aquel viejo loco del acantilado, cambia de nombre, cambia de sexo, o simplemente duerme... Obliga a tu organismo a desconectar de sí mismo. Ahora. Hazlo. Duerme.»

Lo intenta, se concentra en vaciarse y cierra los ojos esperando despertar descansado, cuerdo y feliz. Pero no es capaz. Sabe que en el fondo su subconsciente manda, y no va a darle tregua. A cada intento de olvido responden los demonios, patalean, bailan, montan todo el escándalo posible para que Eric no haga otra cosa que recordar.

Cada día que pasa necesita ingerir una mayor cantidad de alcohol para conseguir el efecto deseado, ese es el único capricho que se permite, porque sabe que también le degrada. También le castiga.

Sigue despierto cuando oye la respiración. No es la suya. Es una inhalación que absorbe la estancia y casi le despega del sofá, seguida de una exhalación brutal, la de un animal del tamaño de una montaña. Proviene de la despensa, bajo la escalera. Los jadeos huracanados comban, en alternancia cóncava y convexa, la puerta del cuartucho. Se acerca a ella. Nota la presión que amenaza con hacerla saltar de sus goznes. El aire a presión entra y sale por el quicio. Agarra el pomo y lo gira despacio, conteniendo la fuerza del huracán que se esconde detrás. Tira de la puerta, abre tan solo un pequeño resquicio, y cesa el jadeo de inmediato. Una descompresión instantánea. Se deshinchó, como si un vacío hermético en el interior del animal se

hubiera deshecho y el aire fluyera al fin, sin violencia. La bestia se asfixiaba por esta puerta que acaba de abrir y por fin se ha llenado del aire que necesitaba.

Abre la puerta del todo y mira el interior de la despensa.

Son paredes de músculo humedecidas lo que ve. Una enorme lengua es el nuevo suelo y la pared del fondo ha sido sustituida por una garganta abierta, tras la que se desliza un tobogán de carne rojiza que desciende casi vertical. Su despensa es ahora una boca gigantesca y tiene dientes. Las piezas, de un blanco amarillento, forman dos arcos, uno a sus pies, enmarcando la lengua, y otro sobre su cabeza, donde se situaba el techo, ahora sustituido por un paladar que le parece humano y familiar. Entonces reconoce los detalles. Dos de los molares inferiores derechos tienen sendos empastes de un color negruzco. Mira los dientes superiores y encuentra lo que esperaba. El premolar superior izquierdo ha sido endodonciado y puede ver el fino contorno oscurecido que separa la encía de la corona ceramometálica que le pusieron el año pasado en esa pieza. Es su propia boca la que se abre ante él.

Un hombre como Eric nunca reuniría el valor necesario para meterse en la boca de un extraño. Cuesta imaginar entorno más hostil que una enorme boca ajena. Sin embargo, mira su boca abierta y nunca ha contemplado lugar más digno de llamarse «hogar». ¿Se puede sentir alguien más en casa que dentro de uno mismo?

Entra en ella. Entra en sí mismo. Primero el pie derecho, luego el izquierdo. Pisa la mullida carnosidad que es su lengua. Ya está dentro cuando su boca se cierra a su espalda. La oscuridad no es total; algo de luz consigue traspasar las zonas de tejido menos grueso, teñidas de una tonalidad rosada, y le permite distinguir los contornos de este mundo extraño. Hay saliva por todas partes y a Eric le cuesta moverse sin resbalar. Da un par de pasos hasta el fondo para asomarse al enorme pozo de su garganta. Hay oscuridad al fondo, nota el aire entrando y saliendo por la abertura, huele su aliento y agradece más que nunca sus tres cepillados diarios y sus enjuagues bucales. Se sujeta con cuidado para no caer directo a su estómago, agarrándose con fuerza a la úvula en el fondo del paladar.

Oye una voz. Viene de fuera, nace enfrente de la despensa. Entra en la cavidad bucal, llenándola de un sonido denso amortiguado por las paredes carnosas. Es una voz apasionada que transporta las palabras de una mujer furiosa. Las escupe. Desprende odio. El odio que solo puede generarse tras haber amado. Esa voz le habla a Eric.

«Si quieres justicia, debes tomarla por tu mano...»

Lo repite una y otra vez con una rabia que mastica cada palabra. Poco a poco el volumen va decreciendo hasta que la última repetición muere muda.

«Debes... tomarla... por... tu mano.»

Después una pausa y tras el silencio una última frase. Conclusiva.

«Yo voy a hacer justicia.»

Eric nota el aire subiendo por la laringe. Vibran las enormes cuerdas vocales, como cerdas en el arco de un violonchelo. La enorme lengua comienza a moverse y la boca se abre. Va a hablar. No, va a gritar. Eric se mueve rápido para protegerse haciéndose un ovillo en la pared interna de uno de los carrillos, tras la hilera de molares inferiores. El gigantesco aparato fonador forma las palabras que salen despedidas. El volumen es abrumador y hace que Eric tenga que taparse los oídos, no

es capaz de distinguir lo que dice, el volumen oculta el contenido. Eric se estremece y tiene la sensación de que va a estallar en mil pedazos cuando de repente todo cesa y llega el silencio. Entonces comprende las palabras.

«¡ESTÁ EMBARAZADA!»

Eso ha gritado su boca justo antes de que empiece el horrible ruido. Ruidos de carne abierta y metal, hachazos que cortan el aire, músculos que ceden. Latigazos. Y por fin, después de muchas repeticiones, la calma, y entonces, claro, la tempestad.

Comienza el llanto. La respiración dentro de la cueva bucal se entrecorta. Es este llanto el que hace estallar los oídos de Eric. El sonido sube como un torrente a través de la megagarganta. A borbotones. Un aullido sobrecogedor que brota desde lo más profundo, un pozo petrolífero a punto de escupir a presión su fluido combustible. Todo se estremece ahora en espasmos musculares. Se golpea contra los enormes dientes, gira y se retuerce dentro de esa réplica gigante que es su propia boca. Sigue cerrada. Cárcel blanda y roja.

Eric es arrojado, en una aspiración desesperada, al interior de su garganta para caer por su esófago, resbalando por la fina capa de mucosa que lo recubre.

Cae.

Cae.

Cae.

Sigue cayendo.

Es un Obélix excéntrico el que ahora pasea desnudo por el borde de la piscina. Al menos, a él le recuerda a aquel galo que transportaba menhires de un lado para otro.

Eric ha despertado sentado en un suelo de cemento rugoso. Ha utilizado el débil resplandor que emite el círculo fosforescente de su reloj de muñeca para identificar el lugar. Ha mirado la hora. La una de la madrugada. Su vista se ha ido adaptando a la oscuridad. Ante él ha aparecido un cilindro de plástico con un bastón de madera en su interior. El bastón termina en una melena, una especie de espantapájaros macabro. Ha achinado los ojos para enfocar mejor. Era una fregona la que se erguía ante él. Entonces ha comprendido. La despensa. Se ha incorporado con cuidado buscando el interruptor y ha encendido la luz revelando las telarañas, la escoba, los botes de lejía y abrillantador; todo vuelve a ser piedra y cemento. Ha sido consciente de su dolor de cabeza.

Tras apagar la luz de la despensa ha salido al salón, donde una luna en cuarto creciente iluminaba los contornos del mobiliario. Su luz plateada rebotaba en pequeñas pinceladas sobre las ondulaciones que producía el viento en el agua de la piscina, dibujando un mar grisáceo sobre la pared. Ha visto a alguien caminando por el borde de la alberca. Una sombra voluminosa recortada contra el fondo del mundo. Eric se ha acercado a la cristalera, ocultándose tras las cortinas recogidas a un lado para ver sin ser visto. Es su vecino, el rey de los *slips*, el que camina completamente desnudo con los brazos a la espalda, entrelazando las manos sobre sus glúteos.

Junto a Obélix, le vienen a la memoria los padres de Claudia. Almacenaban, y Eric está seguro de que lo seguirán haciendo hoy en día, la colección completa de aquellos galos en el cuarto que ocupó su esposa de niña. Eric ojeó algún ejemplar sentado en aquella cama de edredón azulado, en sus primeros años de noviazgo, mientras esperaba a que su novia saliera del baño para dar una vuelta por el barrio, tomar un chocolate o ir al parque a llenar un banco de cáscaras de pipa de calabaza. Prefería refugiarse en aquel cuarto que enfrentarse a una conversación con sus futuros suegros.

Los padres de su mujer siempre han sido gente agradable, pero nunca fue capaz de hablarles de una forma natural y fluida. El padre, apasionado ornitólogo, trabajó casi cuarenta años como contable para una empresa de distribución de piezas de recambio para automóviles, hasta que hace un par de años se jubiló para dedicarse por completo a sus pájaros. La madre siempre fue un ama de casa, más por educación que por vocación, que en su tiempo libre sigue dedicándose a organizar talleres de «sexo matrimonial en la edad adulta». Eric nunca tuvo mucha idea ni de contabilidad, ni de pájaros, ni de tareas domésticas ni, muchísimo menos, de sexo matrimonial en la edad adulta, así que las conversaciones con sus suegros siempre fueron más bien anodinas, construidas sobre clichés y sobre temas muy poco interesantes. Ambas partes deseaban que terminaran cuanto antes.

La vida les ofrecía demasiadas alternativas, lejos de la vigilancia de sus padres, como para pasar un segundo más del necesario en aquella casa. Eran unos maravillosos años de descubrimiento sexual, de contactos prohibidos en sitios públicos, de películas que nunca veían por completo, de probadores en tiendas de ropa. De vida por descubrir.

La primera gran discusión que Eric recuerda data de aquella época de efervescencia hormonal.

Siempre que podían, iban al cine para alquilar por un módico precio un espacio cómodo, oscuro y cálido en el que dar rienda suelta a su recién descubierto instinto. Buscaban la película de mayor duración, no importaba cuál; de hecho, cuanto peor fuera, mucho mejor para la pareja, porque eso significaba que no habría mucha gente en la sala y la privacidad sería mayor. Un viernes por la noche, Eric tenía dieciséis años, Claudia quince, y tras solo unos meses de noviazgo, se acercaron al mayor de los cines de la ciudad. Les gustaba frecuentar aquel local porque ofrecía hasta doce películas en cartelera y era más sencillo encontrar una apta para su propósito.

Aquel día estuvo claro cuál sería la elegida. Era simplemente perfecta. Una cinta china, de algo más de tres horas de duración, que además se proyectaba en la peor de las doce salas. Entraron en la sala y, ¡bingo!, todas las butacas estaban vacías. Un sueño hecho realidad para dos adolescentes en celo. Se sentaron en las dos centrales de la última fila y esperaron impacientes a que apagarán las luces. Iban pasando los minutos y no entraba ni un espectador más. Eric ya se relamía de gusto pensando en ciento ochenta y nueve minutos con toda una sala de cine a su disposición, sin las habituales precauciones que siempre debían tener para que nadie los pillara en plena faena.

Se apagaron las luces y aparecieron los logotipos de la productora china en pantalla. No esperaron a ver la primera escena y ya estaban enredados. Claudia llevaba la falda que habitualmente se ponía en noches como esa. Accesible y muy adecuada para sus propósitos. Eric bromeaba diciendo que aquella prenda le quedaba «de cine». Subió su mano por la parte interna de su muslo, y ya tocaban las yemas de sus dedos su ropa interior cuando se abrió la puerta de entrada a la sala y contemplaron, con horror, que un hombre irrumpía en la sala. Desorientado por la oscuridad, le vieron vacilar. Era un hombre mayor que no sabía dónde sentarse y finalmente optó por dirigirse a la última fila pensando que así molestaría menos. Fue a sentarse ni más ni menos que dos asientos a la derecha de Eric y su novia. La pasión por el cine chino de aquel anciano les arruinó la noche.

Quince minutos después de que apagaran las luces, y viendo lo soporífera que resultaba la película sin poder disfrutar de sus verdaderas intenciones, salían del cine. Decidieron, mejor dicho, decidió Claudia porque Eric no decía una sola palabra, ir a tomar unos refrescos en una cafetería cercana. Eric no supo encajar el golpe. Con la entrepierna pidiéndole explicaciones, arremetió contra el mundo en general, contra aquel viejo en particular y contra Claudia de una forma injustificada y absurda. Estuvo insoportable, loco de frustración. Ella al principio reía e intentaba quitarle hierro al asunto, pero Eric seguía desplegando los desencantos de su mal humor, comportándose como un auténtico cretino. Hasta que consiguió que Claudia acabara estallando por primera vez en su noviazgo.

Las bromas cesaron. Claudia estaba muy dolida por la estúpida actitud infantil de Eric. Le echó en cara que lo único que parecía interesarle aquella noche era tocarle las tetas, y llegó a decirle que, si eso era todo lo que quería de ella, podía irse buscando otra muñeca hinchable con la que jugar.

Eric reaccionó a tiempo. La abrazó y comenzó a darle pequeños besos en el cuello, y en las mejillas, y en los párpados, y le pidió perdón de mil y una maneras. La primera de las muchas veces que se sentiría culpable con o sin razón. La primera en la que, si hubiesen habitado su cabeza por aquel entonces, los seis demonios habrían bailado toda la noche.

Todo acabó bien, pero esto le sirvió para darse cuenta de lo mucho que le importaba Claudia. Y no pudo hacer otra cosa que asustarse. Mucho más de lo que nunca pensó que podría asustarle algo en su vida. La perspectiva de perderla le hizo temblar de la cabeza a los pies.

Eric piensa en aquella película china mientras ve cómo su vecino acaba su paseo nocturno. Sus nalgas se balancean cuando sube las escaleras del porche y la oscuridad del bungalow número 9 se traga su desnudez. Luego se enciende la luz del dormitorio, no la principal, sino una lámpara de sobremesa. El cuerpo grande y redondo de su vecino se recorta contra la tenue luz amarillenta a través de las cortinas. Eric observa cómo saca algo del armario del dormitorio, largo, delgado, parece una enorme serpiente enrollada en varios bucles, que sujeta con las dos manos. «No es algo vivo —piensa Eric—, es una cuerda.» Una cuerda que manipula para hacer una serie de

lazos en sus extremos. Sube a la cama y se coloca de rodillas mirando hacia el cabecero; la figura que descansaba sobre el colchón parece despertar y empiezan a forcejear. «Es una mujer, su esposa», supone Eric, aunque no la distingue. Ella le propina golpes en el pecho, puede que acierte en la cara, no parece que tenga demasiada fuerza, o quizá no luce realmente. Es un intercambio extraño, como todo lo que rodea a la pareja. Él ata diestramente al cabecero las manos que le están atacando y la figura tendida deja de moverse. Se apaga la luz de la habitación y todo queda en calma. Fundido a negro.

Eric palpa su teléfono móvil, que descansa en su bolsillo, piensa en llamar a la Policía, pero se detiene. En realidad, ¿qué es lo que acaba de ver? Abre con cuidado la puerta de la terraza y sale al porche. Aguza el oído para intentar percibir algún ruido procedente del dormitorio de sus vecinos, pero todo está en calma. Vuelve a entrar en casa, pero justo antes de cerrar la puerta oye gemidos. No consigue discernir si son de dolor o de placer, ni siquiera si son de hombre o mujer. Es curioso lo delgada que puede ser la línea que separa sonidos de emociones tan opuestas. Saca el móvil y marca el número de la Policía. Al oír el saludo de la operadora solo dice: «Calle La Costa, número 5, bungaló 9, vengan rápido». Y cuelga.

«Si quieres justicia, tienes que tomarla por tu mano.»

Mira la pantalla de su teléfono. Tiene dos llamadas perdidas de hace algunas horas. Se obliga a comprobar el nombre que ya imagina y después lo deja cargando sobre la encimera de la cocina.

Sube a acostarse para intentar dormir hasta que algo o alguien decida despertarle. Unos minutos más tarde la habitación se ilumina con las luces azules de un coche de Policía y Eric se sumerge en un sueño profundo.

ORGULLO

Tres años para el despegue

Habían salido a cenar a un restaurante en una playa cercana a su hotel tras pasar un día perfecto, de esos que ponen el listón tan alto que es mejor no volver a pisar porque un regreso sería una decepción segura. Se tumbaron en una especie de divanes a pie de arena, preparados para poder cenar cómodamente a la orilla del mar escuchando a una buena banda de *blues* tocar en directo desde una tarima de madera sobre las mesas. Aquel día iba camino de batir algún tipo de récord en la historia de la felicidad humana, pero para Eric sería inolvidable por razones muy distintas.

Se encontraban en Shark Bay, en la isla de Ko Pha Ngan, en Tailandia, en medio de unas vacaciones improvisadas de Pascua. Hacía dos años desde que recibieran la mala noticia y habían pasado lo más difícil. Había quedado asimilada. Ese viaje suponía para ellos la confirmación de un éxito, de su capacidad para superar el enorme obstáculo que se habían encontrado en su travesía, y querían celebrarlo. Qué lejos sentían la consulta de aquel médico rodeados de arrecifes de coral en aquellas aguas transparentes que no ocultaban el mundo que cubrían, sino que lo amplificaban como una gigantesca lente acuática. Un mundo que no parecía compartir planeta con aquel otro del que acababan de escapar.

Pidieron una enorme langosta abierta por la mitad y cocinada sobre una enorme parrilla donde las brasas despedían el mismísimo aroma de la gula. Habían pedido ya cuatro combinados de un ron local de alta graduación mezclado con una bebida de cola.

Mientras esperaban la cena, Claudia se levantó y se puso a bailar alrededor de Eric tendiéndole la mano para que la acompañara. Le encantaba tentarle con sus bailes, a los que sabía perfectamente que Eric jamás se uniría. Lo hizo de forma discreta, divertida, un baile juguetón e inocente, una broma. Ya era de noche y los pequeños faroles sobre las tumbonas alumbraban lo justo para generar una sensación de privacidad respecto al resto de la playa, pero aquel ucraniano no le había quitado el ojo de encima desde que habían llegado al restaurante.

En cuanto comenzó el baile, aquella mole abandonó la mesa donde bebía con cinco o seis hombres igual de grandes que él y se acercó tambaleante extendiendo sus brazos de oso hacia Claudia.

En un primer momento, ella trató de tomarlo a broma y rehusó bailar con él mediante gestos y tímidas sonrisas mientras Eric miraba desde la tumbona nervioso y alerta. Pero el gigante insistía con formas más groseras y los amigos le animaban

desde su mesa con gritos que, sin necesidad de saber ucraniano, se entendían perfectamente. En cuanto hubo contacto físico y Claudia arrancó aquellas manazas de su cintura con todas sus fuerzas, Eric se levantó para apartar a aquel borracho de su mujer. El patán duplicaba en peso, altura y anchura a un Eric espoleado más por el orgullo que por la sensatez. Claudia cogió a su marido del brazo antes de que tocara a aquella montaña y le pidió que se marcharan. Eric estaba muy dispuesto a dejarse arrastrar por ella, era la coartada perfecta para largarse, pero necesitaba reafirmar su hombría, transmitirle un mensaje al ucraniano: si no fuera por ella, estarías muerto. Debía dejárselo claro a aquel gigante borracho y a todos los clientes del restaurante, que asistían expectantes al desenlace. Nadie se movió de su asiento.

Mientras Claudia tiraba de Eric, este no dejó de mirar a los ojos al ucraniano, que debió sentirse perdedor de una batalla que solo podía ganar. Avanzó hasta Eric y le propinó tal empujón que sus setenta kilos salieron despedidos por el aire y aterrizaron un par de metros más adelante.

Eric quedó cubierto de arena y en una postura humillante. Parecía un niño jugando a enterrarse en la playa. En la caída se quemó parte del antebrazo izquierdo, pero no era la herida lo que más escocía a Eric. Se levantó rápido para encararse con su agresor. Claudia no se lo permitió.

Llegaron tres camareros y el encargado del restaurante para mediar en la pelea. El ucraniano se dio por satisfecho. Volvió a su mesa riéndose, y él y su banda brindaron entre risotadas.

El encargado no tuvo el suficiente valor para echar a aquellos matones. Recomendó a Eric y a su esposa, en tono conciliador y pidiéndoles disculpas una y otra vez, que sería mejor que se marcharan, invitándolos cualquier otro día a una cena por cuenta de la casa.

Se marcharon. Claudia asustada, Eric humillado e impotente.

Con el tiempo, aquella anécdota se dulcificó y mutó hasta transformarse en una historia inocua, motivo de risa, pero a Eric le seguía escociendo como la quemadura en su antebrazo aquel momento en el que no supo proteger lo que más quería en este mundo. Los seis demonios se divertirían aquella noche.

RECUERDOS

Hace unas horas, al despertar y mirar por la ventana, Eric ha visto a su vecino. Tomaba el sol como si nada hubiera pasado. Su mujer leía tranquila en el porche. Eric ha buscado marcas de ataduras en sus muñecas, pero no ha logrado ver nada sospechoso desde su posición. Él tampoco parecía tener ningún hematoma. No había rastro de la presencia policial. Ha llegado a dudar si lo que había ocurrido la noche anterior había sido real o producto del alcohol. Una distorsión más de la realidad generada por un cerebro que últimamente le falla con demasiada frecuencia.

En estos momentos está anocheciendo, pero aún hay algo de claridad. Eric traspasa la cancela y se dirige a su bungalow. Vuelve del supermercado donde ha comprado una caja de cerillas para los hornillos de la cocina y un paquete de tiritas. Hace un rato se ha hecho un corte en el dedo al descorchar una botella de vino tinto. Su ebriedad ha sido más culpable que su torpeza.

Mía está sentada en una silla de plástico con una pierna colgando del reposabrazos y fumando un cigarrillo. Le cuesta reconocerla al primer golpe de vista. No lleva la indumentaria habitual con la que trabaja, sino unos vaqueros, una camiseta negra con la imagen de un grupo de *rock* duro y una cazadora de cuero que la favorece. Sigue con su coleta y desmaquillada, pero se ha pintado los labios de color rojo. Está guapa.

—Hola —le saluda Mía.

A Eric le pilla tan lejos de allí, tan sumergido en el recuerdo de aquel ucraniano borracho, que da un respingo y hace un gesto extraño. La bolsa que lleva en la mano describe una trayectoria elíptica y una esquina de la caja de cerillas le impacta en un ojo a través del plástico.

—Mierda... —dice Eric frotándose el ojo.

—¿Te has hecho daño? No quería asustarte.

—No, tranquila.

—Déjame ver ese ojo.

Deja el cigarrillo en el borde de la mesa, con la brasa suspendida en el aire, y se acerca a Eric. Él se deja atender. Mía abre un poco el párpado con los dedos pulgar e índice. Más tarde, antes de quedarse dormido, Eric se dará cuenta de que este gesto es el primer contacto físico con otro humano en muchos días. No recuerda que nadie le haya tocado, a excepción del chiflado del acantilado para cantar aquella absurda canción.

—Nada grave, un poco rojo, pero no parece que sea nada serio —diagnostica Mía.

—¿Saldré de esta?

—Me temo que sí.

Están los dos de pie en el porche. Eric, en su habitual estado de embriaguez, que cada vez es menos notoria. Es casi una nueva forma de hablar, de moverse, de pensar. No parece un borracho en una noche de fiesta, con sus alardes y sus exageraciones. Solo un hombre infeliz, lento y torpe, que habla sin energía. Se queda mirando a Mía con el ojo entrecerrado y enrojecido. Nota un cambio radical en ella, no sabe de qué se trata. Mía vuelve a sentarse y recoge su cigarrillo para darle una calada.

—¿Y bien? —pregunta Eric.

—¿Es que ya no te acuerdas?

—¿De qué?

—Dijiste que si necesitaba hablar viniera a verte, y resulta que quizá te pueda interesar lo que tengo que contarte.

Eric ya había dejado de darle vueltas a su extraña invitación tras la anodina normalidad que ha reinado entre ellos desde entonces.

—No te ofendas, pero dudo que me interese. En realidad, no sé por qué dije aquello —pregunta Eric.

—Te he observado, Llanero Solitario. ¿Puedo llamarte Clayton? —Mía lanza una sonrisa pícaro.

—Me llamo Eric.

—Deberías llamarte Clayton, Clayton Moore.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Fue el mítico actor que interpretó al Llanero Solitario en los cincuenta. A solitario creo que le ganas, pero el señor Clayton solía ofrecer charlas en las que intentaba concienciar a los jóvenes de los peligros del alcohol. En eso me temo que gana él.

La joven que antes se mostraba escueta, con cierto aire hosco y siempre encerrada en sus tareas, ahora derrocha un descaro lleno de seguridad en sí misma.

—Mi madre murió hace tiempo, las charlas educativas le correspondían a ella. Si me disculpas..., tengo cosas que hacer.

—Tienes que seguir bebiendo, ¿no?

Eric acusa el golpe. No puede evitar avergonzarse, no solo por sus últimos días y el refugio, o castigo, en el que se ha resguardado, sino por aquello en lo que se ha convertido y los meses que han precedido a la transformación. Por sus errores. Mía lo percibe e intenta rebajar la dureza de su discurso:

—Mira, no he venido a juzgarte, pero creo que la siguiente copa puede esperar unos minutos. Prometo ser breve.

—No, gracias, no me interesa. —Eric da un par de pasos hacia la entrada dando la espalda a Mía.

—¿Qué puedes perder escuchándome? Por lo que he visto, no mucho —dice ella suavemente tras expulsar el humo del cigarro.

Eric respira hondo pero no contesta. Introduce la llave en la cerradura. Mía vuelve a hablar suave, no hay agresión, no intenta venderle nada, el tono es de alguien que quiere ayudarle.

—Vengo a ofrecerte algo que, a estas alturas, tengo muy claro que necesitas urgentemente.

—No creo que puedas ofrecerme nada, buenas noches.

Eric no emplea un tono brusco, es simplemente cansancio lo que destilan sus palabras. En el fondo, agradece que haya una persona en su porche ofreciéndole algo, lo que sea, pero no tiene la suficiente fe para considerar ninguna oferta.

Mía se levanta y eleva la voz:

—Vengo a ofrecerte una razón para levantarte por las mañanas.

Esto le detiene en el umbral. Se da la vuelta despacio y se apoya en el marco de la puerta mirando al suelo. Su pie derecho pisa el salón, el izquierdo el porche.

—Serán solo unos minutos..., por favor —el tono de Mía es ahora delicado. Acaricia a Eric con sus palabras, como quien intenta acercarse a un animal asustado tendiéndole la mano. Despacio. Quiere que Eric entienda que no es una amenaza.

—¿Quieres un café? —dice Eric levantando la vista.

—Un café y dejaré de molestarte.

Eric cede el paso a Mía, que entra tras apagar el cigarrillo en el suelo.

—Mañana me tocará limpiar tu porche.

El salón está a oscuras y, antes de accionar el contacto de la luz, Eric duda.

—¿Corro las cortinas?

—¿Es que te importa que alguien nos vea?

—Lo digo por ti. Trabajas aquí... —dice él, y aprieta el interruptor.

Mía se acomoda en el sofá.

—No va a pasar nada aquí dentro, no hay por qué correr las cortinas. Si lo haces, es cuando todos empezarán a hablar. Si ven con todo detalle lo que ocurre, no tendrán otro material para su película que lo que han visto sus ojos. Además, vernos ya nos han visto, ¿qué te crees? Para empezar, la Rusa, que no quita ojo de lo poco que pasa por aquí, y el Ruso, que parece vivir en su mundo, con esos numeritos exhibicionistas, pero al que percibo siempre alerta. La señora Hicks tampoco se queda atrás, desde la ventana de recepción controla todo lo que pasa. Aquí hay muchos ojos que miran sin ser vistos.

Mientras Mía habla, Eric coloca las cerillas en su sitio al lado del hornillo, se ha lavado el dedo, que ha empezado a sangrar un poco, y se ha protegido el corte con una tiritita.

—¿La Rusa y el Ruso? —pregunta.

—Tus vecinos. Yo les llamo así. Él se llama Jedrik y ella..., Menina o Manina, algo así, pero pierdo menos tiempo llamándoles la Rusa y el Ruso. No llevan mucho por aquí. Vinieron como tú, con el mal tiempo.

—Somos originales...

—O estáis locos. Tú al menos no correteas desnudo por la urbanización.

—Sí, ese espectáculo os lo ahorro. A la señora Hicks ¿no le importa que ese hombre sea tan... libre? —Eric saca un par de tazas, prepara la cafetera y enciende el hornillo.

—¿Sinceramente? Creo que le encanta. Se lo comenté un par de veces. Me contestó que, mientras nadie se quejara, qué daño iba a hacer una polla más o una polla menos. Palabras textuales. Esa palabra la pronuncia perfectamente. Le he

pillado más de un día en éxtasis mirando a la piscina. A mí me da asco, pero a ella parece alegrarle la vista.

—Ayer le vi atar a su esposa. Parecía que la forzaba —dice Eric a bocajarro—. O al menos, eso me pareció desde aquí.

—Así que fuiste tú quien llamó a la Policía...

—Me pareció... —empieza a justificarse Eric.

—Sí, sí, te entiendo —se adelanta Mía para ahorrarle las explicaciones—. Yo la primera vez que escuché una de sus sesiones también lo habría hecho si no me hubiera advertido la señora Hicks. Les va ese rollo, simulan secuestros, violaciones, torturas... Yo qué sé, cada uno que haga con su culo lo que quiera. En teoría, es todo consentido, pero siempre he tenido la duda de si realmente es un deseo mutuo. Ese hombre a veces me pone los pelos de punta. Los hombres sois todos unos enfermos.

Eric no rebate la acusación. La cafetera comienza a burbujear. Se apoya en la encimera mirando los labios pintados de Mía. Le pica la herida del dedo bajo la tiritita y la mueve un poco para intentar colocarla en una posición más cómoda.

—¿Qué te ha pasado en el dedo?

—Un accidente doméstico.

—Vaya, hoy casi pierdes un dedo y un ojo. No ha sido un gran día.

—Últimamente no tengo mucha suerte.

—Espero que eso cambie pronto... —dice Mía mirándole a los ojos.

Eric se da la vuelta para mover la cafetera unos milímetros sobre el hornillo. Intenta centrarla lo máximo posible sobre el círculo de pequeñas llamas azules. No queda del todo satisfecho. Pero enseguida su sonido indica que el café está listo.

—No tengo azúcar, lo siento —dice Eric mientras deja las dos tazas de café humeante sobre la mesa.

—No importa, así está bien.

Mía observa que ha cogido una taza y la sostiene entre las manos, calentándoselas. Hay un ligero temblor en sus dedos y mira el líquido negro con fijeza. Parece que vuelve a estar lejos de aquí.

—Eres psicólogo, ¿verdad?

Eric pestañea varias veces, la mira de soslayo y regresa al salón desde donde fuera que estuviese.

—Sí. Bueno..., lo era... ¿Cómo lo sabes?

—La señora Hicks no es la mujer más discreta del mundo. Así que ¿ya no lo eres?

—Ya no.

—¿No te gustaba tu trabajo?

—Sí, lo disfrutaba, pero, en fin..., por circunstancias... —Eric no acaba la frase y vuelve a fijar la vista en su café.

—Bueno, siempre puedes volver a serlo cuando te apetezca. Los títulos universitarios no caducan, ¿no?, y mucho menos la vocación.

—Supongo...

—Volverás a serlo si esa es tu esencia.

—¿Mi esencia? —pregunta Eric.

—Creo que todos tenemos una esencia, algo que somos sin necesidad de pensarlo. Un talento que desarrollamos de forma natural, como un bebé nace sabiendo moverse en el agua. Nadie nos enseña a respirar, simplemente lo hacemos.

Vuelve el silencio, ese silencio brutal de La Isla. Mía da un sorbo a su café y el sonido que emite su garganta al tragar resuena de forma extraña en la habitación. Fuera la oscuridad lo cubre todo. Mía deja su taza en la mesa y se vuelve hacia Eric sentándose de lado en el sofá.

—La cuestión es que no creo que sea nada fácil traicionarnos a nosotros mismos, fingir que somos lo que no somos. O que no somos lo que somos. Incluso aunque no seamos conscientes de cuál es esa esencia, ir en contra de ella es un gran error. Algo estaría descolocado en nuestra vida. Siempre lo he imaginado como elegir una silla para sentarnos durante toda nuestra vida, y que esa silla cojee. Si no lo remediamos, tendremos que soportar esa mierda de balanceo para siempre. Podremos seguir viviendo con ello, claro, pero no como podríamos haber vivido de haber elegido bien.

—No sabía que estaba ante una colega de profesión —dice Eric con cierta sorpresa.

—¡Ah, no! —Mía sonrío—. He sido muchas cosas en mi vida, pero esa no es una de ellas. Aun así, todos pensamos de vez en cuando... No hace falta ser psicólogo para eso. Pero tú lo eres. Esa es tu esencia. Y de eso quería hablarte.

—¿Has venido a hablar de psicología?

—He venido a pedirte ayuda.

—¿Para qué?

—Para que un hombre sea capaz de recordar.

A pesar del silencio de Eric, Mía continúa.

—He pasado los últimos años de mi vida, gran parte de ella, buscándole —habla como si se recordara a sí misma su propia historia—. Ese hombre desapareció hace mucho tiempo. Le busqué desde que pude valerme por mí misma. Puede decirse que en eso ha consistido toda mi vida. No voy a darte detalles, lo que importa es que por fin le encontré hace unos meses en esta isla, tras muchos años de búsqueda. Le encontré y le perdí al mismo tiempo. —Mía traga saliva—. Ya no queda rastro de aquel hombre, algo ha carcomido sus recuerdos, su personalidad, lo que era y ya no es. Simplemente necesito que consigas hacerle recordar. Hacerle volver a ser quien era.

Eric sigue en silencio. Mía le mira a los ojos esperando una respuesta.

—Por supuesto, te pagaría por los servicios.

Eric está lejos de aquí. Ha viajado mentalmente a su consulta, aquel segundo hogar donde tanto disfrutó de su vocación, de su esencia. Casi puede sentir en las yemas de los dedos el tacto animal de su sillón de cuero negro. En él pasaba las horas, tomando nota de los desperfectos de mentes ajenas que le apasionaban. Ahora nota el tacto de este otro sofá barato en el que se hunde cada día más. Y no consigue encontrar ni rastro de aquel hombre del bolígrafo y el bloc de notas de tapas duras. Mía le está pidiendo que rescate a un hombre que ya no existe, cuando él es precisamente el que ha desaparecido.

—Aunque todavía ejerciera, cosa que ya no hago, si no he entendido mal, ese hombre sufre alzhéimer, y la labor de un psicólogo en ese campo se limita casi exclusivamente a los familiares y cuidadores. No podemos hacer recordar al paciente. Lo siento, me temo que no puedo ayudarte.

Es sincero. En el fondo de su corazón, de lo que queda de él, de sus ruinas, siente no poder ayudar a Mía. Está conmovido por la confianza que una extraña acaba de depositar en él, pero no se ve capacitado para emprender ninguna tarea que requiera exprimir cierto talento. La hoguera en su interior vuelve a prender y los demonios emprenden de nuevo la danza.

Está tentado de preguntarle quién es él, cuál es su historia, pero no lo hace. No va a ayudar a Mía porque es incapaz. No tiene sentido preguntar nada.

—Te pagaré bien —insiste Mía.

—Escucha, no es cuestión de dinero, es que no puedo hacerlo. Ya no soy... apto.

Mía le observa sentada en el sofá en el que ha vomitado su relato. Tres tazas de café vacías descansan sobre la mesa, apoya la cuarta sin terminarla y se pone de pie para marcharse. Ya tiene la mano en el pomo de la puerta cuando se vuelve hacia Eric.

—¿Sabes? Nunca pensé en pedirle ayuda a nadie. Nunca creí poder implicar a alguien en esta búsqueda, esa por la que me he levantado cada mañana desde hace años. Deberías pensar por qué lo he hecho. Vi algo en ti desde el primer día. Y luego resultó que eras psicólogo, y al parecer de los buenos, de los caros, de los que salvan vidas. Salva la mía, joder.

—No me conoces —dice Eric levantándose para llevar las tazas al fregadero.

—Te he observado —Mía levanta la voz para que Eric la oiga con claridad—. Mucho más detenidamente de lo que piensas, aunque tú no te hayas dado cuenta. Ya te he dicho que muchos ojos miran sin ser vistos. Tú, sin embargo, no ves nada más allá de tu tristeza. No sé lo que habrás hecho, ni qué puede ser tan grave para aislarte en este desierto, pero no consigo ver en ti aquello que tú ves con tanta claridad. Toda mi vida he sabido ver el monstruo que habita en ciertas personas, y en ti solo veo a un hombre triste. Los monstruos no se arrepienten, ni intentan desaparecer. Los monstruos devoran y siguen adelante sin importarles nada ni nadie. Tú no eres un monstruo, y tarde o temprano acabarás encontrando una forma mejor de perdonarte que beber sentado en ese sofá esperando sufrir lo suficiente para sentirte en paz.

Eric está de espaldas a Mía. Apoya ambas manos en el fregadero. Tiene la cabeza hundida entre los hombros. Tiemblan sus brazos, tensos, y los hombros repuntan hacia arriba. Parece que el cuarto se ha vuelto más oscuro.

—Vete.

La palabra sale masticada, chirriando entre los dientes de Eric.

—No creo que...

—¡Que te vayas!

Eric se ha dado la vuelta para escupir la orden. Con todas sus fuerzas. No sabe contra quién dirige su ira, pero ha brotado como el vapor en una olla a presión. Mía no se inmuta. Dedicar a Eric la mirada más compasiva de la que es capaz. Abre suavemente la puerta para salir al porche y le dirige a Eric una última frase que queda resonando en la habitación:

—Si alguna vez siente la necesidad de hablar, venga a verme. Será un placer escucharle.

EVA BELCOURT

Un año y cuatro meses para el despegue

Parecía que la temperatura se elevaba un par de grados en el perímetro de la señorita Eva Belcourt.

Era una mujer morena, de unos treinta y cinco años, de melena abundante, lisa y cuidada, con destellos cobrizos cuando se lo acariciaba una corriente de aire. Dos larguísimas piernas sostenían la voluptuosidad de unos glúteos firmes y generosos, rocas cinceladas, afluentes de una cintura graciosamente estrecha. Un abdomen deportista se cobijaba bajo un pecho breve y bello que hacía innecesario el uso de sostén. Privilegio que Eva no dudaba en disfrutar a menudo. La guinda del pastel, la estrella del árbol de Navidad, era la belleza afrancesada de su rostro ovalado, que hablaba a través de unos labios carnosos, invitadores al beso. El parche que ocultaba uno de sus ojos no le robaba un gramo de atractivo; al contrario, añadía matices de peligro y misterio a una mezcla ya de por sí irresistible. El ojo útil se bastaba por sí solo, negro y expresivo, custodiado por unas pestañas largas que batían el aire a cada pestañeo.

Bípodo pecado parlante.

Era elegante y sabía vestir. Emanaba un perfume sutil tan singular que parecía fabricarlo su propio cuerpo. Cuidaba los detalles, incluyendo la elección diaria, entre una amplia colección, del parche que adornaría su rostro, siempre a juego con su indumentaria. Lejos de intentar desviar la atención a otro de sus muchos atributos destacables, a Eva le gustaba que la gente admirase su peculiaridad. Parches con brillantes engarzados, diseños divertidos de *patchwork*, minuciosos trabajos de ganchillo, sofisticados estampados pop: Andy Warhols, Madonnas, Marilyn Monroes... Con todos y todas se atrevía Eva Belcourt.

Jamás caminaba sola. Miles de miradas de hombres y mujeres se adherían a su cuerpo como moscas en una tela de araña. Se enorgullecía de esa carga. Una vanidad comprensible, escondida tras un rictus siempre sereno que quitaba importancia al milagro.

Todos la miraban, ella nunca miraba a nadie. Haría una excepción con Eric Mendoza.

Eric piensa en aquel mono muchas veces. Desde que llegó a La Isla se obliga a hacerlo a diario.

Es un chimpancé violeta, con el lomo moteado por lunares anaranjados y un aro luminoso levitando sobre su cabeza que indica que está muerto. A pesar de su condición de no-vivo, ese simio es el mejor amigo de un niño de diez años. Un amigo imaginario cuya muerte jamás explicaron los creadores de la serie. Al menos, que Eric sepa. Y Eric lo sabe todo sobre esa serie.

El mono sabe cantar y a menudo acaba los episodios con algún número musical que resume la moraleja del capítulo. Las tramas de *Purple Monkey* no suelen ser complejas, no en vano están dirigidas a niños de unos cinco o seis años. Eric recuerda los dogmas: compartir es vivir, la mentira pudre el alma, ayudarás al más débil. Todo muy blanco, muy inocente. Ningún capítulo ofreció pistas a Eric acerca de cómo superar la muerte de sus padres, ni de cómo asumir que fuera culpa suya. Suya y de *Purple Monkey*.

Eric también recuerda bien aquella noche.

Vuelve con sus padres del cine. *Purple Monkey*, la película. Vidal Mendoza, precoz analista político y uno de los periodistas jóvenes más reconocidos, conduce el coche familiar. Su esposa Alma va en el asiento del copiloto.

Eric va sentado en el asiento trasero detrás de su madre, en su silla especial, bien anclada con cinturones especiales que le hacen sentirse a Eric alguien importante. Un piloto de carreras. Un campeón del mundo. Canta la canción con la que el mono púrpura se ha despedido de la audiencia antes de los títulos de créditos. Es feliz y por eso canta alto. Muy alto. Grita buscando divertir a sus padres. Eric imita al mono mientras berrea. Hace gestos simiescos con las manos. Da patadas al asiento donde viaja su madre. Al fin y al cabo, es un niño de cinco años.

Sus padres, en cambio, no disfrutaban de su numerito. Han discutido de camino al coche por una mirada de Vidal Mendoza a un imponente trasero afroamericano que caminaba unos metros más adelante, pero eso es algo que Eric no ha captado, un dato eclipsado por la euforia que perdura tras su nueva película favorita.

Su padre le pide que se esté quieto. Eric no obedece, le divierte tensar la cuerda. Es solo un juego. Su padre insiste y Alma le recrimina que mejor haría en preocuparse de su propio comportamiento y no pagarlo con el niño. Esto enfurece a Vidal, que se vuelve violentamente hacia Eric para darle un coscorrón y gritarle que ya está bien.

Esas serán las últimas palabras que Eric escuche de boca de su padre justo antes de invadir el carril contrario y chocar frontalmente contra la cabina de un camión.

Los seis demonios supieron aquella noche que bailarían para Eric Mendoza.

Dana fue la encargada de criar a Eric lo mejor que pudo.

Las muertes prematuras fueron epidémicas en las últimas generaciones de la familia Mendoza. Su abuelo paterno, Marco, de origen italiano, fue un constructor adinerado gracias a varios grandes casinos y hoteles que no le aportaron gran prestigio pero sí grandes ingresos. Marco murió un par de años antes de que naciera el que habría sido su único nieto, Eric. La causa fue un paro cardíaco entre las sábanas de seda de uno de los burdeles de lujo de mayor prestigio de la ciudad, situado precisamente en la azotea de un casino que él mismo diseñó. Ya era viudo cuando sucedió. Marina, su mujer, había fallecido años antes por complicaciones en el parto de Vidal, único hijo de la pareja. Tras la muerte de su esposa, el constructor se hundió en una fuerte depresión durante mucho tiempo. Al parecer, empezó a remontar el vuelo poco antes de su fallecimiento. La vida volvió a cobrar sentido para él al enamorarse, durante la celebración del quinto aniversario del casino, de una de las chicas que trabajaban en el prostíbulo de la última planta. Quizá esta microhistoria de amor que tanto aportó a sus protagonistas, a él felicidad y un final en alto y a ella mucho dinero, palió de alguna forma la sordidez propia de las circunstancias de su muerte.

Por la rama materna, la situación tampoco fue mucho más boyante. El padre de Alma simple y llanamente nunca existió, o eso dijo siempre Dana, la madre de Alma. Alma nunca llegó a conocer el nombre de su padre. Dana siempre zanjaba con un contundente «no existe» cualquier pregunta relacionada con el hombre con el que concibió a su única hija, y no volvió a tener relación con ningún otro hasta mucho más tarde, ya en el ocaso de su vida.

Tanto la madre como el padre de Eric fueron hijos únicos de parejas marcadas por la muerte, o por la no existencia, que al fin y al cabo es otro tipo de muerte.

Al morir los padres de Eric, Dana era la única pariente viva que podía hacerse cargo del pequeño. Llevaba muchos años sin tener relación con su hija, tras una fuerte discusión precedida de años plagados de conflictos que acabó con Alma marchándose de casa a los dieciocho años. Los contactos posteriores fueron tan breves como escasos, ocasiones como su boda con Vidal o el nacimiento de Eric, y siempre envueltos en una densa atmósfera de tensión y rencores sin enterrar.

Cuando su nieto Eric llegó a aquel nuevo hogar fue el día en que vio por primera vez a su abuela y, a partir de entonces, su madre adoptiva.

Dana trabajaba como traductora para una editorial alemana. Traducía todo tipo de textos del alemán al español, o viceversa, sobre todo novelas negras y de ciencia ficción, entremezcladas con trabajos divulgativos y algunas veces, las menos, novelas eróticas.

Era una mujer culta, nacida y criada en Núremberg, donde vivió hasta los quince años. Alta y delgada, de facciones peculiares con ciertas desalineaciones similares a las de Eric, de pelo rubio y ojos verdes que heredaron tanto su hija Alma como su nieto. Sus padres tenían un pequeño negocio de joyería a las afueras que gozó de gran éxito gracias a una invención de la madre de Dana. En colaboración con varios tanatorios y empresas funerarias de la ciudad, comenzaron a comercializar una serie de colgantes en plata y oro que permitían guardar en su interior una pequeña cantidad de las cenizas del ser querido tras su incineración. En aquellos tiempos la idea fue revolucionaria. Pronto se extendió y, junto al catálogo de urnas, ataúdes y coronas de flores, los servicios funerarios de Núremberg empezaron a ofrecer estos colgantes. Eran piezas esféricas, pirámides, prismas, pequeñas cajitas que se sellaban en la joyería de la familia con las cenizas en su interior.

En 1933, tras el nombramiento de Hitler como canciller de Alemania, el padre de Dana, en aquel ambiente de depresión económica y adelantándose a lo que ocurriría más tarde, decidió vender el negocio familiar y sacar a su familia de Alemania.

El destino elegido fue España, donde Dana terminó sus estudios y comenzó a perfeccionar su español. Leía a todas horas, combinando sus lecturas con sus horas de trabajo en la nueva joyería familiar, que seguía gozando de gran aceptación. Más tarde, cuando el negocio creció y ella dejó de ser imprescindible, aceptó sus primeros trabajos de traducción.

A los veintitrés años se cruzó con el padre de Alma. Un año más tarde nacía su hija y aquel hombre desaparecía de su vida, convirtiéndose para siempre en aquel que nunca existió. Este episodio dejó una brecha tan honda en el corazón de Dana que marcó por completo sus años posteriores y enturbió la relación con su hija. La convirtió en una mujer incapaz de entregarse en cuerpo y alma al amor por otra persona. Comenzó su aislamiento en el mundo de la traducción.

Era un trabajo que le permitía encerrarse en su estudio. Se sentía feliz al sumergirse en las historias que llegaban a su mesa. Vivía a través de ellas vidas mucho más interesantes que la suya, se desdoblaba y dejaba de ser ella misma. Era un refugio que cumplía su cometido a la perfección. No tenía necesidad de tratar con nadie excepto para las entregas de materiales y la recepción de nuevos encargos, trámites que realizaba, siempre que era posible, por teléfono. En muchas ocasiones toda su interacción con la editorial para la que trabajaba se reducía a una llamada telefónica en la que informaba a su editor jefe de que el trabajo estaba terminado y que estaba lista para un nuevo encargo. Un mensajero llegaba a su casa con un nuevo volumen que traducir y recogía el trabajo ya terminado.

En el momento de la muerte de su hija Alma, había renunciado a cualquier intento de compartir su vida con otro ser humano. Aquel mantra que repetía al referirse al hombre con el que concibió a su hija Alma, aquel «no existe», acabó por extenderse a todos los que la rodeaban. Nadie existía para ella. Se convirtió en una mujer extremadamente hermética y solitaria. Hasta que llegó Eric.

Dana tenía entonces cincuenta y un años. La irrupción de su nieto en su vida fue tan inesperada como aterradora. Su única experiencia anterior en el campo de la maternidad fue un desastre, con una hija que a los dieciocho años se hartó de ella, de

su incapacidad de transmitir cariño, y se marchó de aquella casa para poder respirar. La primera reacción de Dana fue rechazar el derecho al cuidado del niño.

Solo lo había visto una vez, recién nacido. Entonces medía poco más de medio metro y pesaba menos de cuatro kilos. Ahora lo veía de pie sobre el césped del cementerio, frente a las urnas metálicas, vestido con una camisa blanca, con la mitad del faldón sobresaliendo por encima de unos pantalones cortos negros de los que colgaban unos tirantes hasta las rodillas.

Las urnas fueron depositadas en un nicho común sellado por un operario. Los restos de sus padres descansarían juntos para siempre en la oscuridad de aquel paraíso de cemento, pagado por su seguro de vida.

Eric miró a Dana con unos ojos líquidos en los que nadaba una pena inocente. Se sorbió los mocos, con la cara enrojecida e irritada por las lágrimas, y volvió a mirar el nicho, como esperando que su padre, desde dentro, derribara de una patada la losa que acababan de cementar y acabara con una broma que había llegado demasiado lejos. Entonces no hubo marcha atrás para Dana, debía saldar las deudas con su hija. No podía dejar a aquel niño a su suerte.

Los primeros años fueron difíciles tanto para Eric como para su abuela. Comenzaban un viaje duro por un sendero desconocido, repleto de altibajos, de terraplenes y curvas imposibles, y lo hacían con una mochila repleta de piedras. La pesada carga de la falta de un cariño que estaba por construir, el desconocimiento y el recelo mutuo.

Eric no fue un niño fácil. Taciturno y muy reservado. Nunca hablaba del accidente, y nadie le hablaba de ello. Quizá fuera un error, pero nadie quería meter la pata y decir algo que pudiera hacerle sentirse culpable.

El nuevo cuarto de Eric en su nueva ciudad desprendía olores desconocidos. El sonido de las calles, su sinfonía desordenada, había cambiado. Todo resultaba desconcertante y se unía al dolor por la pérdida de sus padres. Las pesadillas son más crueles cuando no reconoces el cuarto en el que las sueñas.

Eric obligó a Dana a salir del caparazón que había construido. No solo por su presencia y las nuevas responsabilidades que implicaba, sino porque supuso nuevas interacciones con el exterior. Debía acompañarle al colegio, a la peluquería, acudir a reuniones de padres de alumnos... Estas actividades fueron integrando a Dana en una vida que había abandonado. Y, aunque en un principio todas se le antojaron molestas, como pequeñas piedras en el cómodo zapato de su aislamiento, con el paso de los años acabaron por insuflarle un nuevo espíritu. Eric le regaló una nueva vida.

Este cambio se produjo de forma gradual, casi imperceptible, como aumenta el nivel del mar año tras año con el deshielo de los casquetes polares. Con lentitud, pero enorme trascendencia. De forma tan paulatina que Dana ni siquiera fue consciente de la transformación hasta que un día de primavera, mientras esperaba a Eric a la salida del colegio, alguien volvió a besarla.

Fue un simple beso en la mejilla, pero el calor que inundó su pecho al recibirlo fue prueba irrefutable de que algo importante había mutado en su interior.

Eric acababa de cumplir once años y Dana contaba cincuenta y seis. Ella solía compartir la espera con el abuelo de dos nietas gemelas, compañeras de Eric. Nicolás acababa de cumplir sesenta años. Disfrutaba de su recién estrenada jubilación

anticipada. Cada tarde le hacía el favor a una de sus tres hijas al encargarse de la recogida de las niñas. Y Nicolás disfrutaba de cada segundo que pasaba con sus nietas. Jugador de baloncesto en sus años jóvenes, seguía siendo un hombre atractivo y bien conservado. Alto y robusto, con una espesa barba blanca y el pelo largo y cano recogido en una pequeña coleta que en un primer momento a Dana le pareció ridícula, impropia de un hombre de su edad. Le prejuzgó como inmaduro e infantil. Sin embargo, tras compartir varias tardes de espera, aquella peculiaridad excéntrica le fue pareciendo cada vez más atractiva: era la coleta de un hombre tan seguro de sí mismo que no le importaba ser juzgado por ella. Tenía una voz radiofónica, grave, que transmitía una calma que agradaba a Dana. Era un hombre muy educado, con una delicada honradez que parecía estar forjada a base de nostalgia por la pérdida de su mujer, le contó a Dana, cuatro años antes.

Dana y él tenían charlas agradables que a menudo giraban alrededor de libros o películas. Nicolás disfrutaba diseccionando sus obras favoritas o denostando las de menor calidad. Ambos disfrutaban más con esto último.

Adriana y Aiala, las nietas de Nicolás, eran vorágine hecha carne humana. Siempre las primeras en salir en torbellino cuando se abría el portón de madera. Aparecían a la carrera dando saltos, empujándose la una a la otra entre risas, pura energía y nervio. Un par de minutos más tarde aparecía Eric, siempre con los más rezagados, con su paso flemático y una expresión apacible. Ya habían pasado los peores años para él y se había ido convirtiendo en un hombrecito cariñoso y tranquilo, muy responsable para su edad y sus antecedentes.

Como era habitual, aquella tarde las gemelas aparecieron disparadas. El doble remolino castaño avanzó en la primera línea de fuego hasta colisionar contra su abuelo, al que agarraron de la cintura haciendo que su enorme cuerpo luchara por mantener el equilibrio.

—Bueno, Dana. Me llevo a las leonas de vuelta a la jaula —dijo Nicolás con una amplia sonrisa que dejaba ver una boca cuidada.

—Yo esperaré a que salga mi tortuga. Hasta mañana, Nicolás.

Y fue entonces cuando él se inclinó para besarla. Nunca lo había hecho y cogió a Dana por sorpresa. Fue un beso dulce y lento, que se posó en su mejilla el tiempo suficiente para que Dana pudiera sentirlo latiendo en su piel durante toda la tarde, toda la noche, en la que apenas consiguió conciliar el sueño, y todo el día siguiente, hasta que volvió a ver a Nicolás.

A partir de entonces su acercamiento se produjo de forma natural, con gestos y roces cómplices cada vez más frecuentes. Un flirteo maduro que culminó con su primera cita.

Dana se pasó la tarde arreglándose. Inquieta e irreconocible tanto para su nieto como para ella misma. Volvió a tener veinte años durante unas horas. Horas de nervios, de pintalabios tembloroso, de sombra de ojos en su justa medida, de desenterrar vestidos ya olvidados, de controlar un pánico sin sentido que amenazaba con impedirle salir de casa. Dana dejó a Eric con una canguro recomendada por el propio Nicolás y, tras respirar hondo, partió rumbo a su primer encuentro con un hombre después de treinta y dos años.

Fueron varios los horrores que marcaron el ritmo de la noche. Una avería en el coche de Nicolás y sus correspondientes treinta y cinco minutos de retraso, que dieron a Dana demasiado tiempo para pensar en aquel que nunca existió. Fue destacable también la larga tira de papel higiénico clavada en el tacón con la que Dana atravesó el comedor, cual cometa cruzando el cielo, hasta sentarse a la mesa, y que fue retirada por un camarero de forma poco discreta y entre murmullos de los comensales. No menos aparatosos fueron el derramamiento de una copa entera de vino sobre los raviolis de Nicolás por parte de Dana y la embarazosa mancha de mostaza de Dijon que Nicolás exhibió durante su apasionada disertación sobre la última película de Woody Allen. A Dana le dio tanto reparo cortar aquel ensayo oral que no se atrevió a extender su mano y limpiar la barba del orador hasta que este hubo terminado su discurso. La guinda del pastel fue el rubor en la cara de Nicolás cuando, al ir a pagar la cuenta, comprobó que había olvidado su cartera en el coche averiado. Dana tenía casi todo el montante de la factura, pero faltaba un pico por el que debieron pedir clemencia explicando su olvido y prometiendo que él volvería al día siguiente para abonarlo.

Aquella primera cita fue un desastre. Un magnífico desastre.

Todos esos pequeños accidentes no hicieron sino acercarlos, todos acabaron en risa, cuando no en carcajada, y les demostraron que estaban cómodos el uno al lado del otro, incluso entre las ruinas de la peor primera cita del mundo. Fueron conscientes de la felicidad que les esperaba a la vuelta de la esquina si caminaban juntos.

Dana y Nicolás comenzaron a quedar con frecuencia, cuando las responsabilidades de ella se lo permitían. Tenía que cuidar de Eric y seguía con su trabajo de traductora, con lo que no disfrutaba de mucho tiempo libre y, cuando lo tenía, debía buscar con quién dejar a su nieto. Por esta razón, muchas veces hacían planes en los que podían incluir a Eric: ir al parque y alquilar una barca de remos, ver alguna película en el cine o cualquier actividad relacionada con los cómics, verdadera pasión de Eric en aquellos tiempos.

Más tarde Nicolás comenzó a pasar alguna noche en casa de Dana y unos meses después decidieron buscar una casa donde comenzar una nueva vida bajo el mismo techo.

Los tres se trasladaron a una casita en las afueras, con jardín, muy diferente al pequeño piso que ocupaban en el corazón de la ciudad.

Nicolás sentía adoración por Eric y pronto el cariño entre ellos fue en aumento. Una relación en la que Nicolás no estaba sometido a las reglas y exigencias propias de la paternidad, del educador que debe guardar el equilibrio entre amistad y autoridad. Podía comportarse como ese abuelo enrollado cuya misión es únicamente querer al nieto. La carga educativa seguía recayendo en Dana. Así lo quiso ella. Prefería que Eric encontrase en Nicolás un aliado, un amigo, antes que una segunda autoridad. A pesar de ello, el espíritu sereno, la bondad, la experiencia y la sabiduría de Nicolás se filtró en Eric como el agua subterránea que forma un lago.

Acabaron siendo una familia bien avenida, un sano triángulo amoroso, y Dana completó su mutación en madre, amante y, sobre todo, en persona feliz. Fueron años

de vida sencilla pero armoniosa, en una casa en la que por fin las sonrisas ganaban, con mucho, a las lágrimas.

Una mañana de invierno, cuando Eric tenía diecinueve años y acababa de comenzar sus estudios de Psicología, Dana amaneció con una fiebre muy alta. Llevaba varios días en casa con lo que parecía una fuerte gripe que no remitía. Acudieron a Urgencias y tras varios análisis escucharon las palabras malditas. Dana sufría una leucemia mieloblástica aguda.

Los médicos hablaron con contundencia, incluso con brusquedad a ojos y oídos de Eric. No ofrecieron esperanza en su pronóstico. Le explicaron la probabilidad de que no llegara al año de vida si no encontraban una médula ósea compatible para un trasplante. Mientras tanto, tratarían de que la paciente no sufriera de manera innecesaria y la someterían a sesiones de quimioterapia en espera del donante.

Pero ese donante, como aquel hombre que le dio una hija, nunca llegó a existir para Dana.

Siete meses más tarde Dana fallecía.

Fue un golpe muy duro, el más difícil para Eric hasta entonces. Cuando sus padres murieron, su corta edad jugó a favor. Su inocencia, su tendencia a la distracción, su facilidad para generar nuevas ilusiones y una nueva figura maternal que fue ganando enteros paso a paso amortiguaron el golpe. En cambio, la muerte de Dana llegó en un momento de felicidad consciente y el contraste le golpeó de forma brutal. Un jarro de agua helada en la larga noche de verano que vivía por aquel entonces.

Eric disfrutaba de su primer año en la facultad de Psicología. Se apasionaba con cada descubrimiento que le adentraba en la complejidad de la mente humana. Se sentía explorador de una densa selva, abriéndose paso a golpe de machete hacia lugares que muy pocos seres humanos pisaron antes que él. Y eso le hacía feliz.

Además tenía a Claudia, y Claudia le tenía a él. Se cumplía el tercer año de noviazgo con la única mujer a la que amaría nunca.

Se conocieron en la escuela. Eric tenía dieciséis años, ella quince. Ambos cursaban el mismo grado debido al año que perdió Eric tras la muerte de sus padres. Iban a la misma clase y pronto empezaron a acercarse. No fue un acercamiento típicamente adolescente. Ni Eric ni Claudia eran en absoluto típicos.

Su cortejo, si es que se puede llamar así, no se basó en las habituales bromas de mal gusto que esconden un deseo secreto, ni empujones pueriles como coartada para un contacto que ya no se puede reprimir, ni todo ese tipo de comportamientos contradictorios propios de una edad en la que el amor aún es un completo desconocido. Se acercaron entre conversaciones sobre cómics o películas anime, planes irrealizables de viajes a Japón, cuna de la cultura manga y pasión mutua de juventud, batidos de avellana al salir de la escuela y un cariño profundo que crecía tan rápido como ellos mismos y que se entreveraba con la maravillosa sensación del despertar sexual. Todo era nuevo y excitante, una batería inagotable de bienestar que hacía a Eric saltar de la cama cada mañana deseando avanzar en aquel juego maravilloso que Claudia le había regalado.

Tres años más tarde su relación seguía manteniendo la misma esencia. El torbellino inicial ya se había apaciguado con el paso del tiempo y las inevitables

rutinas asimiladas. Ya no les sorprendían tan a menudo sensaciones nuevas, no descubrían sus cuerpos, ni gozaban de los enigmas de una sexualidad aún por desvelar, ni dejaban volar la imaginación con tanta facilidad e inocencia, pero aquellos ingredientes habían sido reemplazados por suplentes de lujo. Un cariño infinito, una comprensión mutua envidiada por todos los que los rodeaban, una sincronía en sus espíritus que las palabras, de nuevo, no pueden describir con justicia. Eran más conscientes que nunca de lo mucho que se necesitaban el uno al otro. Eran dos adictos. Adictos a la presencia de una persona que era capaz de detectar su estado de ánimo con la primera palabra del día, a veces ni siquiera la necesitaban, bastaba un gesto, un movimiento de una mano, la forma de servir el café o de alcanzarle el azúcar.

Tras la muerte de Dana, Claudia fue el gran apoyo de Eric. Un flotador en medio de un océano embravecido. Lo rescató de unas aguas antes en calma que ahora exhibían toda su furia y hundían el sólido crucero de primera clase en el que viajaba.

Nicolás también acusó el golpe, y lo hizo de forma más dramática que Eric. Las fuerzas del joven no las tenía el viudo. Aunque sesenta y ocho años no eran demasiados para un hombre en forma como él, gran parte de su vitalidad, de su robusta juventud, quedó enterrada junto a Dana, perdida para siempre entre los pliegues del vestido que le sirvió de mortaja. En ocasiones, o quizá siempre, la salud es un estado de ánimo, y la de Nicolás comenzó a sufrir altibajos en los años siguientes.

Nunca volvió a ser el hombre al que Dana limpió de su bigote aquella mancha de mostaza, nunca volvió a reír como rieron aquella primera noche, con aquellos maravillosos desastres que sirvieron de pistoletazo de salida a los mejores años de su vida.

Sobrevivió a un par de infartos leves tras los cuales comenzó a hacer algo de ejercicio y a vigilar las comidas, pero de nada sirvió. Su alimento había sido Dana y no había dieta en el mundo que pudiera suplir su ausencia. A la tercera fue la vencida.

LA LLAMADA

Han pasado nueve días desde que se negara a ayudar a Mía. A la mañana siguiente, tras desayunar, Eric salió a comprar víveres, casi todos bebestibles. Se cruzó con la muchacha al salir. Estaba repasando las barandillas de acceso a la piscina. Se saludaron como siempre. Eric quizá esperaba un cambio en su tono de voz o en su mirada, algo más de complicidad, pero la situación fue una fotocopia a la de días anteriores. De nuevo le asaltó la duda: la charla con Mía, la noche anterior, ¿había sido real? «Sí, joder, sí que lo ha sido. No puedo haberme vuelto tan loco», pensó. Por otra parte, él tampoco había cambiado en nada su actitud y fue él quien acabó gritándole que se marchara. ¿Por qué iba a mostrarse ella más cercana?

—Perdona por gritarte anoche. No debí hacerlo —dijo Eric con voz queda.

Mía brillantaba el metal con movimientos enérgicos y no levantó la vista para responder:

—No pasa nada.

No parecía molesta. Era algo peor: indiferencia. Y eso fue todo. Mía siguió con su tarea y Eric siguió su camino.

Nueve días más tarde, nada ha cambiado. Se han sucedido nueve copias del mismo *pack* de veinticuatro horas. Mía se comporta como si jamás hubieran tenido aquella conversación en la que permitió a Eric acercarse a su principal objetivo vital. A Eric y a nadie más. Eso le había dicho. Ella le había elegido, él la había rechazado y ahora la frialdad volvía a reinar entre ellos.

También reina el frío, que sigue azotando el complejo residencial en uno de los inviernos más desapacibles que se recuerdan en La Isla. El viento no da tregua, escupiendo lluvias horizontales contra los cristales del salón en el bungalow número 4.

Eric está sentado en el sofá, encajado en el hueco que ha tallado durante semanas. Los ojos entrecerrados y el dolor de cabeza de cada mañana.

Oye el azote de la lluvia. Un sonido que siempre le hizo feliz cuando golpeaba los cristales de su consulta. Le encantaba esa sensación de protección que sentía cada vez que el cielo descargaba su furia sin poder tocarle. Y cuanto más intensa era la descarga, cuanto más brutal su intento de derribar los cristales, más apacible era la calidez de su despacho. El ambiente perfecto para tratar a sus pacientes. No había hilo musical en el mundo que pudiera igualarse a aquel vómito celeste del que se mantenían a salvo.

Ahora, sin embargo, duele. La lluvia trae consigo olores de épocas pasadas.

Además, hoy debe enfrentarse a ella porque vuelve a necesitar reponer la despensa, desprovista de alcohol.

Se enfunda el chubasquero adquirido en el bazar y se encamina hacia el supermercado, que imagina más vacío que nunca. Puede que incluso su unilateralmente querida cajera haya sucumbido a los encantos de una huida a tierras más cálidas.

Al salir no ve a Mía.

Durante el trayecto, algo en su interior salta inquieto, como un perro al que han encerrado en el baño para que no moleste a las visitas. Ese algo está deseando que abran la puerta.

Vuelve al apartamento con un cargamento inusualmente prolijo, incluyendo una botella de vodka que ha cogido en el último momento. El perro encerrado en su interior aúlla y él va a darle lo que quiere.

Tiene una nueva llamada perdida en el móvil. Lo de siempre. «Lo merezco — piensa—, otra vez y otra. Las que sean necesarias. O quizá ya haya sido suficiente...»

Comienza el trasiego y hoy no va a dejarse simplemente mecer en brazos de un sueño etílico. Bebe con un objetivo más elevado, aunque no es capaz de formularlo. No puede, o no quiere, entender la diferencia con días anteriores.

Pasan los minutos y todo se deforma. Anochece dentro y fuera de Eric. El tiempo no entiende de días especiales. Siempre acaba dejando que la noche se ocupe de los hombres como él. La lluvia sigue inundándolo todo, pero ahora también llueve dentro. Trombas de agua que corren por su salón. Muros de agua que distorsionan los contornos de los muebles, de sus manos, que no consigue reconocer como suyas.

Entonces suena su teléfono móvil y la pantalla arroja un nombre imposible.

DANA.

El teléfono sigue vibrando en su mano. No deja de insistir en un *loop* demoníaco que desafía el sentido común de Eric. No es posible, pero sin embargo lo es.

El tono de llamada se apaga y el teléfono vuelve a dormir. De nuevo parece inofensivo, inerte. Eric aún tiembla con él en la mano, respirando de forma acelerada y con el vértigo en el corazón.

Vuelve a encenderse. El teléfono resplandece de nuevo y vibra con más fuerza. Parece gritarle a la cara, feroz.

«Coge, Eric.»

«Soy yo, Dana.»

«Tengo algo que decirte.»

«Descuelga, Eric.»

«Lo estás deseando...»

Oye una respiración, o quizá sea la suya propia. Tiene el auricular pegado a la oreja, pero quien le está llamando no habla. Él tampoco dice nada. Se ha limitado a pulsar un botón que ha conectado los dos extremos de la línea. Dos interlocutores conectados, silencio entre ellos.

Entonces alguien aspira con violencia al otro lado. Una inhalación rápida, de sorpresa, un sobresalto, alguien que despierta de golpe de una pesadilla. La resurrección de un muerto que coge aire por primera vez en dieciocho años.

«¿Eric?»

Es la voz de Dana. Eric no contesta, no puede hacerlo. No consigue recordar cómo un humano puede articular palabras por medio de su aparato fonador. Nadie

debería poder hablar con su pasado.

«Eric, ¿estás ahí? ¡Soy Dana!»

De las comisuras de unos ojos abiertos como si nunca fueran a poder cerrarse de nuevo caen las lágrimas. Eric pestañea y otras dos tristezas líquidas resbalan por sus mejillas. Al fin consigue hablar, o pensar que habla.

«Dana...»

Su propia voz ha sonado extraña en su interior, un susurro áspero, puro esfuerzo.

«¡Mi Eric querido! Te he llamado miles de veces, y mil más lo hubiera hecho. Es importante que me escuches, cariño. Escúchame con atención. Estás listo para volver y debes hacerlo lo antes posible.»

Es una voz urgente pero espléndida, generosa en una alegría acumulada durante muchos años para ser disfrutada ahora. Una voz que ilumina la estancia desplegando el vuelo de miles de luciérnagas con cada palabra. Sus luces verdes fosforescentes crean una aurora boreal que no solo alumbra, sino que también calienta. Esa voz que, junto a la de Claudia, marcó los años más felices en la vida de Eric brota de nuevo. El llanto de Eric es de una alegría desesperada.

«Dana, le hice algo horrible, algo horrible...»

«Lo sé, cariño. Yo lo veo todo. Vi su sufrimiento, y la crueldad bañada por una luz de plata. Y también te vi a ti, Eric. Vi todo el dolor que la injusticia puede provocar, pero todo ha terminado. Ya has pagado tu deuda. Ahora debes volver.»

Dana habla con el infinito cariño de una madre que ama a su hijo sin reservas, por encima de todas las cosas. En la salud y en esta enfermedad. Paciente, comprensiva, tallando cada palabra hasta dejarla suave y pulida. Palabras que son caricias para su nieto herido.

«¿Volver a dónde? Ya no tengo sitio al que regresar...», balbucea Eric.

«Sabes muy bien a dónde debes volver.»

«No, no lo sé, abuela... No lo sé. Dímelo, por favor.»

Las palabras de Eric son gemidos. Dolor hecho verbo. Se ha derrumbado en un llanto sin control. Es la primera vez que se permite abrir las compuertas de un dolor que ocupaba ya demasiado espacio. Que ya era insoportable. La tristeza restalla en su interior y se derrama en un manantial interminable. Las lágrimas le ciegan y generan una neblina en la que se disuelve, vidriosa, la luz fosforescente de las luciérnagas.

Eric se balancea adelante y atrás en el sofá. Agoniza. Un hilo de baba espesa, oscurecida por la última copa de vino, cae por la comisura de sus labios, resbala por su barbilla y deja una marca tinta en su camisa. Eric cae al suelo lobotomizado por la culpa, por un deseo intenso que jamás había sentido. El deseo de que el dolor cese.

Dana habla por última vez para cogerle de la mano y llevarle a su destino. Seis palabras y luego nada, solo la necesidad de cumplir un mandato. La voz de Dana es dulce, miel que cae de sus labios en un goteo apacible. Seis palabras y luego nada.

«Es conmigo con quien debes volver.»

*EXCUSATIO NON PETITA**Un año y cuatro meses para el despegue*

Eric nunca despedía a una paciente con un beso, siempre ofrecía un apretón de manos. Así se lo dijo a Eva Belcourt en la primera de sus sesiones. Le comentó con amabilidad que no le parecía un trato profesional. Y ella aceptó su mano renunciando a una despedida más efusiva. La volvió a aceptar un par de veces más, hasta que en la cuarta sesión comentó, con una sonrisa de niña pícaro, que alguien que tenía tantos detalles de su vida sexual no podía despedirle con un apretón de manos. No le dio opción a Eric y en un rápido movimiento le plantó un beso en la mejilla que se convertiría en protocolo a partir de entonces. Después salió de su consulta contoneando aquel trasero que no se podía mover de ninguna otra manera.

Eva Belcourt no coqueteaba, sencillamente no podía dejar de ser Eva Belcourt.

El espacio entre terapeuta y paciente se había acortado en las últimas visitas y a la férrea determinación de Eric se le habían comenzado a ver las costuras. Como paciente, el cuadro de Eva incluía episodios depresivos, ataques de pánico, ira o ansiedad puntuales y drásticos cambios de humor. Los ataques de ira eran los que más preocupaban a Eric. Algunos de los episodios relatados por Eva eran bastante graves. Escuchaba sus historias, tomaba notas, incidía en aquello en que podía ayudarla y tomaba las decisiones que creía oportunas. En resumen, trabajaba su caso como lo haría con cualquier otro paciente. Con una diferencia. En ocasiones era incapaz de creerla. Se le hacía muy difícil imaginarla de una forma tan diferente a como se mostraba en su consulta.

Eric había asistido a relatos de comportamientos extremos en boca de otros pacientes que, sin embargo, tumbados en su diván, eran la perfecta personificación de la mansedumbre. Y aunque rozaran lo grotesco, por muy tranquilas que se mostraran las fieras, era perfectamente capaz de imaginarlas en acción. De vislumbrar sus demonios. Una vez superado el recelo inicial y con la terapia ya avanzada, nunca dudaba de las palabras de sus pacientes. ¿Por qué iba a hacerlo? Todas aquellas personas querían mejorar, y para ello debían decir la verdad. Era una máxima que Eric les dejaba muy clara en la primera sesión. Era necesaria una confianza total en el terapeuta y, si detectaba cierto recelo, lo combatía hasta ser capaz de asumir que todo lo que se decía en su consulta era cierto.

Sin embargo, Eric no era capaz de asumir algunas de las verdades de Eva. No podía creer que esa criatura que irradiaba tal poder, tal magnetismo, tal seguridad en sí misma pudiera perder los nervios tal y como le narraba con todo lujo de detalles.

Minutos antes de que acabara una sesión con ella, Eric se había atrevido a preguntar acerca del parche que siempre cubría su ojo izquierdo.

Hasta ese momento, el psicólogo había evitado una pregunta que parecía obvia. Cuando ella comenzó a narrar la explicación, Eric sintió que la línea invisible que los unía se estrechaba. Acercó su silla a Eva para expresar de forma física esa sensación.

El incidente ocurrió tras un desfile de moda en Venecia organizado por una importante firma italiana. El pase había terminado y una maquilladora eliminaba un complicado trabajo de pintura del rostro de una Eva Belcourt de dieciséis años, delgada como un silbido, pero cuya cadera ya insinuaba la soberbia insolente que desplegaría años más tarde. Si sus caderas aún callaban, la boca de Eva hablaba demasiado. Tenía una lengua afilada que disparaba en todas direcciones.

—Fui una adolescente terrible —le confesó Eva a Eric—. Digamos que me iba la marcha, no dejaba títere con cabeza. Creo que realmente lo hacía pensando que la mejor defensa era un buen ataque, cuando realmente nadie me atacaba. Yo me atacaba a mí misma. No me gustaban la curvas que se me empezaban a notar, me faltaban algunos centímetros comparada con las modelos de mayor éxito, aquellas torres tan glamurosas, tan esbeltas... Me obsesionaba mi aumento de volumen y de peso, mis nuevas formas. Aquellos cambios que indicaban que mi cuerpo se estaba acabando de formar a mí me parecían una maldición divina. En fin, todos aquellos complejos estúpidos me convirtieron en una auténtica arpía.

»Recuerdo estar en el sillón de maquillaje. Miré a mi compañera de tocador. No diré nombres. Era una modelo veterana de gran éxito, uno de los rostros más reconocibles de mi agencia. La envidiaba profundamente... Ya habíamos tenido algún que otro encontronazo, siempre culpa mía, siempre era yo la que tiraba la primera piedra. Mi estúpido yo rebelde. Aquello supongo que fue la gota que colmó el vaso. La atacé donde más le dolía, con lo único que ella podría quizá envidiarme, y lo hice solo para que aquella pobre mujer durmiera un poco peor aquella noche. Yo era una niña y ella empezaba a ser considerada una modelo vieja. Miré a su maquilladora, que en aquel momento le borraba el contorno de ojos con un disco desmaquillante, y escupí mi frase: “Vas a tener que frotar mucho para borrar esas arrugas, son muchos años de trabajo”. Debí acertar de lleno en la diana.

»Saltó sobre mí como una bestia. Me llovieron los puñetazos, me tiró del pelo, me arañó la cara... Yo no tenía nada que hacer contra un cuerpo como el suyo, bien trabajado. Notaba la energía que brotaba de su rabia. No creo que estuviera atacándome solo a mí. Creo que yo era un cuerpo que representaba a otras muchas de aquellas compañeras que cuchicheaban a sus espaldas sobre su declive. El ocaso de una modelo que se hacía mayor. La envidia que debía soportar a diario, la lucha que mantenían entre sí las cabecillas de la pasarela, la infelicidad, el cuidado de su cuerpo, casi obsesivo, los gramos y las canas de más... Derrotas imperdonables en aquel mundo. Creo que todo eso es lo que quería romper con sus puños aquella mujer desgraciada. Y yo me puse en medio.

»Sentí miedo. Esos ojos... Me estaba destrozando la cara, pero yo solo veía sus ojos. Los tenía tan abiertos que parecía que iban a reventar. Esperaba oír una pequeña explosión que me salpicara la cara. Irónicamente, unos segundos más tarde sería dentro de mi cabeza donde oyera ese ruido. Pero más violentos que los golpes, más

tétricos, eran los gruñidos que salían de su garganta. Eran..., no sé..., inhumanos. Llegaron dos encargados de seguridad, dos matones que triplicaban su peso, pero también se quedaron paralizados al ver la escena. Dudaron unos segundos antes de abalanzarse sobre ella. El tiempo suficiente para que uno de sus anillos de plata se clavara en mi ojo. Noté aquel trozo de metal atravesándome, como si llegara al fondo de mi cerebro y me apagara. Me desconectó.

»Lo que ocurrió a continuación me lo contaron. Cuando lograron sujetarla y separarla de mí, todos se quedaron callados, horrorizados por esa pobre niña a la que habían dejado tuerta. Ella no se calló, gritó aún más alto, debió enloquecer al ver lo que había hecho. El anillo era una espiral de plata que sobresalía dos o tres centímetros de su dedo y estaba lleno de una masa extraña, sangre, humor vítreo... Mi ojo exprimido en él. No debió ser agradable. Yo al parecer me quedé muy quieta. Miraba al techo, tumbada boca arriba, y temblaba. No me tapaba el ojo con la mano, debía estar en *shock*. Mi cabeza debía parecer un volcán de sangre allí tirada, bien iluminado por las bombillas de los tocadores, para que nadie se perdiera nada...

»Esa misma noche, en Urgencias, me vaciaron el ojo, y cuando la herida cerró me aconsejaron usar uno de cristal. Yo me negué rotundamente. No sabría explicar por qué, quizá maduré de golpe y asumí el castigo a mi estupidez infantil, o quizá quería exhibirme, que aquella mujer recordara lo que había hecho. El caso es que comencé a llevar estos parches y a convertirlos en una diferencia positiva. Fue mi toque personal. Me convertí en un ave exótica dentro de la pasarela y me fue mejor gracias a ello. Además, dejé de preocuparme por unos gramos de más, por mis caderas, por mi altura, por los cánones de aquellas bellezas escuálidas... Todo eso deja de importar cuando te falta el ojo izquierdo. Qué paradoja..., al perder el ojo también perdí los complejos. Dejé de ser la niña que era y comencé a ser la mujer que siempre había querido ser.

»A mi agresora le fue bastante peor. Nunca volvió a desfilarse y tuvo que afrontar las consecuencias de la agresión. Lo aparatoso de mi lesión le puso las cosas muy difíciles. Yo intenté colaborar en lo posible para minimizar su pena. No lo digo con orgullo, aquello fue culpa mía y creo que por primera vez asumí mi responsabilidad. Creo que empecé a ser una persona más justa. Quiero pensar que sí.

Eric no había podido evitar imaginarse el aspecto de aquella cuenca vacía. «El morbo —pensó— es un mecanismo que nunca descansa en los seres humanos, una máquina de movimiento infinito.» Se avergonzó por ello.

Con el relato acabado y la confianza ciega consumada, se despidieron en la puerta y Eva rozó la comisura de los labios de Eric.

Ya a solas, la humedad de esos labios epicúreos cosquilleaba aún en la piel de Eric como una marca de agua indeleble. Necesitó justificarse, asegurarse de que no había cometido ilegalidad alguna. No hubo falta de respeto. Fue un simple error de cálculo, una distancia mal medida, la ejecución defectuosa de una sencilla cortesía terapeuta-paciente que terminó por ensuciar de carmín la comisura de sus labios. Unos labios que siempre estuvieron reservados a su esposa.

Entonces, ¿por qué se empeñaba en declarar su inocencia? ¿De dónde surgía aquella necesidad de un juicio, de ser a la vez acusado, testigo y jurado?

Contestó a esa pregunta su querida Dana, que regresó un instante a su memoria para recordarle una de sus frases favoritas: *Excusatio non petita, accusatio manifesta*.

MUERTE

Es de noche. La oscuridad envuelve el complejo de bungalós como derramada desde un cielo de estrellas que parecen haber succionado la luz del sol y la custodian, comprimida en diminutos puntos, para liberarla de nuevo al amanecer.

Mía fuma en el porche envuelta en un grueso abrigo. Piensa en su madre, en los recuerdos de sus primeros años de vida. Repasa las imágenes, las fotografías mentales, para que no pierdan su color original, para que no se emborronen y puedan acabar desapareciendo. Se obliga a realizar ese ejercicio cada mañana al despertar y de nuevo antes de irse a dormir.

También piensa en Eric. Desde su charla con él, días atrás, Mía se ha mostrado distante. No ha querido presionar a alguien que parece presionarse a sí mismo más que suficiente. A pesar de verle consumirse, cada vez más encorvado, vencido por el peso de una carga invisible, ha mantenido la fe en él. Ha esperado su reacción, confiando en que su instinto de supervivencia, común a todos los seres humanos, acabaría con aquella rutina y le llevaría a aceptar el reto que ella le había planteado. «Solo es cuestión de tiempo —piensa Mía— que su curiosidad y su necesidad de salvación llamen a mi puerta.»

Un soniquete arrítmico interrumpe su abstracción. Es un ruido gutural, sibilante, apenas perceptible. Flota por el microcosmos que la señora Hicks y su marido crearon veinte años atrás alrededor de una piscina. Apenas interrumpe la calma de una noche en la que todo parece estar en orden.

Son gemidos ahogados, como los de un perro que se queja y patea en plena pesadilla, y provienen de algún punto cercano. Jadeos agudos entrecortados. En un principio sospecha que surgen de la alcoba de los Rusos, fruto de alguno de sus juegos, pero, al aguzar el oído, percibe la fuente de sonido más alejada. Se dirige directamente al bungaló de Eric. Una certeza oscura la atraviesa como un cuchillo. Tiene la piel de gallina cuando llega al porche número 4. Su corazón ha ido latiendo cada vez con más fuerza, igual que han ganado intensidad y frecuencia los silbidos guturales. Cuando sube los escalones casi puede oír los latidos que le golpean el pecho. Tambores que anuncian guerra. La sangre se agolpa en sus sienes a martillazos, oleadas que parecen ensanchar sus arterias.

Se acerca al cristal e intenta distinguir el interior del salón. Los reflejos del exterior le impiden ver con claridad. Los elimina apoyando sus manos en el vidrio, formando una concha a ambos lados de su cara. Poco a poco sus ojos se van adaptando a la oscuridad de la estancia y comienza a vislumbrar diferentes

densidades. Sombras y contornos que lentamente arrojan algo de información. Los jadeos cesan en ese mismo instante y el silencio la abrumba.

Una sombra alargada parece balancearse en el centro del salón. La luz de una luna menguante, casi nueva, no basta para distinguir la escena. Mía se palpa los bolsillos bajo la bata y saca su teléfono móvil. Conecta la linterna del dispositivo y dirige el haz de luz al interior.

Lo primero que ve es una silla tirada en el suelo. Lo segundo unos zapatos suspendidos unos centímetros sobre ella, goteando un líquido amarillento en un balanceo irregular salpicado de convulsiones. Lo tercero unas piernas enfundadas en unos pantalones que presentan una mancha oscura, alargada, que escurre por el interior de las perneras. Lo cuarto es un torso que termina en un cuello amoratado estrangulado por un cinturón de cuero marrón, con la hebilla clavada en la carne y abriendo una herida sangrante en su yugular. Lo quinto es la cabeza de Eric, con el rostro desfigurado y amoratado. Los ojos intentan salir de sus órbitas y miran a Mía sin verla. Un cuerpo atravesado por latigazos eléctricos.

Mía se queda paralizada. Su cerebro tarda un par de segundos en procesar la brutal información. Reacciona. Marca el número de Emergencias mientras corre hacia la recepción. Necesita las llaves del bungalow de Eric. Frena bruscamente cuando solo ha dado cuatro zancadas por el camino de piedra. Es demasiado tarde, la señora Hicks no estará ahí. La recepción ya ha cerrado y estará en su bungalow, probablemente dormida. No hay tiempo.

Regresa al porche. Una operadora le habla a través del auricular y Mía, atropellándose con sus palabras, le da la dirección de la urbanización, tal y como hiciera Eric días antes para denunciar al Ruso. Tras colgar, coge por dos de sus patas una de las sillas de la terraza y la arroja con todas sus fuerzas contra el cristal. El impacto no consigue hacerlo añicos. El plástico es demasiado flexible y el respaldo de la silla se ha doblado al contacto con el vidrio. Vuelve a intentarlo. Una, dos, tres veces. El tiempo se acaba. Aunque Mía no puede verlos, los espasmos del cuerpo de Eric van apagándose, cada vez menos frecuentes.

Desesperada, Mía busca algo más contundente en el porche, pero no consigue encontrar nada. Quedan segundos. El silencio apremia. Debe actuar.

Retrocede hasta el borde de las escaleras, respira hondo y cubriéndose la cara con la bata inicia la carrera.

Se precipita con todas sus fuerzas. Ariete humano. Siente el impacto, que recae, sobre todo, en el hombro y el bíceps derecho. La resistencia inicial del cristal cede bajo la energía cinética desarrollada. Consigue al fin quebrarlo y Mía se desploma sobre el suelo del salón en un estrépito de cristales que despierta a todos los inquilinos.

Se encienden las luces en el dormitorio de los Rusos y en el de la señora Hicks. También en el salón de Eric. Mía la enciende tras levantarse del suelo. Sangra por varios cortes y tiene pequeños trozos de cristal clavados por todo el cuerpo.

Sujeta con todas sus fuerzas las pantorrillas de Eric, intentando alzar su peso para que la correa de cuero deje de presionar su cuello. Grita.

—¡SOCORRO! ¡AYUDA! ¡QUE ALGUIEN ME AYUDE!

El primero en aparecer es el Ruso, casi inmediatamente. Se ha acercado a toda prisa en ropa interior, con el pelo cano aplastado por la almohada y oliendo a sudor nocturno.

—¡Descuélgalo! ¡Vamos, joder! —grita Mía con las lágrimas resbalando por sus mejillas y tiñéndose de rojo al contacto con las manchas de sangre.

El Ruso se lanza a por la silla tirada en el suelo, la coloca junto al cuerpo colgante de Eric y se encarama a ella para intentar abrir el cinturón que se ha cerrado con fuerza alrededor de su cuello.

No es una tarea fácil. Aunque Mía sostiene el cuerpo, este se inclina sobre la correa, que sigue oprimiendo su cuello. El Ruso forcejea, lanza gritos desesperados con cada esfuerzo. Intenta pasar los dedos entre la correa y el cuello de Eric para abrir el lazo alrededor de la hebilla. Cada avance se ve frustrado con un nuevo tirón del cuerpo al balancearse. Mía sigue sujetando las piernas de Eric y alzándolo, pero cada vez le cuesta más mantenerlo en vilo. El Ruso cambia de estrategia y se centra en el nudo que ata el cinturón a la lámpara. Da mejor resultado. Clava las uñas para deshacer el cuádruple nudo. Eric se tomó muchas molestias para blindar el desenlace. Por fin, uno a uno, el Ruso consigue desenredar los cuatro nudos y el cuerpo de Eric se desploma en medio del salón.

Mía amortigua su caída evitando el impacto de la cabeza contra el suelo y rápidamente afloja el cinturón alrededor de su cuello.

Huele a alcohol y a sudor. El sudor de un cuerpo al borde de la muerte y el de otros dos que intentan rescatarlo de sus garras.

Llega la señora Hicks. No es de gran ayuda. Comienza a chillar horrorizada, histérica, agarrándose con las manos los bajos de su vestido.

Unos segundos después aparece la Rusa, con una bata de seda sobre un salto de cama elegante, de color hueso, que desprende brillos cuando la escasa luz de luna incide en el ángulo adecuado. Se queda callada en un rincón del porche, abrazándose para mitigar el frío y con los ojos muy abiertos fijos en el cuerpo tendido de Eric.

Mía tumba boca arriba a un Eric que ya no respira. Conoce las instrucciones. Ha visto el procedimiento en alguna parte. No recuerda dónde. Quizá fue en algún vídeo de Internet o en un programa de televisión, o varias veces en diferentes momentos de su vida. Ahora va a intentar imitar lo que cree que ha visto.

Abre la boca de Eric, le retira la lengua y le introduce oxígeno en los pulmones; acto seguido coloca las dos manos una sobre otra y aprieta fuerte allí donde cree que presionará un corazón que Eric ha querido desconectar. Repite la operación. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. No recuerda cuántas presiones debe hacer. Decide que cinco le parece lo correcto y vuelve a la boca de Eric.

La señora Hicks pronuncia algunas palabras ininteligibles, rezos mascullados. El volumen de su monólogo se mueve entre el susurro hasta el puro grito. El Ruso se ha llevado las manos a la cabeza, detrás de la nuca, y se mueve adelante y atrás, nervioso y asustado, esperando la tos salvadora de Eric. Una tos que no llega.

La ansiedad de Mía hace que sus bombeos sobre el pecho de Eric sean cada vez más intensos, desesperados. Ya no consigue distinguir el mundo a su alrededor, todo lo cubre una catarata vidriosa, un muro de lágrima y sangre.

Tras insuflar por quinta vez en el interior de Eric, llega el espasmo. Estertor de vida. Viene acompañado de un vómito rosado, que resbala por el carrillo de Eric al ladear la cabeza. Tose, expectora y se retuerce. Exmuerto.

Mía gira sobre sí misma y se tumba boca arriba sobre el suelo del salón, llora con histeria nerviosa, convulsa de pura alegría y angustia.

El Ruso habla por primera vez. Tiembla.

—Amigo, amigo. ¿Está bien? —dice mientras propina a Eric pequeñas palmadas en el rostro.

La respuesta son las sirenas de una ambulancia que comienzan a oírse a lo lejos, cada vez más cerca.

La señora Hicks sale a la carrera para abrir la cancela con su rosario de oraciones atropelladas. Un par de minutos más tarde dos enfermeros introducen a Eric en la ambulancia.

La señora Hicks farfulla, la Rusa calla, el Ruso se seca el sudor y Mía las lágrimas.

RESURRECCIÓN

Tocar fondo. Alcanzar el punto más bajo en los niveles de realización personal, sentimental, física y mental. Simplificando, algo así como el momento más infeliz de una vida. De nuevo las palabras y sus limitaciones.

No tiene por qué ser un momento de una extrema gravedad, no debe darse una circunstancia atroz. Hay personas que pasan por la vida tocadas por la gracia de un bienestar casi constante y su listón nunca baja demasiado, nunca sufren una derrota demoledora. Viven y se apagan sin dramas y el momento más bajo de sus vidas es simplemente esa muerte tranquila.

Otras personas, en cambio, tropiezan constantemente, deben superar enormes dificultades y están marcadas por las desgracias. Tantas que se hace complicado distinguir cuál fue la caída más dolorosa.

No hay una edad marcada para pisar el fondo de ese pozo. Algunas personas lo visitan en su más tierna infancia con algún suceso que resquebraje sus almas, y puede suceder exactamente lo mismo en el ocaso de una vida.

El suero gotea a intervalos regulares, como un reloj reseteado a cero que comienza a funcionar de nuevo y cuyo punto de partida fue el primer segundo de esta nueva vida. Mide el tiempo que Mía y el Ruso le han regalado a Eric.

Abre los ojos.

Junto a él está Mía. Sentada en una silla en una esquina del cuarto, bajo una televisión apagada que funciona con monedas. Está leyendo un libro y no percibe el despertar del paciente.

Eric se queda mirándola, está cansada, ojerosa. No entiende qué hace ella ahí sentada. No entiende qué hace él tumbado fuera de su bungalow. Entonces nota el dolor en el cuello, bajo el collarín. Está mareado. No consigue reconstruir los hechos que le han llevado hasta esa cama. ¿Ha tenido un accidente? Asimila lentamente la escena. Identifica la blanca estancia como una habitación de hospital. Siente las sábanas limpias sobre su piel, los cordones de un batín de celulosa que cosquillean en su espalda. Las nalgas al descubierto posadas sobre el colchón. Huele a desinfectante, medicamentos y cuerpos enfermos. Por la ventana entra una luz tamizada por las nubes grises que cubren el cielo. No llueve.

Entonces recuerda el supermercado, y la botella de vodka, y el gesto suspicaz de la cajera, y luego su sofá y el vino. Y luego espesura. Y Dana. Sí, Dana estaba allí. Entró en el salón, o quizá la vio en la piscina o le llamó por teléfono. Sí, sonó su

teléfono y Dana estaba al otro lado de la línea. Fue una conversación alegre, pronto volverían a verse. Todo fue muy extraño. Él simplemente obedeció a Dana y actuó en consecuencia. Y entonces una silla, y un cinturón. Y ahora esta cama.

Mía se percata de su consciencia y cierra el libro que está leyendo para acercarse a la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Eric intenta hablar, pero se siente demasiado débil. Mira al techo. La voz de Mía le entristece profundamente, siente lástima de sí mismo. Una extraña vela por él. A eso ha llegado. Una lágrima resbala por su mejilla izquierda hasta morir en la almohada. Mía acerca la silla al cabecero y habla a Eric con suavidad acercándose a su cabeza. No le toca.

—No quieres desaparecer, Eric. No has venido aquí a eso. Tú no me crees, y supongo que es imposible rescatar a alguien de una trampa que ha construido él mismo. Pero sé que no buscabas morir. Fue solo un castigo. Uno más.

»¿Te acuerdas de que te conté que durante mi vida he sido muchas cosas, en muchos lugares, para sobrevivir mientras buscaba a aquel hombre? Durante una corta temporada trabajé como ayudante en una residencia de ancianos. Los había de toda clase, pero la mayor diferencia entre unos y otros eran las ganas de vivir. Esa chispa que hace que una persona tenga ganas de seguir mejorando, de competir. Era abrumadora la diferencia. Estaban los que hacía mucho tiempo que se dejaron llevar y los que aún luchaban por disfrutar de cualquier detalle del que pudieran exprimir un momento de alegría, o de excitación, o un nuevo dato que antes desconocían, una victoria. Una de mis tareas era repartir a media tarde una pieza de fruta a cada residente. Un día tocaban manzanas, otro plátanos, otro peras... Yo pasaba con una bandeja y se la ofrecía a los ancianos. Mientras lo hacía, jugaba a adivinar qué fruta cogerían. Con aquellos a quienes había catalogado como casos perdidos, los que simplemente esperaban un final que deseaban cercano, era incapaz de preverlo, extendían la mano y cogían la primera que rozaba sus dedos. Sin embargo, cuando ofrecía la bandeja a aquellos que aún se sentían vivos, era capaz de acertar nueve de cada diez veces. No exagero, era realmente buena, y la explicación es sencilla. Tendemos a perfeccionarnos todos nosotros, los vivos, los que aún tenemos un horizonte, y para eso somos egoístas, es instintivo, animal. Cazamos para sobrevivir, y a pesar de habernos civilizado en algunos aspectos, seguimos compitiendo con el de enfrente, porque morir o matar sigue siendo la única regla válida. Por eso, aquellos hombres y mujeres que aún seguían en competición en el juego de la vida en aquella residencia elegían siempre la pieza menos deteriorada, la de mejor aspecto, la menos golpeada, la que era un poquito más grande que las de al lado. Paseaban los ojos por la bandeja, extendían la mano, dudaban un par de segundos y, casi siempre, se lanzaban a por la que yo había seleccionado mentalmente. Me divertía. Eran jugadores en activo y no iban a dejar que el de al lado se comiera su fruta.

»Tú también lo eres. Estás aquí, Eric, cogiste un avión y viniste hasta esta isla. Buscas algo. Algo más que una simple muerte, eso lo podías encontrar sin moverte de casa. Aún tienes ganas de encontrar la mejor pieza de fruta en la bandeja, pero no abres bien los ojos, no ves con claridad, incluso creo que por momentos te obligas a

comer fruta podrida. Lo haces fatal, y el juego no es sencillo, pero al menos sigues jugando.

Mía se queda en silencio mirando a Eric, que cierra los ojos. El gotero sigue cronometrando y él deja que el sueño vuelva a alejarle de allí.

Ahora la tele está encendida. Mía la está viendo al lado de su cama, junto al cabecero, con la silla en la que antes leía orientada hacia el aparato.

Eric contempla la imagen de una mujer mayor vestida con una toga multicolor. Hay algo oscuro en ella. Va muy maquillada y grandes piezas de bisutería cuelgan de su cuello y de los lóbulos de las orejas. Mueve las manos en movimientos hipnóticos, como una prestidigitadora haciendo un truco de magia. Hay dos números de teléfono en la parte inferior de la pantalla y la vieja anima a los espectadores a llamar y conocer su futuro. Eric siente una náusea.

Ha anochecido. La lámpara de la mesilla de noche ilumina de forma tenue y agradable la habitación dibujando dos conos de luz en la pared y el suelo. Al observar a Mía comprueba que no mira la televisión, duerme con la boca entreabierta y la cabeza algo ladeada.

Eric se mueve para cambiar la distribución del peso de su cuerpo y aliviar las zonas más castigadas por la inactividad. Tiene la espalda entumecida y estira las piernas con fuerza para tensar los músculos agarrotados. Estos movimientos provocan una pequeña fricción entre las sábanas. Suficiente para despertar a Mía.

La chica se incorpora frotándose los ojos. Se espabila pasando las palmas de las manos por su rostro, como si lo limpiara con agua invisible.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta con la voz aún tomada por el sueño.

Eric no dice nada. Mira al techo y respira profundamente.

—No tenemos por qué hablar si no quieres, descansa. Mañana es muy probable que te den el alta y pronto estarás recuperado. Todo ha quedado en un susto.

Eric piensa en lo extraño que es tener a Mía a su lado. Una chica con la que había cruzado tan solo unas palabras y saludos protocolarios y que, aun así, puso su confianza en él. Recuerda su extraña petición. El hombre al que quiere hacer recordar. Y ahora está velando su inconsciencia. ¿Quién lo haría si no estuviera ella? Habría despertado solo, el descenso al pozo más profundo de su vida lo habría realizado en solitario.

Una imagen confusa le asalta. Esos labios, el tacto de sus dos carnosidades escarlata. ¿Por qué es capaz de predecir su textura? ¿Es que acaso es un recuerdo y no una conjetura? ¿Ella lo ha besado? Tiene la sensación de que esos labios en algún momento tocaron los suyos. Pero no es posible... O quizá sí. Todo es posible en la rueda demente en la que no deja de girar, en la niebla en la que choca continuamente con objetos punzantes.

Eric mira a Mía de soslayo. Ella atiende ahora a la televisión, o lo simula para descargar a Eric de la responsabilidad de dirigirle la palabra. Él detecta en ella, por primera vez, una carga muy parecida a aquella con la que él descendió de un avión

hace cincuenta y dos días. Puede notar el cordón umbilical que los une. Mía está tan sola como él.

Eric abre la boca y hace una pregunta.

Apenas ha sido un suspiro audible, un graznido gutural mucho más débil que el sonido que esperaba que saliera de su boca. El volumen de la televisión ha superado, por mucho, al de su voz. Aún tiene el cuello muy dolorido y al mover los músculos de la garganta nota punzadas de dolor. Mía coge el mando y pulsa el botón que silencia el televisor. Acerca la silla a la cama y se inclina sobre Eric.

—¿Necesitas algo? ¿Llamo a la enfermera? —pregunta con suavidad, como si intentara igualar la debilidad de Eric y reducir el agravio comparativo.

—¿Quién es él? —repite Eric sobreponiéndose al dolor y esforzándose para cincelar cada sílaba y darles el impulso necesario para hacerlas inteligibles.

Mía entiende las palabras y lo que significan. Su tono se endurece notablemente. No porque le moleste la pregunta, sino porque no tiene otra manera de hablar del hombre por el que es interrogada.

—Solo necesitas saber que es un hombre que debe recordar quién fue y qué hizo.

El botón que ha enmudecido la televisión parece haber silenciado el planeta entero. Eric vuelve a tomar aire.

—¿Por qué? —Su gesto se tuerce ante el esfuerzo titánico.

Mía vuelve a calibrar la cantidad de información que está dispuesta a proporcionarle.

—Porque hay personas que no se merecen disfrutar del lujo de olvidar lo que hicieron.

Eric entiende que no conseguirá llegar más lejos. Esas son las condiciones de Mía. Aspira profundamente para cerrar el acuerdo, un gorgojeo asoma por su garganta.

Mía se inclina sobre él y acerca una oreja a su boca. Nota su aliento cálido mientras espera el veredicto.

—Lo intentaré —ahora Eric consigue formar las palabras con cierta nitidez.

Con una sonrisa de satisfacción apenas visible, Mía vuelve a sentarse.

—Se llama Julio. Os llevaréis bien, él también está loco.

Eric casi consigue devolverle la sonrisa cuando Mía coge el mando a distancia y devuelve el volumen a las mentiras que la adivina sigue disparando en la televisión.

REDENCIÓN

Las contracturas y hematomas de Eric han ido mejorando en los últimos días. Su cuerpo ha reposado durante el tiempo necesario para recomponer los tejidos dañados. Las elongaciones antinaturales han retomado su lugar natural. Las fibras que restallaron en su interior vuelven a recobrar fuerza. El milagro de la regeneración humana se ha obrado de nuevo.

La producción masiva en la industria textil, el abaratamiento de costes de producción, los materiales de baja calidad, la obsolescencia programada, las deplorables condiciones de trabajo en las fábricas, entre otras cosas, salvaron a Eric.

El cinturón llamado a acabar con su vida, y que ahora descansa enroscado sobre una silla del dormitorio, no tenía la resistencia de aquellas piezas con las que las pasadas generaciones mantenían sus pantalones en su sitio. El supuesto cuero no era tal, sino un material sintético que cumplía con cierta eficacia su misión primigenia, pero que, ante misiones más ambiciosas, como el estrangulamiento de un hombre de setenta y cinco kilos, reveló sus deficiencias. Se produjo cierta holgura entre el cuero falso y la hebilla que prolongó el tiempo necesario para acabar con la vida de Eric y que, a la postre, hizo posible que las maniobras de Mía y del Ruso fueran efectivas. Dicha elasticidad también evitó daños mayores en músculos cervicales.

Durante este medio mes, Eric no ha probado el alcohol. Su hígado ha aprovechado para sacar la cabeza a la superficie y tomar una bocanada de aire. Se regenera en silencio dentro de su cuerpo.

Se ha producido un cambio obligado de tercio en sus hábitos. El reposo ha servido también para detener el carrusel de horrores que comenzó a girar cuando pisó La Isla. De él depende que esta pausa sea temporal o definitiva.

Las visiones y los recuerdos alucinógenos se han reducido drásticamente con la ausencia de alcohol en sangre. Estas experiencias dolorosamente vívidas se limitan ahora al campo de los sueños. Sigue sufriendo pesadillas de diferente intensidad cada noche y a menudo despierta empapado en sudor, presa de una taquicardia nerviosa, pero cuando recupera la consciencia se siente a salvo.

Eric no es feliz, ni mucho menos. Tampoco ha encontrado la luz de guía, ni la ilusión del desarrollo personal hacia nuevos estadios de su vida. No está aún en fase de reconstrucción, ni siquiera se ha permitido fantasear con su perdón.

Sin embargo, en casi todos los ámbitos, lo importante es la tendencia, mucho más que el momento actual. Eric llegó a su mínimo histórico y, aunque sigue deambulando por sus cercanías, parece haber detenido el declive. Una caída que ha concluido, simplemente, por la imposibilidad de escarbar más hondo. No se puede

descender más allá de la muerte, pero, aunque solo sea por esta razón, ha comenzado a moverse hacia un destino situado por encima de su cabeza, y no por debajo de sus pies.

Y por primera vez, permite a alguien acercarse. Más bien no se resiste a su presencia. Mía es respetuosa con su dolor, no se inmiscuye, no hablan demasiado cuando ella dedica media hora cada tarde a sentarse a su lado. Simplemente están. Simplemente son. Eric siente cierto calor en el alma cuando Mía comparte su espacio. Se siente aceptado de nuevo por un mundo del que se apartó voluntariamente.

Mía recompuso aquella noche que pudo ser fatal y que se convirtió en un punto de inflexión, en un clavo ardiendo que quema mucho menos que el infierno al que descendió Eric y cuyo colofón fue aquel cinturón de cuero.

Ella ha sido la encargada de su alimentación en los días en los que él no ha tenido fuerzas para mantenerse en pie lo suficiente para cocinar. Mía ha hecho la compra por él y en cada visita ha preparado lo necesario para que pudiera desayunar, comer y cenar durante un par de días.

Se acercan cada día desde la sobriedad de sus corazones, sin asomo de deseo. Es un acercamiento atípico entre un hombre y una mujer, lo promueve una conexión inexplicable pero poderosa que azuza a ambos en la dirección del otro. Dos solitarios unidos por su aversión por el mundo que los rodea. Dos oscuridades que, contra natura, se arrojan luz desde sus respectivos agujeros negros.

No hablan de aquella noche, de aquel final *interruptus*. Eric le dio las gracias. Una sola vez, antes de abandonar el hospital, cuando enfilaban las puertas automáticas y Mía se ofreció para ir a buscar un taxi. Eric la cogió suavemente del brazo y pronunció unas palabras sencillas y tranquilas:

—Gracias. Por todo.

Y así quedó zanjado el tema.

La señora Hicks tuvo una larga charla con Eric. Un monólogo que osciló entre la comprensión hacia los visibles problemas de Eric y la lógica intransigencia hacia un nuevo episodio de ese tipo. Permitiría que Eric se quedara si pagaba el cristal que Mía había tenido que destrozar para salvarle la vida y si no se volvía a producir un escándalo así. Eric sospechó que no era solidaridad lo que primó en el discurso de la señora Hicks, sino la necesidad de mantener el flujo de dinero de un cliente que representaba el cincuenta por ciento de sus ingresos mensuales.

También el Ruso pasó por el bungalow número 4 un par de veces. Tras su apariencia brutal y excéntrica, Eric comprobó que se escondía un hombre extrovertido y bonachón, de una inocencia casi infantil. Como una posesión en la que el espíritu invasor hubiera ocupado el cuerpo menos apropiado para su carácter.

—Qué susto, amigo, no vuelvas a hacerlo. Nunca.

A Eric le incomodó la espontaneidad del Ruso al referirse a su «accidente». No mostró pudor alguno en regañarle cariñosamente y afrontar los hechos con toda su crudeza, como un niño que dice lo que le pasa por la cabeza. A Eric no le quedó más remedio que sonreír, con una amabilidad llena de vergüenza, y prometerle que no volvería a pasar.

—Te estaré vigilando, amigo.

Desde que despertó, Eric no ha sido capaz de decidir si agradece a Mía y al Ruso que le salvaran la vida o si los considera culpables de alargar su condena. «Todo dependerá —piensa— de cómo utilice este tiempo añadido del que ahora dispongo.»

La asombrosa pasión y diligencia del único librero del pueblo consiguió hacer llegar a Eric cuatro volúmenes sobre técnicas de terapia regresivas.

Era un hombrecillo pequeño y delgado, de unos cincuenta años, con un bigotillo respingón que se movía con cada palabra como un minúsculo ratón despeinado. Se había mostrado entusiasmado con la tarea de conseguir ese pedido tan poco habitual.

Mía se presentó en la minúscula librería. Las escasas estanterías estaban repletas de libros que pudieran interesar a los turistas que recuperan su pasión por la lectura tumbados al sol. Tramas de playa y piscina. No faltaban los *best sellers* de todos los tiempos y las novelas de moda de las últimas temporadas, pero ahí acababa la variedad de la oferta. El eclecticismo había sido sustituido por un espíritu pragmático que debía exprimir al máximo el pequeño espacio del negocio. Cuando Mía le preguntó por material sobre técnicas de regresión, al buen hombre se le iluminó la cara. Mía le acababa de ofrecer una aventura, por pequeña que fuera, una búsqueda del tesoro en medio de un tedio que, en aquellos meses, amenazaba con volverle loco de puro aburrimiento.

—Me temo, señorita, que no encontrará aquí nada de lo que busca, pero será un placer intentar ayudarla.

En cuatro días tenía listo el encargo.

Lamentando la brevedad del juego, el librero le rogó a Mía que contara con él para cualquier otro encargo, por complicado que pudiera parecer. Mía le prometió que así sería.

Tres de los cuatro volúmenes descansan apilados en la mesilla de noche de Eric, poblados de apuntes en los márgenes y repletos de marcapáginas señalando pasajes de interés. El cuarto ejemplar está abierto en su regazo. Eric se ha quedado dormido con él en las manos durante una siesta tardía.

Hipnosis ericksoniana, técnicas no hipnóticas como el método de Netherton, estudios del doctor Brian Weiss. La mayoría de esos conceptos los había estudiado de forma somera durante su carrera, pero nunca se sintió muy interesado en ellos. Siempre le habían generado cierto prejuicio, cierta sensación de estafa, de engaño. Un truco de magia que solo funcionaba en individuos altamente sugestionables, lo que le hacía pensar que todo lo que sucedía en aquellas sesiones eran imaginaciones de un paciente excesivamente imaginativo, demasiado necesitado de fantasías salvadoras, de recuerdos convenientes. No podía, en aquel entonces, tomarse el asunto más en serio que las predicciones de la futuróloga hortera que vendía humo desde aquella televisión de hospital.

Ahora, tras varios días sumergido en un océano de información, estudiando casos concretos y profundizando en las técnicas que entonces denostó, comienza a

respetarlas. De nuevo recuerda a Dana compartiendo con él su sabiduría: «El prejuicio, Eric, siempre es desconocimiento».

Mía encuentra a Eric comiendo en el porche. Rebaña, con un gran pedazo de pan de hogaza, la salsa de tomate de un sencillo plato de macarrones coronado, minutos antes, por una gran cantidad de queso emmental rallado.

—Parece que estás mejor, que aproveche.

Hoy es el primer día desde el *accidente* en el que Eric se ha sentido casi recuperado.

Ayer le retiraron el collarín y hoy ha podido levantarse sin dolores. Ha descansado sin pesadillas. Tras desayunar en el porche, espoleado por una climatología que ha dado una pequeña tregua, ha salido a andar un rato por el paseo marítimo.

En el supermercado ha hecho la primera compra desde que comenzó su convalecencia. Ha sido capaz de vencer la tentación de adquirir alcohol y se ha limitado a lo necesario para preparar un par de comidas, desayunos y cenas. La cajera no ha pasado por alto la notable mejoría y así se lo ha hecho saber con una sonrisa. Por primera vez en semanas veía a Eric sobrio y sin resaca.

Mía saca de su bolsillo un paquete de pañuelos de papel y tiende uno a Eric.

—Toma, límpiate, parece que acabas de devorar un cadáver.

Eric se limpia los restos de salsa que le dibujaban una sonrisa de payaso.

—Había pensado que quizá sea el momento de presentarte al paciente —dice Mía—. Si te sientes con fuerzas, claro.

Eric ha hecho una pequeña bola con el pañuelo y lo ha arrojado al plato vacío.

—Adelante, pero no quiero mentirte, por lo poco que me has contado creo que será complicado. Este tipo de tratamientos presentan resultados muy inciertos. Todo depende de si realmente queda algo que rescatar en la cabeza del paciente... En fin, solo puedo prometer que lo intentaré.

—Y yo te lo agradezco.

—Yo soy el que está en deuda.

—Estamos en paz.

—A decir verdad, ni siquiera sé si sigo siendo apto para ejercer. Quizá ya esté demasiado estropeado para hacer algo a derechas. Incluso mi suicidio fue una chapuza.

Este comentario hace que Mía baje la cabeza sin saber qué decir.

—Perdona —continúa Eric—, no quería incomodarte. Ha sido un comentario estúpido.

—Me alegro de que fueras tan torpe. Deja de comprar cinturones baratos si quieres volver a ahorcarte.

Los labios de Eric forman una sonrisa triste mientras Mía ya desciende los escalones del porche de regreso a sus tareas.

—Mañana nos vemos. Te llevaré a verle —dice Mía perdiéndose en el camino de piedra.

Eric piensa que Mía está más guapa. O quizá simplemente ya no hay tanta oscuridad a su alrededor.

LA SOMBRA DE UN PEZÓN

Un año y tres meses para el despegue

Era una simple pregunta, como mil anteriores a esa.

—¿Compraste leche?

No tenía ninguna relevancia, y quizá ese fuera el problema: ya nada parecía tenerla. Ya no había combustiones espontáneas en lugares públicos, ni frases trascendentes que lo cambiaban todo durante unos segundos, no había vértigo ni peligro. La rutina les mecía con brazos envenenados, paciente, hasta conseguir un peligroso estado de somnolencia.

Claudia la había formulado como quien da los buenos días, un gesto más en un día cualquiera. Eric la recibió como una nueva losa que se apilaba en una torre de escombros que iba ganando altura y comenzaba a tambalearse.

—Lo olvidé, perdona —dijo Eric mientras acariciaba a Platón bajo la mandíbula.

Claudia estaba sentada a la mesa de la cocina repasando una pila de documentos. Se había traído trabajo a casa. La galería de arte marchaba bien y eso se traducían para Claudia en más trabajo. Tanto que ni siquiera le permitía ser consciente de su éxito. Los árboles no dejaban ver el bosque, y en los últimos meses el bosque era tan denso que le costaba incluso caminar por él.

—Genial, Eric... —resopló Claudia.

Él tuvo la tentación de ponerse la armadura e iniciar un nuevo combate, pero entonces recordó el principal motivo de su olvido. El lugar que debía ocupar en su cabeza el encargo de su esposa lo acaparaba la señorita Eva Belcourt.

Sentado al volante de su Smart, de vuelta a casa, Eric casi siempre era feliz. Disfrutaba mucho de la sensación de aislamiento cuando cerraba la puerta y se acomodaba en su asiento de cuero. Su cápsula herméticamente cerrada al mundo. Ponía alguno de sus cedés favoritos y se abandonaba a sí mismo.

En el trayecto de aquel día, no era un cartón de leche lo que flotaba en sus pensamientos, sino dos milímetros cuadrados de piel. La minúscula porción de tierra prohibida colindante al pezón derecho de su paciente más problemática.

Un par de horas antes Eva se había recostado en el diván. Llevaba un vestido veraniego con un divertido estampado de lunares amarillos sobre fondo rosa. El parche, también de lunares y a juego con el vestido, invertía los colores. La prenda de

seda, corta y escotada, parecía no tener peso. Resbalaba derramándose como agua sobre piedra pulida. Eric tomaba notas del diálogo tratando de desviar la mirada del interior de los muslos de Eva. La falda subía y bajaba cada vez que esta se acomodaba, mostrando sus piernas en diferentes grados de exposición, pero deteniéndose siempre en el límite exacto que hacía innecesaria la amonestación verbal.

Estaba siendo una sesión especialmente dura para Eric, que sin embargo se mantenía inmutable, serio y sin vibraciones sospechosas en la voz. Firme.

En un momento dado, Eva hizo un gesto con las manos acompañando alguna frase que Eric olvidó al instante. El amplio escote gaseoso se movió por voluntad propia hasta desplazarse lo necesario para que quedara al descubierto el contorno del pezón derecho. Apenas una hebra de su areola, una lasca de piel oscura en contraste con el tono lechoso del resto de su cuerpo. Apenas nada, y sin embargo tanto. Tanto que no quedaba espacio para nada más en la cabeza de Eric mientras conducía su coche, sin detenerse cuando dejó atrás el supermercado y el estante de los lácteos. Volviendo a casa sin sus obligaciones cumplidas.

La punzada de culpabilidad que sintió Eric al recordarlo sofocó el deseo de lucha.

—Perdona, voy ahora mismo a comprarla.

Claudia no le detuvo. Hace un tiempo lo habría hecho, le habría dicho que no tenía importancia, que seguramente estaría cansado después de un largo día de trabajo, que no pasaba nada porque esa noche tomaran el té sin una nube. Claro que, hacía un tiempo, él no habría estado pensando en el pezón de Eva Belcourt, habría comprado la leche y habrían podido añadir esa nube al té tras una cena animada. Hacía un tiempo habría pasado todo eso y después habrían follado con ganas e interés, con el morbo aún latiendo en sus costumbres.

En los últimos tiempos, sin embargo, cenaban contándose asuntos repetidos, modificados apenas lo justo para no parafrasearse, recogían la mesa, fregaban los platos, se dividían el trabajo previo al encamado y después leían algo antes de caer dormidos o veían un rato la televisión, aunque casi siempre estaban tan cansados, o querían estarlo, que se cobijaban en un sueño sin prolegómenos. Esa era toda la incertidumbre que operaba sobre sus vidas nocturnas. Libro, tele o sueño. El sexo se había convertido en una rara alteración del orden establecido.

Esa noche Eric le dio un beso en los labios a su mujer, un beso de anciano en el que la lengua no entró en juego, y se recostó de lado en la almohada. Tardó en dormirse. Antes de eso le asaltó una erección que dio la espalda a su esposa. Una erección provocada por aquellos dos milímetros cuadrados de piel oscura en el cuerpo de una paciente, una erección que le dolió más que cualquier enfado y cualquier rutina, recordándole que, a pesar de todo, la mujer que ojeaba a su lado un catálogo de *art déco* era la única a la que amaba.

UNA CABAÑA FRENTE AL MAR

Parece una de las casas más antiguas de La Isla. Eric ya se había fijado en ella en su paseo hasta el acantilado unas semanas antes.

Es imposible no reparar en esa construcción humilde, de una sola planta, paredes de madera y techo de pizarra. Los tablones están pintados en un rojo intenso desgastado por el salitre. Parece que fue repintada no hace mucho, pero la erosión que produce un océano absurdamente próximo degrada rápido la pintura y la llena de imperfecciones. Es el precio a pagar por un emplazamiento privilegiado.

La cabaña se ubica en un pequeño espolón rocoso, un puñal de piedra que penetra en las tripas del mar, haciendo que el agua salada la salpique día y noche.

Se accede a la parte delantera por un camino de maderos atados con sogas deshilachadas que recorre el espolón. Algunos bailan sobre las rocas, en continuo desgaste y reconstrucción. La parte de atrás cabalga un horizonte de agua infinita. Mirando desde el interior por los dos ventanales, da la sensación de que la casa flota en el océano sin moverse. Tan al borde se asoma la pared trasera que no es posible ver las rocas en las que se apoya. Para hacerlo habría que subirse a una silla junto a la ventana y mirar hacia abajo, en picado, pegando la cara al cristal.

En uno de los laterales, una escalera de madera llega a un pequeño embarcadero donde está amarrada una barca. Se mueve al capricho de las olas y percute a intervalos contra un par de neumáticos, colocados en las rocas para protegerla.

Se llama Julio, le ha recordado Mía cuando se acercaban a la cabaña.

Mía y Eric recorren el camino de tablones. Al fondo se adivina la figura de un anciano sentado en los escalones de entrada a la casa. Conforme van avanzando por el espolón, Eric se va convenciendo de que la figura menuda que los espera al fondo le es familiar. A pocos metros ya no le cabe duda.

—Conozco al paciente —le dice a Mía cuando aún les quedan unos metros por recorrer.

—¿Cómo? —Mía se detiene.

Eric camina un par de pasos más hasta darse cuenta de que avanza solo. Se vuelve hacia Mía, que le mira con los ojos entrecerrados por la extrañeza o por el sol, que esta mañana sí brilla pero no calienta, o por ambas cosas.

—Bueno, no es que le conozca. No exactamente. Me lo encontré en el Acantilado Norte una mañana que salí a pasear. Me cantó una canción...

Mía reanuda el paso en silencio. Cuando se encuentran a un par de metros, el hombre levanta la vista de su juego de manos. Está manipulando una caña de pescar, trajinando algún tipo de maniobra con el sedal. Mira a los visitantes y les ofrece una

enorme sonrisa en la que ni un solo diente queda escondido. Arranca de inmediato su discurso de bienvenida:

—¡Amigos y caramelos de menta! Eso es lo que hay en mi cabeza. ¡Caramelos de menta! ¡Vengan y sírvanse, jóvenes!

—No va a ser fácil... —le susurra Eric a Mía ladeando la cabeza.

Mía es la que hablará. Ella es la celestina en este triángulo de intereses y a ella le corresponde la tarea de introducir a Eric en el universo del anciano.

—Siempre me ofreces caramelos de menta, Julio, y nunca me has dado ninguno.

El tono de Mía es cansado, como si hubiera repetido esa frase o alguna similar muchas veces. El hombre sigue mostrando una sonrisa espléndida, enmarañada por tres o cuatro finos hilos de baba. Estrechos senderos líquidos que unen sus labios superiores con los inferiores. Habla como si no hubiera escuchado a Mía.

—Puedes rechazar caramelos, pero nunca amigos, joven, nunca amigos.

—Julio, este es Eric, un amigo que tenía muchas ganas de conocerte.

—Hola —dice Eric sin saber qué esperar de este primer intercambio.

—¡El joven que vendió su lengua! ¿O la prestó? La prestó, sin duda, porque ya habla de nuevo. Tomó una buena decisión recuperándola.

—Se acuerda de mí... —dice Eric, que calculaba que el anciano tuviera muy dañada la memoria a corto plazo.

—¡Lo recuerdo todo, joven!

—Misión cumplida, entonces... —susurra Eric al oído de Mía.

El viejo capta la confianza y levanta la vista al cielo.

—Los secretos a menudo encierran mentiras o vergüenzas. Todo lo que no pueda decirse en voz alta suelen ser asuntos oscuros. Tengan cuidado.

Mía no se sorprende de la agudeza de Julio, pero Eric se ruboriza. Ha subestimado la inteligencia y la capacidad de observación del paciente. Julio no es la cáscara vacía rellena de locura que había imaginado. Puede que haya algo, que haya mucho en lo que escarbar.

—¡Me debe una canción, joven! ¡Y me la cobraré! Ahora entrad en casa. Este sol engaña y uno se puede quedar helado si se descuida.

Julio recoge el sedal en el carrete y se pone en pie. Mía se queda en el umbral.

—Yo no entraré. Hasta aquí puedo llegar —dice—. Recuerda que no siempre fue el hombre que ahora es. Intenta traer de vuelta a aquel otro.

Eric la ve alejarse por la pasarela. No la detiene. Julio grita desde el interior algo referente a la lubina más grande que ha conseguido pescar en su vida y Eric se introduce en ese mundo donde nada parece ser lo que parece.

Julio jamás abandona la sonrisa. Es como si el día que perdió la memoria y la cordura, al menos una parte de cada una, también la tristeza desapareciese de un plumazo. «Bendita enfermedad entonces», piensa Eric.

—¡Pase, joven! Prepararé algo de comer. Seguro que tiene hambre. ¡La gente feliz siempre tiene hambre! ¡Haremos un gran banquete!

—Es usted muy amable —dice Eric con un respeto renovado.

—Y usted muy correcto, joven. Muy educado. Me gusta —responde Julio.

Parece haber olvidado que un minuto antes los acompañaba Mía porque no vuelve a hacer ninguna referencia a la muchacha. Eric se acomoda en un sofá cuya

tapicería queda oculta por varias mantas que lo cubren por completo. Echa un vistazo a la vivienda.

El interior es tan humilde como acogedor. De madera sin pintar, barnizada solo en las paredes. El techo muestra las irregularidades, poros y rebabas del corte de la madera. El suelo parece estar fabricado con la misma que los tablones del camino de entrada, más oscura y resobada. La vivienda se compone de un solo espacio que hace las veces de salón y cocina, un pequeño baño construido en una de las esquinas delanteras y un altillo, al que se sube por unas escaleras también de madera, y del que asoma un grueso colchón.

Hay aparejos de pesca de todas clases. Moscas, redecillas, cañas, plomos y anzuelos se dispersan por doquier, como si una barcaza repleta de ellos hubiera explotado en el centro de la habitación.

Julio canta a sus espaldas. Eric lo observa manipulando un par de chopas y una lubina que ha sacado de un pequeño refrigerador. Prepara el pescado con destreza frente a una antigua cocina de leña. El pesado armatoste de hierro fundido ya no cumple su función primigenia. Ahora es solo un mueble, sobre cuya superficie se ha instalado una cocina portátil de gas con tres fuegos.

El teléfono móvil de Eric comienza a sonar. Mira la pantalla, musita la palabra que lee en ella y lo apaga para devolverlo a su bolsillo.

Dos sartenes bailan en las manos del viejo hasta posarse en las llamas. Manipula los objetos con la energía de un niño al despertar de la siesta. Ha picado un par de ajos en láminas y también algo de perejil. Los ajos ya desprenden su aroma cuando el aceite de oliva que los fríe comienza a humear. El cocinero introduce entonces las dos chopas en la sartén más grande y la lubina en la otra. Manipula el fuego para someterlo a lo que dicta su experiencia.

Pocos minutos después ambos están sentados a la mesa, junto a uno de los ventanales traseros que dan al mar. Julio charla sin parar sobre generalidades que parece estar acostumbrado a manosear: el tiempo, la pesca que ha capturado el día anterior, algún trueque especialmente provechoso, pescado a cambio de leña, pan, garrafas de agua... El viejo prefiere intercambiar su pesca por bienes de primera necesidad antes que por dinero, le parece más natural. Lo define como un intercambio más feliz.

Las palabras de Julio están salpicadas por las excentricidades, a menudo difíciles de descifrar, con las que va trufando la charla. Eric interviene de vez en cuando. En un momento, levanta la vista del plato y observa el océano. Los ventanales son amplios y ofrecen una vista que deja sin aliento.

—Este sitio es increíble, Julio.

—¡Caramelos de menta! Pensé que el joven había vuelto a empeñar su lengua y aquí la tenemos de nuevo. —Julio dedica una sonrisa llena de migas de pescado a Eric—. Coincido, el mar nunca calla, pero su compañía es mucho más agradable que el silencio.

—¿Ha vivido aquí siempre? —pregunta Eric dando así comienzo a la terapia.

—Desde que tengo memoria.

—¿Y desde cuándo es eso?

—Desde que existe el mar, y arroja peces, y me permite tomar prestados y pagárselos luego con cosquillas y masajes. Navego con mi barca para devolverle el favor, deshago sus nudos de espuma, acaricio su piel allí donde le escuece la sal y le duelen las olas.

—Es usted un poeta, Julio —dice Eric con sinceridad.

De nuevo se encuentra ante otro tipo de señora Hicks. Quizá el modelo más perfecto. Un superhéroe al que le picó una araña de luz, haciéndole olvidar el pasado y filtrando su futuro, impidiendo que la oscuridad penetre en aquella cabaña y que suba a su barca. Esa es la sensación que desprende y que ha impactado a Eric en este primer encuentro. ¿Qué no daría él por recibir la picadura de esa araña?

La comida concluye con unas cuñas de queso curado que sudan en las manos de Eric antes de acabar con ellas con certeros mordiscos a ras de corteza. Es sabroso, y la hogaza de pan artesano que en la ciudad que abandonó sería tan caro como difícil de encontrar es el acompañante perfecto.

Eric comienza a recoger la mesa sin dejar que Julio le ayude. Aun así, el anciano consigue llevar un par de platos al fregadero, junto al horno de leña, y repasar con un trapo las migas acumuladas sobre la mesa. Después se sienta en un sillón amplio junto al sofá, enfrente del hogar de una chimenea ahora apagada.

Eric se disculpa para ir al aseo.

Es un baño minúsculo, en el que hay tan solo un lavabo y un retrete. No hay plato de ducha ni bañera, no cabrían. Una manguera que muere en una alcachofa de ducha cuelga de la pared en un gancho. Eric imagina que Julio debe asearse sentado en el retrete, casi no hay espacio para ponerse de pie. En la unión del suelo y la pared del fondo ve una estrecha rejilla de hierro, a través de la cual se puede ver el mar rompiendo contra las rocas. Deduce que es el sistema de desagüe.

Cuando sale del baño se ofrece a hacer café, pero Julio no contesta. Parece dormir, aunque tiene los ojos semiabiertos. Musita algo en sueños. Caramelos... de menta..., joven. Caramelos.

Viendo al viejo hablar en sueños, escuchando su retahíla sin sentido, se siente un estafador, un charlatán que vende sus servicios a una joven incauta, deseosa de que alguien le dé alguna esperanza, por pequeña y remota que sea. La cartomántica de la televisión le recuerda que él ahora es de los suyos.

La sensación de derrota por adelantado, la del traidor que no merece salvar ni ser salvado vuelve a golpearle. Recuerda unas esposas atadas al cabecero de una cama. Recuerda sangre, cortes. Recuerda risas. Históricas. Recuerda sirenas de Policía. Recuerda.

Eric sale de la cabaña sin hacer ruido y se aleja por el camino de tablones. A cada paso se reafirma en sus intenciones. Hoy pondrá fin a diecisiete días consecutivos de sobriedad.

SEGUNDA PRIMERA VEZ

Un año y dos meses para el despegue

Todo en Eva Belcourt era comestible, cada centímetro de su piel parecía estar sujeto a mandatos de obligado cumplimiento, etiquetado con órdenes a las que uno no podía resistirse: bésame, tócame, chúpame, escúpeme, haz lo que quieras, cuando quieras, como quieras, pero hazlo. Y Eric obedecía, una Alicia solícita que no se hacía preguntas en su particular País de las Maravillas.

Hacía semanas que sabía que su suerte estaba echada. Los seis demonios estaban inquietos, aún no bailaban, pero aullaban a todas horas y su fuego siempre estaba encendido, y a pesar de eso, Eric consiguió sorprenderse cuando ocurrió por primera vez. Fue capaz de convencerse de que aquello brotaba de un impulso en un momento de debilidad, que no se trataba de un deseo que naciera y creciera tiempo atrás para ser saciado en una ocasión propicia. Pero el autoengaño fue breve, después los demonios danzaron más salvajes que nunca. Eric sabía que aquello no era un accidente. Era una explosión controlada.

Eva era la última paciente aquel día. Magda, la tímida secretaria que atendía el teléfono y recibía a los pacientes en la consulta, había tenido que abandonar su puesto en recepción un poco antes del cierre por un asunto familiar. Poco conocía Eric de aquella mujer callada y algo entrada en carnes, pero precisamente eso era lo que apreciaba de Magda, su invisibilidad. Una presencia eficiente que no requería otra cosa que el pago puntual de su nómina.

Así pues, Eric y Eva estaban solos por primera vez en la consulta. Era verano y un bochorno gelatinoso hacía sudar las calles. Eva llevaba un vestido negro de gasa transparente que se hacía opaco en un corpiño alrededor de sus pechos, pero que permitía vislumbrar el resto de su piel velada por la tela. Bajo el vestido, unos *shorts* negros, extremadamente cortos, dejaban a la vista a través de la transparencia el pliegue que formaban sus glúteos contra sus muslos a cada paso. Casi todos los pacientes elegían sentarse en un sillón de cuero negro, gemelo al que usaba Eric en las sesiones; Eva siempre se tumbaba en el diván. Eric había decidido apagar el hilo musical, puesto que a ella solía distraerla. Parecía no ser capaz de concentrarse en sí misma cuando oía alguna melodía que le llamaba la atención. Necesitaba tararearla, disfrutarla, guardar los matices que escondía cada nota en su cabeza. Reinaba por tanto un silencio pastoso aderezado por el ronroneo del aparato de aire acondicionado, que despedía un levísimo murmullo.

Llevaban diez minutos repasando algunos detalles de sesiones anteriores cuando Eva le pidió a Eric que pusiera música.

—No creo que sea buena idea. Acuérdate de la última vez —dijo él levantando la vista de sus apuntes y dedicándole una media sonrisa.

Eric solía utilizar un tono profesional bastante anodino. Desprovisto de artificios emocionales, intentaba que las palabras no proyectaran sus sentimientos, de forma que el paciente las pudiera asimilar con la mayor libertad posible. No quería imprimir sus emociones, sino remover las de la persona que tenía enfrente. Con Eva era diferente. Cada gesto, cada frase se impregnaban de una complicidad que ya podía ser ignorada. Se tuteaban desde hacía cuatro sesiones.

—¿Quién podía resistirse a Nina Simone? Había que cantar y bailar. Lo contrario sí que habría sido de locos —dijo Eva incorporándose en el diván.

Al cambiar de postura, la falda del vestido quedó atrapada en tensión bajo sus piernas, por encima de las rodillas, mostrando a Eric la parte interior de unos muslos firmes y al fondo la sombra de un sexo cuya fragancia Eric creyó capturar. Un aroma que podría esclavizar a toda la humanidad en una epidemia de locura.

—Prometo que esta vez estaré quietecita en mi sitio —dijo Eva sin molestarse en recogerse la falda—. Venga, sé que tienes buena música en ese cacharro aunque solo lo utilices para tus cosas serias de señor serio.

Eric aún era presa del hechizo arrojado por aquel túnel prohibido bajo la falda de Eva cuando esta se levantó y se dirigió al ordenador que reposaba sobre el escritorio desocupado. A Eric le gustaba abandonar su sitio tras la gran mesa de superficie encuerada y colocar su sillón para estar más cerca del paciente. Cuando vio a Eva plantarse delante del monitor y agarrar el ratón, despertó de su trance hipnótico y se levantó deprisa.

—Eva, para. Hay mucha información confidencial en este ordenador. Además, no tienes la contraseña. Déjame a mí.

Eric alargó la mano para arrebatarle con suavidad el ratón. Eva movió la suya para alejarlo de su alcance, y no retrocedió cuando Eric se acercó todavía más para intentar alcanzarla, participando así del juego que se le planteaba. Ella sonreía con picardía. Él sintió su costado pegado al abdomen de Eva y sus piernas atrapando uno de sus muslos. Notó la tela del vestido transparente en su entrepierna, resbalando en una fricción fría que provocó el inicio de una erección. Eva siguió alejando despacio su mano sobre el ratón para que Eric tuviera que inclinarse cada vez más sobre ella y, solo cuando fue consciente del aumento de temperatura y volumen en los pantalones de Eric, dejó que la mano del psicólogo rozara la suya. Eric a esas alturas tenía que apoyar suavemente la mano libre en las caderas de Eva para evitar que ambos cayeran. Eva solo tuvo que girarse ligeramente hacia Eric para que sus caras quedaran enfrentadas a unos milímetros de distancia en una postura imposible. Con ese giro, él perdió el punto de apoyo sobre sus caderas y ambos se precipitaron al suelo. Eric pensó durante unas milésimas de segundo en el amable encargado del servicio de limpieza y desinfección que cada lunes y jueves limpiaba a fondo el despacho, moqueta incluida. Pensó que era una suerte que fuera lunes. Pensó en cualquier cosa antes que en la trascendencia de esa caída. De su caída.

El viaje había durado dos décadas. Años de alegrías y tristezas, de momentos duros que siempre recordaría y de instantes felices que no dejarían huella. Años de crecer al lado de la persona a la que amaba, de conocer cada uno de los intersticios y pliegues de su piel y su conciencia, de conocerlos tan bien que habían acabado provocando un tedio que, a pesar de todo, era incapaz de borrar tanto cariño acumulado. Los veinte años de travesía junto a Claudia le habían llevado a ese punto. Habían acabado por arrojar su cuerpo encima del de Eva Belcourt sobre la moqueta recién desinfectada de su despacho.

Por primera vez en su vida besó a una mujer que no era Claudia. Luego devoró el resto de aquel segundo cuerpo con avidez.

Su segunda primera vez. La primera de muchas segundas veces.

Eva ya no era su paciente, pero seguía visitando la consulta asiduamente. Siempre era suya la última cita del día, un par de veces a la semana, una hora extra fuera del horario habitual, cuando Magda ya no ocupaba la recepción y la consulta quedaba vacía, ciega y muda. Eric solo había tenido que comentarle a Claudia lo desbordado que se sentía últimamente con algunos casos y la eventual necesidad de aumentar el número de sesiones diarias. Algo natural, un crecimiento del negocio, un marido entregado a la pasión de la curación del prójimo, un buen hombre que trabajaba demasiado. «Hoy me toca hora extra, cariño.» Un «que te sea leve» y un beso en los labios al salir de casa.

Suciedad bajo la alfombra.

Prácticamente no se dirigían la palabra cuando Eva llegaba a la consulta. La mayor parte de las veces ni siquiera alcanzaban a saludarse y ya se habían transformado en bestias desnudas, simplificadas hasta convertirse en puro instinto. En un huracán resbaladizo. Cuando la puerta se cerraba, dos mundos eran creados. En el primero, aquel que quedaba fuera de las paredes del despacho, todo seguía igual: las normas de convivencia, las leyes, los pecados seguían rigiendo su funcionamiento; sin embargo, en el mundo que se formaba bajo aquel techo, las reglas simplemente dejaban de existir. La única pega era que el sortilegio duraba poco, exactamente lo que tardaba Eric en caer vacío y agotado junto al cuerpo desnudo de Eva. Después llegaban los demonios para hacerle jurar que aquella sería la última vez y para recordarle cuántas veces había realizado el mismo juramento.

Pero mientras poseía a Eva nada importaba, no era necesario un protocolo de bienvenida. Las buenas maneras y la educación solo eran obstáculos en los que tropezaba el hambre. La ética, la moral, la fidelidad parecían conceptos sin ningún tipo de sentido para un hombre que aspirara a la plenitud de saciarse con aquellas curvas y olores.

Cuanto más sucios y primitivos, cuanto más se alejaban aquellos intercambios de los que, cada vez con menos frecuencia, Eric soportaba en su hogar, más disfrutaba del sexo con Eva y, por contra, más difícil era para Eric esconderlos en algún rincón oscuro de su memoria.

Una tortura agrídulce que Eric intentaba compensar alejándose, en su interacción con Eva, todo lo posible del cariño, de la rutina y del pragmatismo que asociaba a su querida Claudia. Con Eva traspasaba líneas rojas, transitaba por horizontes ignotos para él hasta entonces. No había lugar para la reflexión. Todo debía ser impulso enfermizo, inconsciencia, un estornudo de placer que no se puede evitar, que simplemente estalla ajeno a la voluntad del enfermo. Repeticiones del mismo accidente, cada vez con mayor crudeza. Eric también buscaba humillarse. Los juegos cada vez tenían con mayor frecuencia el denominador común de un Eric insultado, denostado, despojado de toda dignidad, tanto física como psicológicamente. Y Eva parecía disfrutar con todas y cada una de las propuestas de Eric en ese aspecto.

Algunos moratones y heridas supusieron un problema para Eric, que tuvo que inventar accidentes para explicar las marcas ante Claudia. Aquellas mentiras conectaban de manera brutal sus actos con su conciencia, el Eric oscuro que perdía el control en su consulta con el Eric que amaba a su pareja y que jamás le haría ningún daño.

Cuando todo terminaba, ambas versiones de sí mismo se fusionaban. Eric podía sentir cómo las dos fotos de la misma escena, la consciente y la inconsciente, antes separadas por millones de años luz, volvían a acercarse hasta superponerse y formar una sola imagen compuesta por ambas. La sobriedad volvía a reinar y contenía lo que había provocado el impulso. Por mucho que se esforzara Eric, la fotografía de su vida había sido modificada y los nuevos matices quedaban impresos en ella para siempre. Fijarse en las nuevas imperfecciones o no hacerlo, esa era la lucha, y Eric sufría constantes derrotas.

Perdía una y otra vez, porque la realidad, como siempre, superaba lo imaginado. Los generosos glúteos de Eva Belcourt parecían desafiar las leyes de la elasticidad. Con cada palmada, las oscilaciones de aquellos músculos morían instantáneamente. No había balanceo, solo una vibración poderosa que era absorbida a toda velocidad por un ser superior. La marca rojiza que reproducía la mano de Eric sobre la piel de Eva era lo único que quedaba tras cada impacto. Cuando todo acababa, aquellas huellas criminales parecían brillar, expulsaban el calor acumulado durante el encuentro y lo lanzaban contra Eric como una lengua de fuego. El dragón Belcourt, que decidía el destino de los hombres, le castigaba por sus pecados. «Mira lo que han hecho tus manos. Mira el dolor que han generado. Siéntelo. Caliente.»

Pero eso sucedía después. Durante la batalla, el cuerpo de Eva parecía actuar como un brebaje amnésico que reseteaba la cabeza de Eric trasladándole a una realidad paralela creada para su uso y disfrute. Una realidad en la que Eric era un hombre diferente, un hombre al que nadie esperaba en casa, sin otra responsabilidad que la de satisfacer los anhelos y apetitos de un cuerpo voraz al que debía alimentar a toda costa. Aquella realidad solo existía en aquel momento y lugar, en aquellas circunstancias, sumergido entre kilos de carne extraña. Una vez que las condiciones variaban, que el intercambio de fluidos era completado, aquel plano de existencia se hacía añicos y volvía a ser un habitante de su mundo. Reaparecían los recuerdos, el hogar, la mujer que le esperaba en él, la lista de la compra, el cartón de leche vacío en la nevera, los remordimientos.

Reaparecía la conciencia.

ENSAYOS Y NOVELAS

Doctora Julietta Ziffer

Ensayo sobre conductas destructivas

Acerca de los procesos de repetición.

El guitarrista que repite hasta la saciedad sus ejercicios de escalas, el bailarín que se acerca un milímetro más a la posición perfecta giro tras giro, la empaquetadora que tarda una décima de segundo menos con cada embalaje en la cadena de fabricación, todos estos procesos de repetición cobran sentido por sí mismos, por la silenciosa mejora con cada nuevo bucle. Realmente nunca hay dos secuencias iguales en la serie, hay un avance que crece sin grandes alardes, pero cuyo resultado final, tomando el suficiente tiempo de observación, suele ser justa recompensa al esfuerzo invertido.

También es comprensible que alguien repita la misma actividad aunque esta, aparentemente, sea inmutable. Una persona puede querer escuchar el mismo disco, ver la misma película o leer su libro favorito varias veces. Siempre habrá nuevos matices no procesados en reproducciones previas y que brotan no del contenido reproducido, que siempre es el mismo, sino del cerebro en constante evolución, que ya no es el mismo que aquel que procesó esa información por primera vez y que, por tanto, lo disfrutará de una forma diferente.

Incluso es inteligible que un humano reproduzca de forma exacta una y otra vez un proceso si le genera un bienestar inmediato.

Sin embargo, el fenómeno de la repetición autodestructiva y elegida por voluntad propia no es extraña entre los seres humanos, siendo casi exclusiva de nuestra especie dentro del reino animal.

A Eric le viene a la memoria ese fragmento, lo recuerda marcado en sus apuntes por su grueso subrayador amarillo fosforito. Material de interés.

Ríe la ironía sin gracia. Se ve hundido en el mismo sofá, entregado al mismo canto de sirena, a su siniestra melodía, al mismo pozo en el que va desapareciendo menos rápido de lo que le gustaría. El proceso carece de toda lógica, pero le reconforta recordar que la doctora Ziffer opine que no es extraño. «Solo soy un humano más.»

Han pasado varios días de repeticiones inútiles, destructivas. Días de trillada penitencia alcohólica. Quizá el bienestar que encuentra Eric en este bucle infinito se basa en su idea de justicia. No hay condena más dura que la que se impone a sí mismo un hombre honesto. Dura y, a menudo, excesiva.

De nuevo Mía ha intentado, sin éxito, rescatarle del encierro. A la mañana siguiente de su visita a la cabaña de Julio, fue a buscarle con la esperanza de volver a visitar al anciano y que Eric comenzara a desplegar su magia, la que le presupone Mía y que viene avalada por títulos que la acreditan y que ella imagina colgados de las paredes de algún lugar. Al ver que no contestaba se temió lo peor y entró en el bungaló con la llave maestra que abría casi todas las puertas del complejo, privilegio

de limpiadora. Encontró a Eric dormido en la bañera, vestido con la misma ropa del día anterior. Se marchó sin decir nada, decepcionada, aunque no sabía muy bien con qué o quién exactamente.

Mía ha vuelto en varias ocasiones con la esperanza de continuar con lo que empezaron en aquella comida en la cabaña. Lo ha encontrado dormitando en la despensa, o lamiendo del suelo el tomate frito volcado de un cartón caído o con una resaca hostil viendo la televisión en el sofá. Ha limpiado un par de vómitos secos en el dormitorio y en el plato de ducha. Huellas de un animal en decadencia. Las pocas veces que lo ha encontrado sobrio, Eric ha hecho oídos sordos si ella le ha recordado su promesa. «Bienvenida a mi flamante despacho de Psicología», decía Eric con ironía, apestando a ron, vodka o lo que hubiera tocado aquel día en el menú.

El Ruso también ha aparecido por su bungalow. Ha sido la presencia más molesta para Eric. La nula confianza que le une al hombretón le ha hecho imposible despacharlo con la rotundidad y el cinismo con los que se ha permitido desembarazarse de Mía. La educación se pierde cuando ya no hace falta protocolo. Las dos veces que el Ruso irrumpió en su encierro coincidieron con breves intervalos de sobriedad de Eric, lo cual le hizo sospechar un más que probable sistema de espionaje por parte de su vecino. Le habló de Polonia —el Ruso resulta que no es ruso— y de cómo llegó a España hace muchos años para trabajar como artista. No especificó la disciplina y Eric no preguntó. También le contó historias de su pasado como gimnasta, que Eric sospecha menos brillante que los relatos de sus hazañas, por momentos casi fábulas. Ambas visitas terminaron con un potente golpe de su manaza ruso-polaca en la espalda de Eric. «La vida es bella, amigo. Sol, tumbonas y una piscina, eso es todo lo que yo necesito», le dijo el grandullón en su última visita. «Yo necesito un trago», pensó Eric.

Esta mañana ha despertado en su cama, una rareza en los últimos días de amaneceres desubicados. Las resacas han vuelto a superponerse y la torre cada vez se tambalea de forma más visible, como en ese juego en el que hay que ir sacando las piezas una a una sin que se derrumbe la estructura. La caída de Eric, de nuevo, parece inminente.

Baja al salón y se detiene a mitad de escalera. Julio le recibe con su mejor sonrisa desde el sofá, justo en el sitio que siempre ocupa Eric. El anciano desdibuja con su peso el hueco que tantas horas le ha costado a Eric tallar sobre el cuero. Parece llevar mucho tiempo esperando. Con sus ropas de senderista, pero en una postura formal, erguido sobre el sofá, con las manos sobre las rodillas muy juntas. El niño que se esfuerza por parecer inocente el día de su primera comunión. Le sonrío a su forma, pura y sin dobleces. «Esto es lo que hay —parece gritar desde el sofá—, soy feliz, así de sencillo.»

Eric piensa en volver a subir al dormitorio y meterse de nuevo en la cama solo para comprobar si, al bajar por segunda vez, las escaleras llevan a un universo en el que nadie haya depositado a Julio en su sofá.

Durante un largo silencio Eric ve a Julio quieto, con las comisuras acartonadas por la saliva reseca y los párpados hinchados, que cierra casi por completo para combatir el sol de mediodía que se cuele por el balcón. Julio lo mira con la sonrisa intacta. Es el anciano quien da el pistoletazo de salida:

—¡Buenos días, joven! —Eric no contesta—. Vaya..., llevaba un rato dándole vueltas a algo que quería contarle, pero ahora no recuerdo de qué se trataba. ¡No tiene buen aspecto!

Eric desciende el resto de los escalones y se dirige al frigorífico. El aspecto del interior se asemeja a una despensa saqueada tras un apocalipsis nuclear. Solo encuentra un yogur que no recuerda haber comprado, un bote de mermelada sin tapa, cubierta de moho, un cartón de leche que huele a huevo podrido y un paquete de salchichas casi vacío, con la última pieza de carne superviviente verdeando en el interior.

Saca el yogur y lo abre sin mirar la fecha de caducidad, tirando al suelo la tapa plateada, que planea en un vuelo irregular debido a los restos de crema adherida a su cara interna. Rescata una de las cucharillas sucias del fondo del fregadero, la pasa por agua y la seca con la camiseta de manga corta con la que se ha acostado la noche anterior. Retira con la uña un resto sólido que el agua no ha conseguido eliminar y la hunde en el yogur. Se sienta en el sofá, al lado de Julio, y comienza a comer dejando la vista fija en la televisión apagada.

Julio no ha dejado de hablar durante todo el proceso y continúa mientras Eric desayuna:

—¿Sabe, joven? Yo viví aquí, en esta misma casa, no lo recuerdo, pero juraría que no estoy mintiendo. Y si estoy mintiendo, tampoco importa demasiado siempre que fuera feliz aquí. Y creo que lo fui. Lo que no recuerdo es este sofá, tampoco estaban esas escaleras, ni esa terraza... No... Esta es otra casa. Estoy casi seguro. El caso es que, sea cual sea, fui feliz aquí.

Eric apura el yogur en silencio, con las palabras de Julio sustituyendo a la radio con la que se recuerda desayunando junto a su esposa cada mañana de domingo.

—Tengo una misión, joven sin lengua. Ahora lo recuerdo. Debo quedarme en este sofá hasta que usted despierte. Espere, ahora que lo pienso..., ha sido un gran triunfo. Ya está en pie. Me lo ha pedido la jovencita guapa y yo me he puesto elegante para ella. Esa muchacha... ¡Qué obsesión tiene con la limpieza! No sé qué estará intentando limpiar, pero no lo encontrará en mi casa, de eso estoy seguro. Yo creo que usted le gustaría a esa chica, debería conocerla. Les imagino juntos, quizá para siempre. Un día se la presentaré y comeremos juntos pescado fresco, frito o a la plancha, soy buen cocinero. ¡Caramelos de menta, eso sería perfecto!

Eric suspira profundamente tras tragar la última cucharada de yogur. Intenta valorar la visita del viejo. Se debate entre considerarla una molestia o un alivio. Desde luego, no la esperaba y ha modificado su despertar, pero a estas horas ya estaría bebiendo y de momento consigue posponer ese momento. Aunque no quiere reconocerlo, le gusta escucharle, eso sí lo sabe. Es un foco de felicidad en movimiento, y quizá algo de esa inocente indiferencia por el pasado, el presente y el futuro pueda ser contagiosa. Habla como deberían hablar todos los seres humanos si la mezquindad fuera una plaga menos universal. Habla sin procesar la información, sin aplicarle filtros sociales. Los humanos, en su sano juicio, adaptan lo que dicen en función de lo que creen que el mundo desea oír, mienten sistemáticamente. Leve o gravemente. Lo que ocurre es que para hablar como Julio, sin provocar heridas, hay que ser Julio. Hay que ser un ser humano al que parecen haber extirpado todo atisbo

de maldad en una bendita lobotomía. Por eso él puede hablar tal y como su cerebro piensa, aunque su cerebro no pase por su mejor momento, o precisamente por eso.

Si una persona en plenitud de facultades hablara de esa forma, quedarían al descubierto todas sus caras ocultas, se iluminarían sus sombras y a pocos interlocutores les sentaría bien la caída de la máscara. En la mayoría de los casos el rostro que quedaría al descubierto sería una visión insoportable. El rostro de Julio no tiene alternativa, la máscara cayó hace tiempo y desde entonces sonrío.

—Esa joven quiere decirme algo —continúa Julio—, pero no se atreve, creo que por eso me ha enviado aquí. Para que me lo cuente usted. Debe ser una historia interesante. Me gustan las historias así, tan misteriosas que debe contarlas alguien que no las recuerde. Debe ser algo de suma importancia lo que esconde esa chica.

—Usted no recuerda nada y ella quiere que lo recuerde todo —dice Eric con una voz pastosa y desganada, sin dejar de mirar el televisor—. Ese es todo el misterio.

—Eso no tendría ningún sentido, así que supongo que será verdad, pero creo que falta mucho por contar. Lo importante debe seguir oculto. A mí no me importa recordar si ella quiere, me parece bien, es un juego divertido. ¿Cómo se juega?

—Haciendo memoria, Julio, recordándolo todo, hasta lo que no se quiere recordar. Y nadie debería hacer eso —dice Eric tirando el yogur vacío y la cucharilla sobre la mesa—. Usted lo hace mucho mejor, ya me gustaría jugar tan bien como lo hace usted. Eso es realmente ganar, olvidar el montón de mierda que te va cayendo encima durante la partida. Dejarlo correr. Joder, es ella la que está perdiendo desde hace mucho tiempo y seguirá haciéndolo mientras siga mirando en la dirección equivocada. Yo también juego de pena, ¿sabe?

—¡Caramelos de menta! ¡Está usted loco, joven! Me divierte su manera de hablar. Debería decir más cosas. ¡Venga conmigo, demos un paseo!

Julio se levanta de un salto del sofá y, con una excitación nerviosa, urge a Eric a levantarse y seguirle afuera. Los movimientos no parecen corresponder a su cuerpo, como si la pérdida de sus recuerdos le hubiera liberado de una carga física. Eric recuerda cómo Platón se revolvía cuando llegaba la hora del paseo, la ansiedad con la que movía el rabo, girándolo a toda velocidad como un ventilador. Nunca pudo resistirse a aquellas ganas de libertad y siempre acababa dando largos paseos por el vecindario, por muy cansado que volviera de la consulta, disfrutando de lo poco que necesitaba aquel perro para ser feliz. Eric recuerda entonces las palabras de Mía. Aquel hombre alegre no se merece olvidar, ese anciano no es un perro inocente, o quizá ahora sí lo sea.

—Déjeme que me dé una ducha rápida y bajo en un minuto —dice Eric incorporándose.

—Corra, joven, la magia no durará eternamente.

Julio sale afuera paseando con las manos en la espalda por el camino de piedra alrededor de la piscina. Eric arroja el envase de yogur a la basura, junto con la tapa que había quedado pegada al suelo, y deja la cucharilla en el fregadero. Vacía el agua sucia, que ya empieza a desprender cierto olor a comida podrida, echa un chorro de detergente y vuelve a llenar el fregadero con agua limpia dejando los cacharros en remojo. Sube las escaleras y se ducha intentando poner la mente en blanco. Se pone la única camisa limpia que le queda, unos vaqueros y las zapatillas deportivas, y sale

al porche, pero no encuentra a Julio. Le busca por la piscina y sale a la acera de la puerta principal del complejo, pero ni rastro del anciano.

«Cuánta libertad», piensa Eric.

Vuelve a entrar en una casa que ya no puede ofrecerle nada nuevo. No le apetece quedarse recuperando la forma de su hueco en el sofá. La libertad de Julio es contagiosa. Se pone su jersey granate de capucha y echa a andar hacia el centro del pueblo. La charla inconexa de un anciano acaba de arrojarle a la calle, sintiendo en la cara el calor de un sol que se asoma y se esconde entre las densas nubes. Carrusel interminable de luces y sombras. Quizá Julio posea algo en su interior que es capaz de mover mecanismos ajenos. Quizá su locura saca a la luz la cordura del resto.

Eric camina a buen paso, con la cabeza alta y la zancada vigorosa. El frío que ataca al esconderse el sol combinado con las rachas de calor al destaparse le hacen sentirse bien. Piensa en los caprichos de la felicidad. Cuando parece que nunca volverá a asomar, se burla de la tristeza con algún truco de magia que solo ella entiende y reaparece de entre las nubes en todo su esplendor para desaparecer de nuevo, sin hacer ruido ni dar explicaciones y, he aquí el mayor drama, sin decir cuándo volverá. Debe disfrutar de ella cuando se destapa sin hacerse demasiadas preguntas.

En su recorrido tropieza con la librería en la que Mía encargó el material de consulta que ha devorado durante su convalecencia. Recuerda entonces el espíritu que le embargó tras su *accidente*, el de realizar su primera buena obra en mucho tiempo. Aquel ánimo de redención no destructiva, de morir ayudando y no matando, se ha esfumado a las primeras de cambio. Eric se siente culpable y también inútil, y borracho a pesar de estar completamente sobrio. «Quizá no necesite tanto para ser rescatado, aunque seguramente mucho menos para ahogarme de nuevo», piensa.

La sonrisa bien dispuesta del librero le recibe al entrar en el pequeño establecimiento.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunta el hombrecillo.

«¿Puede?», se pregunta Eric a sí mismo.

—Querría un libro... —dice consciente de que no tiene ni idea de qué es lo que quiere realmente.

—Es una suerte que haya entrado en una librería entonces —ríe afablemente el librero—. Pero creo que necesitaré una información más específica.

—Una novela estaría bien —dice Eric.

—Eso ya está mejor, pero seguimos teniendo un problema. Prácticamente todos los libros de mi tienda son novelas. ¿Algún género en particular? Quizá le guste la novela negra, la ciencia ficción, la de aventuras... Si no tengo lo que quiere, también puedo buscarlo. Puedo conseguir casi cualquier libro que haya sido publicado en este planeta, el precio ya es otra historia.

Pronuncia la última frase en un tono confidencial, como un traficante que hablara de un fardo de cocaína.

—Quiero algo... adictivo —Eric comienza a vislumbrar un objetivo útil—. Una historia que no me permita hacer otra cosa que no sea leerla a todas horas. ¿Existe alguna novela así?

—Eso depende de cada persona. Para algunas todos los libros son así, para otras ninguno, pero entiendo a lo que se refiere. Hay algunas obras que resultan muy efectivas a la hora de suscitar el interés en el lector. Obras maestras de la intriga, que no te dejan dormir hasta desvelar los misterios que encierran, escritas por personas que fueron bendecidas con el don de una mano diestra a la hora de sembrar el relato de pequeñas cajitas sorpresa, que a menudo no encierran otra cosa que el propio deseo de ser abiertas. Los más puristas quizá los tachen de efectistas, a mí personalmente me encanta que jueguen conmigo, me dejo llevar sabiendo que solo soy una marioneta en sus manos. No todo el mundo sabe manejarte tan bien. No suele importarme cómo acabe todo, aunque al final del camino me encuentre con que todo fue una ilusión tramposa. El viaje, amigo, el viaje es lo que importa. Creo que eso es lo que quiere. Un viaje que no le permita dejar de avanzar. ¿Me equivoco?

—Yo no hubiera podido expresarlo mejor —dice Eric.

—Déjeme que mire qué tengo por ahí.

El hombre comienza a rebuscar en las estanterías entusiasmado. Un cazador en busca de piezas que puedan agradar a su visitante. Eric se siente contagiado por la pasión de semejante amante de la literatura. Y repara en uno de los títulos que hay sobre el mostrador acristalado: *Tú eliges tu camino*. Le da la vuelta y lee la sinopsis en diagonal. Se trata de una especie de ensayo de autoayuda que anima a tomar decisiones y defiende que uno es el culpable de todo lo que le ocurre en la vida, lo bueno y lo malo. Eric piensa que uno es dueño de sus pasos solo hasta cierto punto. No se pueden obviar los agentes externos, las circunstancias. Odia inmediatamente ese libro, que parece simplificar todo a un sencillo «tú te lo has buscado». Esa misma mañana Eric habría estado bebiendo en su sofá si no se hubiera encontrado a Julio ocupando su sitio. Esa aparición mariana que le ha sacado de su madriguera es una variable que no puede eliminarse de la ecuación así como así.

El librero regresa con cinco ejemplares que deposita sobre el mostrador, levantando una pequeña nube de polvo que los rayos de sol magnifican haciendo visible el remolino.

—Droga, con perdón, pero eso es lo que son estos libros. Capote, Paul Auster, Chuck Palahniuk..., y Asimov si le gusta la ciencia ficción. Cinco de mis libros favoritos si lo que busca es engancharse a algo sano.

Eric se remueve inquieto con este último comentario. No parece que aquel hombre lo haya dicho con ninguna segunda intención. Los recientes acontecimientos y sus nuevas rutinas le han desgastado y quizá la transformación es ya visible para cualquiera, incluso para alguien que no haya visto su mejor versión.

—Gracias, me los llevo todos —dice Eric—. ¿Qué le debo?

—Pues veamos... Serán... Cincuenta y cuatro con treinta, y una crítica sincera a mi ojo clínico cuando se los lea —dice el hombrecillo con su sonrisa ratonil mientras abre la caja registradora.

—Eso está hecho. Quédese las vueltas. Por la labor de investigación —dice Eric.

—Que disfrute de la lectura, joven.

«Joven. El espíritu de Julio ha poseído al pueblo entero, conspiran contra mi encierro a base de amabilidad», piensa Eric al empujar la puerta y salir de la librería.

En el camino de vuelta a los apartamentos, Eric decide callejear. Quiere alargar una mañana que parece regalarle un paréntesis en su habitual estado de ánimo. Se detiene al reconocer una heladería. Es aquella en la que, algunos veranos atrás, tuvo que hacer un esfuerzo titánico para comerse un helado que tardaron demasiado en servir y llegó a sus manos goteando crema de pistacho derretida. El helado líquido resbalando por un cucurucho fue como la versión amplificada de su fobia por los vasos goteantes. Aquel día apretó los dientes y no dijo nada para no añadir una gota más al vaso de la paciencia de su mujer, que esa misma mañana tuvo que esperar diez minutos a que diera por bueno el apagado de la luz del dormitorio.

Aquel día, las seis o siete mesas de una terraza improvisada en la acera estaban llenas. Había niños jugando con un balón peligrosamente cerca de los clientes. Una madre gritaba a sus hijos que fueran a terminarse los helados.

Eric recuerda a la heladera, de generoso pecho y amplio escote. «Seguramente la recuerden mejor —piensa— los tres adolescentes con granos que, fingiéndose incapaces de decidir el sabor de sus helados, echaban rápidos vistazos a esa porción de planeta prohibido enmarcada por una blusa benditamente holgada.» Y recuerda, sobre todo, a una mujer muy mayor con un vestido colorido y juvenil, sentada sola en una mesa.

Era absurdamente anciana, y frágil como un pajarillo. Sostenía con manos inseguras una tarrina de helado en la que hundía una pequeña cucharilla de plástico y se la llevaba a la boca con la punta apenas manchada. Observándola no pudo evitar sentir lástima; enseguida la lástima mutó en culpabilidad. Compadecerse era injustificado. ¿Lo habría hecho de una joven que disfrutara de su soledad en aquella terraza? En absoluto. La habría envidiado, porque siempre supo disfrutar de la paz de sí mismo. ¿Por qué asumía que aquella mujer no tenía más remedio que estar sola? ¿Por qué no le otorgó el beneficio de la duda? ¿No pudo acaso haber elegido un momento de calma lejos de sus biznietos, nietos, hijos, hermanos...? Quizá era la mujer más acompañada del planeta y él la estaba condenando al repudio universal. Incluso llegó a suponerle algún tipo de trastorno senil. La vejez es cruel no por sus inevitables obligaciones, sino por las insolentes imperfecciones que le atribuye la juventud que la juzga a su alrededor.

Hoy la heladería está cerrada y las mesas y sillas de la terraza guardadas en algún almacén. Tiene la persiana metálica bajada y se asemeja a una enorme silla eléctrica esperando a ser conectada. Hoy Eric sí está solo. Seguramente mucho más de lo que aquella anciana nunca estuvo.

No puede sentirse más soledad que volviendo sin compañía a un sitio donde siempre estuviste acompañado. Otro nubarrón vuelve a tapar el sol.

Tras una tarde sumergido en la prosa de Truman Capote y la vida de un asesino que nada tenía que ver con él aunque él sintiera lo contrario, Eric había cocinado una cena rápida: un paquete de salchichas de carnicería que acompañó con un par de

rebanadas de pan de hogaza y una salsa barbacoa industrial, maravillándose por la efectividad del ingenioso envase antigoteo. Todo ello adquirido en una nueva visita al supermercado, donde la cajera llevaba la cuenta de sus altibajos mejor que él mismo y cuya sonrisa o desprecio definía, con asombrosa precisión, el estado de Eric en cada visita. Para beber, agua.

Cenó saboreando la carne y la literatura, mejor la segunda que la primera, y se acostó temprano sintiéndose próspero. Cerró los ojos con la sensación de haber vivido un día robado. Robado a alguien que se lo merecía más que él. De nuevo, en la oscuridad, volvió a verla. Gritos sordos, sangre oscura, la luz de la luna iluminando un cabecero metálico. Los demonios disfrutaban de los ojos cerrados. Eric se revolvió en la cama. Apretó los párpados con fuerza, con rabia. Pensó en Julio y en su locura, y sintió envidia. Intentó emularlo, al menos por unas horas, por una noche. Trató de disolver la diabólica escena en su memoria, como quien destroza un castillo de arena hasta que no queda otro rastro que un montículo informe sobre la arena. «Esta noche seré Julio», pensó Eric. Pero de nuevo danzaron los demonios y Eric tuvo que conformarse con volver a ser él mismo. Después continuó viéndola, ya en sueños, hasta que una voz volvió a despertarle.

TRES PARTÍCULAS CHOCAN EN EL UNIVERSO

Siete meses para el despegue

Sonaban los Bee Gees a bajo volumen. Eric debía concentrarse para escuchar el hilo musical y aún más para identificar la canción. *To love somebody*. Ordenó lo mejor que pudo una pirámide de naranjas a tres con cuarenta y nueve el kilo. Varias habían caído de la cima resbalando hasta mezclarse con las peras del cajón contiguo. Recogió la fruta caída y dispuso las piezas con cuidado en el lugar que les correspondía. Le ponían nervioso ese tipo de estructuras. Eran incorrectas por la propia naturaleza de sus componentes. Las naranjas se diferenciaban unas de otras por su tamaño, sus polos achatados, no eran esferas perfectas y por tanto aquel intento geométrico jamás podría serlo. Le resultaba un adorno chapucero. Innecesario. Un quiero y nunca podré. Estuvo tentado en deshacer la pila y aquel absurdo, dejar la posición de las piezas a merced de un azar que le resultaba mucho más soportable. Aun así, se tomó unos segundos para intentar generar cierta estabilidad en aquel mundo naranja, cierto equilibrio en el error humano. Un pico redondo en una montaña redonda.

En los últimos meses Eric vivía en contradicción constante. Se sentía como si su vida transcurriera en el interior de una enorme bombilla intermitente, como aquella que quedó parpadeando, anaranjada, en el frontal del camión que acabó con la vida de sus padres. Una continua sensación de luz y sombra, de alegría por la tentación satisfecha seguida por la tristeza del cargo de conciencia.

El sexo con Claudia había mejorado, espoleado por aquel que disfrutaba con Eva. Una emocionante y vergonzosa dualidad. Una paradoja más en aquel mundo de las maravillas en el que todo premio imponía también un castigo.

Aquella traición suplía de una manera perfecta las carencias de su vida en pareja. Podía asegurarse que la aventura que estaba viviendo había mejorado ostensiblemente su matrimonio. Reflexionar de forma consciente sobre este hecho horrorizaba a Eric. Se encontraba ante una paradoja macabra en la que prefería reparar lo menos posible porque, de hacerlo, aguaría una fiesta en la que nunca encontraba el momento de marcharse. La suciedad se iba acumulando en los rincones, pero si uno era capaz de ignorarla y centrarse en la música, en los vasos siempre llenos, en las risas y el baile, no había por qué encender las luces y volver a casa. El espectáculo podía continuar. Aquellos eran los momentos en los que el intermitente brillaba; cuando acto seguido volvía la oscuridad, era el turno de los seis demonios. También ellos estaban invitados a aquella fiesta, y cuando la luz se

apagaba ellos encendían su hoguera y le recordaban que era un impostor, que se había colado en casa ajena y que aquello no podía acabar bien.

Estaba depositando la última de las naranjas caídas, la que culminaba su obra, cuando una voz a su espalda, a pocos centímetros de su nuca, le hizo dar un respingo y a punto estuvo Eric de derribar la montaña de fruta.

—Siempre tan metódico, señor Mendoza...

—¡Eva! Qué susto me has dado —exclamó Eric tras contemplar la esbelta figura que se había situado a escasos centímetros de sus labios.

—Vaya... No sabía que empeoraba tanto sin maquillaje.

Eva Belcourt le miraba con esa sonrisa suya que parecía enfocar siempre un poquito más lejos, o más adentro, radiografiando el deseo ajeno. Traspasando carne, piel y huesos.

Luego llegaron las frases vacías, extrañas por lo correctas, por lo inocuas, en contraste obsceno con aquellas con las que aquella lengua voraz incendiaba la consulta de Eric en sus horas extra.

Eva acababa una de esas sentencias cuando Claudia llegó con una bolsa de panecillos integrales y los metió en el carro de la compra que custodiaba Eric. Esa era normalmente la misión de Eric, arrastrar el carrito y quedarse a su lado cuando ella iba a buscar artículos a estanterías lejanas. Eva no cambió el gesto. Si en algo le había afectado el primer contacto con Claudia, era imposible detectarlo. En cambio, Eric tuvo que contenerse para no salir corriendo dejando a ambas plantadas junto a la imperfecta pirámide naranja.

Era la primera vez que aquellas dos mujeres coincidían en el mismo punto espaciotemporal del universo. ¿Qué probabilidades había de que aquellas dos partículas en continuo movimiento colisionaran en la infinita extensión del cosmos?

Eric reaccionó rápido, se cuadró como un militar bien entrenado, insensible ante la tortura enemiga, y desplegó un talento para el camuflaje que desconocía poseer hasta ese momento. Borró de su cara la ansiedad que había aflorado durante un instante de pánico y volvió a imprimir en ella la indiferencia de un hombre con la conciencia tranquila.

—Cariño, te presento a Eva, una paciente.

Eric dudó si aquel apéndice aclaratorio había sido excesivo. ¿Quizá no debería haber hecho referencia a la condición de paciente de la señorita Belcourt? ¿Había resultado inapropiado? ¿Indiscreto? Debía dejar de pensar, cuanto más midiera sus pasos, menos espontáneo y más sospechoso parecería su comportamiento. Mente en blanco.

—Su marido está intentando salvar a esta pobre loca. Hace lo que puede —dijo Eva con una sonrisa encantadora a la que Claudia respondió con otra.

Eva se movía como pez en el agua. La mujer más amable e inofensiva sobre la faz de la tierra.

—Yo soy Claudia, encantada —su mano quedó suspendida en el aire en espera de la de la mujer que se acostaba con su marido.

Un instante después las mujeres se unieron en un apretón que Eric sintió retorciéndole las tripas. No sin esfuerzo, consiguió que la tensión bajo su abdomen no se tradujera en una mueca visible y mantuvo la sonrisa de traidor experto pegada a

sus labios. Las dos mujeres se separaron de nuevo y Eric contuvo las ganas de vomitar.

—Un placer, Claudia. Bueno, no os molesto más, solo vine a por una botella de vino blanco. Y no se preocupe, es para cocinar —dijo Eva mostrando la botella como prueba irrefutable de que aquel encuentro era puramente casual.

—Eso espero. Nos vemos el martes —contestó Eric algo más ansioso de lo que le hubiera gustado.

—¡Si no me curo antes! —replicó Eva alejándose por el pasillo de refrigerados.

Las caderas de Eva se movieron arriba y abajo sobre la tracción de sus tacones. Eric no se volvió para mirarla, solo deseó que aquel cuerpo no exhibiera todo su potencial, que no sedujera también a Claudia. Que su caminar pasara, por una vez, desapercibido.

—Parece simpática... —dijo Claudia mientras veía alejarse las curvas de Eva Belcourt—. Y muy atractiva, incluso ese parche le queda bien.

—Un caso complicado... —respondió Eric obviando el elogio de su esposa e incidiendo en la profesionalidad de su relación.

Eric sabía que Claudia no iba a preguntarle por ese ojo, por su accidente o su malformación congénita, o por lo que sea que le hubiera pasado a su paciente. Que no preguntaría absolutamente nada sobre esa mujer. Respetaba lo escrupuloso que su marido se mostraba ante cualquier información que le fuera revelada en sus sesiones. Eric agradeció su discreción. Eva sería un tema de conversación prohibido gracias a su profesionalidad, tantas veces demostrada con otros pacientes. Solo era una más. Un expediente sobre el que Eric no podía hablar.

Respiró aliviado cuando el sonido de los tacones que sostenían la grandeza de Eva Belcourt se perdió hacia las cajas registradoras.

Claudia reanudó la lectura de la lista de la compra. «Carnicería y acabamos.»

Eric se dispuso a empujar el carro y seguir los rápidos movimientos de su mujer cuando se dio cuenta de que aún sostenía en la mano la naranja que nunca acabó de colocar en su pila. La había apretado con tanta fuerza que había reventado en su mano y el jugo goteaba a través de un par de grietas en la cáscara. Un pequeño charco se había formado a sus pies. Eric depositó la naranja en el cajón con disimulo y fue tras su esposa esperando que aquel lago naranja hubiera pasado inadvertido.

ÁNGULO CONTRARIO

Siete meses para el despegue

Claudia sujetaba una bolsa de panecillos integrales. En su interior, la mitad de ellos habían quedado hechos trizas bajo la presión de su mano derecha, que los aplastaba con una fuerza involuntaria. A pocos metros, una mujer esbelta hablaba con su marido, parapetada tras una sonrisa que iluminaba todo el supermercado y hacía llover sobre Claudia. Esta pegó su cuerpo a uno de los estantes para ver sin ser vista. Solo unos segundos, solo por si acaso.

Le encantaría no tener que hacerlo.

A veces se asemejaba a un zumbido, un pitido agudo, como el que persiste en el oído después de una noche de discoteca y decibelios. Ese que está ahí pero cuya fuente es invisible. Un pitido que Claudia intentaba ignorar al acostarse, esperando que al despertar hubiera desaparecido. Pero ahí seguía, silbando a deshoras.

No, Eric no. Eso era imposible. Él era el marido perfecto, y ella una paranoica y una desagradecida. Porque mientras el respetable terapeuta Eric Mendoza se dejaba la vida en aquella consulta, ella convertía ese sacrificio en sospechas.

La duda alimentaba la culpa. Así le pagaba ella sus horas extras, así le recibía a su llegada, cuando por fin sonaba la llave en la cerradura y ella ya había terminado de cenar. Traidora. Así recompensaba el cansancio de un hombre que aún tenía fuerzas, a veces, de entregarse en un lecho conyugal que ya no servía aquellas viandas apetitosas de antaño, pero que aun así tragaba sin rechistar. Abre la boca que viene el avión.

Por eso no podía evitar sentirse culpable cada vez que volvían a encenderse las alarmas, esa vocecilla chillona que le susurraba locuras al oído. Por eso, por pura vergüenza, no hablaba de ello. Por vergüenza, sí, pero también por algo más grave.

Su silencio lo provocaba, sobre todo, el hecho de que en el momento en el que verbalizara su sospecha, esa que no podía evitar sentir legítima y caprichosa a la vez, en el instante en que expulsara aquel fantasma de su interior, este se convertiría en algo real. Ya no sería un producto de su imaginación, sería un enemigo al que habría que hacer frente en el mundo exterior. Y quizá perdiera la batalla. La sospecha se materializaría en medio del salón de su casa, vomitada en medio de un desayuno o una cena que hasta entonces habrían sido tranquilos y amenazaría con hacer saltar todo por los aires. Debía contener a aquella bestia.

Claudia pensaba en todo esto mientras seguía parapetada tras la sección de bollería.

Observó a la mujer que hablaba con su marido. Las curvas de su cuerpo. Su amenaza. Envidiaba el gesto relajado en su rostro, que contrastaba con la tensión que debía haber enrojecido el suyo. Siguió mirando. Analizando.

No se tocaban, pero estaban cerca. ¿Demasiado? ¿Mantenían la distancia lógica a la que deben hablarse dos adultos que no se aman? Y también generaba sospecha todo lo contrario. ¿Por qué no se tocan? Quizá ella debería extender su mano y darle un golpecito en el hombro, o quizá Eric debería saludarla con dos besos. Quizá ya lo haya hecho y yo no lo haya visto... O puede que estén evitándolo a propósito. Aquí no, aquí no podemos tocarnos, he venido con mi mujer.

De repente, Claudia se sintió ridícula. Se obligó a echar a andar por el pasillo como la mujer feliz que debía ser. Como la mujer que era.

—Cariño, te presento a Eva, una paciente.

La bolsa de panecillos ya estaba dentro del carro.

—Parece simpática... Y muy atractiva, incluso ese parche le queda bien.

Claudia se había escuchado desde el público. Espectadora de sí misma. Había lanzado esa frase, en un guion provocativo, como si esperara producir una subida de temperatura en los genitales de Eric que los hiciera explotar, demostrando que a él también le parecía muy atractiva esa tal Eva. No hubo explosión. Eric adoptó el papel del profesional respetuoso con la paciente y el diagnóstico era reservado.

—Un caso complicado... —se limitó a decir.

El monstruo pareció menguar en el interior de Claudia al escuchar a su marido relegar a aquella mujer al papel de mera paciente. «Al fin y al cabo —pensó—, esa mujer es simplemente la forma en la que Eric se gana la vida. Un sacrificio. Una forma de poner comida caliente en nuestras bocas.» Sintió ganas de brindar por ella y su aportación a la economía familiar. Incluso deseó que se curase pronto. Y desapareciera...

Ese pensamiento la reconfortó unos segundos, pero murió pronto. Una visión fugaz, a la que Claudia no quiso sostener la mirada, acabó con el confort de un plumazo.

Ya se daba la vuelta para dirigirse hacia la carnicería cuando reparó en el detalle. Quiso ignorarlo y echó a andar hacia el aroma a carne picada, hacia la cuchilla circular que trincha y tritura carne y huesos, pero aquella voz de alarma que ya atronaba en su interior no iba a permitirle deshacerse de la realidad.

«¿Has visto eso, Claudia? Claro que lo has visto. Has visto la sangre naranja manchando el suelo. La has visto derramarse en la mano de un hombre culpable. Fruta y panecillos rotos, las pruebas del destrozo.»

LA MISIÓN

—Corra, joven, la magia no durará eternamente...

Esa voz... La conozco... Pero a la vez es nueva...

—Le llevo esperando fuera un buen rato...

La noto en mis párpados, son palabras que calientan. Pero ¿esto no sucedió ayer? ¿Ayer es hoy? ¿Ahora es luego o eso fue antes?

—¡Caramelos de menta! ¡Despierte y salgamos a la luz!

Esta voz está dentro de mí... Tan dentro que casi puedo olerla.

—¡Despierte, joven!

Muy bien, ya estoy despierto.

Eric abre los ojos con la cara de Julio a cinco centímetros de la suya. Duda si lo que le ha despertado ha sido el volumen de su vozarrón, grave y tan curtido como su piel, o el aliento que exhala directamente contra sus fosas nasales. Reacciona, se incorpora con brusquedad, dispuesto a protegerse sin saber muy bien de qué, pero es el anciano quien toma la palabra:

—«Una ducha rápida y bajo.» Eso me dijo, y desde entonces le espero. ¡Jóvenes coquetos! Ya llegará la edad en la que no haya forma de borrar con agua los defectos, y entonces seréis más libres y más ágiles.

Eric tarda un par de segundos en darse cuenta de la situación. Para Julio, el tiempo se detuvo ayer, con Eric metiéndose en la ducha con la promesa de acompañarle, y ahora el viejo retoma su particular hilo espaciotemporal como si el día que ha transcurrido no hubiera existido.

—¿Suele quedarse dormido después de ducharse, joven? —pregunta Julio.

—Me entró mucho sueño... Tanto que no recordé que usted me esperaba. Perdóneme.

—Bien, bien, bien, está usted perdonado, pero recuerde que el tiempo del viejo es mucho más caro que el del joven. No tengo tanto como para ir derrochándolo en duchas ajenas. —Acaba la frase en una amplia risotada que aleja cualquier conato de enfado real—. Ahora, empecemos.

Julio sostiene en la mano el folleto del Sabio. Lo eleva a la altura de los ojos de Eric, abierto por el mapa que muestra los lugares de La Isla en los que, según la leyenda, se desarrolló la historia.

—He descubierto cuál es nuestra misión, joven. —La euforia de Julio va *in crescendo*—. La clave estaba ahí mismo y no supe verla. A veces soy un poco lento, lo confieso. Mientras le estaba esperando encontré este mapa. Usted está buscando la verdad de esta isla. La única verdad. Está buscando al Sabio, ¿no es cierto?

Eric aún no tiene las fuerzas suficientes para entrar de lleno en el surrealismo de la conversación, se limita a fruncir el ceño mientras Julio zarandea el folleto en sus narices.

—No me ponga esa cara —dice el anciano plegando el mapa sobre el folleto—, ya no tiene nada que esconder. Puede confiar en mí. ¡Ja! Por eso le notaba tan triste... No consigue avanzar en su búsqueda. No es fácil, no, señor. Necesitará a un aventurero experimentado, alguien que conozca bien esta isla y todo lo que esconde. Y ese soy yo. Busca algo que yo ya encontré.

—¿Usted ha visto al Sabio? —pregunta Eric intentando formar parte activa de lo que sucede en su habitación.

—¡Claro que lo he visto! —exclama Julio—. Por eso la chica atractiva me debe haber enviado aquí. Sospecho que ella también busca lo mismo que usted. No teman, lo encontrarán. Ahora cuentan conmigo. Además, tienen este valioso mapa, no le preguntaré de dónde lo ha sacado porque sé que no me lo dirá, y hace bien. Este trozo de papel vale un millón de veces su peso en oro. Si no le importa, lo guardaré yo, joven —dice Julio metiendo el folleto en el bolsillo interior de su cazadora—. Para algo soy el jefe de esta expedición.

Julio se pone en pie y con los brazos en jarra, como un superhéroe a punto de echar a volar, y apremia a Eric:

—¡Es hora de partir! Le espero abajo en dos minutos con la ropa adecuada.

—¿Adecuada para qué?

La pregunta de Eric no obtiene respuesta, el anciano ya baja las escaleras de dos en dos tarareando alguna melodía indescifrable.

Eric no ha elegido la ropa adecuada.

Sus deportivas desgastadas no impiden que se filtre en ellas el agua que cae dentro de la barcaza con cada empellón del mar. Los calcetines mojados le enfrían todo el cuerpo. El tejido vaquero de sus pantalones no consigue aplacar las rachas de viento que contribuyen al descenso de su temperatura corporal. Y, a pesar de todo, hacía mucho tiempo que no sentía tanta paz en su interior.

La barca chapotea con un cabeceo que Eric intuye peligroso, aunque no tiene los conocimientos necesarios para fiarse de su juicio. Julio sin embargo está tranquilo, sonrío al aproximarse cada vez más a las rocas que brotan del agua al pie del acantilado.

A pesar de las rachas de viento, el día es agradable. No hay nubes en el cielo, una novedad rara vez observada desde que llegó a La Isla. El sol palia la humedad de sus pies y centellea en las cenefas blancas que adornan su jersey convirtiendo la lana en hebras de plata. La gruesa fealdad del tejido mantiene caliente su tren superior y le reconforta.

Eric siente cómo la amenaza del buen tiempo permanente comienza a asomar por el horizonte. Faltan pocas semanas para que esta tierra vuelva a convertirse en un saturado paraíso. Aleja ese pensamiento y se centra en la quietud que le regalan Julio y su barca.

El anciano ha resultado ser un capitán de barco mucho más silencioso de lo que imaginaba. El contacto con la madera de la barca parece apaciguar su espíritu y Eric no ha tardado en caer presa del mismo embrujo.

Han navegado en silencio, a excepción de algunas tonadillas que Julio ha tarareado sin letra y con un timbre discreto y agradable, una canción para sus adentros, que apenas rozaba el aire. Las melodías se han entremezclado con el ruido del mar, el rumor azul del enorme animal sobre el que cabalgan. Un rumor que, unido al balanceo de la barca, ha mecido a Eric alejando sus demonios. Los siente lejanos, enrabiados en la orilla sin poder alcanzarle, sin poder penetrar en ese mar salvador.

—Hemos llegado. Esperaremos aquí hasta que el sol se ponga —dice Julio recogiendo los remos, que había dejado en manos de Eric en la última parte de la travesía.

Han navegado bordeando la costa desde el embarcadero del anciano hasta las raíces de piedra del Acanilado Norte. El ejercicio físico con los remos, la cadencia monótona de las paladas, el sudor en la piel han contribuido todavía más a elevar el espíritu de Eric. Necesitaba cansarse por algo que no fuera él mismo.

—Me temo que no he venido preparado para afrontar un anochecer en el mar, Julio. Tengo los pies y las piernas congeladas —dice Eric frotándose las manos y llevándoselas a la boca para calentarlas a golpe de aliento.

—Haberlo dicho antes, hijo. Toma, con esto debería bastar. —Julio saca una gruesa manta del canasto de mimbre sobre el que hace un momento se sentaba—. Es una manta muy especial. Es mágica, todos tenemos nuestros secretos —susurra en secreta confidencia—. Todos los objetos encantados nos vendrán bien para atraer al Sabio.

—No tendrá también un gorro mágico por casualidad...

—Eso no existe, no me ponga a prueba, jovencito —contesta Julio guiñándole un ojo.

Julio se acomoda en el extremo de proa, acurrucándose en un hueco de la embarcación y bajándose el gorro de lana hasta taparse los ojos. Se dispone a echar una cabezada. Eric le imita en una esquina seca de popa. Se quita las zapatillas y los calcetines mojados y se cubre desde los pies hasta las axilas con la manta, apoyando las piernas en una madera para evitar la humedad del suelo. Pronto empieza a notar el calor y no recuerda la última vez que se sintió a salvo. «Quizá sea mágica después de todo», piensa Eric.

Oye la respiración de Julio, rítmica y profunda, un ronroneo acompasado que no llega a ser ronquido, que relaja, no molesta. No duerme, no quiere perderse ni un segundo de ese paréntesis en el que parece haberse perdonado algunos pecados. Corre el riesgo de la sobriedad y la vigilia.

Eric ha observado a Julio durante la breve travesía. Su intención al salir del bungaló era empezar de inmediato el trabajo regresivo con el anciano, pero conforme han pasado los minutos ha decidido limitarse a la mera observación del paciente. Y lo que ve es un hombre feliz. Parece no existir en su cabeza ni rastro de la basura del pasado. Eric siente una envidia que no sabe si calificar de sana o todo lo contrario. Y entonces recuerda su misión y se pregunta qué derecho tiene él a arrebatarse el olvido a una persona que hoy parece inocente. ¿Es un hombre culpable por lo que hizo o por

lo que recuerda? ¿Sigue siendo Julio el hombre al que Mía no puede perdonar o ya no queda rastro de aquel y este otro es un ser humano diferente?

El cielo comienza a anaranjarse conforme el sol se bate en retirada. El paisaje es filtrado por un velo rojizo tan fino que no existe, pero que lo tiñe convirtiendo en oro y arcilla todo lo que toca.

Y entonces lo oye. *Alfonsina y el mar*. Mercedes Sosa. Es un tarareo. Mira a Julio, pero sigue durmiendo y de sus labios entreabiertos solo escapa una respiración pausada. Esa melodía surge de otra parte, de otros tiempos.

SUPLANTACIÓN DE IDENTIDAD

Cinco semanas para el despegue

Eva y Eric seguían viéndose al menos un par de veces a la semana y cada vez corrían más riesgos.

La consulta del psicólogo seguía siendo su centro de operaciones, pero hacía tiempo que se les había quedado pequeña. Eric necesitaba llevar su apetito más lejos o Eva acabaría convirtiéndose en aquello de lo que él huía, en una amante rutinaria.

Cada vez con más asiduidad cambiaban el despacho por hoteles apartados que disponían de habitaciones a las que se accedía desde el garaje. También comenzaron a organizar encuentros en algunos de los pubs más sórdidos de la ciudad, allí donde el psicólogo sabía que nadie le conocería. Eva entraba primero y pedía una copa en el rincón más oscuro del local. Eric entraba tras ella y jugaban a no conocerse. Perpetraban todo el ritual del cortejo como dos adolescentes maduros. Alguna vez el juego había ido tan lejos que no habían podido reprimir las ganas del roce público. Eric, atento a cualquiera que pudiera verlos; Eva, temeraria, inconsciente por voluntad propia. También profanaron la negrura de las salas de cine. Eric no podía evitar recordar, cuando las luces se apagaban, las primeras películas en las que descubrió la dulzura del sexo junto a Claudia. Aquellos juegos ingenuos, que se movían entre la torpeza y la ternura, daban paso ahora a otros más experimentados y, sobre todo, menos inocentes.

Tras el telón de los excesos había algo que empezaba a chirriar en el engranaje que unía a los amantes. La diferencia entre ellos era drástica. Eric tenía a Claudia. Eva no tenía a nadie.

Eric intentaba restar importancia al aumento del grado de confianza, a las muestras de cariño con las que Eva empezaba a salpicar las charlas. Otro peligro aguafiestas. Incómodas imperfecciones que hacían más complicado aislar sus dos mundos, el mundo en el que solo existía Claudia y aquel en el que solo existía Eva. Se esforzaba por que todo fuera como al principio, inocuo. No podía negar que disfrutara de estas caricias, pero se limitaba a ser un educado receptor que correspondía a ellas desde la sobriedad que siempre le había caracterizado.

Eva dio sus primeras muestras de celos tras el encuentro con Claudia en el supermercado. A partir de ese momento, tomó plena conciencia de su verdadero peso en un triángulo que no era en absoluto equilátero. Ella no pertenecía a la vida real de Eric. No buscaba una bolsa de panecillos integrales en las estanterías del supermercado ni elegía la carne que comería con Eric por la noche. Eva no leía en un

sillón junto a Eric al caer la noche, ni sacaba a Platón a pasear por el parque. Todas aquellas rutinas estaban reservadas para Claudia.

La envidia que a Eva le suscitaba la posición natural de Claudia y los derechos que esta ejercía sobre su marido, siempre con un peso mayor que los que ella podía reclamar a su amante, fue creciendo como una zarza de espinas en su interior. Una zarza que amenazaba con la combustión espontánea. Eva comenzó a mostrar, al principio entre bromas inocentes, pero cada vez con mayor contundencia, su rechazo a cualquier referencia sobre Claudia. Eric se daba cuenta de este cambio, de la modificación de los términos del acuerdo inicial. Se debatía entre la complacencia por el malestar de Eva, que recibía como un halago, y la preocupación de que aquel nuevo escenario pudiera acabar en desastre.

Esa molesta obligación de mantenerse alejada del hogar de Eric, de su calor, fue la semilla que hizo germinar la nueva fantasía de Eva. Quería ser, al menos por un día, la mujer que esperara a Eric en casa. Quería disfrutar de unas horas de la vida de Claudia.

Pronto se presentó la oportunidad. Unas semanas más tarde Claudia asistiría a una convención sobre arte contemporáneo y estaría fuera un par de noches. Eva hizo su propuesta. La planteó de una forma ligera, como si se tratara de una fantasía sexual cualquiera. Eric aceptó, sin ser del todo consciente de la satisfacción añadida que Eva disfrutaría al adueñarse del hogar conyugal por unas horas.

El plan era sencillo. Aprovechando su ausencia, Eric le entregaría las llaves de su casa a Eva y esta le estaría esperando dentro cuando él saliera de la consulta. Ahí terminaban las explicaciones. Eva se negó a proporcionarle más detalles, simplemente la encontraría a ella en un lugar que no le correspondía. Aquel era un aliciente lo suficientemente potente para que Eric no preguntara nada más.

Era peligroso. Podrían quedar huellas, cabellos, olores, la inercia de una presencia extraña que Claudia podría notar en cualquier mínimo detalle, en cualquier descuido. Aquel riesgo excitaba a Eric. Y también cierta sensación de llevar lo prohibido hasta su máxima expresión. Aquello era lo más sucio que se había atrevido a hacer, pero los chutes de adrenalina que le proporcionaba Eva seguían venciendo a los remordimientos.

Antes de salir hacia su consulta por la mañana, encerró a Platón en la planta de arriba para que Eva pudiera campar a sus anchas por el resto de la casa. No quería correr el riesgo de que el perro pudiera ponerse nervioso por la presencia de una desconocida. Esto contribuyó a acentuar el sentimiento de culpa de Eric. Hasta el perro tenía que pagar por su incapacidad de gestionar sus apetitos.

En el trayecto de vuelta a casa, Eric pisó el acelerador más que de costumbre. Notaba la excitación palpitando en su pecho y su entrepierna. No se cansaba de esa sensación de volver a tener dieciocho años. Era poderosa, adictiva, sobre todo cuando uno ha llegado a sentirse como un anciano. Mientras enfilaba el camino de entrada, consiguió mantener a raya una imagen fugaz de su esposa, a cientos de kilómetros de distancia, preguntándole qué demonios estaba haciendo.

Eric llamó al timbre y, cuando Eva abrió la puerta, la bienvenida no fue la que él esperaba. Se había imaginado a una Eva apenas cubierta con alguna escueta pieza de lencería, o completamente desnuda, con un baño preparado en el aseo del dormitorio

o un par de copas de champán en la mano. Le hubiera sorprendido mucho menos que Eva le hubiera abierto la puerta con el zumbido de un vibrador introducido en el ano como banda sonora que la escena que contemplaba. Una imagen demasiado familiar.

Eva llevaba puesto un pantalón de chándal de algodón beis y una sencilla camiseta de deporte de manga corta sobre la que se había puesto una vieja sudadera granate con capucha. Eric conocía aquellas prendas perfectamente. El pantalón y la camiseta pertenecían a Claudia, la sudadera era suya, pero era la prenda favorita de su mujer. Eric había visto a su esposa con aquella ropa cientos de veces. Era ropa de domingo en casa, de películas de sobremesa, de paseos con Platón, de yoga sobre la alfombra del salón, de lectura cómoda en el sofá. Era ropa privada, ropa íntima que Claudia solo usaba en el espacio familiar. Ese que formaban Platón, su esposa y él. Ese al que Eva no podía ser invitada. Aquello era una violación. El primer impulso de Eric fue recriminar a Eva que había traspasado una línea roja, que había penetrado en un área restringida cuyo acceso le estaba prohibido. Iba a hablarle de respeto, pero no pudo. Él mismo había abierto la puerta de aquella cámara acorazada. Le había dado las llaves de su hogar para que hiciera exactamente lo que había hecho, escandalizarle, deshonorar todo aquello que constituía su vida pasada, humillar a su esposa.

—¿Has vuelto a olvidar las llaves, señor Amnesia? —dijo Eva sonriendo.

Eric no entendía a qué venía aquella pregunta, pero no tuvo tiempo de responder. Un succulento aroma a carne asada y salsa de arándanos llegó hasta él como una ola de calor agradable. Eva, al parecer, había guisado en su cocina. Eric solo pudo callar y dejarse coger de la mano.

—Pasa, cielo, mira lo que he preparado —dijo Eva casi riendo.

«Cielo.» Un mal presagio comenzaba a tomar forma en la cabeza del terapeuta. Eva lo llevó hasta la cocina tirando suavemente de su mano. Platón estaba tumbado enfrente del horno, hipnotizado por los aromas que desprendía.

—Al final nos hemos hecho amigos. No dejaba de ladrar y me daba pena. Es un perro muy bueno —dijo Eva mientras Eric iba asimilando la escena.

Cruzaron el salón arrastrados por el entusiasmo de Eva, y una desagradable sensación de angustia recorrió el cuerpo de Eric cuando echó un vistazo alrededor.

Todo estaba desordenado. Mejor dicho, todo estaba cuidadosamente ordenado de una forma diferente. Eric tenía numerosas normas sobre la organización de muchos de los objetos de la casa. Todas y cada una de ellas parecían haberse incumplido de forma intencionada. Aquel ya no era su hogar, ahora era un caos en el que a Eric le sería imposible vivir. Era el caos que había creado Eva. Los lápices y rotuladores del escritorio estaban dispuestos en cubiletes diferentes, entremezclándose unos con otros. Los mandos a distancia de la televisión, el equipo de música y el decodificador digital estaban colocados sobre la mesa del salón, el sitio que les correspondía, pero en el orden inverso en el que debían disponerse. Televisión-decodificador-música era lo correcto. Decodificador-música-televisión no tenía ningún sentido. Toda la estancia estaba salpicada de pequeños detalles que en la cabeza de Eric equivalía a que alguien hubiera pintado las paredes de color fucsia.

Eric se zafó de la mano de Eva deteniéndose en medio del salón.

—¿Qué es todo esto? —preguntó intentando mantener la calma.

—¿A qué te refieres? —respondió Eva con extrañeza.

—A esto —contestó Eric señalando con las manos en alto toda la estancia—. Está todo cambiado de sitio. ¿Te has vuelto loca?

—Solo he ordenado un poco. Además, he limpiado y cocinado —las frases de Eva eran maullidos a media sonrisa, una gata seductora y divertida—. ¿Estás bien? Últimamente trabajas demasiado. Tantas horas extras acaban pasándote factura...

—Esa es la ropa de mi mujer. No tiene gracia... —Eric empezaba a perder los nervios y su voz se había endurecido.

Por primera vez desde que había empezado su aventura con Eva sentía el pánico de la pérdida de control. De repente veía a aquella mujer como algo peligroso.

—A no ser que tengas dos mujeres, sí, efectivamente, esta es mi ropa —Eva parecía divertirse más a cada segundo que pasaba.

—Déjate de bromas... —Eric no pudo reprimir la ira, que pareció tomar impulso desde su interior y salir despedida a través de sus fosas nasales. Platón se incorporó y ladró acompañando la indignación de su dueño para volver a agachar la cabeza y tumbarse de nuevo—. ¿Es una especie de juego? —preguntó Eric bajando la voz entre dientes—. Porque, si es así, vas a tener que explicármelo.

—Tú relájate y disfruta, he cocinado tu plato favorito. —Eva no abandonaba la sonrisa, quitándole importancia a la tensión que Eric ya no podía ocultar—. Ven, quítate esa ropa, ponte cómodo y prueba la carne.

Eva entró en la cocina, separada del salón por una barra americana, y abrió el horno. Del interior surgió una pequeña humareda y el olor se intensificó. Sacó unos centímetros la bandeja y utilizó un largo cucharón para regar la carne con su propia salsa.

—¿Qué estás haciendo, Eva? En serio, para y hablemos —dijo Eric en un tono más conciliador, casi cariñoso. Respiró hondo. Necesitaba desesperadamente frenar aquella locura.

—Me habría gustado preparar también ensalada de col, pero olvidé comprar mayonesa. —Eva seguía actuando como si sus frases y comportamientos hubieran sido programados. Un robot fuera de control—. Sí, ya lo sé, señor perfecto, soy un desastre.

Eric le quitó el cucharón de la mano y lo dejó en la encimera. Cerró el horno y la agarró por los hombros de manera firme pero sin violencia.

—¡Eva, ya basta!

—De acuerdo, de acuerdo... Quieres que pasemos al plato fuerte. Haberlo dicho antes... —dijo Eva con una sonrisa pícaro.

A Eric se le erizó la piel cuando la mujer que no era su esposa pero vestía como tal comenzó a besarle el cuello con aquella humedad que siempre le estremecía.

—No, Eva... Espera —dijo notando cómo su respiración se aceleraba.

Las manos de Eva bajaron hasta su entrepierna, que comenzó a abultarse de forma instantánea al contacto.

—Eva, por favor... Primero quiero entender todo esto...

—Chsss —Eva puso un par de dedos en los labios de Eric para hacerle callar—. Déjate llevar. Te lo mereces.

Cuando ella se disponía a arrodillarse, Eric la frenó en seco cogiéndola con fuerza de la mano que había llevado a sus labios. El chantaje sexual hizo que estallara finalmente.

—¡Basta! ¿Quién coño te has creído que eres?

Eva pareció despertar de un sueño agradable para enfrentarse a una realidad menos atractiva. Se incorporó frente a Eric y desaparecieron aquellas maneras felinas. Siete vidas menos. Las lágrimas brotaron al instante dejando arañazos de rímel a su paso. Una exuberante gata de Angora arrojada a un balde de agua sucia, con el pelaje empapado dejando a la vista un esqueleto desamparado. Habló mirándole a los ojos, con la tristeza del animal que no entiende por qué es apaleado pese a su fidelidad:

—Solo estoy siendo lo que siempre quisiste que fuera...

Eric calló como siempre hacía cuando no tenía claro qué decir y, en ese silencio, fue consciente de que el equipo de música estaba encendido. Por el par de altavoces que Claudia y él consiguieron, regateando un domingo de sol y Rastro, sonaba una voz familiar. Eva había elegido para la velada uno de los discos favoritos de Claudia que tantas veces había sonado en días más tranquilos. Mercedes Sosa le recordaba la magnitud de su traición cantando para él la tragedia de Alfonsina Storni y, al igual que la poetisa al quitarse la vida en el mar, Eric sintió que el agua comenzaba a llegarle al cuello.

CANTOS DE SIRENA

Te vas Alfonsina con tu soledad

Desde alguna parte, un par de labios cerrados emiten un sonido nasal que dibuja la melodía sin palabras. Las ha oído cientos de veces. Mira alrededor. Busca la fuente del sonido en el agua, que ahora es pura plata por el reflejo de un sol alquimista, que rebota en su superficie desde el horizonte.

Levanta la vista y escudriña las rocas cercanas. La barca se ha ido acercando al socave del acantilado y a escasos metros comienzan a emerger las primeras piedras. En una de ellas, plana y porosa, hay una mujer desnuda. Está de espaldas sobre la plataforma natural que han fabricado las acometidas del mar. La mujer se atusa el pelo y lo deja caer en cascada, con la elegancia de una actriz de cine antiguo. La postura recostada recuerda a una sirena, pero mueve sus pies humanos con gracia, jugueteando en el aire con unos dedos pintados de rojo. O de negro. Ahora de azul.

Eric no reconoce sus rasgos. El cabello parece cambiar de color, como la pintura en las uñas de sus dedos, con cada racha de viento y la perfección angelical del resto del cuerpo parece no ser humana y a la vez todo lo contrario. Parece pertenecer a todas las mujeres del mundo.

Suena un golpe sordo bajo el casco de la barca y Eric tarda un instante en darse cuenta de que acaba de varar en el lecho rocoso. El agua ha ido desapareciendo, como si alguien hubiera quitado un gigantesco tapón de goma del fondo del océano.

Julio sigue durmiendo, ajeno a cualquier alteración.

Eric se deshace de la manta. Está sudando. La temperatura ha subido en los últimos minutos al mismo ritmo con el que se ha vaciado el mar. Se quita el jersey de lana y salta a las rocas arenosas que, para su sorpresa, están completamente secas. El mar ahora es desierto.

La sirena sigue desgranando su canto mudo, dando la espalda a Eric. Este teme acercarse a la mujer, pero avanza hacia ella. No quiere verla y, sin embargo, no aparta la mirada. Por alguna razón, no podría soportar que la música cesara. Si la melodía se apaga, nacerá la voz, y con la voz las palabras, y Eric sabe que aún no está preparado.

Cinco, seis, siete... y ocho. Ocho pasos más tarde, Eric ya podría rozar el cabello de la mujer con tan solo alargar la mano. No lo hace. Deja que la melodía siga su curso, esperando paciente su turno.

Observa la larga melena, un espejo que le devuelve su imagen en reflejos pelirrojos, rubios, morenos... Y por fin el silencio.

Cesa *Alfonsina y el mar* y comienza el mecanismo de rotación. Lentamente la mujer comienza a torcer el cuello y Eric aguanta la respiración. Solo gira la cabeza, el cuerpo queda en la misma posición, con el torso inmóvil y los pies jugueteando al viento. Con cada centímetro de giro se oye un sonido mecánico, como si el movimiento del cuello lo produjera un sistema de engranajes y cadenas activado mediante una poderosa palanca. La mueven los seis demonios, que saltan sobre ella y se descuelgan para ir haciéndola girar.

Los primeros ciento ochenta grados de giro se completan, pero Eric no ve rostro alguno. La cabeza ha girado por completo, pero el reverso solo muestra la misma melena multicolor. El bucle infinito prosigue cuatro periodos de ciento ochenta grados más hasta que por fin un rostro aparece tras el quinto giro.

Claudia fija su mirada en Eric. No dice nada.

Solo le mira con ternura. Mana la sangre desde algún sitio en su cráneo y le resbala por el rostro. Cuando habla, el movimiento de sus labios no modifica el silencio, como un televisor al que le hubieran quitado el volumen. Eric se da cuenta de que no solo Claudia ha sido silenciada, todo se ha apagado, no suenan los ecos del mar ni las ramas de los árboles movidas por el viento en el acantilado. Nada. Alguien ha quitado el volumen al mundo entero. La boca deja de moverse unos segundos y Eric oye un pequeño clic tras el cual el sonido brota de nuevo. La brisa, los pájaros, las ramas vuelven a estar ahí. Los labios de Claudia vuelven a moverse y una sola palabra resuena en el desierto:

«Olvida».

Acto seguido Claudia cierra los ojos y vuelve a ponerse en marcha el mecanismo. La cabeza reanuda sus giros y el carrusel da unas cuantas vueltas más antes de detenerse.

Esta vez es la cara de Eva la que aparece tras el último giro de la máquina. Ríe sin parar. Lleva un parche con la imagen redonda y amarilla de un *smiley* en un fondo blanco. Con cada carcajada surge del interior de su boca otra Eva que ocupa el lugar de la anterior. Risas que se superponen unas a otras, hasta que en la última repetición Eva ya no ríe y pronuncia una palabra:

«Recuerda».

Por tercera vez se oye el ruido de engranajes y un tercer rostro detiene la ruleta. La cara arrugada y la sonrisa franca de Julio generan una imagen grotesca en combinación con el cuerpo de la Venus recostada. Restos de baba blanca manchan las comisuras de sus labios. El brazo de la sirena se alza y su mano atraviesa la garganta de Julio a través de su nuez hasta llegar a la boca. Los labios de Julio comienzan a moverse accionados por los dedos alojados en su interior, como un ventrílocuo que hace hablar a su muñeco. Repite varias veces una palabra:

«Despierta».

—Despierte, joven. Su pantalón no deja de cantar.

Eric despierta en la barca. Julio le habla zarandeándolo mientras en su pantalón nota cómo su teléfono vibra y grita. La manta le ha hecho sudar. O quizá haya sido la

intensidad de ese sueño tan vívido. Eric saca el móvil del bolsillo.

RECUERDA.

Eric aún no ha cortado del todo el cordón que le une a ese otro lado del que le acaba de rescatar Julio, al mundo onírico en el que Eva en persona acaba de pronunciar esa misma palabra. Eric siente el impulso de rebelarse contra el mandato de tirar ese maldito teléfono al mar y olvidar que alguna vez existiera una Eva o una Claudia, o una luna llena mostrando todo el horror del mundo. Piensa en esto mientras el cordón se hace cada vez más fino hasta que termina por romperse y Eric vuelve a la realidad de un mar y una barca en la que todo vuelve a existir y a ser recordado.

Rechaza la llamada.

—Ya es la hora —le dice Julio—, está a punto de ponerse el sol.

Eric se despereza y mira alrededor. Casi espera ver la melena de la extraña sirena. En su lugar admira una estampa perfecta. A lo lejos, unos pocos jirones de nube se tiñen de un color rojizo que solo la naturaleza es capaz de pintar. La luz que brota de la última uña de sol va menguando a ojos vista. Puede sentir la velocidad con la que el sol abandona al hombre escondiéndose tras el horizonte.

La oscuridad roja se va haciendo más opaca y en unos pocos minutos ya no se distinguen los contornos de los objetos que llenan el mundo.

—Una noche de luna llena —dice Julio mirando al cielo—. Es la noche perfecta para ver al Sabio.

Eric levanta la vista y comprueba que la luna está en su cuarto, no sabe si menguante o creciente. Hace mucho que no se fija en el cielo, hace tiempo que mira al suelo.

—No hay luna llena... —Eric necesita imponer algo de cordura a bordo.

—Sí que la hay, si la miras desde el sitio adecuado. No somos el centro del universo, joven.

Eric acepta la visión de Julio, que siempre parece ir un poco más allá. Que parece hablar de verdades susurradas desde algún lugar que solo él conoce.

Cuando la neblina no deja ver las rocas, Julio enciende una lamparita de gas y saca de la cesta de mimbre un par de bocadillos y un botijo. El agua está fresca cuando Eric da el primer trago. Hace frío, pero Eric, protegido bajo su manta, disfruta de ello. La luz tenue, el balanceo de la barca, el calor que conserva bajo su capa mágica y el espíritu de aventura infantil, de fuerte vaquero hecho de almohadas, hacen que el bocadillo le sepa a gloria.

Es de mortadela, y el pan, algo gomoso, está untado con mantequilla. Manjares humildes, pero para Eric es la comida más agradable en semanas. Mira a Julio, que devora su emparedado con la cara iluminada por el farol. «¿Qué hiciste, viejo?», piensa.

Esperan un rato más. Julio no dice nada. Y Eric no pregunta. Solo disfruta del sonido del mar, que parece amplificarse en la oscuridad. Julio le ha regalado unas horas de total desconexión, de ausencia de realidad sin recurrir a la autodestrucción, y quiere aprovecharlas.

Pasa el tiempo y Eric espera que, de un momento a otro, aparezca el Sabio. O mejor dicho, que Julio asegure que le ve emerger de las aguas. Que baje la intensidad

de la lámpara y señale una nada oscura entre las rocas, susurrándole que no se mueva, que ahí está, que el Sabio ha salido de caza. Está preparado para seguirle la corriente.

—Vámonos —la orden de Julio saca a Eric de la hipnosis del mar.

El viejo ya está de nuevo clavando los remos en el agua con la lámpara de gas entre sus piernas. Eric reacciona volviendo a su sitio sobre los tablones centrales.

—Entonces..., ¿le ha visto? —pregunta Eric.

—¡Caramelos de menta! ¿Acaso el joven recuperó la lengua pero prestó a cambio sus ojos? Si el Sabio hubiera aparecido, le aseguro que lo habríamos visto ambos. No es una visión discreta ni olvidable, créame. Esta vez no ha habido suerte... No siempre la hay —dice Julio quitándole importancia y recuperando el ánimo.

Eric se ofrece a llevar los remos y Julio se los cede con una sonrisa agradecida. Definitivamente le gusta este hombre viejo que a nada teme y que nada necesita. Eric rema y eso le basta también a él en esa barca.

CIEN POR CIEN SEDA NATURAL

Cinco semanas para el despegue

Medio año había transcurrido desde aquel encuentro en el supermercado. Claudia había vuelto a esa escena en numerosas ocasiones. A veces escapaba a tiempo de no ver los tendones marcándose en la muñeca de Eric, tensos como cuerdas de violín a punto de saltar del mástil. Otras veces se obligaba a no apartar la mirada y sentía en el pecho la presión de los dedos de Eric contra aquella sencilla naranja, que se agrietaba y escupía su jugo en el suelo.

Aun así, no sin esfuerzo, Claudia fue convenciéndose de que no había visto lo suficiente. Que la sensación de angustia que sintió aquel día no era motivo suficiente para el golpe de Estado. Decidió seguir a tientas, apostando por la ceguera.

La confianza cuesta ganarla una vida, pero se pierde en un instante. Eso dijo alguien en una tertulia barata que escuchó junto a Eric en la radio del coche, rumbo a alguna tregua de mar o montaña. Una frase hecha que Claudia nunca había cuestionado, que parecía una de las muchas verdades universales siempre ciertas. Ahora le parecía que había excepciones notables a esa norma. A veces cuesta demasiado renunciar a lo que siempre se tuvo, aquello de lo que te alimentas y, con tal de salvarlo, un ser humano es capaz de negarlo todo, incluso a sí mismo.

Y eso hizo.

Siguió caminando durante meses por un desierto cada vez más hostil, ignorando los espejismos. Mejor la sed que la muerte. Evitó los gestos, los silencios y las conversaciones peligrosas que pudieran llenarle la garganta de sal. Llegó a convertir en rutina la excepción, a acostumbrarse a la piedra en el zapato hasta necesitar el roce de sus aristas clavándosele entre los dedos. Y cuando la inercia había tomado un impulso que parecía infinito, cuando Claudia ya se veía viviendo sana y salva para siempre en aquel caos ordenado, tropezó con un muro que no pudo saltar. Una verdad definitiva que ya no pudo ignorar.

Durante una concienzuda reorganización de su fondo de armario, Claudia encontró la prueba irrefutable que la desgarró.

En el fondo del cajón de su ropa interior alguien había depositado una confirmación de lunares, cien por cien seda natural, que no dejaba lugar a dudas.

ELIPSIS

Esta mañana Julio le enseñó una edificación de piedra destartalada a un par de kilómetros del pueblo. Campo a través en dirección al interior de La Isla.

—Esta era la granja. Aquí vivía la prometida de Beltrán, el Sabio —dijo Julio frente a las ruinas abandonadas hacía mucho tiempo.

Una pared había sucumbido, así como parte del tejado, y se podía ver el interior. No quedaba rastro de mobiliario, el suelo estaba cubierto de cristales rotos y restos de basura moderna. El recuerdo de una leyenda macabra.

—En este lugar, si sabes escuchar, aún puedes oír los gritos de la mujer cuando los hermanos del bastardo la arrastraron hacia los árboles.

Julio dijo esto y después se quedó muy quieto, en silencio, con los ojos cerrados y la cabeza apuntando hacia el cielo.

—¿Los oyes? Suenan por todas partes... —susurró el anciano sin abrir los ojos.

Eric no oyó nada pero asintió con la cabeza. Julio sonrió satisfecho y emprendieron juntos el camino de regreso.

Al llegar a la urbanización tras dejar a Julio en su cabaña, Eric encuentra a Mía leyendo en su porche. Hoy hace sol y un fino jersey es suficiente para disfrutar del frescor luminoso del atardecer.

Eric la saluda con la mano desde el camino de piedra y Mía levanta la vista de las páginas y le muestra la portada del libro con una sonrisa. Es una de las novelas que Eric compró en la pequeña librería del pueblo tras su *accidente* y que devoró en tres días. Era lo primero que entusiasmaba a Eric en mucho tiempo y no dudó en recomendar encarecidamente su lectura a Mía e insistir en que la aceptara como regalo.

—¡Sabía que te gustaría! —grita Eric subiendo las escaleras.

Mía se limita a levantar el pulgar de su mano derecha y vuelve a enfrascarse en la lectura.

Desde que Eric pasa varias horas diarias con Julio, Mía y él charlan a menudo. Mía no ve al anciano desde que acompañó a Eric a la cabaña. Este entiende ahora que debió ser un trámite muy complicado para Mía. Varias veces le ha pedido a Mía que le cuente qué es lo que hizo ese hombre que hoy parece incapaz de matar una mosca. Ha justificado su interés con argumentos profesionales, esgrimiendo que conocer más del pasado de Julio podría serle de ayuda en el proceso de recuperación de memoria. Mía se ha negado en redondo a contestar.

Eric también le ha escondido información. Sabe que el anciano no mejorará, al menos no gracias a él, que decidió hace tiempo no realizar ningún tipo de terapia para

rescatar sus recuerdos.

Cuanto más observa a aquel hombre más se convence de que el olvido es la cura y no la enfermedad. Él no conoce al culpable de su pasado, solo a un hombre inocente que vive ajeno a cualquier dolor pretérito. Si es justo o no su diagnóstico, no le importa. Julio ha pasado de ser su paciente a convertirse en su modelo. Él también quiere beber de la fuente de la que mana el olvido del anciano.

Pero no va a contárselo a Mía. Vive en una ambigüedad constante con respecto a la muchacha. Aprecia el acercamiento entre ellos, la unión que día a día se va fortaleciendo, ensalzada por cierta clase de dolor común. Un denominador común que despeja cualquier duda que Eric pudiera tener acerca de la bondad de Mía. Esta mujer solo busca justicia, y esa búsqueda es lícita y justa, cree Eric cada vez que mira en el interior de la muchacha. Pero también esconde algo más profundo. Hay una oscuridad que crece en su interior, que se manifiesta en su negativa a hablar del pasado de Julio, en su ansiedad mal disimulada cuando le pide a Eric detalles de sus avances.

No, Eric no dirá nada hasta que tenga un plan, hasta que encuentre lo que cree estar casi tocando con los dedos.

Así que sigue paseando cada día junto a Julio, admirando ese mundo fantástico al que le transportan sus palabras. Observa, acompaña y participa de esa libertad que exhibe el anciano y se deja contagiar de esa alegría ingenua con la que acomete cualquier tarea. Intenta aprender.

No hace daño a nadie.

Excepto a Mía, quizá...

Intenta mostrarse crudo y abiertamente pesimista en su análisis, con todo el tacto y cariño del que es capaz, pero también con contundencia. Y sin embargo, nunca olvida mencionar la posible pero poco probable existencia de una minúscula trampilla de escape a lo desconocido. A la posibilidad remota. Una puertecita a lo inexplicable. Una opción de la infinita casuística que le ofrece la coartada para continuar cabalgando sobre la locura de Julio hacia su aventura diaria sin que Mía decida caminar en otra dirección.

En las incursiones diarias junto a Julio busca un fantasma intocable que, exista o no, ha conseguido vincularle con dos seres humanos de carne y hueso. Y en cada interacción con Mía se van reblandeciendo los muros con los que tanto ella como él habían fortificado sus intimidades. De la misma forma que en la casa derruida que acaba de visitar, las paredes se han ido derrumbando y han quedado expuestos sus interiores.

Poco a poco dejan ver la basura acumulada en sus suelos.

NO SOMOS LEVEDAD

Cuatro semanas para el despegue

—Me debes veinticuatro cafés.

Era la vigésima cuarta vez que Ciro pronunciaba aquella coletilla al despedirse de Claudia. Esa vez la frase obtuvo una respuesta que sorprendió a ambos.

—Pues debería empezar a saldar mi deuda...

Claudia pronunció aquellas palabras limando sus bordes para que fueran tan ligeras que casi no existieran, para no concederles más importancia que al vuelo de una mariposa. A Ciro aquel vuelo le pareció extraordinario.

El flirteo, que había sido durante meses unilateral por su parte, sin previo aviso parecía haber provocado un efecto de erosión en las defensas de Claudia. Eso quiso creer él, eligiendo obviar los verdaderos motivos que sospechaba culpables del derrumbe de las barricadas. En sus últimos encuentros, siempre con la profesión como única motivación, Ciro había podido atisbar las grietas que brotaban en las antes sólidas paredes que sustentaban la vida sentimental de Claudia. Ahora prefería olvidar los desperfectos, pensar que todo el mérito recaía en su irresistible atractivo y no en el desencanto de ella por algo importante con lo que Ciro nada tenía que ver.

Así surgió la cita que sentó a Claudia a la mesa de una cafetería, esperando a un joven que nunca antes le había interesado en absoluto. Dudando si eso había cambiado en algo.

Se acarició los nudillos con las yemas de los dedos. Notó en su piel áspera los surcos del tiempo. Pliegues como montañas imposibles de escalar en una expedición que ya no tenía vuelta atrás. El dorso de su mano era un mapa de lugares pasados en el que no era capaz de leer el futuro. Claudia se sintió vieja.

Era una cafetería del centro. Rodeaba con las manos una taza de capuchino mientras veía pasar por la avenida un caudal constante de turistas mezclados con trabajadores locales, casi todos de adopción, con sus raíces muy lejos de allí. Unos vestían traje y corbata, otros cómoda ropa de deporte para pedalear y entregar a tiempo los paquetes, algunos se abrochaban el mono de obrero salpicado de pintura y polvo, de escombros de vidas que no les pertenecen.

A su lado, una chica de pelo violeta, con un largo tatuaje recorriéndole la pierna izquierda, dividía su atención entre su ordenador portátil y un chico de camisa de

flores. La prenda de manga corta, tan tropical como anacrónica, contrastaba con el frío que ya empezaba a notarse en las calles.

Claudia echó un rápido vistazo a la pantalla en una de las muchas ocasiones en que la chica violeta miró al chico tropical. Por lo visto, escribía algún artículo para un blog de moda o algo similar. Valoraba su opinión lo suficiente como para ofrecerla al mundo. El chico tropical no miraba a la chica violeta, estaba haciéndose una foto. Se miraba a sí mismo.

No era el único. Claudia conocía la nueva moda, pero no dejaba de sorprenderse. Le parecía ridícula la gente que dedicaba gran parte de su tiempo de ocio a sacarse fotos en las que no aparecían ellos, sino aquellos que querrían ser. Fotos en las que mostraban sonrisas extrañas, de labios falseados que desearían que fueran reales. Luego usaban filtros que daban la puntilla del éxito a esas mentiras en dos dimensiones.

Ella ya no vivía en esas edades leves, de hecho a menudo pensaba que nunca disfrutó de ellas. Desde muy joven Claudia eligió a Eric e hizo que él cobrara una importancia impropia de su edad.

Ese día, precisamente ese, a Claudia no le compensaban los beneficios de aquella precocidad. Le parecían premios de consolación en una tómbola en la que siempre ganaron otros. Migajas que picotear de lo que les sobraba a los derrochadores, a los insensatos, a los vividores, a los jardineros de flor en flor, a los irresponsables.

«Es injusto, joder. No somos levedad, no siempre —pensó Claudia—. Nosotros nunca lo fuimos.» Y culpó a Eric, claro. Hasta hacía una semana no había culpables, y si los hubiera habido, lo habrían sido ambos a partes iguales. Ahora solo había uno, y en el fondo sentía rabia por haberse quedado fuera de juego, por haber sido la última en sumarse a la ola de la irresponsabilidad.

Por esa razón Claudia esperaba a Ciro en la cafetería junto a la chica violeta y el chico tropical.

Y también por eso se sentía vieja.

Una vieja entre niños. Una vieja jugando a ser joven. Y otra vez guapa. Y sexi. Y, por tanto, peligrosa.

PREMIO

Cámaras de televisión. Hombres y mujeres con micrófonos en las manos, algunas demasiado maquilladas, algunos demasiado engominados o despeinados por la prisa, todos sudados por el estrés, frenéticos. Empujones por conocer la opinión de la señora Hicks. Elementos que Eric identifica como una anomalía en ese tramo de acera que custodia la entrada a la recepción.

Esta ha quedado bloqueada por el convoy informativo. Eric vuelve de otra excursión con Julio. Esta vez ha sido exigente. El viejo parece moverse con energía nuclear. Una batería inagotable que ha llevado a ambos a recorrer durante varias horas los montes aledaños al acantilado. Ha sido Eric quien pronto ha pedido el primer tiempo muerto, después un descanso a mitad de partido y por fin su suspensión. Julio daba la sensación de poder seguir caminando hasta rodear la Tierra y alcanzar de nuevo aquella arboleda por el lado opuesto. Ni rastro del Sabio, claro, ni de nada que tuviera el más mínimo sentido.

Una reportera lucha por recuperar el control del micrófono ante la elocuencia de la señora Hicks, que contesta desde hace una eternidad a una pregunta que parece haber olvidado. Da tirones al micrófono mientras ensalza las comodidades de sus instalaciones y la paz que se respira en su piscina, algo que no interesa en absoluto a los periodistas.

Eric les ofrece una luz al final del túnel. Tan pronto como advierten su presencia se abalanzan sobre un posible testigo. Con un giro de muñeca que denota más experiencia que la que sugiere su edad, la muchacha que antes perdía su tiempo con la señora Hicks le arrebató el micrófono y se dirige hacia su nuevo objetivo. Eric no alcanza a borrar su expresión de idiota sorprendido antes de entrar en el plano. Los cámaras son ágiles, depredadores más veloces que la capacidad de reacción de Eric.

—¿Conoce usted a Jedrik Smola?

—¿Qué puede contarnos de él?

—¿Es cierto que antes trabajaba en un circo?

La bola de espuma gris del micrófono de la periodista aventajada roza los labios de Eric. De la boca de la señora Hicks directamente a la suya. Eric piensa en los pequeños, y no tan pequeños, proyectiles líquidos que la inglesa suele disparar al hablar y aparta de él ese cáliz.

Mientras siguen fusilándole a preguntas, Eric recuerda y comprende. «Jedrik... El Ruso. Lo ha hecho. Ha matado a la Rusa. Joder. Calma, Eric, podría no ser tan grave, quizá simplemente ella se ha cansado de soportar sus juegos y le ha denunciado. No, tiene que ser algo gordo si han venido estos carroñeros.»

Entonces recuerda su llamada. Aquella noche, las luces del coche de Policía cambiando el color de las paredes de su cuarto. «He sido yo —piensa—. Yo les he puesto sobre la pista.»

Eric levanta la mano ante las cámaras, mitad disculpa mitad ruego. Agacha la cabeza y escapa de la llave de judo de los periodistas. Abre la cancela y la cierra tras él, dejando en la acera el torrente de preguntas que no cesa. Vuelve a sentirse a salvo... ¿o todo lo contrario? «¿Dónde está el Ruso? ¿Acabo de encerrarme con él en esta ratonera con piscina o se lo habrá llevado ya la Policía? Sí, claro, joder, claro que se lo han llevado, cómo va a ser la prensa más rápida que la poli...» Y entonces la duda cala hondo porque no le extrañaría en absoluto vivir en ese tipo de país.

Al girar en el camino de piedra un asesino le saluda risueño desde la piscina. Eric se detiene, lo observa en la tumbona cerveza en mano, ajeno al furor mediático. Le devuelve un saludo lleno de interrogantes. Jedrik añade algunos más:

—¡Me han pillado, vecino! ¡Brindemos por mis últimos minutos de libertad! — dice levantando la birra.

Eric solo acierta a hacer un gesto de afirmación con la cabeza, sin saber qué está afirmando en realidad.

—Seguro que estás alucinando, ¿eh? Ven, tumbate. Te lo cuento con una cerveza. Despidámonos como nos merecemos.

Eric no encuentra nada que perder aceptando la cerveza que le tiende un asesino, así que se acerca a él.

Siguen sin llegar los días de piscina y el cielo gris sirve de marco perfecto para la original composición de la foto. Eric se ha tendido, sin quitarse siquiera la cazadora, en la tumbona contigua a la del Ruso, ataviado con su escueto taparrabos y su camisa floreada. Los zapatos de uno y los pies desnudos del otro sobresalen de las hamacas y quedan suspendidos en el aire sobre la piscina. El Ruso le pasa una cerveza y Eric la abre con un chasquido metálico. Elevan las latas, las hacen chocar y dan un trago.

El ruso de Polonia habla y el cielo comienza a abrirse.

—Ciento noventa millones de euros —Jedrik pronuncia la cifra sin entusiasmo.

—Así que tú eres el famoso ganador de la lotería. Leí la noticia en el periódico justo antes de llegar a La Isla —dice Eric recordando con incomodidad la imperfección del cierre de la bandeja de plástico de su asiento.

—Ese soy. Esos somos. Manina y yo jugamos todas las semanas. De hecho, fue ella la que hizo que ganáramos. ¿Viste alguna vez la serie *Perdidos*?

Eric hace memoria, prácticamente no ve la televisión.

—Me suena...

—Era una sarta de mentiras muy adictiva. Había una secuencia de números que tenían algo que ver con el fin del mundo... Algo así entendí yo. Uno de los protagonistas ganaba la lotería con esa combinación y a mí me pareció gracioso utilizarla para jugar. La repetí durante meses, hasta que Manina se dio cuenta y me hizo ver lo idiota que era.

Jedrik da un trago antes de continuar:

—Ella es una mujer mucho más inteligente que yo. Como siempre, tenía razón. Si salían aquellos números aparecerían un montón de idiotas, seguidores de la serie como yo, que habrían puesto la misma combinación en los cartones. ¿Te imaginas? El premio se dividiría entre el club de fans más estúpido de la historia. Así que Manina cogió el cartón de esa semana y lo rellenó con números al azar... Y... ¡alehop!

—Ciento noventa millones de euros —dice Eric notando el primer rayo de sol que se filtra a través de un cielo cada vez más brillante.

—Una pasta. Y lo más gracioso de todo es que casi me olvido de echar la lotería ese día. Manina me preguntó al llegar del trabajo si había sellado el boleto. No recuerdo que nunca antes me lo hubiera preguntado. Un sexto sentido o yo qué sé. El caso es que me había olvidado. Aquel día un compañero del curro se jubilaba y llevó unos pasteles y unas cervezas, y con la tontería se me fue el santo al cielo. Así que... Manina nos hizo ricos doblemente, por la combinación ganadora y por intuir que había olvidado sellarla. Misterios de la vida.

—¿Y cómo se siente un millonario?

—Pues de momento solo nos ha obligado a huir. Y ahora tendremos que enfrentarnos a toda esa gente de ahí fuera. Creo que no estamos hechos para esta locura. Quizá el dinero no sea nuestro rollo... Queríamos tomarnos un tiempo para pensar en el siguiente paso. Desaparecer. Nos asustaba el acoso de los bancos, las amistades perdidas que volverán a interesarse por cómo nos va, los familiares lejanos... No nos apetecía dar explicaciones. Así que nos fuimos. Buscamos un lugar en el que nadie fuera a molestarnos pero que fuera agradable. ¿Y qué mejor que una isla en los meses en los que nadie quiere visitarla?

Eric asiente mirando unas nubes que se disuelven muy despacio, como si la explicación del Ruso fuera desenmarañando el cielo.

—El frío, como ves, no es problema para mí. Estoy hecho de acero polaco —sonríe Jedrik mientras se golpea el pecho con el puño—. Mi esposa lo lleva peor, pero disfruta de sus libros, su piano..., es un animal de interior. Le gusta la calma de la cueva. Pero ahora nos han encontrado, así que... toca marcharse.

—Pues buena suerte, Jedrik. —Eric apura la cerveza y se incorpora sobre la tumbona para irse—. Ah, un consejo... No vayas por ahí quejándote de que has ganado la lotería, puede que no hagas muchos amigos.

El Ruso le tiende su manaza en un apretón que tiene tacto de despedida. Cuando Eric enfila de nuevo el camino de piedra, Jedrik lo llama desde el bordillo de la piscina.

—Yo te deseo lo mismo, buena suerte, amigo. Ojalá encuentres lo que buscas, tu combinación ganadora. Aunque, si quieres un consejo, yo que tú me olvidaría el boleto en casa. Me olvidaría de todo.

El millonario Jedrik Smola se levanta de la tumbona y salta al agua con esa agilidad que no deja de sorprender a Eric. Quizá sean ciertas las hazañas atléticas de su juventud, y quizá ese hombre sea mucho más listo de lo que parecía.

SANGRE Y MIERDA

Cuatro semanas para el despegue

Llegó la otra mitad.

Se había puesto sus mejores galas, o las que él creía que exprimían al máximo su potencial. Prendas de una elegancia excéntrica con la que pretendía, sobre todo cuando compartía espacio con Claudia, sumar unos cuantos años a sus veintiséis recién cumplidos. Que esa década que los separaba se ocultara tras una colorista camisa sesentera, o tras el brillo de unos gemelos de diseño o, arriesgando más que nunca, entre los pliegues de una pajarita que acaparaba toda la atención. Claudia recibió los dos besos de bienvenida hipnotizada por su estampado imposible.

—Bonita pajarita... —dijo aún en éxtasis multicolor, sin ser capaz de desviar la mirada del doble rombo que adornaba el cuello del joven.

—Gracias, tú estás preciosa, como siempre.

El halago la hizo reaccionar, ubicar día, hora y situación. Por fin elevó la vista por encima de la línea de flotación de la pajarita y miró a Ciro a los ojos.

Disfrutó un momento de esa cara aniñada, barbilampiña, tan agradable a la vista. Observó su simetría cuadrada, su armonía, la superioridad genética de sus ojos azules sobre el resto de los ejemplares varones de la cafetería. Redescubrió los pequeños hoyuelos que se le formaban bajo los pómulos. Escarbó en ellos para extraer el poder de seducción de esas minúsculas cavidades cutáneas, para intentar dragar de su fondo las fuerzas que iba a necesitar esa noche.

Trató de centrarse en esa belleza joven que casi siempre era suficiente en el mundo de la chica violeta y el chico tropical, pero su pensamiento se deslizó fuera de la calzada, derrapando sobre el hielo con unas ruedas demasiado gastadas.

Su memoria escogió un sendero extraño. Tomó asiento en la tercera fila del aula 104. Fisionomía humana.

«Todo lo que aquí y ahora nos parece bello hubo un tiempo y un lugar en el que fue ridículo, no lo olviden.»

La doctora Paget les explicó con su acento francés la gloria de las obesidades en la prehistoria, del gusto por las piernas infinitas en un Egipto aún vigente, de la palidez perezosa envidiada en Roma... ¡Silencio al fondo!

—¿Claudia...?

«Esa eres tú. Espabila.»

—Perdona..., ¿qué? —dijo aún en fuera de juego.

—Digo que perdón por el retraso..., ahora te cuento. ¿Te encuentras bien? —Ciro miró a Claudia como el jefe de Policía que se dispone a imponer unas vacaciones forzosas a su mejor detective.

—Sí, sí, perdona, no es nada... Se me fue la cabeza a una reunión que he tenido esta mañana, estoy bien —la respuesta sonó tan falsa como la del detective que no quiere tomarse dichas vacaciones.

—Vale... —Ciro aún entornaba los ojos con suspicacia—. Voy a pedir, ¿quieres algo?

—No, gracias, apenas he empezado el café, no has tardado tanto —Claudia sonrió con cierta picardía, descargándole de culpa.

Le vio alejarse hacia la barra, donde una cola de cinco turistas esperaban para pedir bollos modernos acompañados de cafés modernos servidos en grandes tazas más modernas todavía. «Ciro tiene un culo cojonudo —pensó Claudia—. Y esos hoyuelos... Joder.» Lo volvió a intentar. Volvió a repasar cada premio que prometía el cuerpo del joven, intentando asignarles un valor renovado, pero sabía que era una batalla perdida. Giro no iba a superarse a sí mismo. Ya era todo lo que siempre pudo y podría ser. Sus ojos no eran ese día de un azul diferente al que Claudia había visto tantas veces. No penetrarían hoy en el corazón de Claudia más profundamente que en su última cena de negocios. No iba a ser otro Giro. «Así que no te empeñes, joder, Giro es más que suficiente», pensó Claudia.

—Te decía que me la ha vuelto a liar el loco de Burak. Por eso he llegado tan tarde. —El joven representante artístico había regresado con una taza de café americano muy cargado y tomó asiento tras acercarse a Claudia.

Cuando cumplió los veintidós años, y con el grado en Negocios Internacionales recién terminado, Giro se dirigió al estudio de Jiri Burak y con un chasquido de dedos se convirtió en su marchante. Nadie sabe cómo consiguió que el anárquico artista aceptara introducir ese eslabón intermedio entre su obra y el espectador, o más bien entre aquella y el dinero que generaba, pero lo hizo. Fue la comidilla del gremio durante mucho tiempo. El niño que había conseguido, recién salido de la facultad, lo que tantos habían estado persiguiendo durante años. El secreto mejor guardado de Giro Maniatis.

Considerado una auténtica estrella del *rock* entre los artistas plásticos del *underground* heleno, autodenominado «único dios extramodernista», Jiri Burak vomitaba creatividad de una forma compulsiva. Pintura, escultura, tratamiento de espacios, luz y sonido, cualquier medio servía de catalizador para una rabia que parecía infinita. También algo demente. Giro consiguió convencerle de que se estableciera en Madrid y, de paso —esto no se lo comentó al artista—, alejarle de los *dealers* que le abastecían de cualquier sustancia que se le antojara a cualquier hora del día o de la noche.

Tras unos primeros meses en la capital, en los que el artista se mostró bastante menos prolífico y original en su obra, Burak comenzó a remontar el vuelo. Cuando ya parecía que sus plumas se habían enlodado para siempre, supo abrirse camino a través de la escena nocturna de la ciudad. En este nuevo estatus, en este renovado brillo de diosa de la fiesta y colorete, encontró por fin lo que buscaba: nuevos y flamantes proveedores de alimento lisérgico, uno bien nutritivo que pareció funcionar

a la perfección. Volvió a batir las alas. Desplegó su plumaje, lo hizo centellear en todo su esplendor, y de nuevo Jiri Burak surcó los cielos del arte conceptual hasta aterrizar en la galería de Claudia.

—Un cubo lleno de sangre y mierda, con perdón —soltó Ciro a bocajarro.

—Vas a tener que desarrollar eso... —contestó Claudia ya concentrada en la conversación tras apartarse un mechón de rizos pelirrojos.

—*La líquida esclavitud del hombre puta* —recitó Ciro mirando al techo mientras rememoraba cada palabra.

—Ahora tienes toda mi atención... —dijo Claudia con los ojos como platos.

—Así se llama la última y flamante obra de Jiri Burak, un cubo lleno de sangre en el que flotan excrementos —dijo Ciro mientras sus dedos dibujaban una trayectoria circular simulando la de la flotación de las heces—. Tanto la sangre como los excrementos son obra del propio autor.

—Joder... Al menos, ¿el cubo es bonito? —Claudia arrugó la nariz como si ya oliera la obra de arte.

—Ya sabes..., la pregunta sin respuesta de nuestra profesión: ¿Qué es bonito en el arte?

Claudia tuvo que darle la razón a Ciro. Por primera vez en aquella cafetería sintió que todo podía ir bien. Que estaba dispuesta a disfrutar de lo que Ciro pudiera ofrecerle.

—Bueno, el caso es que estamos hablando de una obra inconclusa por desmayo del autor. Por eso llego tarde —continuó Ciro tras dar un largo trago al café.

—¿Qué ha pasado? —Claudia cambió el tono imprimiéndole una preocupación relajada. Sabía que no había podido pasar nada grave si Ciro había acudido a la cita.

—Lo que ha pasado es que al llegar al estudio me he encontrado a Burak en el suelo pálido de cojones. No sé cuánta sangre habría en el dichoso cubo... Se ha debido ir ordeñando poco a poco durante semanas, para ir recuperando la sangre perdida. A saber cuántas veces se habrá desmayado... Tenía tres o cuatro moratones... En fin, le he llevado a Urgencias y ya está mejor. Listo para volver a joderla. Ya puede seguir desangrándose y haciendo sus cositas en un cubo.

—Esa obra va a costar una pasta... —dijo Claudia con una media sonrisa que pretendía aligerar el ambiente.

—Reconozco que te la estoy vendiendo fatal, pero es porque ya sé que no le va a interesar a una galería tan refinada como la tuya. La veo más en otros ambientes...

—¿En un ritual satánico?

Ciro intentó reír el comentario, pero solo consiguió esbozar una sonrisa cansada.

—Esto no es una cita de negocios, ¿verdad? —preguntó a Claudia con gesto serio.

Ella dudó. No esperaba tener que verbalizar algo que entrañaba tantos matices, que daba y a la vez quitaba tantas esperanzas. Que la convertía en una mujer infiel.

El joven marchante percibió la inquietud de Claudia, su vergüenza. Notó cómo se tensaba la cuerda que por fin había conseguido tender entre ellos. Reaccionó a tiempo para evitar que se rompiera.

—Perdona... No quería ponerme serio —dijo Ciro recuperando la sonrisa.

—No, tranquilo, es que no sé qué decirte. Últimamente no sé por dónde me da el aire. Supongo que solo quiero ser... feliz. —Claudia sintió un pellizco de pena en el estómago. Alargó la mano posándola sobre el antebrazo de Ciro, como si el contacto con otro humano fuera a alejar sus fantasmas.

Torpe.

El botón insistía en no desabrocharse, erigiéndose en último bastión de la decencia. El último soldado que luchaba por mantener la pureza de su matrimonio.

Claudia podía haberle ayudado, pero no lo hizo. Conocía bien ese botón, mejor que Ciro. Era consciente de lo ajustado del ojal que lo albergaba porque luchaba con su estrechez cada vez que se ponía esa blusa. Sin embargo, dejó que Ciro librara la batalla en solitario.

«Si tarda un poco más, estaré salvada —pensó—. Nos reiremos de nuestra torpeza y nuestra locura.»

Esa contradicción entre su deseo de salvación y el de la derrota total ocupaba su pensamiento mientras Ciro sudaba forcejeando, ya con el torso desnudo.

Libre.

Al fin se desató la camisa de fuerza y cayó al suelo junto a sus grilletes. Claudia debía sentirse liberada, virgen nerviosa en su altar, esperando un premio que creía merecer. Que creía que le haría feliz. Debía sentirse más joven y fuerte. Debía comenzar a saborear la dulzura de una piel distinta y los placeres que brindaba una musculatura firme y reluciente bajo el sudor que brillaba a la luz de las velas.

Solo sentía vértigo.

Vértigo, otra vez.

Vértigo al punto de no retorno. A cruzar la línea roja que ella nunca había cruzado. A convertirse en lo que odiaba, aquello contra lo que se vengaba. A no poder reconciliarse nunca más consigo misma, y mucho menos con el resto del mundo. A afrontar la realidad de la ubicación geográfica de su cuerpo: una sala de estar que no era la suya y que nunca lo sería, ni tan siquiera en esos pocos minutos de permiso. Vértigo a seguir respirando. Porque el olor a casa de soltero mal ventilada se le clavaba en la conciencia y casi parecía poder tocar el fétido aliento gris que sentía emanar de la moqueta introduciéndose en sus fosas nasales.

Gris.

Gris, como un viejo notario que realizaba su cometido de forma mecánica. Claudia se sentía gris al certificar la realidad con sus actos. «A eso hemos llegado, a la sangre y, sobre todo, a la mierda.»

—Para.

—¿Qué?... —dijo Ciro con unos ojos que pedían a la vez disculpas y explicaciones.

—Para. Lo siento, creía que esto era lo que quería, pero creo que me he equivocado... —Claudia luchó para contener el llanto. «Sangre, mierda, pero nada de lágrimas. Eso no.»

—No. Perdona. No debería haber...

Ciro se incorporó en el sofá, aún con la respiración agitada. Miró al techo sin decir nada. Claudia recogía ya su blusa, que había caído sobre la alfombra, y comenzaba a vestirse en un silencio tenso. No quiso mirar a Ciro, tenía miedo de ver lo que había generado, solo quería vestirse y marcharse de allí, pero cuando Claudia se disponía a levantarse tras ordenarse un poco la melena, Ciro comenzó a hablar desde una triste calma:

—¿Sabes? Todos tenemos secretos. Y así debe ser, porque el mundo ya es complicado de cojones sin que nos den toda la información. Imagínate si lo supiéramos todo de todos, si no hubiera secretos. La raza humana ya habría desaparecido. —No había rastro de rencor en sus palabras, más bien lo contrario, una resignación que había convertido el sexo frustrado en cariño.

Claudia comprobó que estaba tranquilo y casi sonreía. Pospuso la huida y le escuchó en silencio, sintió que se lo debía.

—Todos creen que hice magia, que me saqué de la manga alguna artimaña, alguna frase brillante, y que entonces Jiri Burak cayó rendido a mis pies. Nunca lo desmentí. Me vino muy bien que todo el mundo pensara eso. ¿Qué mejor manera de que un niño se ganara el respeto de un mundo tan adulto, tan pretencioso como el que hemos elegido? El misterioso joven que nada más terminar sus estudios conseguía meter en cintura a Jiri Burak. Me vino muy bien, pero la realidad fue muy diferente. Lo que nadie sabe es que cuando cumplí los diecisiete años ya era un fanático del trabajo de ese loco, tanto que fui a verle a su estudio.

»Y Burak me mandó a tomar por culo.

»Yo solo quería estar cerca de él, acercarle un pincel, una brocha, le habría llenado un cubo de sangre gustosamente. Pero él me echó casi a patadas. Aquel día me fui llorando a casa. Pero al día siguiente volví. Desde entonces, cada día regresaba a su estudio y me sentaba en los escalones de esa nave durante horas. Él pasaba a mi lado sin mirarme, entraba y salía como si yo no existiera. Estuvo ignorándome meses. Un día, recuerdo que llovía a cántaros, una de esas tormentas que se disfrutan cuando tienes un techo y se maldicen si estás esperando en la calle a que un cabrón te dirija la palabra, Burak salió y por fin habló conmigo. Me preguntó qué edad tenía, yo respondí que pronto cumpliría dieciocho. “Pues prepárate —me dijo—. ¿Quieres serme de utilidad? Estudia para ello. Yo no entiendo una mierda de eso que tú quieres ofrecerme, y tampoco quiero saberlo, pero sé que hay carreras para todo hoy en día. Tú me hablas de algo que ni siquiera entiendo, pero lo que sí sabré es que has pasado años esforzándote para conseguirlo. ¿Dices que quieres enseñarme al mundo? Enséñame algo que me demuestre que estás preparado para ello; mientras tanto coge esos cubos de pintura y mételos dentro, no quiero que se oxide el metal. ¡Ah! Y no pienso pagarte.” Eso me dijo. Así empecé a ser el chico de los recados de Jiri Burak a la vez que estudiaba para sacar la carrera.

Claudia tuvo la impresión de que era la primera vez que hablaba de aquello.

—Fue complicado, pero creo que fueron los mejores años de mi vida. Todo ilusión, el combustible de la felicidad. Cuando por fin tuve el título en la mano, lo primero que hice fue enseñárselo a Burak. Por primera vez me dedicó una sonrisa. «No sé qué cojones quiere decir ese trozo de papel, pero si te ha costado tanto tiempo conseguirlo debe ser algo importante. Hazme una propuesta», me dijo.

»Ese mismo día firmamos un contrato que hoy en día sigue vigente. Desde entonces, como bien sabes, me dedico a él. Vivo en una ciudad que no me gusta. Visto de una manera ridícula para que me respete gente que por lo general me asquea. No tengo pareja. Casi no veo a mis padres. No tengo amigos de verdad. No hay tiempo para todo eso cuando tienes a un bebé de sesenta años que necesita atención constante. Todo ese sacrificio, esas pérdidas cobraban sentido cuando contemplaba la siguiente obra de Burak. El amor que siempre sentí por todo lo que salía de la cabeza de ese viejo chiflado justificó el esfuerzo. Dio un sentido completo a mi vida. Y ahora Burak solo es capaz de llenar un cubo de sangre y de mierda...

Claudia ya no pudo reprimir las lágrimas ante su última frase:

—De nuevo, te pido perdón. Es duro ver a la persona más importante de tu vida volar tan bajo. Al menos, que no nos arrastren con ellos.

ULTIMÁTUM

Eric limpia sus zapatillas sobre el fregadero, retirando con un cuchillo el barro acumulado en las suelas. La última escapada con Julio ha sido exigente.

Mientras enjuaga la suela bajo un chorro de agua tibia le viene a la cabeza su amigo Jairo y la noche del tutú rosa. Recuerdos que rescata su cerebro sin razón aparente. Quizá para visualizar la escena una última vez antes de olvidarla para siempre. Las imágenes saltan en el tiempo, de aquel pasado que sí sucedió a un presente que se inventa Eric. Imagina a Jairo golpeando el cristal de la puerta de este bungalow. Poniendo esa cara tan suya de «¿Pensabas que ibas a librarte tan fácilmente de mí?».

Suenan entonces tres golpes. Tres golpes reales, no imaginados. Tres golpes de unos nudillos sobre el cristal de la misma puerta en la que acaba de imaginar a Jairo.

Tac. Tac. Tac.

«No puede ser.»

Eric se da la vuelta despacio, no sabría definir con qué porcentaje de alegría y cuál de miedo. Respira hondo antes de mirar hacia la puerta acristalada.

Es Mía la que llama.

Eric siente algo parecido a la decepción, también algo de alivio.

—Dos tíos preguntan por ti en recepción —le dice cuando abre la puerta.

—¿Por mí?

—Eres el único Eric que conozco.

—¿Quiénes?

—Un tal Jairo y... ¿Rabal? Algo así.

El corazón de Eric se salta un par de latidos para después recuperarlos a toda velocidad.

—¿Es una broma? —pregunta Eric consciente de la estupidez de su pregunta.

—Sí... Ya sabes mi humor, me invento personas preguntando por otras personas... Soy un descojone. —Mía se da cuenta de que el color en el rostro de Eric ha blanqueado tres o cuatro tonos—. Oye, ¿estás bien?

Responde el propio Jairo a la pregunta, a gritos desde el camino de piedra.

—¡Está de puta madre, y mejor que va a estar ahora que hemos llegado!

Tras arrojar sin cuidado al suelo la pequeña bolsa de viaje, sube los escalones en un par de zancadas y se planta en el porche, alcanzando a Eric antes de que este pueda abrir la boca. Se abalanza sobre él en un abrazo de oso, como aquella noche en la que le encasquetó un tutú rosa en un pub donde celebraban la vida. Después

Dhawal se une al abrazo tras subir con cuidado las escaleras con la maleta de ruedas en vilo.

Son ellos, en carne y hueso, y Eric no puede reprimir unas lágrimas instantáneas. Desde que llegó a La Isla es el primer contacto real con su otro yo, ese que dejó atrás en su huida, el primer contacto con la realidad, o lo que Eric siente como realidad. Jairo y Dhawal han venido a despertarlo.

Mía se retira discretamente y quedan los tres hombres abrazados en el umbral. Eric siente el calor de esos cuerpos que han llegado a ofrecerle cobijo, pero sabe que también van a obligarle a afrontar los hechos, y duda si tendrá las fuerzas suficientes. Es una visita incómoda, como toda lucha.

—Tío, estás en forma... —dice Dhawal tras romper el abrazo.

Eric se seca las lágrimas y sonrío con un cansancio enrojecido de llanto.

—Me he dado al senderismo...

—Supongo que hay cosas peores —dice Jairo—. Pocas..., pero alguna debe haber. ¿Y esa barba horrible?

Eric cae en la cuenta de que no se ha afeitado de verdad desde que llegó a La Isla. Tan solo algún recorte con unas malas tijeras compradas en el bazar —dónde si no— cuando la barba alcanzaba una longitud incómoda.

—Pareces un chivo —dice Dhawal.

—Un hípster de esos... —dice Jairo, que, sin esperar un permiso que sabe concedido, recoge su bolsa de viaje y entra en la casa.

Dhawal entra tras él y ya dentro Eric ofrece un café que ambos aceptan.

Mientras Eric trastea en la cocina, con movimientos algo torpes, distraídos, Jairo saca de su bolsa una botella de vino, un Ribera joven que han recordado comprar en el *duty free* del aeropuerto como muestra de buena voluntad.

—Para luego... —dice mientras deja la botella en la encimera al lado de Eric—. La vamos a necesitar.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunta Eric mientras el agua empieza a hervir.

—Por la tele. Cabrón, has salido en la tele antes que yo, eso sí que no te lo perdono... —dice Jairo.

—¿La tele?

—Solo me consuela que salías con una cara de panoli que flipas —dice Jairo con una carcajada—. Por lo del tío que ganó la lotería. Ayer conectaron en directo desde esta urbanización y mi madre me llamó corriendo, que mi amigo salía por la tele. Sí, ahora vivo con mi madre... No preguntes.

—¡Saliste en tres canales a la vez, tío! —dice Dhawal entusiasmado.

—Joder... —dice Eric, tanto por el hecho de enterarse de que todo el país ha visto su cara como por que Jairo vuelva a vivir con su madre. No es una buena noticia para su amigo.

—Así que nada... —continúa Jairo—. Me puse a investigar y fue fácil. Una buena amiga curra en uno de los canales en los que te enchufaron la cámara en la jeta y me pasó los datos del sitio hace un par de días. Hemos venido en cuanto hemos podido...

Después charlan como lo harían en su cervecería favorita un viernes por la tarde. Eric se adelanta. Es él quien hace las preguntas, aplazando lo inevitable. ¿Qué tal en el curro, Dhawal? ¿Qué tal el teatro, Jairo? ¿Te echas novia de una vez o sigues siendo el golfo de siempre?

Ambos le cuentan sus últimos meses de vida, obedientes, conscientes de que no está de más un preámbulo ligero antes de la conversación real. Dhawal no tiene muchas novedades, vive una vida sencilla y monótona junto a su esposa, y las diferentes variantes de discusiones con su jefe son las únicas anécdotas destacables. Jairo, sin embargo, sí tiene nuevas dinámicas. Siempre mutando. Tiene un papel de coprotagonista en la obra de mayor envergadura en la que ha participado. «Creo que por primera vez en mi vida soy un actor de verdad», le dice a Eric. También le habla de Marta, una chica a la que ha conocido en un taller de expresión corporal y con la que ha empezado a salir hace un par de meses. Una más. Eric pregunta entonces por Carolina, y Jairo cree que es el momento de empezar.

—Antes de hablar de nadie más, hablemos de ti. ¿Qué haces aquí, tío?

Eric enmudece y mira hacia la cristalera que los separa del mundo e impide que escape el aire caliente que arroja el sistema de ventilación. Según avanzan los días, ese calor artificial va siendo menos necesario, pero Eric aún lo enciende un par de horas antes de acostarse. En la piscina, en el camino de piedra, en los árboles, en todas partes atardece y se levanta algo de viento que peina un césped alborotado. Un viento que invoca de nuevo al agua. «Por la noche lloverá fuerte», piensa Eric. Esa luz anaranjada que aún le maravilla, tan distinta a la de la ciudad, envuelve de nuevo ese micromundo con su belleza paradisíaca.

—Escúchame, Eric —arranca Jairo al comprobar que su amigo no reacciona—. No hiciste nada que no haga la mitad de la población española..., yo el primero. No vamos a hablar de nada de lo que ocurrió si no quieres, pero deja de torturarte. Y vuelve.

Dhawal apoya las palabras de Jairo asintiendo en silencio.

—Prácticamente todo el mundo la caga, Eric —dice Jairo—. De pensamiento, obra u omisión... Tú no fuiste el culpable de lo que pasó.

Culpable. Lluve sobre mojado en las mejillas de Eric. Un par de lágrimas brotan y resbalan sobre una piel que aún conserva en sus poros los restos de las anteriores. Jairo reduce distancias y alarga una mano que se posa en su hombro y le aprieta la musculatura. «Yo te cojo, no vas a caer», parece decir aquel gesto. Eso escucha Eric. Dhawal, más vergonzoso ante las manifestaciones de dolor ajeno, espera que su presencia baste como prueba irrefutable de fidelidad. Después Jairo vuelve a hablar, esta vez con palabras:

—Mira, no vamos a decirte que entendamos por lo que estás pasando, es mentira. Lo máximo que podemos hacer es intentar imaginárnoslo, y supongo que nos quedamos a años luz. No hemos venido a criticarte. Estás en tu derecho de afrontar esto como te dé la gana, pero te queremos, eres nuestro amigo. Desapareciste y no nos diste la opción de demostrártelo. Tu número de teléfono está desconectado, no sabíamos dónde estabas... —Eric agachó la cabeza—. Mira, hemos venido porque nos preocupas y queremos que sepas que no estás solo. Simplemente eso. Carolina

también está muy preocupada. Hablamos a diario de ti por teléfono. No le hemos dicho que veníamos, creemos que serías el regalo perfecto.

—¿Regalo? —dice Eric intentando recomponerse.

—Carolina se casa —dice Jairo.

—Y embarazada... —dice Dhawal, que aprovecha la aparente vuelta a la calma para ser parte activa del convoy de apoyo.

Eric rememora la noche en la que Carolina vomitó su confesión y nada volvió a ser igual entre ellos. Aquella noche de excesos y verdades que aumentaron de forma drástica las ocasiones en las que Carolina causó baja en las reuniones de Los Cinco. La recuerda frágil en aquel portal donde Dhawal irrumpió para poner fin al drama. Y ahora la imagina fuerte, sonriente y decidida a compartir su vida con alguien que le corresponde. Y en cierto modo, en su interior, una pieza parece colocarse en el sitio adecuado. *Clic*.

—Es hora de volver, Eric... —dice Jairo—. La vida sigue.

La visita fue breve, una noche de borrachera casera, divertida, en la que esquivaron hablar de pasado y se centraron en el futuro.

La primera botella se vació rápido, antes incluso de que se sentaran a la mesa. Tuvieron que salir a por tres más al supermercado, ya que Eric hacía un tiempo que no compraba alcohol. A la primera la siguieron una más durante la cena y otras dos en la sobremesa, que duró hasta bien entrada la madrugada.

Qué diferente era esta forma de beber ociosa, amistosa, de aquella destructiva a la que se abrazó Eric al llegar a La Isla. Otra pieza en su sitio.

Eric preparó una cena con algunos de los productos de la zona que Julio le había enseñado a disfrutar y seleccionar. Un revuelto de setas *Cantharellus lutescens* —también llamadas «angulas de monte» o «trompetas amarillas»—, cogidas tan solo un día antes, con huevos de una de las granjas con las que Julio hacía tratos. A este entrante siguieron un par de caballas y una dorada pescadas esa misma mañana, que preparó a la sartén, tal y como Julio le había enseñado. Coronó el banquete con una tabla de quesos locales con un dulce de membrillo que elaboraba un primo del panadero en un pueblo vecino.

—Acercaos —les dijo Eric cuando se disponía a echar dos pares de huevos a la sartén en la que las setas chisporroteaban friéndose junto a las láminas de ajo en el aceite de oliva—. No vais a ver una yema con un amarillo así en vuestras vidas.

Comieron a la velocidad de la luz. Jairo y Dhawal engullían como si no hubieran comido en meses. Después de la cena, ambos tuvieron que reconocer que el menú había superado cualquier expectativa culinaria que pudieran esperar del antiguo Eric.

—Ahora entiendo por qué no quieres volver... —dijo Jairo mientras devoraba medio lomo de caballa de un bocado—. Aquí has aprendido cosas...

Después de cenar hablaron de Carolina. De cómo era posible que ese niño de papá, hijo del dueño de las heladerías más famosas del país, se hubiera llevado el gato al agua.

Eric lo había conocido un par de años antes, cuando su amiga se presentó con él en una de las quedadas de Los Cinco. No dudó en asegurarles, a los pocos segundos de presentarse, que se dedicaba única y exclusivamente a gestionar su patrimonio. Carolina se ruborizó con aquel comentario.

«Que te dedicas a ser rico, vamos», le dijo Jairo cuando Borja —así se llamaba el futuro marido— hablaba por cuarta o quinta vez de sus inversiones a corto y largo plazo, con comentarios que dejaban bastante claro el montante total de dicho patrimonio. Un extraterrestre acababa de aterrizar en el planeta de Los Cinco. Desde entonces, sin que Carolina se enterase, lo llamaban el Sexto Pasajero. Y no era un apodo cariñoso.

—El tío es un poco capullo, pero al parecer vamos a tener que aguantarle mucho tiempo, así que más nos vale verle la parte buena. ¡Helado para todos! —dijo Jairo mientras Dhawal y él pugnaban por rebañar de la sartén los restos de revuelto con sendos pedazos de pan de hogaza.

—¿Qué habrá visto Carolina en ese tío? —preguntó Eric al aire—. No le pega nada.

—Pegaría mucho más contigo... —dijo un Dhawal al que el vino había envalentonado, con una sonrisa traviesa.

—¿Y eso? —preguntó Eric poniéndose rojo como un tomate.

Jairo propinó un codazo a Dhawal, que lejos de amilanarse entró en detalle:

—Vamos, Eric..., que Carolina estaba loca por ti era *vox populi*. Un poco incómodo el tema, pero, total, se va a casar y va a tener un crío, ya se puede bromear al respecto, ¿no?

—Joder, qué callado os lo teníais —dijo Eric apartando los cubiertos y reclinándose sobre la silla.

—Es una buena razón para que te dejes de hostias y vayas a esa boda. Con suerte, se echa para atrás al verte aparecer de punta en blanco —dijo Jairo haciendo frente común con Dhawal.

—Venga, tíos... No os paséis —Eric cambió el semblante, y Jairo y Dhawal entendieron que aún era muy pronto para bromear con cualquier asunto que incluyera a una mujer en la ecuación.

—Estamos de broma, Eric —dijo Jairo cogiendo del antebrazo a su amigo—. Pero estoy seguro de que a Carolina le haría mucha ilusión que fueras. Y a nosotros también.

Eric se levantó de la mesa y comenzó a recoger sin decir nada más sobre el tema.

Al día siguiente la extraña pareja voló de regreso. Ambos habían tenido que hacer malabarismos para conseguir un día de vacaciones entre semana y en pleno mes de marzo.

—Mañana tengo dos pases. Cuando vuelvas, quiero que vengas a verme actuar —había dicho Jairo—, y para eso necesito conservar mi empleo.

—Yo estoy en semana de puesta en marcha. Una máquina de prensado china nos está volviendo locos —dijo Dhawal—. He tenido que decir que estaba enfermo.

El ingeniero y el actor formaban un dúo atípico, ambos parecían necesitar a Eric para que su unión tuviera sentido. Él actuaba como una carretera que unía dos ciudades que, de otra forma, nunca hubieran conocido la existencia la una de la otra. Se le hizo raro verlos entrar en el pequeño coche alquilado para partir de vuelta al aeropuerto con algo de resaca.

—Os agradezco lo que habéis hecho... —dijo Eric apoyado en la ventanilla abierta mientras Jairo encendía el motor del turismo de alquiler.

—Era nuestra obligación, tío. Te hemos buscado por todas partes... Nos tenías a todos muy preocupados, capullo —dijo Jairo apoyando las manos sobre el volante.

—No me refiero solo a la visita. Me refiero a cómo me habéis tratado. Gracias por el esfuerzo de no llamarme loco ni decirme lo enfadados que sé que estáis conmigo. También por no preguntarme por el moratón del cuello. Aún no se me ha quitado del todo, fue una estupidez, no tenéis por qué preocuparos.

Dhawal agachó la cabeza en el asiento del copiloto y Jairo fijó su vista en el volante.

—Gracias por comportaros como si yo..., como si nada hubiera cambiado.

—La visita no va a salirte gratis... —contestó Jairo—. Si no vienes a la boda, vendremos a llevarte a rastras. Hemos venido a avisarte. A darte un ultimátum —le señaló con el dedo índice de su manaza derecha—. No nos falles, Eric. Dos semanas... Y cuídate ese cuello. No me jodas.

Algo en el interior de Eric le dijo que volvería a decepcionarlos.

UN MILAGRO Y UNOS LUNARES ROSAS

Una semana para el despegue

Aquellos carteles parecían haber estado bajo el sol varios siglos. Las fotografías, de colores desvaídos, mostraban platos típicos de la cocina oriental. La mayor parte de ellos nunca habían sido servidos en el restaurante de la señora Wong, pero aquellas plastificaciones amarillentas combinaban a la perfección con la sordidez del local. Una enorme foto en blanco y negro de un hombre oriental recibía al cliente. Estaba colgada al fondo del comedor y lo dominaba todo. La mirada severa de aquel hombre parecía seguirte allá a donde fueras, un comensal más a la mesa, un gran hermano que nunca te quitaba el ojo de encima. Claudia y Eric nunca supieron de quién se trataba.

Era un local modesto, pequeño, de aspecto desordenado y sucio. En realidad, no se trataba de una cuestión de higiene, sino de vejez. La frenética actividad del restaurante había degradado los materiales de paredes, techo y suelo hasta hacerlos amarillear. Todo parecía grasiento por mucho que se frotara. Eric tenía que hacer esfuerzos para no fijarse en ciertos detalles que le habrían hecho levantarse y marcharse de allí para no volver. Jamás había ido al baño. Sin embargo, todos estos inconvenientes eran compensados ampliamente por la increíble comida que servía la señora Wong.

La señora Wong no se llamaba así, Eric y Claudia se habían inventado su nombre hacía muchos años por alguna broma que ya no recordaban. Era una mujer de pocas palabras y maneras hoscas. Ella misma servía las mesas con la ayuda de un par de miembros de su familia. También se encargaba de supervisar la cocina, metiendo mano aquí y allá para que sus recetas siempre fueran cocinadas de forma correcta. Las instrucciones que daba a sus cocineros eran concisas y tajantes y podían entenderse desde el comedor. Los platos servidos siempre tenían el mismo sabor y aspecto que la última vez. Parecían cocinar con exactitud atómica, esmerarse por que cada grano de arroz ocupara su lugar en el plato, medir la cantidad de especias con una precisión de varios decimales. Eric disfrutaba de aquella predictibilidad infalible. Siempre sabía lo que se encontraría sobre el mantel de lino al pedir su plato favorito. Sin margen de error.

Era un restaurante chino atípico. A diferencia del resto de los locales similares de la ciudad, aquel no había sido diseñado para occidentales. Las cartas estaban escritas en chino y Eric y Claudia habían tenido que memorizar los números de sus platos favoritos. Números que a su vez les había sugerido la misma persona que les

recomendó el restaurante, un viejo amigo de Claudia de la Escuela de Arte. El trío de ases era:

- El número 15: arroz frito salteado con algún tipo de embutido chino y unas algas oscuras junto a brotes de soja y apio.
- El número 22: tallarines regados con una salsa avinagrada, con cebollino picado y una carne oscura troceada muy fina.
- El número 48: tiras de ternera a la plancha con pimientos picantes, acompañados de una salsa oscura y espesa. Este plato era servido en una bandeja de metal candente sobre papel de aluminio, en el que seguía cocinándose al llegar a la mesa.

Estos tres nunca podían faltar en sus cenas. Además, casi siempre pedían uno más, a ciegas. Jugaban a decir a la vez un número del cero al treinta y cinco —la carta constaba de setenta platos— y sumarlos para pedir el plato cuyo número coincidiera con dicha suma. En cierta ocasión ambos dijeron el cero y tuvieron que repetir el proceso. Fue uno de esos momentos en los que Eric y Claudia sentían estar en total sincronía.

La proposición sorprendió a Eric en medio de una de sus sesiones matutinas. Magda, eficiente como siempre, llamó a la puerta de su despacho para informarle de que había llamado su mujer y debía devolverle la llamada cuanto antes. Él se disculpó con la señora Gamboa, a la que dejó en mitad de una disertación sobre la relación con su padre, recientemente fallecido, y salió del despacho encendiendo el móvil. Mientras esperaba a que el dispositivo volviera a estar operativo, notó que le temblaban las manos. Tenía la intuición de que algo grave había ocurrido. Recordó entonces otra llamada años atrás, cuando Claudia preparó su despedida de soltero y le llamó sugiriendo que debían hablar. Desde entonces, Eric solía apagar su teléfono cuando estaba en una sesión. Recordó el pánico que sintió entonces con aquella pequeña broma de mal gusto, el miedo a perderla. A perderlo todo. Quizá en esta ocasión fuera cierto, quizá esta vez no se tratara de ninguna broma.

—¿Cenamos esta noche? —la voz de Claudia sonaba alegre.

Eric respiró más tranquilo, pero le extrañó la impulsiva llamada de su esposa.

—¿Para eso me haces salir en estampida de la consulta? Me has dado un buen susto —el alivio suavizaba la voz de Eric.

—Perdona, cielo. Quería reservar en el Ni Hao. No quería preocuparte.

—¿Va todo bien? —contestó Eric. Hacía tiempo que no salían a cenar, y mucho menos entre semana.

—¿Tiene que ir algo mal para que quiera salir a cenar con mi marido? —Eric podía notar la sonrisa de Claudia a través del teléfono. Estaba especialmente animada—. Hace mucho que no visitamos a la señora Wong.

Eric recordó el aroma del restaurante. Ese recuerdo siempre conseguía hacerle salivar. Acabó de relajarse por completo. El ánimo de su esposa parecía haber viajado a través de las ondas contagiando también a Eric.

—Será un honor cenar con usted esta noche, *milady*. La pasaré a recoger con mi carroza cuando acabe —dijo Eric impostando una voz de galán trasnochado.

Aquella noche estaba siendo para él un oasis de calma, de alegre normalidad, después de unas semanas caóticas. En el último mes, tras el episodio vivido con Eva suplantando la identidad de su esposa, nada había vuelto a ser como antes entre la exmodelo y él.

Eva se disculpó entonces argumentando que tan solo había sido una fantasía malentendida. En su defensa, adujo creer que Eric había comprendido su propósito desde el principio. Le explicó, entre sollozos entrecortados, que había dado por hecho que ambos sabían de qué trataba la fantasía y que ella tan solo se había esforzado por que todo resultara lo más creíble posible. No había tenido la sensación de traspasar ningún límite puesto que, al entregarle Eric las llaves de su hogar, entendió que tenía plena libertad de movimiento.

Lo que más impactó a Eric, cuando Eva y él se sentaron en el sofá a discutir lo que acababa de ocurrir, fue la angustia en los ojos de aquella mujer que nunca antes había perdido el control. De repente, ese adalid de la fortaleza y la templanza se había derrumbado en sus explicaciones. El miedo a perder a Eric quedó expuesto por primera vez desde que se conocían.

De nuevo, Eric sintió el contraste agrisado del que sale de una sauna para sumergirse en agua helada. La mujer de hierro le necesitaba, era importante para ella, y eso le provocó una primera oleada de calor reconfortante. Duró apenas unos segundos. Tras aquella agradable sensación que generó el interés de Eva, Eric se sumergió acto seguido en un mar helado. Los nuevos sentimientos de Eva podían ser peligrosos y acarrear consecuencias. Aquella aventura, que había podido guardar en una cajita secreta, muy diferente al lugar que ocupaba su amor por Claudia, era ahora una amenaza. Eva lloraba por él. Aquello no encajaba con las normas que hasta entonces habían cumplido a rajatabla, o al menos con aquellas que él daba por aceptadas bilateralmente. Siempre había vivido la experiencia Belcourt intentando no pensar en exceso, relajándose ante los matices que cada vez salpicaban con mayor frecuencia sus conversaciones, sus gestos. Obviaba las caricias que le prodigaba Eva en las últimas semanas negándose a aceptar que algo hubiera cambiado. Aquella charla le dejaba sin coartada. No podía seguir guardando a Eva Belcourt en el mismo cajón. El problema es que no sabía si podría encontrarle un sitio adecuado sin tener que destruir todos los muebles, sin incendiar su hogar hasta los cimientos.

No le quedó más remedio que reconocer que quizá él también había contribuido a traspasar ciertas líneas rojas. Que era tan culpable como Eva. Que habían ido demasiado lejos, ambos, de la mano. Eva se cambió de ropa, dejando la de Claudia en el sitio que le correspondía. Eric se despidió de ella con un abrazo largo en el umbral de un hogar mal ordenado, con el aroma del asado que había preparado en su cocina una extraña. Un abrazo al que Eric quiso imprimir cierta sensación de punto final. Platón daba vueltas en torno a ellos, moviendo el rabo, dando por hecho que había

llegado su hora de paseo. No se besaron cuando deshicieron el abrazo. Se llamarían la semana siguiente.

Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella contemplando el salón y la cocina al fondo. Todo estaba marcado por la huella de Eva Belcourt. Aquella no era su casa. No en aquel momento. Aquella no era su vida. No la que debía ser.

Sintió que era un portazo a un largo y terrible error.

Se acercó a la cocina y cogió un par de bolsas de basura de un compartimento bajo el fregadero. Abrió el horno, sacó con cuidado la bandeja en la que Eva había cocinado la pieza de asado y la dejó enfriando sobre la encimera. Comenzó a meter en una bolsa de basura todo lo que Eva había llevado a su hogar, todo lo que no estaba allí antes de que ella introdujera sus llaves en la cerradura que abría la puerta a su mundo real. Finalmente, con la bandeja de horno ya templada, vertió todo su contenido en la bolsa con cuidado de que no salpicara fuera. También la salsa de arándanos que había preparado Eva y que reposaba en un cuenco dentro del frigorífico acabó en la bolsa. Platón le miraba sentado sobre sus cuartos traseros, relamiéndose por unos manjares que no iba a probar. Nadie iba a disfrutar de aquella comida.

Borraba las huellas del crimen. Asesino metódico. Tras eliminar el rastro de Eva de la cocina, siguió con el resto de la casa. Hasta bien entrada la noche estuvo repasando centímetro a centímetro cada habitación. Le pareció un castigo benévolo para un pecado del que era más consciente que nunca. Cuando hubo terminado, se sirvió una copa de whisky con un número par de hielos y se sentó en su sofá intentando dejar la mente en blanco, concentrando su atención en los rumores nocturnos y en el sabor de la bebida. Así se quedó dormido.

Claudia se había mostrado más callada que de costumbre al volver de su viaje. Eric llegó a temer que algo le hubiera delatado, pero no parecía que ese fuera el caso. Ninguna referencia a Eva, ningún comentario que confirmara sus sospechas, simplemente un silencio más denso que de costumbre. O eso creía percibir Eric. Pero ¿acaso no llevaban mucho tiempo en silencio? ¿Acaso no se había instaurado ya hace tiempo el estado de excepción en su relación?

«DEFCON 1», pensó Eric, debía estar alerta.

Y entonces una llamada, en medio de un día más de trabajo sin expectativas de cambio, y las ganas de su esposa de volver a visitar a la señora Wong, y el recuerdo de lo que siempre fue su amor por ella. La alegría de recuperar una rutina que siempre le hizo feliz. Una cena preguntándose cómo había ido el día en el despacho o en la galería de arte, qué habían comido a mediodía, quién había sido el mayor imbécil que habían tenido que aguantar. Compartir placeres y odios mutuos.

Pensó que era su propio sentimiento de culpa el que le estaba jugando una mala pasada. Quizá su mujer no había cambiado en absoluto, era él quien lo había hecho y proyectaba aquel cambio en su esposa. Su querida Claudia, que no podía imaginar la doble vida que había sido capaz de disfrutar su marido.

Nadie conoce a nadie.

Desde la noche en que borrara de su hogar los restos de la visita de Eva Belcourt, Eric había intentado borrarlos también de su vida. En el último mes se había mostrado esquivo, evitando la confrontación con una Eva cada vez más herida.

Intentaba no alimentar un incendio que parecía inminente. Era cobarde, pero no más de lo que había sido en los últimos meses. *Peccata minuta*. Había conseguido aplazar el inevitable encuentro en varias ocasiones. Sabía que se engañaba si esperaba que Eva dejara de insistir y todo se extinguiera sin dejar huella. Pero sí esperaba conseguir que su relación terminara en un adiós bienintencionado, en un abrazo que sellara una amistad que jamás ejercerían. Estaba siendo un psicólogo nefasto.

Aquel día, antes de la llamada de su esposa, Eric había accedido a hablar con Eva. Estaba dispuesto a zanjar el asunto de forma definitiva. Había quedado con ella, como siempre, cuando terminara su última consulta. Eric intentaría mantener una conversación distendida, explicando a Eva de la forma más diplomática posible su intención de centrarse en encarrilar su vida junto a Claudia. Intentaría no mostrarse ni demasiado cariñoso ni demasiado frío.

Tras la inesperada cita de Claudia, Eric llamó a Eva para cancelar la suya. Alegó un dolor de estómago que debió sonar poco convincente porque ella montó en cólera. Eric jamás había sido consciente de la cara agresiva de Eva Belcourt. Pero ahora podía notar la furia a través del teléfono, una furia que se intercalaba con sollozos de súplica que pronto mutaban en bufidos de rabia.

Tras uno de esos accesos de ira, Eva colgó y la preocupación de Eric quedó flotando en el aire de su consulta, más densa y tangible que nunca.

Eva volvió a telefonarle hasta cuatro veces, pero Eric no atendió las llamadas. Algo se estaba resquebrajando, lo podía notar casi de forma física en su despacho. Grietas que producían una nube de polvo al rasgar las paredes en las que creía haber salvado tantas vidas. Quizá acababa de arruinar la suya.

Intentó disipar esas sombras, como siempre había hecho con cualquier pensamiento incómodo que tuviera que ver con la señorita Belcourt. Aquella tarde, de nuevo, no habría hora extra. Volvería a casa antes de tiempo para darse una buena ducha y arreglarse para una cita mucho más importante que la que acababa de cancelar. Intentaría retomar las riendas de lo que siempre debió ser su vida. Intentaría volver a ser feliz junto a su esposa.

Durante la cena en el restaurante de la señora Wong, Claudia miró a Eric con una intensidad perdida con los años, como si su unión volviera a cobrar importancia. Una mirada renovada. Eric no quiso preguntar, se limitó a disfrutar del cometa que cruzaba un cielo en el que no se veían estrellas desde hacía demasiado tiempo y que ahora parecía iluminarse de nuevo. Quizá acababa de terminar, como por arte de magia, una era caótica y se abría ante él una oportunidad de comenzar una era estable. Flotaba algo distinto en el ambiente que Eric no era capaz de definir, pero que sin duda le hacía feliz.

Nada en el comportamiento de Claudia a lo largo de la cena había hecho presagiar lo que esperaba a Eric en los postres.

La señora Wong se acercó a su mesa, dejó ante ellos sendos platillos de plátano frito con miel y volvió a meterse en la cocina sin decir palabra.

Estaban en su mesa favorita, la más apartada del local, en una esquina en la que la única bombilla superviviente de las tres que formaban un aplique iluminaba lo justo para no romper la privacidad. La tulipa de cristal traslúcido estaba adornada con largos flecos rojos que caían como una cascada de sangre. Antes de que Eric pudiera hundir la cuchara en su postre, Claudia, con un movimiento lento y sereno, sacó de su bolso un trozo de tela amarilla con lunares rosas y lo depositó sobre el mantel de lino, en el centro de la mesa.

Eric sintió náuseas. Tuvo que encogerse sobre sí mismo para no vomitar y la sangre comenzó a fluir a borbotones acumulándose en su cabeza. Calor y pánico.

Las cartas sobre la mesa.

Claudia guardaba silencio. Miraba a su marido con unos ojos inescrutables en los que no podían leerse sus sentimientos: no había rabia, ni tristeza, solo miraban al destinatario del paquete que acababa de dejar sobre la mesa desde un estado de calma grave ante una traición que había sido masticada y digerida durante semanas.

Eric miraba sin ver, con la cabeza baja y la mirada clavada en aquellos lunares que tantas veces había visto cubriendo el ojo izquierdo de Eva.

—Lo siento —dijo Eric sin dejar de mirar el parche.

Claudia pronunció entonces dos palabras que parecieron iluminar aquel rincón oscuro del restaurante de la señora Wong, como si confirieran un último estertor de vida a las dos luces fundidas de la vieja lámpara de pared. Dos palabras que se posaron como mariposas sobre el mantel, justo al lado de un trozo de tela amarilla con lunares:

—Estoy embarazada.

LA PUTA BELLA I

Es una puta bella, de pelo negro, muy liso y corto, modelo Cleopatra. Delgada, joven, lunar y descarada. Se ha quitado unos brevísimos *shorts* vaqueros y un escotado top de tirantes y solo queda un fino tanga púrpura y el sujetador de encaje a juego. Mira a Eric arrodillada sobre la cama.

«El descarar te salva, te escondes tras él para sentir que eres dueña de tus actos», piensa Eric contemplándola sobre un colchón usado hasta la saciedad. Después duda, al fin y al cabo la ha conocido hace solo unos minutos. Quizá de los dos ella sea la única que está donde quiere estar. Esa segunda reflexión llega, y duele, mientras la puta bella le insta a acercarse con una sonrisa pícara.

Eric está de pie, todo lo lejos de esa cama como le permiten las dimensiones de la estancia. Apoya el peso de su cuerpo en la puerta que acaba de cerrar tras él. Una puerta tan barata como el resto de la habitación. Eric apenas ha sentido el peso de la hoja al cerrarla. Otro objeto hueco en el reino del «nada importa».

La puta bella habla y ríe. Trata a Eric con la osadía de quien toma el mando sin tener derecho a él, la criada exigente.

Roles invertidos.

—Vas a tener que sacarte la polla más grande del mundo para follarme desde ahí... ¿O quieres que nos lancemos besitos de enamorados? —la puta bella frunce unos generosos labios y decenas de pliegues nacen en su carmín, como un diminuto acordeón carmesí. Luego los despega ruidosamente, abriendo la boca en una sonrisa que lanza un beso invisible.

Eric desearía estar más borracho. Su segundo cubata quedó a media asta sobre la barra cuando la muchacha ya le arrastraba hacia su celda. Nota el dulzor etílico en el paladar y se arrepiente de no haber fusilado la copa de un trago antes de enfrentarse a semejante rival.

Ha sido cosa de Julio. «Confíe en mí, es parte del plan», ha dicho. El viejo sigue disfrutando de la ilusión de una búsqueda imposible, esa que comenzaron mecidos por la paz de una barca de remos y que, tras peinar bosques, visitar ruinas, playas, acantilados y conocer la historia de cada rincón del pueblo, en un cambio de rumbo radical, ha arrojado a Eric a los brazos de una prostituta a la que duplica la edad.

La puerta del local le ha recordado a Eric a una que abrió mucho tiempo atrás.

Solo había pisado un lugar como aquel en una ocasión, a los diecinueve años, al volver de una fiesta con Jairo. Estaban borrachos y pasaron por delante de una puerta elegante, negra con adornos dorados, muy parecida a la que ahora estaba a punto de traspasar. No había cartel alguno y daba la sensación de ser el acceso a algún mundo paralelo creado por Lewis Carroll en una noche especialmente lisérgica. Jairo apostó a que aquello era un *puti*. Eric no tuvo tiempo de pronunciarse cuando su amigo ya llamaba a la puerta. No había timbre, así que lo hizo con los nudillos. Tres golpes que resonaron como disparos en la calle desierta y que Eric temió que despertaran a todo el vecindario. Casi esperaba ver llenarse los balcones de indignados en batín, pijamas de rayas y camisones, juzgándoles por sus pecados. La puerta se abrió y un armario humano les dejó pasar tras echarles un vistazo de pies a cabeza entornando los ojos en una mirada de escáner de aeropuerto.

La experiencia fue breve. Entraron, rieron de manera infantil, como los niños inexpertos que eran, pidieron dos cervezas que les costaron el doble de lo que habían pagado por la última en la discoteca, y un cuarto de hora después ya estaban fuera. La aventura terminó de forma abrupta. Los primeros diez minutos transcurrieron sin que ninguna mujer se acercara a dos jovencitos que no parecían tener otra intención que disfrutar su osadía sin consumir nada que no fueran aquellas dos cervezas. Justo cuando Eric reía una broma de Jairo sobre el fracaso de que ni siquiera las putas se les acercaran, una mulata decidió que no tenía nada que perder. Jairo accedió a invitarla a la copa que la chica sugirió sin reparos. El «¿Peeeradona?» que Jairo gritó cuando el camarero le pidió treinta y dos euros por la consumición eclipsó el *Let's get it on* de Marvin Gaye que intentaba añadir algo de clase a las erecciones de los clientes. Días más tarde, al contar su aventura a un compañero más experimentado, Jairo y Eric se enterarían de que en algunos establecimientos de ese tipo era habitual que las bebidas con las que se invitaba a las chicas fueran consideradas un servicio y se pagaran más caras que las de consumo propio —que ya solían tener un precio elevado—. El dúo no conocía ese dato cuando el gorila de la puerta los puso de patitas en la calle al negarse a pagar la copa.

Con el tiempo entendieron que el valor de la anécdota que les regaló aquel malentendido, y que tanto disfrutaban contando en cuanto se presentaba la ocasión, superaba con creces el precio de aquel cubata.

Julio ha marcado una combinación de cuatro dígitos en un pequeño teclado metálico junto al pomo de la puerta. La imagen del anciano tecleando el código secreto como en una película de James Bond era grotesca. Un pitido corto acompañado por un chasquido en la cerradura indicó que podían pasar. Entraron en una minúscula antesala que parecía tener como único propósito que la luz del sol jamás penetrara en el local. Julio cerró la puerta codificada y solo entonces, en una densa oscuridad rota por una pequeña luz de emergencia, tanteó el pomo de una segunda puerta y la abrió con resuelta habilidad.

A Eric le costó unos segundos adaptar su vista a la penumbra de neón azul. Un submundo secreto se fue mostrando ante él, una suerte de logia en la que el tiempo

parecía no existir. Ya no era de día ni de noche. Un extraterrestre descubriendo un planeta escondido dentro de una isla.

—Las olas son caprichosas, joven, hoy nos han traído hasta aquí y no tiene sentido resistirse a su voluntad.

Eso le había dicho el anciano cuando ambos se sumergieron en la oscuridad del club dejando atrás un soleado mediodía. A juzgar por el recibimiento, la marea insistía en hacer naufragar a Julio en esa playa con mucha frecuencia.

—¡Abuelito!

Un coro de voces se levantó al unísono desde diferentes puntos del local. Eric contempló cómo cuatro mujeres de edades, tamaños y formas muy diferentes se arremolinaban alrededor de Julio regalándole besos y abrazos de nietas modélicas. Todo cariño a la vista rezumando vicio invisible.

Julio sacó del bolsillo cuatro caramelos de menta y le dio uno a cada mujer. Luego no dudó, parecía tener tomada la decisión mucho antes de haber pisado el club. Tomó del brazo a la mujer más voluminosa y de mayor edad —Eric calculó que haría tiempo que habría dejado atrás la cuarentena— y ambos desaparecieron tras una cortinilla de largos flecos rojos. Las quejas divertidas de las otras tres parecieron colarse por entre los últimos flecos en movimiento.

—¡Si seguís así, más os valdría casaros!

—¡Nos vas a desgastar a Rosita, abuelo!

—Putra suerte, la gordita...

Eric se sentó en uno de los taburetes acolchados que esperaban en la barra con la paciencia de la mujer a la que nadie saca a bailar. Enseguida se le acercaron los tres descartes de Julio y empezaron a revolotear. Al fondo, sentado en un reservado de butacas acolchadas, Eric vio a un hombre vestido de negro que debía ser el encargado de seguridad.

A Eric le incomodó su mirada escrutadora. Pidió un ron-cola y una de las tres chicas dejó caer el comentario de que ellas también tenían sed, lo que al instante le hizo recordar aquella noche con Jairo y el gin-tonic más caro de la historia. «Se sentiría orgulloso —pensó Eric— de la cortesía con la que ahora voy a lidiar con esta trampa repetida.» Ya no era un niño. Luego pensó que su amigo no se sentiría tan orgulloso de otras muchas cosas que había hecho desde entonces. Ya tampoco era inocente.

La mujer tras la barra bien podía ser la esposa de Julio. De hecho, esa fantasía fugaz cruzó la imaginación de Eric. Una mujer de unos setenta años, maquillada como si la patrocinara toda la industria cosmética, pero con el carácter de un sargento de caballería. No parecía haber nacido hombre que pudiera rechistar ante ella.

—Va para largo. Aquí donde lo ve, el abuelo tiene el apetito sexual de un chaval de dieciocho. Parece siempre recién salido de la cárcel. Yo que tú me buscaba pasatiempo, aquí hay muchos... —le dijo la camarera mientras le servía la copa señalando con la cabeza a las tres ninfas.

—No..., gracias... —dijo Eric dando el primer trago e intentando espantarlas con su desinterés.

—¿Siempre eres así de soso? —le preguntó la puta bella con la que minutos después atravesaría la cortina de flecos.

Eric quedó momentáneamente fuera de combate por el descaro de la pregunta y de la mujer que la hacía, pero reaccionó rápido.

—Bueno, estar aquí con un cubata en la mano me parece suficiente para un martes a la una de la tarde —contestó Eric.

La puta bella no cedió terreno y contraatacó.

—¿Eres cura? Tienes pinta de cura joven. Te ha tocado cuidar de nuestro abuelito y te ha engañado para venir a esta casa de pecado, ¿a que sí? Fijo que acabas de pedir el primer cubata de tu vida.

—Es el segundo, el primero fue al ordenarme —contestó Eric entrando al juego de la puta bella.

—No sabía que os dejaran beber alcohol a los curas. Pensaba que solo podíais chuparle la sangre a Cristo. Eso sí que es asqueroso, para eso prefiero chupar pollas.

Las otras dos chicas rieron el comentario de su lideresa.

—Mi congregación es comprensiva con los que se desvían del camino, seguro que me perdonan el desliz.

—Querrás decir *los* deslices. ¿También os perdonan ser unos egoístas? —dijo la puta bella refiriéndose a la negativa de Eric a invitarlas a una copa.

—Niña, aquí nadie tiene que invitarte a nada si no quiere —terció la camarera.

Eric intuyó que sería la dueña del establecimiento por la autoridad con la que se dirigió a la puta bella. Cambió la táctica de combate y se dirigió a la camarera.

—Abrís muy temprano... ¿Viene mucha gente en esta época del año?

Su curiosidad era sincera. No esperaba que en una isla en la que el frío iba perdiendo terreno, pero seguía manteniendo alejados a los turistas, hubiese espacio para un lugar como aquel. Mucho menos a esas horas del día, más propicias para la responsabilidad que para el vicio.

—La llamada de la carne no tiene horario ni día en el calendario —respondió la señora, que pareció leer el pensamiento de Eric—. No hay otro club abierto en La Isla estos meses. No es que estemos desbordados, pero con los clientes habituales vamos tirando, somos su única opción. Solo por el abuelo ya casi merecería la pena abrir, y además me aburriría mucho si echara la persiana.

Eric se preguntó de dónde sacaría Julio el dinero para pagarse las visitas. No tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión porque, antes de poder desarrollar una teoría, sonó un portazo.

Vio entrar a un tipo enorme que tomó asiento en un extremo de la barra, separado de Eric por apenas dos taburetes, tras saludar educadamente a todos los presentes.

Solo Eric le devolvió el saludo, tanto las chicas como la dueña guardaron silencio, y él notó que el ambiente se tensaba. El encargado de seguridad se había levantado de su sillón en el reservado y se había sentado al otro lado de la barra. No le quitaba el ojo de encima al nuevo cliente.

El taburete que ahora soportaba el peso de aquel inmenso ser humano parecía estar a punto de sucumbir, las patas parecían temblar como alambres. Más de la mitad de sus glúteos desbordaban por los bordes del asiento acolchado y la barriga le impedía acercarse a menos de medio metro de la barra.

El gigante era calvo, pasaba holgadamente de los dos metros y parecía medir lo mismo de hombro a hombro. Eric pensó que era la persona de mayor tamaño que había visto en su vida. No era fuerte, más bien obeso. Tres enormes pliegues de grasa se le amontonaban en la nuca. Sudaba. Vestía un traje de ejecutivo que le quedaba algo corto y cuyas costuras parecían estar a punto de estallar. La corbata no le llegaba al ombligo. Las barcazas que llevaba por zapatos parecían de piel barata, muy desgastadas y con algún remache abierto. Era una elegancia torpe y barata que podía engañar en la distancia, pero que vista de cerca se convertía en algo extraño, impostado.

Llevaba una bolsa de plástico con el logo de una gran cadena de supermercados rota por un par de agujeros que ayudaba a desvirtuar aún más su aspecto. La bolsa estaba llena, pero Eric no pudo vislumbrar su contenido en un rápido vistazo indiscreto. El hombre la dejó sobre la barra y se dirigió a la camarera.

—Una botella de treinta y tres centilitros de agua mineral sin gas, por favor.

El timbre de su voz era ridículamente agudo y de un volumen tan tímido que había que concentrarse para entenderle. Apenas un hilillo de voz más propio de un niño asustado que de un adulto de ciento cincuenta kilos.

La camarera le sirvió la botella de agua junto con un vaso vacío que el hombre comenzó a llenar prestando mucha atención al proceso y sin derramar una gota, lo cual satisfizo a Eric.

Nadie hablaba.

Tras llenar el vaso, se lo bebió de un solo trago. El líquido pareció desaparecer en su interior sin que su garganta se moviera un solo milímetro, como un pato que deja que el alimento se deslice hasta su estómago. Entonces se levantó y se dirigió al lavabo con la bolsa de plástico.

Al desaparecer tras la puerta del lavabo el ambiente pareció relajarse.

—¿Crees que habrá aprendido la lección? —preguntó la dueña al encargado de seguridad.

—Y si no, se la vuelvo a enseñar, tranquila —respondió este.

La puta bella se acercó a Eric y le susurró al oído:

—Eres el cura más guapo que he visto nunca.

Lo hizo sin burla, complaciente. Eric supo que ahora realmente buscaba que él se perdiera con ella tras la cortina de flecos rojos. Las otras dos chicas también intensificaron sus ataques hasta que la dueña vio a Eric lo suficientemente agobiado como para cortar el acoso por lo sano.

—Vosotras tres..., comportaos —dijo sin levantar la voz, pero con un gesto que hizo que las tres mujeres se retiraran mansamente al reservado.

Cuando la dueña compensaba a Eric con una segunda copa a cuenta de la casa por el acoso de las muchachas, emergió del baño una montaña con tacones.

El gigante se había calzado unos enormes zapatos de tacón rojos, de charol reluciente. «Tienen que estar fabricados a medida», pensó Eric. Avanzó sobre ellos contoneando las caderas en un balanceo grasiento que fascinó y horrorizó a Eric a partes iguales, y volvió a sentarse en el mismo taburete, cuyo acolchado aún no había recuperado su forma original cuando aquel par de nalgas volvían a asfixiarlo. La bolsa de plástico contenía ahora el traje hecho un ovillo arrugado, la corbata y los

zapatos de piel barata. De nuevo la dejó sobre la barra para pedir un segundo botellín de agua que volvió a beberse de un solo trago.

Eric lo observaba cada vez menos precavido. Los tacones eran solo la punta del iceberg. A juego con los zapatos, en sus orejas colgaban, como móviles folclóricos, un par de pendientes rojos, formados por aros ordenados por tamaño y que giraban unos dentro de otros. Unos pendientes «España cañí» que acompañaban un par de pestañas postizas tan exageradas como el cuerpo que adornaban y que hicieron a Eric recordar una película de Almodóvar que había visto con Claudia algún domingo de noviazgo rutinario. Bisuterías aparte, aquel ser colosal se había embutido en unos pantalones finos, de algún tipo de látex o falso cuero negro, en los que se reflejaban las luces de neón y que marcaban cada pliegue de su cuerpo. Por último, una blusa negra transparente, que dejaba intuir los pezones de unos pechos más generosos que los de cualquier mujer del local, era la guinda de un pastel que a Eric se le acabó de atragantar cuando llamó a las mujeres con aquella palabra que normalmente no se pronuncia por respeto.

—A ver..., las putas... —La dureza de sus palabras contrastaba con su voz. Elevó el volumen lo justo para que le oyeran al fondo del reservado en el silencio reinante, pero seguía siendo grotescamente aniñada.

—Esos modales, gordo —la voz de la dueña, sin embargo, sonó como un sablazo cortando el aire.

Eric tensó los músculos en su asiento, expectante.

—Perdón..., ¿es que no son putas? —contestó el gigantón de forma tranquila, volviendo a bajar el volumen. Parecía controlar el radio de audición en cada frase. Zonas de influencia que por cercanía siempre incluían a Eric.

—Son profesionales de compañía. Ten un poco de respeto, no quiero tener que repetirlo. Acuérdate de la última vez.

La dueña le miraba con severidad. Él tenía la mirada baja, perdida en la barra metálica y sus reflejos caóticos. Un niño avergonzado que, sin embargo, no dudó en sacar de la bolsa de plástico un fajo de billetes, contarlos en voz alta con aquella voz de pito y depositarlos sobre la barra.

—Estos cuatrocientos dicen que son putas —dijo con una mansedumbre que a Eric le puso los pelos de punta.

La dueña desvió la mirada hasta los billetes de euro y flaqueó la contundencia de su discurso:

—Las chicas prefieren que no las llamen así... ¡Chicas! ¡Venid aquí! —dijo mientras ya recogía los billetes y los guardaba en una caja de puros vacía al lado de la máquina registradora que, intuyó Eric, registraba mucho menos de lo que allí sucedía.

Las tres mujeres se levantaron despacio y se acercaron hasta la barra, donde el hombre seguía sin levantar la vista. Se detuvieron a un par de metros de él. Parecían guardar una distancia de seguridad a la espera de tener que romperla a la fuerza. Eric pudo percibir el miedo, la tristeza. Ya no eran las tres alegres mujeres que le habían intentado engatusar entre risas, ofreciendo ligerezas. No eran las mujeres que parecían haber elegido aquella oscuridad de neón y todas sus consecuencias. Eric entendió que no era la primera vez que pasaban por las manos de aquel hombre, o que

al menos conocían los detalles de lo que ocurriría tras perderse con él tras los flecos rojos.

Intentaban mantenerse en su papel, seguir considerándose objetos de deseo, joyaspreciadas por todo el que entraba allí, pero la tensión asomaba en detalles invisibles para un mal observador. Eric sí pudo notar el ligero temblor en las puntas de sus dedos, en el filo de las pestañas postizas que esta vez no podían mentir. Se quedó mirando a la puta bella, la que minutos antes había sido la gata alfa de la gatería. De las tres era la que menos síntomas presentaba, pero su labio inferior temblaba microscópicamente mientras intentaba sonreír provocativa. No pretendía seducir con ello. Todo lo contrario. Eric entendió que se estaba mostrando retadora, difícil de dominar. Golpear primero. El ataque como la mejor defensa. No ser presa fácil, desviar la atención del depredador hacia objetivos más dóciles. Su táctica no pareció funcionar.

—La de la última vez... La guapa —dijo el gordo con su voz de pito más tímida que nunca.

Las otras dos mujeres, lejos de indignarse por un piropo que ensalzaba la belleza de la puta bella denigrando la suya, se dirigieron de nuevo al reservado. Ni siquiera se molestaron en disimular su alivio. Entonces Eric habló sin pensar:

—Ella no. Ella está conmigo.

Era algo nuevo para él. La espontaneidad con la que acababa de meterse en la cueva del lobo le animó a adentrarse más. La puta bella estaba de pie a un metro escaso de Eric. Este le hizo un gesto con dos dedos para que se acercara. De repente jugaba a ser el vaquero apuesto en un mal wéstern. Y le gustaba el juego. Echó de menos un palillo entre los dientes, ropa polvorienta y el caballo atado en un poste a la puerta del local. La puta bella se quedó mirándole. ¿El cura frígido iba a ser su salvador? Su inmovilidad y su cara de sorpresa estaba a punto de echar por tierra la escena de *saloon* que había imaginado Eric. Enarcó las cejas urgiéndola a acercarse. Por fin ella reaccionó y dio un paso hacia él. Eric, en cuanto la puta bella estuvo a su alcance, la cogió por la cintura. Ella soltó un gritito de sorpresa.

—¿A que sí, preciosa? —esta frase salió de los labios de Eric impostada, ronca, completando así su metamorfosis en *sheriff* local.

—Eso no puede ser. La acabo de comprar yo... —dijo el gordo aún sin levantar la vista. Había empezado a hablar con su tono infantil, pero las últimas sílabas parecieron recrudescerse, hacerse adultas, lo cual inquietó a Eric, que sin embargo se repuso al instante.

—No puede comprarse algo que ya ha sido comprado. —Eric imprimió aún más ronquera a sus palabras haciendo un esfuerzo titánico por no pronunciar la palabra «forastero».

«Tipo duro, el cura», se animó Eric. La puta bella asistía al duelo planteándose si no estaba pasando de Guatemala a Guatepeor.

—No me gusta que me mientan...

El gordo se levantó del taburete elevándose sobre sus más de dos metros de altura y mirando con el ceño fruncido a Eric. Parecía haber expulsado definitivamente a su niño interior con un vozarrón barítono que a Eric le voló el sombrero de *cowboy* de un soplido.

—No..., no estoy mintiendo..., antes... ella y yo hablamos y ya habíamos pactado... el acuerdo económico. El pago por el... encuentro, quiero decir...

El parco dominio del entorno y su argot y una voz que abandonaba la dureza ronca y abrazaba una dulzura involuntaria puso al descubierto la vulnerabilidad de Eric. «Despedido, entregue su placa y su pistola», pensó el *exsheriff*.

El gordo dio un paso adelante y Eric recordó a aquel ucraniano que le había humillado delante de Claudia, distorsionado por el dolor y la distancia, ante la mitad del censo de Tailandia. «¿Me dolerá menos delante de la puta bella? ¿Un gordo enorme travestido es un rival más digno que un ucraniano borracho?» Eric se hizo esas preguntas retóricas sin tiempo para responderlas en los escasos segundos que tardó en acudir al rescate la verdadera *sheriff* del lugar.

—Es cierto. El caballero había elegido antes. Además, va a pagar incluso más que tú —dijo la dueña con un guiño de su ojo derecho dirigido a Eric.

—Y eso haré mañana a primera hora... Hoy no esperaba tener tantos gastos —dijo Eric recuperando el control de la situación y esperando que le fuera concedido el crédito.

—Estoy segura de que lo harás... —dijo la dueña cerrando el acuerdo.

Un trato que consolidó como definitivo el gordo travestido con un gruñido de resignación.

«Astuta —pensó Eric aliviado—. ¿Por qué renunciar a un negocio cuando puedes cerrar dos?» Tendría que pagar por salvar a la puta bella al menos con el mismo número de billetes que el gordo acababa de dejar sobre la barra y el gordo elegiría a otra por no meterse en líos y poder saciar cualesquiera que fueran esas fantasías que tanto parecían haber asustado a las chicas.

«Al menos no las satisfará con la puta bella», pensó Eric cuando ya traspasaba la cortina de flecos tras ella. No entendió por qué, pero se alegraba de ello.

LA DUDA RAZONABLE

Una semana para el despegue

El barro le llegaba al cuello. Podía oír las balas silbando sobre su cabeza, agazapado en aquella trinchera que él mismo había escavado a base de mentiras y traiciones, aspirando el olor a orina de mil hombres y a vómito inminente. Su vida estaba en guerra. Y en medio de aquel erial, Claudia estaba embarazada. Era el peor y el mejor momento de su vida, y de aquella paradoja brotó una sonrisa que se alzó entre los escombros. Victoriosa.

—Estoy embarazada.

Eric sonrió a su esposa. Sonrió porque, por encima de las circunstancias, la alegría instantánea de saberse padre iluminó cualquier sombra. Sonrió con el parche de su amante señalándole desde el mantel. Sonrió tras ser descubierto, tras convertirse en una persona de la que se debía desconfiar. Sonrió solo un instante, antes de recordar lo que había hecho. Claudia no le devolvió la sonrisa.

Se dispuso a abrir la boca para decir algo, no sabía muy bien qué. Las típicas disculpas prefabricadas. Promesas de que nada había de importante en aquella aventura infantil, de que la esencia de su amor por Claudia era la que debía vencer en aquella guerra, de que haría lo que fuera necesario para compensar su error. Toda aquella sarta de tópicos no interesaban a Claudia en aquel momento, por eso se adelantó a su marido levantando la mano para hacerle callar antes de que empezara a hablar.

—No. No quiero oír lo que tengas que decirme. Ahora no. Te he reservado una habitación en un hotel que no queda lejos de tu consulta. —Claudia dejó sobre el mantel una tarjeta con el nombre, la dirección del lugar y el número de habitación—. Te he preparado una bolsa con algo de ropa, tu cepillo de dientes, en fin..., tus cosas. La dejé en la habitación. No necesitas pasar por casa.

Claudia tragó saliva. Pareció claudicar un instante ante el dolor y Eric detectó cierto temblor en sus palabras, pero se recompuso rápidamente.

—Cuando sepas qué es lo que quieres —continuó Claudia ya con voz firme—, cuando tengas clara tu verdad, sin ningún tipo de duda, ven a contármela. Yo la escucharé y entonces te contaré yo la mía. Lo que yo quiero.

Se levantó y salió del restaurante. A través de la cristalera serigrafiada, Eric la vio levantar la mano para parar un taxi. Le pareció que estaba más guapa que nunca, que el tiempo había jugado a su favor, que ella era una mujer y él solo un niño

estúpido, perdido, moqueando mientras llora y espera a que sus padres vayan a buscarle a la garita de seguridad del supermercado.

El cuerpo de Claudia desapareció tras la puerta de un coche híbrido, tan de moda entre los taxistas. La luz verde se apagó y aquel extraño se llevó a su esposa.

Nunca se había sentido tan solo.

Fijó de nuevo la vista sobre el mantel. En él seguían el parche de lunares de la señorita Belcourt y la tarjeta del lugar donde dormiría aquella noche. Miró aquellos dos objetos y se le antojaron falsos, irreales. Alargó la mano hasta el parche y casi se sobresaltó al sentir el contacto con la tela. Esperaba traspasarla, como un holograma, y que su mano aterrizara directamente sobre el mantel.

No debería poder sostener aquel parche en sus manos, no tenía sentido poder leer sobre aquella tarjeta una dirección que no fuera la de su casa. No tenía sentido no dormir con su mujer aquella noche.

Abrió la puerta de la habitación acercando una tarjeta magnética a un dispositivo bajo la manilla. Se iluminó un piloto verde y oyó el clic de la cerradura desbloqueándose.

Momentos antes, cuando la joven de recepción le tendió aquel trozo de plástico rectangular, se creyó juzgado. Un botones, apenas un adolescente, esperaba a que terminara de realizar el *check-in* para mostrarle el camino hasta su habitación con la esperanza de una buena propina. Un matrimonio de edad avanzada le observaba en silencio a su espalda mientras aguardaban su turno. Eric los imaginó en una de las muchas paradas de un largo viaje, recorriendo el mundo de la mano, disfrutando del premio de su vejez, del trabajo terminado y del amor conservado.

Imaginó que todas aquellas personas conocían su secreto. Que lo llevaba escrito a sangre y cuchilla en la piel, a la vista de todo el que se cruzara en su camino. Los imaginó descuartizándole en cuanto enfilara el camino al ascensor. Comentarían en voz baja su vileza, le deseaban su merecido llenos de rabia. Desconocidos unidos por el odio común hacia su persona. Miró de reojo a los ancianos, esperando sorprenderlos cuchicheando. Solo encontró dos caras amables que esperaban su turno, ajenas a su fantasía.

Entró en el cuarto. Primero el pie derecho, luego el izquierdo. Sobre la cama vio su maleta de viaje, el kit básico de supervivencia que su esposa le había preparado. Era una buena habitación, espaciosa, cómoda y agradable. A simple vista parecía que ni una sola mota de polvo había sobrevivido a la eficacia del servicio de limpieza. Un manojo de varillas de madera desprendía un ligero olor a vainilla desde un tarro de cristal en el recibidor. Le reconfortó comprobar que, incluso en aquella situación, Claudia se había preocupado por su bienestar, como siempre había hecho. Le había reservado una cárcel cómoda, un rincón de pensar amable. Ya no era bienvenido en su casa, pero ella seguía deseándole cierta felicidad en forma de sábanas limpias, cuarto de baño amplio y balcones con vistas a un bonito parque. No se había cebado con el traidor.

Se sentó en la cama. Poco a poco comenzaba a despertar del *shock* que una hora antes le había sumido en una especie de letargo alucinógeno. Se había dirigido a aquel hotel como un robot, sin la capacidad de negarse a obedecer las órdenes recibidas. Fraccionó mentalmente su situación en unas pocas frases sencillas.

Claudia conocía su traición.

Eva había dejado aquel parche en su casa.

Claudia estaba embarazada.

Él debía contar su verdad.

Entonces Claudia le contaría la suya.

Claudia

le contaría

LA SUYA.

Eric sintió un escalofrío. Un pensamiento macabro comenzó a tomar forma en su interior: la retorcida idea de un castigo que superaría con creces la gravedad de su pecado.

No. Claudia no sería capaz de algo así. ¿O quizá sí?

Nadie conoce a nadie.

Habían pasado casi cinco años desde que conociera su incapacidad para engendrar un hijo. Cuando Eric preguntó si se trataba de un diagnóstico absoluto o si cabía aún alguna esperanza, el doctor fue contundente: «Se conocen un par de casos en los que pacientes en sus mismas circunstancias han concebido, pero debo ser sincero: las probabilidades de que su esperma pueda fecundar un óvulo son prácticamente nulas. No quiero darles falsas esperanzas. Para que se hagan una idea, sería más probable ganar el bote de la lotería».

Hace un momento Claudia no solo había dejado sobre la mesa un parche de lunares, también un billete de lotería premiado con un nacimiento que antes creían imposible. Eric se había sentido bendecido y maldito a la vez, pero quizá solo había sido digno de lo segundo.

«Cuéntame tu verdad y entonces te contaré yo la mía.»

Eric notó cómo el sudor resbalaba por su espalda y humedecía sus axilas. No era capaz de imaginar a su esposa gozando de otro hombre como él había gozado tantas veces de Eva Belcourt. ¿Habría sido Claudia capaz de imaginarlo a él? Quizá lo hizo. Quizá consiguió unir el cuerpo de su marido con el de aquella mujer del supermercado. Quizá los imaginó retorciéndose el uno sobre el otro. Un cuerpo que conocía palmo a palmo dentro de aquel otro desconocido, pero que podía imaginarse a la perfección bajo el vestido ceñido de algodón con el que Claudia vio alejarse a Eva camino de las cajas registradoras. Quizá aquella imagen había sido demasiado. Quizá había sido suficiente para ejecutar una venganza cruel. Quizá Claudia había dejado de ser Claudia tras el latigazo de aquella visión.

Quizá.

Intentó dormir. Se tumbó en la cama sin deshacerla, vestido como había llegado. Cerró los ojos.

Su cabeza comenzó a proyectar imágenes. Aquel ojo zurdo maldito que nunca había llegado a ver. Eva siempre era muy cuidadosa cubriendo su secreto.

No fue un sueño, fue algo real y a la vez imaginario, una película que Eric se obligó a mirar. La señorita Belcourt llevaba puesto su vestido de lunares, huérfano de su pequeño complemento, ese parche que Claudia había depositado sobre la mesa del restaurante. La imagen partía de un plano amplio, una Eva minúscula, apenas un punto oscuro, sobre un fondo blanco infinito. La cámara se acercaba poco a poco a ella, que iba creciendo en tamaño y detalle. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Eric pudo comprobar que estaba desnuda. Los lunares del supuesto vestido eran en realidad decenas de parásitos, una especie de medusas negras cuyos contornos ondeaban sobre el cuerpo de Eva. Parecían estar terminando de succionar su interior. Su piel estaba ya tan pálida que se confundía con el fondo blanco, siendo imposible distinguir dónde terminaba una y empezaba el otro. La lente siguió acercándose, dirigiéndose directamente al ojo desnudo, hasta que la cabeza de Eva ocupó todo el plano. Una melena, unas cejas, las sombras de unas fosas nasales y el interior de unos labios entreabiertos eran los únicos elementos que podían distinguirse en contraste con aquella blancura total. También las pestañas sobre unos párpados cerrados que no parecían mostrar ninguna peculiaridad. La cámara se detuvo sobre aquel par de ojos. Temblaban. Eva los apretaba con fuerza, como si soportara un enorme dolor, o quizá se encontraba en la fase REM de un sueño profundo. Entonces se abrió su ojo sano, ese que ella mostraba al mundo mientras él le mostraba el mundo a ella. Sobre su pupila el reflejo de quien la estaba mirando, de quien se le había acercado en aquella habitación blanca. La figura llevaba puesto el parche de lunares. No se trataba de Eric, sino de Claudia.

Su esposa miraba el ojo cerrado de Eva. Movía su cabeza en círculos, curiosa, alrededor de su objeto de estudio. Indígena de una tribu nunca contactada que ve por primera vez a una mujer blanca. Claudia husmeaba, acercando su nariz a aquel párpado cerrado, con las fosas nasales palpitantes. Olía su presa. Abrió entonces la boca, rabiosa, estirando los labios para dejar a la vista sus dientes. Unos dientes que no eran suyos. La dentadura de Platón apareció tras los labios de su mujer, entre hilos de saliva espesa que empapaban su barbilla. Lista para morder.

Aún cerrado, el ojo izquierdo de Eva Belcourt seguía vibrando, como si un roedor se hubiera quedado atrapado en la cuenca ocular y pugnara frenético por salir. Arremetía contra el párpado una y otra vez.

Justo cuando Claudia se disponía a clavar sus dientes, el ojo izquierdo de Eva Belcourt se abrió.

El párpado abierto dejó a la vista una cavidad oscura, de cuyo interior surgió una brisa gélida y polvorienta, como el aire encerrado en un trastero cuya puerta no se hubiera abierto jamás. También se oía un rumor de voces. Gritos diminutos, agudos y afilados como cuchillas, que parecían multiplicarse a toda velocidad conforme crecía la intensidad de esa brisa helada que ya era viento.

Algo estaba a punto de eclosionar desde las profundidades del cuerpo vacío de Eva.

Claudia ya había comenzado a devorar aquel rostro lechoso a dentelladas cuando aquel viento silbó con fuerza, arrastrando consigo un grito inhumano. Una nube de millones de pequeños insectos surgió de la cuenca vacía para cubrir en un instante el cuerpo de Claudia. A través del reflejo en el ojo sano de Eva, Eric pudo ver cómo los

insectos reducían a su esposa a un pequeño charco de ceniza viscosa. La cámara se dirigió entonces a la cuenca vacía, de la que ya nada brotaba, y entró en ella.

Fundido a negro.

Eric abrió los ojos.

¿Qué estaba haciendo en esa habitación de hotel? No necesitaba ningún retiro espiritual para saber lo que siempre había sabido: se había saltado las normas, pero amaba a su esposa por encima de todas las cosas y por encima de todo error.

Siempre había sido consciente de lo que hacía, de lo que arriesgaba, y aun así, lo había hecho. No necesitaba estar desterrado en aquella habitación para darse cuenta.

Ya estaba todo decidido muchos años atrás. Aquella noche en la que sintió pánico, cuando en un cine donde proyectaban una película china hirió los sentimientos de una chica con minifalda, supo que podía perderla.

De nuevo era aquella noche, solo que esta vez la traición y la angustia eran mucho mayores.

No existían dos opciones, para él solo había una. Iba a pagar el precio que estaba a punto de fijar la mujer de la que dependía su felicidad. Daba igual cuál fuera ese precio, Eric no iba a permitir que Eva Belcourt redujera a su esposa a un charco de ceniza.

Se levantó de la cama y cogió la maleta que Claudia le había preparado y salió del hotel con destino a su hogar.

Eric condujo despacio por una ciudad que ya dormía. Trazó una última curva y enfiló los primeros números de su calle. Había llevado a que lavaran el coche hacía solo un par de días y aún olía a nuevo. Nunca lo preguntó en el túnel de lavado, pero ahora le gustaría saber qué producto aplicaban en el interior. Cuál era la fórmula milagrosa que conseguía devolver el aroma de la juventud a la tapicería de un coche que ya tenía bastantes años.

Durante el trayecto había ido preparando una oferta desesperada. El mal menor. Se le ocurrió que estaría dispuesto a renunciar al amor de su esposa con tal de que aquel nuevo habitante de su mundo fuera sangre de su sangre, con tal de tener el privilegio de amar a aquel bebé, protegerle, cuidarle y verle crecer. Tener el honor de identificar sus gestos en los suyos. Pactaría dicho arreglo con cualquier dios que estuviera dispuesto a concedérselo, aunque no creyera en él, o con cualquier demonio, a los que conocía mejor.

En los últimos metros, fue consciente de que aquel acuerdo no era viable. Necesitaba a su esposa tanto como al fruto que crecía en su vientre. No era capaz de imaginar una nueva ecuación en la que solo se incluyera uno de los factores. No, no estaba dispuesto a sacrificar a ninguno de los dos. Entendió que avanzaba hacia un todo o nada. Asimilado este punto, le invadió una sensación de calma. Al fin y al cabo, la suerte estaba echada.

En la radio sonó el clásico *Take on me*, de A-ha.

Claudia, melómana inquieta, odiaba aquella emisora en la que rotaban unas decenas de grandes *hits* de los años 80 y 90 en una rueda infinita. Su variedad musical no era mucho mayor que el sonido del ruido del motor. Temas fáciles de escuchar y conocidos, a la fuerza, por todo el que hubiera tenido orejas en los últimos

treinta años. Criticaba la absoluta falta de espíritu renovador de la cadena. «Opio para el oído del pueblo», solía decir.

Eric esbozó una media sonrisa imaginando la irritación de Claudia si estuviera sentada en el asiento del copiloto.

La utópica Claudia.

Necesitaba, más que nunca, que su esposa hiciera gala de esa fe que la llevaba a considerar factible un cambio de paradigma en el mundo de las radiofórmulas. Necesitaba que, con ese mismo espíritu renovador, le concediera a él la oportunidad de redimirse. Que esa misma fe le hubiera impedido ejecutar una venganza cruel, cuya posibilidad volvió a revolverle las tripas en los últimos acordes del *hit* del trío noruego.

Al enfilar el garaje adosado al pequeño chalé, los faros del coche alumbraron la puerta de su casa en una ráfaga de izquierda a derecha, como un sablazo de luz que fuera a abrir sus tripas. Dejó el coche en la rampa de cemento, sin la paciencia suficiente para aguantar la lenta apertura del portón metálico. Apagó la radio y el motor. Se desabrochó el cinturón de seguridad y respiró hondo. Volvió a notar cómo los latidos de su corazón se aceleraban y golpeaban contra las sienas.

Antes de entrar a casa, antes de hablar con Claudia, necesitaba poner un punto y final. Marcó el número de teléfono de su paciente. Conocía los horarios de Eva y era muy nocturna, no solía dormirse hasta las dos o tres de la mañana. Eric sería contundente, iba a cortar de raíz toda relación con ella, sin rodeos ni metáforas, sin dulcificar el mensaje. Y después borraría el número de la señorita Belcourt de su agenda. Entraría en su hogar despojado de todo rastro de ella.

El teléfono dio varios tonos hasta que un mensaje pregrabado de la compañía telefónica le indicó que la usuaria no estaba disponible. Volvió a intentarlo tres veces más con el mismo resultado. Ya lo resolvería al día siguiente, lo importante es que Eric ya se sentía limpio, él ya había cortado, en su interior, el cordón umbilical que le unía a Eva Belcourt y a su pecado. Ahora le tocaba reparar el daño, y asumiría la penitencia durante días, semanas, años, durante el tiempo que hiciera falta.

Salió del coche y entró en su casa.

LA PUTA BELLA II

Eric al fin se atreve a acercarse a la cama. Se sienta en ella dejando cierta distancia con el cuerpo de la puta bella.

—¿Cómo te llamas? —pregunta a la muchacha, que ya ha devorado la distancia entre ellos y se ha enroscado alrededor de Eric arqueando una espalda felina.

—¿Cómo te gustaría que me llamase? —ronronea ella.

—Me gustaría que te llamaras como tú quisieras...

—Mmm, no suelen dejarme elegir. Me llamo... María, como la Virgen —dice la puta bella tras dudar un par de segundos.

—Amén, entonces. Escucha, María, espero que no te moleste, pero no me apetece... hacer nada. Demasiado pronto para mí...

—¿Pronto? A estas horas en verano ya llevaría tres o cuatro asaltos.

—Digamos que para mí seguirá siendo demasiado pronto durante mucho tiempo.

—Nunca es pronto para disfrutar.

—No creo que lo disfrutara —dice Eric dándose cuenta al instante del posible agravio—. No me malinterpretes..., eres preciosa, pero no estoy... en mi mejor momento.

—Eres muy tierno, ¿sabes? —dice María riendo sin malicia el exceso de tacto de Eric—. Muchas gracias.

—Es lo que pienso, eres una mujer muy atractiva.

—No lo digo por eso... Gracias por lo de antes. Ese gordo es un enfermo, es... En fin, gracias.

La muchacha se recuesta sobre el cabecero de la cama liberando a Eric de su abrazo. Él se sorprende al echar de menos al instante el calor del cuerpo que acababa de despegarse del suyo. María saca un mechero y un paquete de cigarrillos de la mesilla de noche.

—¿Te importa que fume?

—Eres libre de elegir la forma de morir que quieras —dice Eric, que sigue sentado en la cama mirando hacia la puerta.

—¿Dónde hay que firmar para que me mate el tabaco?

Eric no dice nada porque, efectivamente, nada sabe sobre el tipo de vida de esta mujer. Ha vivido la suya en la burbuja de una clase acomodada que contempla a los hombres y mujeres como María a través de un cristal blindado. Un zoo de desgracias que compadecer.

—Te va a salir caro el rescate —dice María, como leyendo sus pensamientos y exculpando la distancia que los separa. Expulsa el humo de un cigarro que ya ha hecho pasar por sus pulmones.

—¿Cuánto tiempo tenemos? Quiero decir..., para que se marche ese hombre.

—Con lo que le vas a pagar a Margarita podemos estar toda la mañana, pero el gordo se irá en media hora. Depende de lo que haya desayunado hoy.

—¿Lo que haya desayunado...?

—No quieres que te lo explique... —dice la puta bella expulsando otra bocanada de humo.

Eric no insiste. Le basta la imagen que se forma en su cabeza para intuir el tipo de tortura que acaba de ahorrarle a María. También se siente algo culpable, una vez más, pensando que su gesto ha condenado a otra mujer. Nunca nada encaja a la perfección. María vuelve a hablar, otra vez al rescate:

—¿Seguro que no puedo hacer nada para agradecerte lo que has hecho? Me siento mejor si pago mis deudas.

—No, de verdad, no es necesario.

—Algo habrá. Todos los hombres tenéis alguna fantasía... Aprovecha, curilla...

—María vuelve a lanzarle una sonrisa pícaro, pero esta vez sin la carga irónica de las primeras.

—¿Tenéis cuerdas?

La petición brota espontánea, antes incluso de que el plan tome una forma definida. Un impulso como el que le ha llevado a traspasar la cortina de flecos rojos hasta esta habitación. Quizá no encuentre al Sabio allí dentro, pero al parecer sí es un lugar propicio para que afloren otros fantasmas.

—Joder, se nos anima el cura... —ríe María.

—Perdona, no hace falta... —dice Eric en un amago de arrepentimiento.

—No, no, tranquilo, es una fantasía muy típica. No hay problema. Eso sí, hay ciertas reglas que te explicaré, déjame ver qué tenemos por aquí.

María se levanta de la cama y abre un armario de madera lacada en negro. En su interior Eric observa un pequeño arsenal de juguetes eróticos y se estremece al observar un par de esposas forradas en un tejido peludo de color rosa. Recuerdos gigantes que se cierran con llaves pequeñas. María saca un rollo de cuerda.

—Nos han dado la suite de los juguetitos. Lujazo... —dice tensando la cuerda entre sus manos con un par de tirones y tirándola después sobre la cama.

—Coge también las esposas... —le pide Eric.

—Son una mierda, una tiene el cierre roto.

—No importa...

—De acuerdo, curilla. Túmbate... —dice María colgándose las esposas del finísimo tanga.

—Quiero ser yo el que te ate.

Eric no puede evitar imprimir más seriedad de la que le gustaría a su petición. Una orden demasiado solemne, densa. Esta intensidad, que también brilla en sus ojos, pone en guardia a María, que frunce el ceño ligeramente.

—Confía en mí —dice más relajado—. Por favor...

María duda, escruta el rostro de Eric para evaluar el peligro. La imagen del gordo sobre sus tacones y el recuerdo de su última sesión con él le devuelven a Eric la presunción de inocencia.

—De acuerdo... Pero no te pongas tan serio, joder. Que estamos aquí para pasarlo bien. Me has acojonado con esa cara de funeral.

Eric consigue esbozar una tímida sonrisa. María se la devuelve, comprensiva con un hombre que se le antoja más entrañable que peligroso. Tras tenderle el rollo de cuerda, que Eric coge sin saber aún qué hará con él, se dispone a tumbarse en la cama.

—No. En la silla —dice Eric, en otra orden mecánica que nace de un lugar profundamente enterrado en su interior—. Por favor...

María decide prevenir para no curar.

—De acuerdo. Repasemos las normas, curilla —dice sin levantarse—. Son sencillas. Primera: nada de nudos marineros apretados como si me quisieras dejar sin circulación, tengo que poder soltarme cuando me dé la gana. Da unas vueltecitas a la cuerdecita, disfruta, siéntete poderoso y muy cabrón, pero nada de inmovilizarme. Segunda: nada de dolor, no me gusta y esa puta cuerda es una mierda y quema que te cagas si aprietas mucho. Tercera: nada de amordazarme, quiero poder gritar si resulta que al final eres un puto loco.

Eric asiente dócilmente. Nota una tensión en el estómago. Adrenalina que comienza a bombearse sin control desde algún momento borroso de su pasado. El control de sus acciones pasa a ser responsabilidad de ese otro yo que regresa de aquel lugar. Coge la única silla que hay en la habitación, un mueble barato y ligero que no encaja en su fantasía. La coloca junto a la cama midiendo las distancias, retocando la posición varias veces hasta estar completamente satisfecho.

María enmudece expectante. Hay algo en Eric, una forma de mirar, de moverse, que imprime a sus acciones una enorme trascendencia. María toma conciencia de que en lo más profundo de ese hombre hay un deseo que ella quiere satisfacer. Cuando la silla está donde algo le dice que debe estar, le indica a la puta bella que se siente con un gesto de la mano.

—Solo quiero que no te muevas y que estés muy callada. Que no hables en ningún momento. Yo cumpliré las normas, pero no puedo oír tu voz en ningún momento. Pase lo que pase, no digas nada. No te haré daño.

—Ok, no diré ni una palabra mientras cumplas las tres normas. Lo juro —dice María procurando no mover la silla de su sitio al apoyar su cuerpo en ella.

Eric comienza a atarla. Despacio. Como si recordara cómo debe hacerlo, como si una voz estuviera dictándole cómo realizar cada giro, cada nudo, la posición que debe ocupar cada centímetro de cuerda alrededor de ese cuerpo de mujer. No aprieta, no inmoviliza, acata las órdenes de esa puta bella que ahora le sirve de maniquí viviente, pero es extremadamente metódico y el proceso dura un par de minutos.

Cuando ha terminado la tarea, Eric se tumba en la cama. Estudia las esposas y ata la que tiene el cierre intacto a una de las dos columnas de madera del cabecero, pasando su pareja inutilizada alrededor de su muñeca. Cierra los ojos.

María le mira desde la silla. Pasan los minutos y nada sucede.

En el club más extraño del mundo, a la hora más extraña del mundo, una mujer atada a una silla mira a un hombre esposado a una cama. Ambos guardan silencio, ninguno se mueve. Nada parece ocurrir en el exterior y sin embargo en el interior de uno de ellos la actividad es frenética. Se está librando la batalla del pasado contra el presente para decidir el futuro.

Pasan un par de minutos en los que Eric parece dormir, hasta que da comienzo un proceso que nace igual que un río que no es consciente de su fluir, que se mueve ajeno a sí mismo.

Eric aprieta los dientes, aún con los ojos cerrados. Los músculos de su mandíbula al tensarse forman un pequeño relieve de carne en la base de su rostro. La presión con la que sus dientes se cierran, con la oscuridad de su boca como única presa, genera una vibración rabiosa en los músculos del cuello que se extiende por toda su cabeza.

María le observa en silencio, fiel a su promesa. Solo se sale del guion establecido con un grito agudo, tan breve como la tela de su ropa interior, acompañado de un respingo sobre su silla. La ha asustado el violento tirón con el que Eric acaba de liberar su muñeca de la esposa inútil, cuyo extremo abierto traza una parábola hasta chocar contra su gemela, que sigue sujeta al cabecero de la cama.

Los ojos de Eric siguen cerrados, pero sus párpados ya no descansan en paz. Ahora se cierran con la misma rabia con la que aprieta sus dientes. La lisa tersura de su piel ha sido sustituida por pliegues que parecen empujar los globos oculares hacia el interior del cráneo.

Eric se incorpora al fin. Sus dientes siguen mordiendo el vacío, sus párpados siguen cegados. Gatea sobre la cama hasta el borde y a tientas apoya las manos sobre el suelo de parqué, después las rodillas y por fin los pies. Ahora él es el gato que avanza en dirección a María, que se debate entre dar otro grito y la promesa hecha a su cliente.

Las lágrimas comienzan a resbalar por las mejillas de Eric. Algunas tan pesadas que la gravedad consigue arrancárselas del rostro y arrojarlas contra el suelo. Huellas húmedas del camino que Eric recorre hasta la silla donde María aguarda.

Llega a sus pies. Sus manos rozan la punta de unos dedos cuyas uñas le reciben pintadas de un color lila salpicado de brillantina. Eric parece adorar a la puta bella. Arrodillado, ofreciendo una oración silenciosa. La puta, bella y virgen María.

La oración dura poco. Eric trepa despacio con la yema de los dedos por unas pantorrillas que se tensan por las cosquillas y los nervios.

María ya ha decidido que gritará como una posesa y se liberará de la cuerda en cuanto sienta cualquier tipo de dolor, a la primera agresión, pero no antes. Antes de eso aguardará paciente a que Eric acabe su ritual, cualquiera que sea. Piensa en el gordo y lo que estará ocurriendo en una habitación a pocos metros, y se siente afortunada. «Habrà elegido a Paula, seguro, a ese cabrón le gusta la boca gigantesca de Paula, esa boca tragona.» Compadece a su compañera aunque no le caiga especialmente bien. Nadie se merece eso.

Mientras tanto, las manos de Eric han llegado a la cuerda. Despacio, siguiendo con ese dictado inaudible, comienza a desatar a la persona que está sentada en esa silla, y a otras muchas que están atadas en otras muchas sillas en otros muchos

lugares del mundo, libera a todas y también a ninguna. Y lo hace entre sollozos sobre los que ha perdido el control, gemidos que tientan a María a romper su silencio, a abandonar su papel en la obra y a abrazar a un hombre que se deshace en cada nudo de una cuerda que ya toca el suelo. Aguanta. No quiere entorpecer el éxtasis.

El último tramo de cuerda se desliza sobre el muslo de María y sucumbe como serpiente muerta. Si Eric pudiera pensar, recordaría al Ruso atando a la Rusa con una serpiente igual que aquella. Pero solo puede abrazar a María con fuerza. Apoya la cabeza en su regazo, aún de rodillas, aún ciego, todo lágrimas y espasmos. Aprieta el cuerpo de la muchacha entre sus brazos y María siente la presión desesperada que le dificulta la respiración. Pero ya ha decidido que no gritará, pase lo que pase. Sabe que ese hombre que hunde su cabeza en ella, como si quisiera introducirse en su vientre, no le hará daño. Dejará que Eric se vacíe, que vomite sobre ella el humor maligno.

El vómito se alarga durante unos minutos más, Eric se va agotando gradualmente. El llanto cesa de forma tranquila, como se vacía una piscina. Despacio y por completo. En el lecho seco, sobre los miles de diminutos azulejos cuadrados, solo quedan las hojas, ramas, animales muertos, restos de basura arrastrados por el viento, que antes flotaban en el agua y ahora reposan en el fondo en espera de que alguien los retire. No será fácil, esta piscina es honda, se hunde cientos, miles de metros. Llega hasta el centro de la Tierra, y el fondo arde al rojo vivo. No será fácil retirar esos restos que ya se funden, como un mercurio pegajoso. No será fácil limpiar algo que no puedes tocar con los dedos, pero la piscina ya está vacía. Es un primer paso por el sendero adecuado. Ese que Julio le ha estado enseñando en los últimos meses. El camino del olvido.

PERDÓN

Una semana para el despegue

Frente a la fachada de su casa notó que la noche había refrescado en cuanto salió del coche. Las malas hierbas que crecían impunes en la pequeña porción de jardín delantero oscilaban al compás de un viento que comenzaba a soplar desde el norte. Eric observó el baile de aquellos matojos que debería haber arrancado hace ya un par de semanas. Había pospuesto demasiadas cosas en los últimos meses.

Un escalofrío le hizo encogerse cuando una ráfaga de viento se coló por su camisa. La prenda de seda blanca se hinchó como un globo y Eric se apresuró a ajustarla a conciencia dentro de sus pantalones, vaciando el aire frío de su interior. Temblaba, pero no conseguía distinguir si era frío o miedo.

No le pareció lícito utilizar su llave para entrar en aquella casa, ya no se sentía con ese derecho. Se dirigió a la puerta buscando el timbre con los ojos, igual que había hecho un mes antes. En aquella ocasión Eva Belcourt le esperaba dentro y la excitación de Eric crecía a cada paso imaginando los placeres que le aguardaban tras el umbral. Ahora no sabía a dónde se dirigía. En el peor de los casos hacia el cadalso, hacia la inhumana tortura del nacimiento de un hijo bastardo; en el mejor, hacia la confirmación de un milagro médico, acompañado de un purgatorio que le permitiera redimirse ante Claudia. Hacia un final cruel o hacia un nuevo comienzo que debería trabajar a fondo.

Alargó la mano para pulsar el timbre, pero se detuvo cuando la yema de su dedo índice rozó el plástico. La puerta estaba entreabierta. Eric se planteó el significado de aquel hecho. Quizá Claudia le conocía tan bien que sabía que no necesitaría pasar una sola hora en aquel hotel, quizá supiera que Eric no tardaría más que unos pocos minutos en volver al hogar al que pertenecía. Quizá era una invitación a volver a entrar en la vida de Claudia sin llamar.

O quizá simplemente había olvidado cerrar la puerta.

Eric entró en el recibidor con el pie derecho por delante y cerró tras él. La casa estaba a oscuras, tan solo unas lenguas de luz de luna se filtraban al fondo, desde las ventanas de la cocina. El salón estaba en penumbra.

—¿Hola? —Eric anunció su llegada, otro protocolo que se sentía obligado a cumplir.

No hubo respuesta. Claudia estaría dormida. Le sorprendió que Platón no saliera en estampida a recibirle. Pensó que podía haber escapado por la puerta abierta, o

quizá Claudia le había permitido dormir con ella esa noche. Algo de fidelidad en su cama por primera vez en meses.

Avanzó un par de pasos y pisó un objeto. Algo membranoso crujió bajo su pie derecho. Se agachó para recoger algo oscuro y alargado que no distinguió hasta que lo tuvo en la mano. Era su paraguas, el que le regaló Claudia unas Navidades, caro y elegante. Eric recordó que habían discutido sobre la necesidad de gastarse tanto dinero en él. El crujido que había sentido bajo la suela le hizo pensar que alguna varilla se habría doblado, ya habría tiempo de comprobar los daños. Y al levantarlo del suelo había notado cierta resistencia. Algo tiraba de la punta. Alargó la mano y se dio cuenta de que el paraguero estaba volcado sobre la alfombra del recibidor con un tercio de sus paraguas aún en su interior. Enderezó el cilindro metálico de diseño italiano y colocó dentro tanto su paraguas como los dos de su esposa y un par de paraguas de viaje, que también encontró caídos.

Intentó entender la escena. La puerta abierta, los paraguas por el suelo. No le costó imaginar a su esposa entrando en casa alterada por las emociones de una noche que podía cambiar sus vidas, entre sollozos, tirando a su paso los obstáculos que hubiera encontrado, llamando a Platón para meterse directamente en la cama y desentenderse del mundo.

Subió las escaleras hasta el primer piso y se detuvo ante la puerta del dormitorio. Aguzó el oído, pero no percibió nada. Los recuerdos volvían a golpearle. Recordó su despedida de soltero, cuando Carolina se confesó ante él, poniéndole a prueba. Y cómo venció la tentación entonces, sin ningún esfuerzo, porque nada le costó separarse de aquellos labios. También recordó cómo despertó a Claudia al llegar a aquella misma casa en la que ahora parecía un ladrón allanando otra morada, y cómo le susurró al oído que no había nada que temer, que eran invencibles. Quizá ella lo fuera, pero se había demostrado que él no.

Respiró hondo y apoyó la mano en el pomo. No tenía ningún discurso preparado. Simplemente iba a contarle a Claudia todo lo que había ocurrido, no solo en el último año, el año Belcourt, sino también en los años anteriores. Aquellos en los que debieron hablarse mucho más de lo que lo hicieron, en los que los cimientos de su relación perdieron la consistencia y el edificio empezó a tambalearse. Aquellos en los que se dejaron mecer por una deriva que le desgastó hasta hacerle vulnerable, hasta debilitarle ante la tentación.

Asumiría cada uno de sus actos y escucharía el veredicto de Claudia. Escucharía de boca de su esposa si iba a permitirle ser el padre de aquel bebé, con todas sus consecuencias.

Eric entendió, justo antes de abrir la puerta de su dormitorio, que no preguntaría si había sucedido el milagro. Ya no le importaba quién hubiera comprado aquel billete de lotería. Simplemente quería disfrutar del premio junto a su esposa.

Giró el pomo a la vez que sus nudillos golpeaban un par de veces la puerta con suavidad.

—¿Claudia?

Notó la calidez que emanaba del cuarto. Las persianas estaban abiertas y la misma luna que plateaba la cocina en el piso de abajo se derramaba sobre la colcha y las paredes. Entró y vio la cama vacía. Su esposa estaba sentada junto a la mesilla de

noche, en la elegante silla de madera beis, de estilo victoriano, que rara vez había sido usada para otra cosa que no fuera embellecer el espacio. La iluminaban un par de rectángulos de aquella luz nocturna que reproducía la forma de los ventanales sobre su cuerpo. Apoyaba la espalda contra el respaldo, erguida, y tenía las piernas extendidas muy juntas y los brazos pegados al cuerpo. Dormía con la barbilla contra su pecho. Eric la contempló un segundo en aquella extraña postura. Había algo antinatural en aquella firmeza, algo artificial que conseguía mantenerla recta, sin inclinarse sobre la silla, como si tuviera la espalda pegada al respaldo con algún tipo de pegamento.

No tuvo tiempo de entender la imagen ni de asimilar un aroma que conocía muy bien, pero cuya presencia en aquella habitación carecía de sentido. No tuvo tiempo de entender que el calor que caldeaba el dormitorio procedía no de uno, sino de dos cuerpos. Antes de poder asimilar todo aquello, notó el metal en su cabeza. Estaba frío y el contacto fue violento. Sintió el cañón hundiéndose en su sien y troquelando un pequeño círculo sobre su piel.

—No te muevas o te juro que te mato.

DIAGNÓSTICO

—Espero que estés bien —le ha dicho la puta bella al despedirse. Ni rastro de la felina agresiva. Para entonces ya solo era caricia y caridad. Santa María consolando al desesperado.

—Creo que ya estoy algo mejor. Gracias —le ha respondido Eric.

Ella le ha despedido en la habitación con un beso en la frente. Un tipo de beso inédito en todos sus años de profesión. Lo ha hecho justo antes de regresar al bar y transformarse de nuevo en la gata salvaje. En la superviviente acorazada.

«Esta mujer me compadece —piensa Eric al salir—. Esta mujer, que vive en este mundo subterráneo, siente lástima por mí. Y quizá tenga razones para hacerlo.»

Abandona el local sin preocuparse por Julio, que sigue gozando de ese submundo desde el otro lado, desde el lugar en el que se es dueño del espacio, de los actos, de las personas. Desde la posición privilegiada en la que se puede disfrutar de esa sordidez como un ingrediente positivo y necesario. Morboso. El presente de Julio tampoco es del todo inocente. Quedan rastros.

Al salir a la calle, su móvil recupera la cobertura y una vibración acompañada de un breve pitido le avisa de una llamada perdida. Eric sostiene el aparato en la mano sin desbloquearlo. Entorna los ojos hacia un sol suspendido en el centro del universo, en lo más alto de un cielo que mira sin juzgar, que por fin calienta. Eric desbloquea el aparato sin mirar la pantalla e ignora el aviso pulsando el botón correspondiente.

Entonces es consciente de la diferencia. Es una especie de ligereza vaporosa. No ha sido mucho el peso perdido, pero unos pies llenos de ampollas disfrutaban de cualquier alivio por pequeño que sea. Percibe cierta limpieza en su cabeza.

Sobre el regazo de la puta bella ha quedado solo una parte de esa carga liberada, otra porción se la llevaron Jairo y Dhawal tras su visita y otra cantidad fue quedando dispersa por los caminos recorridos junto a Julio, alimento para el Sabio, al que quizá nunca pisaron los talones, sino todo lo contrario. Era el fantasma quien iba tras ellos, alimentándose de la basura que Eric iba dejando por el camino.

El resto, ahora lo sabe, lo ha limpiado Mía con su sencilla presencia. Con su respeto. Con su forma de charlar con él, de compartir los días desde una distancia cercana, desde la normalidad. Como si todo lo ocurrido no fuera la locura que ha sido. Como si él no fuera alguien de quien deba uno alejarse todo lo posible para no contagiarse.

«Tengo que hablar con Mía —piensa—. Es urgente.»

La encuentra en recepción sustituyendo a la señora Hicks, que estará ociosa y libre de toda culpa en algún sitio donde nunca ocurra nada memorable.

Ahora cae en la cuenta de que en aquellos bungalós casi vacíos nada parece tener mucho sentido. Las necesidades de mantenimiento, recepción y limpieza son mínimas, y sin embargo, allí ha estado siempre Mía, activa, limpiando lo que ya estaba limpio, arreglando lo ya arreglado, recibiendo a nadie.

—¿Cenamos esta noche? Me han hablado de un sitio —dice Eric desde la puerta de la recepción, sin entrar, generando la urgencia de una respuesta rápida por parte de Mía.

—¿Te han hablado de un sitio? Parece que ya eres un isleño más —dice Mía sin levantar la vista del escritorio.

—Tengo mis contactos... Y esta noche me apetece algo más... especial.

—Vale. Pasa a buscarme a las nueve —responde Mía con su sobriedad habitual, ocultando su nerviosismo ante la expectativa de algún avance con Julio—. ¿Alguna novedad que contarme?

—Esta noche.

—De acuerdo —Mía no insiste.

Los dedos de Mía limpian la huella de carmín granate que ha dejado su beso en la mejilla de Eric.

Ha sido un saludo torpe. La primera vez que Mía saluda a Eric con un beso. La elegancia con la que Eric se ha vestido para la cita parecía exigir un gesto más solemne, más cercano que su habitual saludo a distancia.

Mía nunca había visto a Eric tan arreglado. No solo por la camisa lavada y planchada, los pantalones de pinzas impolutos, el abrigo negro de paño y los zapatos relucientes, sino también por el rasurado perfecto de una barba que volvía a su estado primigenio antes de pisar La Isla y el peinado de revista.

—Estás muy... elegante. Joder, ¿me tengo que cambiar? —pregunta Mía al darse cuenta de que ella no ha sido tan concienzuda.

—Estás perfecta —dice Eric sonriente.

—Vale, pero ¿me dejarán entrar a ese restaurante misterioso que te han recomendado?

—Nunca entraría a un sitio al que no te dejaran entrar con esa camiseta tan molona.

—¿Tan molona? —ríe Mía—. Eric el molón. A ver, ¿qué es esto? —dice señalando el rayo rojo y azul que cruzaba la cara de David Bowie en la portada del disco *Aladdin Sane* y que adorna la camiseta blanca que asoma bajo su chupa de cuero.

—Pues... el logotipo del superhéroe ese, ¿no? Flash. Flash... Gordon..., el de la velocidad —dice Eric cada vez con menor convicción al ver la cara de asombro divertido que Mía va exagerando conforme él desgrana su teoría.

La carcajada de Mía es también de las primeras que tiene la suerte de oír, la más sincera. Eric se alegra de su desconocimiento acerca de los símbolos del pop cuando la ve disfrutando de su torpeza y explicándole la respuesta correcta como si enseñara a leer a un niño de cinco años.

—Los músicos tienen bastante de superhéroes, al final es lo mismo... —dice Eric sacándose de la manga una respuesta que sabe que satisfará a Mía.

—En eso estamos de acuerdo, Eric el molón. Anda, vamos...

Eric le ofrece un brazo. Mía se queda un par de segundos valorando el gesto galante con el ceño fruncido pero amistoso.

—De acuerdo... —dice por fin entrelazando su brazo con el de Eric.

Echan a andar por el camino de piedras. La noche es agradable, con una temperatura muy suave y un cielo despejado en el que las estrellas brillan presumiendo del brillo de sus galaxias. Un adelanto del calor que está a punto de llegar para quedarse definitivamente.

Varios restaurantes han vuelto a abrir sus puertas pocos días antes, adelantándose a la llegada de los turistas para ir engrasando la maquinaria y coger una carrerilla que necesitarán en cuanto llegue la avalancha.

—¿A dónde vamos? —pregunta Mía.

—Adivínalo.

—Si es a la pizzería Cabral, no es tan buena como te habrán contado, pero es cierto que no tiene competencia en La Isla.

—Frío, frío...

—Mmm, veamos... La semana pasada abrió El Molino. Va a ser ese. La gente del pueblo está obsesionada con esos chuletones.

—Tampoco..., vamos más cerca.

—No te veo con esas pintas entrando en el bufet libre del chino del paseo..., quizá...

—Ya hemos llegado —la interrumpe Eric deteniéndose al pie de las escaleras de su bungalow.

Mía se suelta del brazo de Eric y echa un vistazo al interior. Las lámparas del salón están apagadas, pero una luz anaranjada tiembla en las paredes y los reflejos de varias pequeñas llamas oscilan contra los cristales de la entrada.

—¿Cena con velitas? No me acojones, Eric —dice Mía ruborizándose, nerviosa al ver lo que ha preparado su anfitrión.

—No es una cita romántica, tranquila —dice Eric volviéndose hacia Mía y cogiendo sus manos—. No se trata de eso. He preparado esto para agradecerte que me salvaras la vida e intentar devolverte algo de lo que me has dado en estos meses.

—Eso ya es agua pasada —dice Mía aún inquieta por la trascendencia que acaba de imprimir Eric a sus palabras—. Hice lo que hubiera hecho cualquiera en mi situación. Cuando ves a alguien colgando del techo, el acto reflejo es intentar descolgarlo... —Mía se arrepiente al instante de verbalizar una broma, fruto de los nervios, que sonaba bastante mejor en su cabeza.

—No me refiero a aquello. Bueno..., a eso también. Digamos entonces que me has salvado la vida de dos formas diferentes.

—No te entiendo.

—Me quitaste aquel cinturón del cuello, pero también me diste un camino que seguir a partir de entonces. Un camino que he recorrido junto al hombre al que me pediste que despojara del lujo de olvidar. Lo siento, Mía, no voy a hacer eso. —El gesto de Mía se ensombrece mientras Eric continúa hablando—: El olvido es

precisamente el camino que Julio me ha mostrado, y ese es el camino que yo me ofrezco a recorrer contigo.

La expresión de Mía ahora es de rabia. Sus fosas nasales se abren como si expulsaran remolinos de fuego. No dice nada, simplemente se da la vuelta bruscamente para huir de Eric, que la alcanza justo a tiempo para tomarla del brazo con una mano firme pero con suavidad. Consigue retenerla y que Mía le preste unos segundos más de atención.

—Todos podemos ser una persona diferente a la que fuimos —continúa Eric mirándola con toda la dulzura de la que es capaz—. Todos podemos encontrar en el olvido la felicidad. Llevas toda la vida recordando algo que ese hombre ha olvidado. ¿Quieres mi diagnóstico? Olvida. Olvida tú también lo que sea que hiciera aquel hombre, yo puedo ayudarte.

—Eric..., tú no tienes ni idea... —dice Mía entre dientes. Y se deshace de su intento de abrazo para perderse por el camino de piedra rumbo a la playa.

CASTIGO

Una semana para el despegue

—No te muevas o te juro que te mato, cielo.

Aquellas palabras chirriaron en una voz que ya había sonado antes en aquella casa, solo que esta vez iba acompañada de una rabia masticada que crujía en sus dientes.

Eric entendió entonces lo que habían visto sus ojos, y también entendió que debía tomarse muy en serio cada amenaza que saliera de la boca de Eva Belcourt. Su esposa estaba maniatada e inconsciente, quizá muerta. Varias vueltas de cinta americana subían desde sus tobillos hasta sus muslos y aprisionaban sus brazos en torno a su torso, uniéndola al respaldo de la silla, como si un enorme gusano de seda hubiera encapullado sobre ella. Dos espesos hilos de sangre atravesaban su rostro desde algún punto del cráneo y goteaban por la barbilla. Gotas perdidas en un vaso que rebosa.

—¿Qué has hecho? —susurró Eric en voz queda, como si tuviera miedo de despertar a Claudia y de presenciar la violencia de una escena que, no podía negarlo, él había creado.

—Hola, mi amor, ¿qué tal ese dolor de estómago? —preguntó Eva.

Su tono era ahora dulce, casi alegre, y resultaba más siniestro que la dureza de su amenaza previa. Parecía que, de nuevo, interpretaba un papel en una fantasía.

—Por favor... —dijo Eric con suavidad.

—Chs, chs, chsss... —Eva acarició el pómulo de Eric con la punta de la pistola—. No me apetece hablar, me apetece jugar.

Flotando en la oscuridad, frente a los ojos de Eric, brillaron dos esposas. Eva las sostenía con la mano libre, sin dejar de presionar el arma contra la cabeza de Eric. Este quiso mirar a Eva a la cara, pero apenas había comenzado a moverse cuando esta le asestó un brutal golpe con la culata en la nuca. Notó cómo su cerebro se desplazaba y rebotaba en el interior de su cráneo. La violencia del impacto le hizo trastabillar un par de pasos y cayó al suelo, a los pies de su esposa. Eva comenzó a hablar de nuevo animadamente:

—Tienen algo estos juguetes..., algo primitivo, casi sexual. Hacen que te sientas poderosa y el poder es atractivo. Una pequeña flexión del dedo índice y lanzas una bala lo suficientemente rápido como para atravesar huesos y penetrar cerebros. Joder, creo que me estoy poniendo cachonda.

Eva dio una patada en las costillas a un Eric que aún luchaba por incorporarse. Volvió a caer, esta vez de costado, tosió un par de veces al quedarse sin respiración, boqueando como un pez fuera del agua.

—Si lo piensas —continuó Eva—, estos bichos de metal no son tan malos. Yo los considero algo así como dispositivos generadores de democracia. Igualan a los humanos entre sí. Da igual que tengas un doctorado en Psicología, que seas un rey, un camarero o un ladrón. Cuando te apuntan con una pistola, estás igual de jodido, seas quien seas. Convierte al más débil en una máquina asesina y al más valiente en un niño de teta.

Eric recordó algunas de las crisis que ella le había descrito en sus sesiones. Le vinieron a la memoria algunos episodios en los que Eva era capaz de evadirse de la realidad cuando esta no le satisfacía. Había sido incapaz de ver a Eva Belcourt como su paciente durante tanto tiempo que ahora le costaba creer que finalmente todo aquello que escuchaba en su consulta fuera cierto: Eva era una mujer inestable y él había sido el catalizador de un nuevo brote en su historial, quizá el último, y su esposa iba a ser testigo de excepción. El sentimiento de culpa crecía en un nuevo grado de magnitud.

Seguía tirado en el suelo intentando recomponerse tanto física como mentalmente. Le costaba pensar con claridad. El dolor físico se mezclaba con la intensa tortura emocional que crecía según iba adquiriendo conciencia plena de la situación. Los mecanismos propios del afán de supervivencia de toda especie comenzaban a activarse, pero las ideas parecían chocar unas con otras hasta que solo quedaba en pie la certeza de no desear la muerte de su esposa, ni la suya propia.

Fue entonces cuando Eric entendió por qué Platón no había ladrado. Simplemente nunca más podría ladrar. A través de la puerta entreabierta que daba al baño del dormitorio vio el hocico del perro y un pequeño charco de sangre oscura que manchaba las baldosas. Eva se dio cuenta del detalle.

—Ah, sí. Una pena lo del perro, pero no podía arriesgarme. Es fácil rebanar el cuello a un animal que se fía de ti, que te ha visto prepararle la cena a su dueño y comerle la polla en la cocina de su propia casa —Eva disparó ese detalle, esa mentira, para infligir aún más daño a una Claudia que ya no escuchaba y había superado hacía rato su umbral de dolor.

Eric entendió, al ver a Platón yaciendo sobre aquellas baldosas, que de sus próximas palabras o actos dependerían su vida y la de su mujer. Su cerebro comenzó a trabajar a toda velocidad, intentando seleccionar la más adecuada de las opciones que ofrecía la situación, pero se atascaba en los cálculos. Eva, sin embargo, seguía con sus planes, sin vacilar lo más mínimo y con la calma y la fortaleza de espíritu que Eric siempre le había supuesto.

—Levántate, Eric. Ya va siendo hora de que me tomes en serio —dijo Eva con un tono autoritario, militar.

Eric logró apoyarse en la cama y se sentó en ella. Eva le arrojó las esposas sobre el regazo.

—Vas a hacer lo siguiente. Vas a coger esas esposas y vas a seguir unas instrucciones muy sencillas —hablaba una Eva ahora maternal, como quien le dice a un niño pequeño que se termine el bocadillo de la merienda—. Primero te esposarás

una muñeca, la que elijas. Para eso eres un hombre libre. Luego quiero que pases la cadena por detrás del barroto central de ese cabecero tan bonito que adorna vuestro nidito de amor, y te esposarás la otra muñeca. Después vas a tumbarte y a relajarte. Y lo vas a hacer así, sin rechistar, porque si no tendré que matar a la puta zorra de tu mujer.

Esta última frase salió de la boca de Eva Belcourt con pena fingida, como quien debe cumplir su obligación por no tener alternativa, aunque no le guste su tarea.

Eric sintió cierto alivio. Si Eva no mentía, Claudia aún estaba viva. Cogió las esposas. Pesaban más de lo que esperaba. No eran ningún juguete, eran robustas. Inexpugnables. Se acercó al cabecero de la cama lo más despacio que le fue posible sin impacientarse a Eva, exagerando la escasa movilidad con la que le habían dejado los golpes. Trataba de ganar tiempo, pero no se le ocurría en qué invertirlo. Manióbró con las esposas mientras ideaba alguna vía de escape. No la encontró. Tras manipularlas con cierta torpeza, a medias fingida, acabó por colocárselas en las muñecas por detrás del cabecero de la cama, tal y como le había indicado una Eva que no le quitaba ni el ojo ni el arma de encima.

—Muy bien, cielo. Ahora despertemos a la reina de la casa —dijo Eva dejando la pistola sobre la mesilla de noche y entrando en el cuarto de baño.

El agua helada impactó con fuerza contra el rostro de Claudia. Un chasquido húmedo. Eric miró a su esposa, que no parecía reaccionar, y apretó los dientes cuando Eva comenzó a darle palmadas en la cara ensangrentada para espabilarla.

—Quizá me excedí un poquito... —Eva emitió una risita de niña traviesa.

Por fin, los párpados de Claudia temblaron y comenzó a balbucear algo ininteligible. Eva la acarició entonces con suavidad, hundiendo los dedos en su cabello manchado de sangre, mientras ladeaba la cabeza y le dedicaba una mirada ausente. Eva miraba a otra persona en algún otro lugar.

Claudia abrió los ojos y pareció volver a entender la situación. Tensó los brazos y las piernas, forcejeando sobre la silla, poseída por un espíritu rebelde que no aceptaba la cruda realidad. Sus gritos sordos apenas eran audibles tras la cinta americana que sellaba sus labios. Eva también despertó de su ensoñación y dejó de acariciarle el pelo para propinar a Claudia un violento tortazo que restalló en el dormitorio como un látigo abriendo la carne. Eric gritó una orden inútil, una negación de lo que veían sus ojos, un «¡No!» desesperado que se perdió en la oscuridad del cuarto como una semilla en tierra yerma.

—Chsss, tranquilos, señores Mendoza, o alguien puede hacerse mucho daño —dijo Eva con aquel tono de madre protectora que tanto parecía divertirla—. Esto no ha hecho más que empezar.

Claudia dejó de luchar contra lo imposible. Su pecho subía y bajaba bajo la camiseta de algodón que usaba a modo de pijama, al compás de su agitada respiración. Eric observó una mancha oscura que brotaba desde sus bragas de encaje negro y humedecía la silla y sintió una pena como nunca antes había sentido. La rabia se impuso por primera vez al miedo.

Eva bajó la persiana por completo y el cuarto quedó a oscuras. Palpó a ciegas en busca del interruptor de una pequeña lámpara de hierro, a juego con el cabecero, sobre la mesilla de noche. Se oyó el clic y la misma luz anaranjada que alumbraba las

lecturas nocturnas de Eric iluminó los moratones y cortes en la cara de su esposa, antes ocultos a la luz de la luna.

—Así nos veremos todos mucho mejor, no quiero que nadie se pierda nada.

Fue hasta la cómoda baja, junto a la puerta, y apartó con el arma algunos de los objetos favoritos de Claudia, como la pequeña caja de madera tallada donde guardaba algunas joyas heredadas de su abuela y de su madre, o el juego de té marroquí con piezas de plata que Eric le regaló en un aniversario. Dejó la pistola a un lado y se sentó sobre la zona despejada, apoyando las manos sobre un gran tapete de ganchillo que cubría la vieja madera restaurada. Así se quedó unos segundos, contemplando con una sonrisa satisfecha el cuadro que ofrecían Claudia y Eric, saboreando su travesura. Sus piernas colgaban en el aire y las balanceaba en un gesto infantil. Eric las encontró de repente salpicadas de varices e imperfecciones, de defectos escondidos hasta entonces por la novedad y el deseo prohibido. Las piernas repulsivas de una mujer repulsiva.

—Me he follado a Eric unas ciento treinta veces —continuó Eva rompiendo el silencio—. Polvo arriba, polvo abajo. Es un cálculo aproximado, pero no creo que me equivoque por mucho. Joder, hemos hecho salvajadas. A tu marido le gusta duro, ¿sabes? Supongo que sí, que lo sabes. Aunque estoy pensando que quizá no, quizá contigo no era como conmigo. Quizá a ti te reservaba un sexo gentil y casto. Cariñoso. Quizá te ha ofrecido respeto, en vez de la brutalidad que a mí me ha hecho perder la cabeza. Eso sería horrible para ti. Espero sinceramente que no haya sido así.

Claudia ya no se movía, su respiración era pausada y parecía haber entrado en un estado de *shock* en el que nada podía alterarla. Una protección de su organismo contra la tortura. Eric tampoco reaccionaba. Las miradas de ambos se perdían en rincones oscuros y guardaban silencio.

—Cada hora extra ha sido verdaderamente *extraordinaria*. —Eva encendió un cigarrillo que sacó de un bolso que había sobre la cómoda—. Uy, soy una maleducada. ¿Os importa que fume? No, supongo que no. —Eva dio una profunda calada poniendo los ojos en blanco—. Me encanta esta mierda. Sé que estoy jodiéndome la salud, pero siempre he sido una viciosa de la felicidad instantánea. Bueno, como te iba contando, Claudia, yo era su única paciente en esas sesiones extras. Cada vez que tu marido llegaba tarde del trabajo era porque me estaba follando a mí. Bueno, al menos eso creo, quizá había alguna otra fulana. Quién sabe, puede que esté a punto de entrar en la habitación otra amante despechada con un AK-47. —Eva exageró una carcajada y después dio otra calada al cigarrillo—. No, yo era la única. La única a la que de verdad deseaba, lamento que te enteres de esta forma. Le gustaban mis caderas, parecía que nunca había visto un culo tan bien formado, y no le culpo, me fijé en el tuyo aquella vez en el supermercado. Primero fue solo sexo, después creció algo más. Aunque Don Bestia se empeñe en mostrarse como un desalmado, sé que le ha pasado lo mismo que a mí. Que sus sentimientos han ido creciendo y escapando a su control. Uno no decide a quién amar. Lo ama y punto. Y nada puede hacerse contra eso. Uno no puede decidir hasta dónde debe llegar el mar.

Eva apuró el cigarrillo, lo apagó sobre la superficie de la cómoda y salió del dormitorio. La brasa del cigarrillo parecía una minúscula barbacoa. Claudia y Eric se quedaron solos.

Volvían a estar el uno en compañía del otro, como siempre habían estado en aquel cuarto. Eso pareció devolverlos a la realidad. Claudia ahora miraba a Eric. Comenzó a gemir, pero sus sollozos se le morían en la boca, atrapados por la cinta americana. Sus ojos reflejaban la angustia que no podía transmitir su boca. Una mezcla de sudor y lágrimas perlaban su rostro.

—No llores, cariño, todo va a salir bien, ya verás, todo... —masculló Eric.

Claudia desvió su mirada hacia la puerta. De inmediato regresó al forcejeo y al grito sordo y sus ojos se agrandaron como una luna llena. Ventanas abiertas de par en par al pánico. Eric se volvió sin querer verlo.

Eva blandía un enorme cuchillo y una amplia sonrisa.

—Las pistolas son prácticas, pero matan demasiado deprisa para mi gusto, y con demasiado escándalo —dijo Eva.

El metal centelleaba. Parecía atraer toda la luz del cuarto y concentrarla en su filo. Aquel reflejo frío paralizó a Eric. Era incapaz de procesar la información que llegaba a su cerebro. Aquella Eva que avanzaba hacia su esposa con el mismo cuchillo que utilizó semanas antes para cortar la carne que cocinaría para él. Aquella sonrisa sádica que parecía pertenecer a otra persona. Aquel primer corte lento en la mejilla de una Claudia temblorosa pero muy quieta para evitar daños mayores, con sus orificios nasales abriéndose y cerrándose al compás del miedo, desalojando una respiración desbocada a la que su boca cegada no dejaba otra salida.

Del corte brotó una cortina de sangre cuyos flecos comenzaron a gotear por la mandíbula de su esposa y la maquinaria de pensamiento de Eric despertó de golpe. El primer instinto fue arrancar con furia las esposas del cabecero de la cama y ahogar con ellas a Eva, pero ni el cabecero ni las esposas cederían por mucho que Eric tirara con todas sus fuerzas. La violencia no era una opción en aquellas circunstancias. Entendió que debía fabricar su libertad de una forma muy distinta, y comenzó a hablar. Frases no para su salvación, sino para la de la mujer a la que aquella noche iba a contar su única verdad. Aquella a la que iba a pedir que perdonara un terrible error, aquella por la que estaba dispuesto a cualquier cosa para convencerla de ser la única persona con la que quería pasar el resto de su vida. Su cerebro pasó de la parálisis a la actividad frenética en décimas de segundo. A toda velocidad trataba de encontrar las palabras clave, las complicadas contraseñas que cerraran aquella caja de Pandora. Buscaba la forma de saciar los deseos de Eva, de esa mujer que ya no conocía. Esposado a aquella cama, las palabras eran sus únicas armas y de ellas dependería su vida y, sobre todo, la de Claudia.

—Eva, escúchame. Estás cometiendo un error, pero aún podemos solucionarlo. Estamos a tiempo, cielo. Soy... un cobarde. Lo sé, y lo siento. Me ha costado demasiado tiempo tomar la decisión correcta. Pero por fin me he dado cuenta de lo que quiero. A eso venía esta noche a esta casa, a acabar de una vez por todas con la parte de mi vida a la que ya no pertenezco. A abandonarlo todo por estar contigo, Eva...

Ella seguía jugueteando con el cuchillo, dibujando con el filo lleno de sangre pequeñas serpientes rojizas en el cuello de Claudia. Eric se esforzaba por mantener la calma, por despojar de su gravedad a la sangre, a la mordaza, a la brutal agresión. Intentaba charlar con Eva con la tranquilidad con la que hacía un rato había hablado

con Claudia en la mesa de un restaurante chino, con un tono que transformaba en una sencilla anécdota el horror que asomaba en los ojos de su mujer. Empleaba aquel tono del profesional que Eva había idolatrado en su consulta, el del psicólogo cuyas frases vienen certificadas por los títulos colgados en las paredes. Garantías de veracidad. Necesitaba que Eva viviera en la falsa normalidad que Eric intentaba construir con sus palabras. Que creyera en la posibilidad de dar marcha atrás sin consecuencias, un mundo de Julietas sin espadas y Romeos inteligentes. Simulaba para Eva el final feliz que había ido a suplicar a Claudia aquella noche.

—Sé que he estado distante —continuó Eric—, pero si me he alejado ha sido para poder ver el paisaje con perspectiva. Necesitaba mirarme a mí mismo desde mí mismo, y necesitaba hacerlo solo.

—¿Y qué viste? ¿Cómo era ese paisaje tuyo? —preguntó Eva con una sonrisa burlona que intranquilizó a Eric.

—Te vi a ti —dijo Eric intentando que sus palabras rebosaran sinceridad.

—¿Solo a mí?

—Solo a ti.

—Entonces, no te importará que haga esto.

Eva agarró la oreja izquierda de Claudia y llevó el cuchillo hasta su parte superior, deslizando la enorme hoja hacia abajo en un movimiento rápido y diestro. La oreja se separó de la cabeza y quedó aleteando en la mano de Eva Belcourt mientras la agitaba divertida. Mariposa de sangre y cartílago.

Los ojos de Claudia aullaron en silencio, la boca de Eric lo hizo a todo volumen. Claudia se retorció sobre la silla unos instantes, la cinta americana se hinchaba levemente ahogando los gritos. Después perdió el conocimiento. Sin dejar de gritar como un animal herido, Eric comenzó a tirar con todas sus fuerzas de las esposas en convulsiones desesperadas. Intentaba partir el cabecero de la cama, o la cadena que unía las esposas, o separar sus muñecas del cuerpo. Cualquier cosa con tal de poder recuperar la libertad y detener a la mujer que ahora jugaba a probarse la pieza amputada frente al espejo ovalado sobre la cómoda.

Eva se apartaba el pelo y superponía la oreja cercenada contra la suya. Postizo macabro.

—Creo que me gusta más cómo me queda la mía. Esta no tiene personalidad.

Eva tiró la oreja al suelo como quien tira una colilla para aplastarla con la suela del zapato. La sangre generaba en el cuarto un aroma férreo, de quirófano. Se volvió hacia Eric, que seguía luchando por zafarse de las esposas. Dos círculos rojizos marcaban sus muñecas bajo el metal.

—¿Lo ves? Todos los hombres sois unos mentirosos. —Eva volvió a auparse en lo alto de la cómoda con gesto aburrido—. Mira cómo te has puesto por unos pocos centímetros de carne, por la puta oreja de alguien que, según tú, ya ni siquiera pertenecía al paisaje.

Eric seguía horadando en sus muñecas, ahondando el foso de carne viva, inmune al dolor.

—Deja de luchar, así solo conseguirás llegar al hueso, me hice con unas buenas esposas y creo que tampoco vosotros reparasteis en gastos con ese cabecero de hierro, así que... En fin, haz lo quieras.

Eric se derrumbó, exhausto, y comenzó a sollozar. La impotencia de un niño al que no le queda otro remedio que aceptar las órdenes de una autoridad superior.

—Es solo una oreja, joder —le espetó Eva Belcourt torciendo el gesto con una expresión de asco—, deja de lloriquear. Sería mucho peor perder, no sé..., pongamos... un ojo, por ejemplo. Jijiji.

La risa infantil de Eva otra vez surcando el aire como una daga, y un Eric destruido sobre la cama su objetivo infalible.

Eric respiró hondo, puro instinto de supervivencia, y retomó el único discurso que podría salvarlos.

—Escucha, Eva. No te he mentado. Quiero que seamos tú y yo, solos, pero una vez amé a esa mujer y no le deseo ningún mal. Estamos a tiempo, seguimos a tiempo de irnos, tú y yo, y dejar a Claudia que viva su vida. No hará nada, no dirá nada. Todo quedará entre nosotros, y podremos ser felices, ella por su lado, nosotros por el nuestro.

—Te contaré una historia, Eric. Bueno, mejor dicho volveré a contártela, pero esta vez será la verdad. Creo que ya estamos en ese punto de nuestra relación. —Eva encendió un nuevo cigarrillo y le dio unas cuantas caladas antes de volver a hablar—: Sí, yo creo que estás preparado para la verdad, toda la verdad, etcétera. ¿Recuerdas aquel desfile de Venecia, ese a raíz del cual tuve que empezar a llevar estos bonitos parches? Bueno, la verdad es que todo ocurrió de una forma... diferente.

»Todo fue más o menos parecido a como te lo conté, con una pequeña diferencia. La modelo veterana que destrozó la cara de aquella niña fui yo. —Eva se encogió de hombros y se llevó la palma de la mano a la boca abierta en un gesto burlón—. Uy. Para ser justos, también mentí al decir que era una modelo de gran éxito. Nunca he destacado, siempre pasé sin pena ni gloria, ninguna revista, ni gran agencia ni diseñador se interesaron en estas caderas que a ti tanto te gustan. En fin, entenderás que no quisiera romper la magia que empezaba a surgir entre nosotros con un relato en el que salía tan malparada. Creo que estuve realmente convincente en mi versión de los hechos, y brillante, si se me permite, en la moraleja final de que aquel ojo perdido me hizo mejor persona. Eso lo improvisé sobre la marcha.

»La verdad es que lo de mi ojo tiene poco misterio. Una malformación congénita. Ya ves qué vulgaridad. Siempre he vivido con estos parches, así que nunca he echado demasiado de menos otra cosa. Sin embargo, aquella mocosa creía que podía derrumbarme con sus bromas acerca de mi ojo puto. Así lo llamaba aquella verdadera arpía, una muy joven. Aquel anillo me lo regaló uno de mis amantes, uno de los más románticos, era precioso, pero nunca me gustó tanto como cuando vi su cono plateado relleno de aquella masa rojiza de la que goteaba una especie de gel. Luego supe que era el humor vítreo que llena los globos oculares. No voy a mentir, disfruté igualando nuestras caras. Regalándole el defecto que ella usaba para intentar atacarme. Ojo por ojo... Viene en la Biblia. Aquella niña eligió muy mal a su víctima.

»Me sorprendió lo favorable de la sentencia. El juez era bastante joven. Me esperaba un venerable anciano severo, estricto, y sin embargo aquel muchacho desgarbado no tendría aún mi edad. Me miró el trasero más de lo que miró al fiscal en todo el juicio. —Eva sonrió satisfecha—. El caso es que, ya fuera por mis caderas o

por su buena voluntad, entendió el suceso como una sencilla pelea a puñetazos entre dos mujeres temperamentales y definió como un «desgraciado accidente» que mi anillo acabara incrustándose en el ojo de la niña. Creo que no se le pasó por la cabeza, ni por un segundo, que yo pretendiera exactamente eso con cada puñetazo. Todos mis golpes apuntaban a aquel ojo izquierdo tan bonito, tan perfecto. Si quieres justicia, debes tomarla por tu mano, Eric.

»Debes.

»Tomarla.

»Por.

»Tu mano.

Eva comenzó a repetir ese mantra, primero entre dientes, con la rabia de una mujer despechada que percibe su existencia como una enorme injusticia. Después más despacio, escribiendo cada letra en el aire con la punta del cuchillo. Parecía estar muy lejos de aquel cuarto. Cuando se acercó a Claudia, aún dibujaba con el cuchillo aquella frase que solo ella podía ver.

Eric sacudió la cabeza para quitarse de encima el profundo sopor en el que estaba hundiéndose. Parecía haber caído en lo más hondo de un océano viscoso que le invitaba a relajarse en su lecho. Luchó para salir a la superficie. Evitó mirar a Claudia. Sabía que, si lo hacía, volvería a derrumbarse, a ser un hombre inútil. No se lo podía permitir. Cuando fue capaz de mirar a Eva, esta ya se encontraba junto a su esposa sin dejar de repetir aquellas palabras. Eva giró la cabeza y le dedicó a Eric una mirada perdida que parecía traspasarle. Apenas separó los labios para decir con voz queda:

—Y yo voy a hacer justicia...

Eric intuyó que era el prelude de un final inminente. Suplicó desesperado, las palabras tropezaban unas con otras, suplicó una penitencia que no incluyera a Claudia.

—Haré lo que sea, diré lo que sea, seré lo que quieras que sea, pero no le hagas daño. Ella es inocente. Yo soy el culpable.

Eva parecía no escuchar. Comenzó a elevar el cuchillo lentamente, cogiéndolo con las dos manos, con la hoja apuntando hacia el suelo. Eric observó el movimiento de la hoja metálica y enloqueció en su súplica. El grito final pareció desgarrar los músculos de su cuello, pura entraña, una última apuesta sin tiempo para nada más. Las lágrimas brotaron instantáneas, casi antes que sus últimas palabras:

—¡Está embarazada!

Eva miró a Eric como si lo que acababa de escuchar no tuviera ningún sentido. Detuvo el cuchillo a medio camino, frunciendo el ceño en una expresión extraña. Un robot que no entiende la orden que acaba de recibir del amo humano. Luego relajó el gesto y esbozó una media sonrisa, por fin el robot entendía, y parecía alegrarle la noticia. Abrió la boca y dictó sentencia, como un notario que da fe de un hecho rutinario, sin ninguna trascendencia.

—Pues ya no lo está.

Con toda la violencia que podían desarrollar sus músculos, elevó el cuchillo por encima de su cabeza y lo hundió en el vientre de Claudia trazando un arco perfecto,

tan veloz que pareció silbar en el aire. Un destello. Fue solo la primera de diecisiete trayectorias parabólicas.

Lo último que vio Eric, antes de hundirse en las profundidades de un océano al que ahora le era imposible resistirse, fue la cara de Eva, con el parche atravesado por el brochazo de una sangre que acababa de vaciar el cuerpo de su esposa. Dos pájaros de un tiro.

No hay justicia. Nunca la hay.

VERDADES

En la cama de su dormitorio, en el bungalow número 4, Eric abre los ojos. Eso cree al menos. Aunque quizá aún los tenga cerrados y esté profundamente dormido. Lo que ve le sugiere esto último.

Mía está a su lado, sentada en la cama, como la veladora de un cadáver. Su cuerpo mira hacia la ventana iluminado por la misma luz blanca de luna y estrellas que iluminaba el cuerpo de Claudia aquella última noche. Mira a Eric, la cabeza girada levemente hacia él, con la mitad del rostro en tinieblas.

Eric no se mueve. Solo la observa. Mía viste la camiseta de Bowie que llevaba hace un par de horas bajo la chupa de cuero, que ahora descansa a sus pies en el suelo del dormitorio.

Eric se incorpora y se apoya en el cabecero, ya consciente de que su desvelo es real. De que todo lo que ocurrirá en los siguientes minutos pertenece al mundo de los vivos. Entiende que Mía tiene acceso a las copias de todas las llaves y ha incumplido las normas para entrar en su dormitorio y sentarse a su lado.

—¿Quieres olvidar, Eric? —pregunta Mía en un susurro—. Pues te mostraré el recuerdo que me pides que borre.

Levanta una mano despacio. Pellizca un tirante de su camiseta y lo desliza con delicadeza por su hombro dejándolo caer. Después, con la misma calma, libera también el segundo tirante. La prenda ya solo la sostienen unos pechos breves que no dejan que abandone su posición. Lentamente Mía va recorriendo el telón. Desliza la camiseta con sus pulgares hasta la cintura. El torso de Mía, sus costillas, sus secretos, su verdad, al menos una parte de ella, queda al descubierto. También una enorme quemadura que cubre gran parte de su espalda y un costado.

Eric mira unos segundos a los ojos de Mía antes de atreverse a mirar lo que esta ha elegido mostrarle. Mía ya no le mira a él, sino al frente, a la nada. La paciente que aguarda la exploración del cirujano.

Eric respira profundamente y se libera de las sábanas para sentarse junto a Mía.

Sus ojos descienden hacia la piel expuesta. La quemadura muerde con saña. Todo el costado derecho de Mía sufre la arruga de la carne, la textura salvaje roza también su pecho y se adentra profunda en su espalda.

La mano de Eric se mueve.

Una especie de fuerza gravitatoria la acerca a la espalda de Mía. Toca la piel retorcida sobre su columna vertebral, todo cráter. Todo cicatriz. Mía se estremece al notar el contacto. Su respiración gana en intensidad y aprieta los labios, pero no se retira. Se mantiene firme.

Las yemas de los dedos de Eric comienzan a leer el mensaje que quedó grabado para siempre en esa piel. Recorren el braille siniestro que forman los jirones de piel y acarician cada milímetro de herida. Se inclina hacia Mía y besa con suavidad la parte alta de su espalda, allí donde la lesión retuerce con mayor vehemencia la piel. Nota en sus labios el tacto de la piel abrasada y su inconsciente se inventa un olor a carne quemada.

—Mi padre falleció cuando mi madre aún estaba embarazada. Un accidente con una máquina de corte. Mateo era el mejor amigo de mi padre, eso me contó mi madre cuando yo era muy pequeña. Trabajaron ambos en los astilleros y muchas veces salían los tres de fiesta los fines de semana antes del embarazo de mi madre. Pasaban mucho tiempo juntos. Tras la muerte de mi padre, Mateo se pasaba el día en nuestra casa consolando a mi madre y cuidando de nosotras. Fue algo natural que ambos acabaran juntos, o quizá es lo que Mateo había estado deseando. Nunca sabré qué es lo que le pasó realmente a mi padre.

»No recuerdo la primera vez que lo hizo. Sé que hubo más antes de la primera que se me quedó grabada en la cabeza. Antes debía ser demasiado pequeña para entender lo que estaba ocurriendo. Para saber que aquello no era normal, que era algo horrible. Mis recuerdos no nacen en un momento puntual, se van aclarando, como una película que comienza a proyectarse fuera de foco y poco a poco se va haciendo más nítida. La primera imagen que puedo ver con claridad es la del monstruo ofreciéndome un caramelo. Estamos en un cuarto de baño de un restaurante o una cafetería. Algún lugar que no es nuestra casa. Quizá unas vacaciones de verano. Me ha acompañado al baño. Yo se lo he pedido a mi madre, pero ha sido él quien se ha prestado voluntario. Tengo cuatro o cinco años. Dentro del baño todo vuelve a ser extraño, todo se difumina, pero veo su mano tocándome de una forma que sé que es diabólica, antinatural, que está haciendo algo que jamás debería hacerme. Yo simplemente estoy muy quieta y lloro, pero no grito, creo que no me resisto, solo espero a que todo termine. Cuando por fin deja de tocarme, cuando él acaba, me ofrece un caramelo. Un premio. De menta.

»Ese es el primero de muchos recuerdos. De muchos momentos en los que solo me quise morir sin tener el valor para ello. Tampoco para hablar de lo que ocurría. Con nadie. A veces creo que accedía a sus deseos. Todo era muy confuso. Recuerdo un tremendo sentimiento de culpa, algo debía estar haciendo mal para que todo aquello me estuviera pasando a mí. Para atraer a aquel hombre adulto y provocarle para hacerme lo que me hacía. Algo había dentro de mí que debía estar mal. Él me usaba y luego, siempre, un caramelo de menta era el premio a mi silencio.

Eric escucha con un temblor que le nace en el estómago y llega hasta los dedos de una mano que ahora coge la de Mía. La aprieta fuerte, intentando que el calor, la furia que está naciendo en su interior se transmita a Mía a través de ese contacto. La rabia le impide llorar las palabras que escucha, así como impide a Mía llorar el recuerdo.

—Durante los siguientes dos años los abusos fueron constantes, siempre a espaldas de mi madre. Al menos una vez al mes aquel cabrón volvía a tener hambre. Hasta que un día sucedió por última vez.

»Estábamos en la cocina. Mi madre estaba enferma y descansaba en la cama. Mateo estaba haciendo la cena y yo hacía los deberes sentada en la pequeña mesa blanca donde solíamos comer los tres. Él esperaba a que el aceite de la sartén comenzara a hervir y me preguntó alguna cosa sobre la escuela. Se sentó a mi lado y volvió a hacerlo. Aquella vez me resistí. Cuando noté su mano en el muslo, me levanté de la silla y me alejé de él. Me apreté contra la esquina de la cocina y le dije que aquello no estaba bien. Que no me podía tocar. Que se lo iba a contar todo a mi madre. La cara de Mateo se transformó. Me agarró del brazo hecho una furia. Hablándome al oído, babeando entre dientes, controlando el volumen de sus palabras para que no nos oyera mi madre desde la cama. Estaba fuera de sí.

»Me arrastró hasta los fuegos. El aceite empezaba a humear en la sartén. Agarró el mango y me susurró al oído: “Si vuelves a amenazarme apuntaré a la cara, y cuando tu madre pregunte, le dirás lo torpe que has sido”. Entonces derramó el aceite hirviendo sobre mi espalda y ya no recuerdo más. Desperté más tarde en el hospital con medio cuerpo quemado.

Eric aprieta más fuerte la mano de Mía. También aprieta los dientes.

—Pocos días más tarde, cuando aún me recuperaba, Mateo desapareció y mi madre enloqueció. Con los años, he llegado a pensar que ella sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo en nuestra casa y que tras aquello ya no pudo seguir negándolo más. Pocos meses más tarde se suicidó en el psiquiátrico en el que la internaron. Nunca pude llegar a tener una conversación con ella. Jamás me visitó en el hospital.

»Crecí en orfanatos, con tutores que fueron buenas personas pero a los que nunca conseguí querer. Nunca dije nada. A nadie. Lo guardé todo para mí. Un accidente doméstico. Un padre que se fuga. Una madre que enloquece. Mala suerte. Cuando cumplí los dieciocho años empecé la búsqueda. Lo que me mantenía viva eran las ganas de encontrar al hombre que me hizo aquello. No iba a pedirle explicaciones, Eric, simplemente iba a matarlo en cuanto lo tuviese a mi alcance.

»Y por fin di con él. Fue solo unos meses antes de que tú llegaras a La Isla. Me encontré a un hombre que ya no era Mateo. Decía llamarse Julio. Un hombre alegre, feliz... Inocente. Un hombre que lo había olvidado todo. Al final, resultó que sí necesitaba pedirle explicaciones. Sí necesitaba que ese cabrón confesara lo que me hizo, que se pusiera de rodillas para rogar por su vida. Y sin embargo, en sus ojos ya no quedaba nada de aquello. Fui completamente incapaz de encontrar en la mirada de aquel anciano al monstruo que llevaba buscando tanto tiempo. Matar a ese hombre que me miraba desde esa inocencia, con esa claridad, con unos ojos tan diferentes de los que recordaba... No, no era aquello para lo que me había esforzado tanto. No era eso lo que iba a permitirme descansar. Necesitaba que, al menos durante unos segundos, el monstruo recordara quién fue, lo que hizo, que recordara quién era yo, que supiera que merecía morir. Y entonces llegaste tú. Un psicólogo llega a La Isla, a estos bungalós, en los meses en los que nadie quiere estar aquí. Aquello tenía que ser una señal.

Las lágrimas por fin salen a la luz. Mía se derrumba entre sollozos que agitan su pequeño cuerpo. Eric la abraza, cubre su fragilidad con la suya.

—Ahora sé que nunca podré hacerlo —susurra Mía entre sollozos al oído de Eric—. Nunca podré encontrar a la bestia que merecía morir..., y no tengo el valor

suficiente para ir a esa cabaña y matar al hombre inocente en el que se ha convertido. Ahora sé que nunca podré descansar en paz.

Eric nota en su cuello la humedad de las lágrimas de Mía. Siente en su piel, más sólido que nunca, el nexo que le une a esa mujer. Y por fin una luz ilumina un camino que, como los recuerdos infantiles de Mía, había estado en penumbra, pero que se había ido aclarando poco a poco en las últimas semanas. Un camino a la salvación que ahora puede ver con total nitidez.

—Yo me encargaré de Julio, eso es lo que haré por ti. Y luego me dedicaré a olvidar el resto de mi vida.

PESCAR EN LAS NUBES

No fue fácil. Eric acudió a la cabaña muy temprano. Aún no había amanecido. Despertó a Julio y le dijo que se preparara para ir de pesca. Sabía que se vestiría mucho más rápido si le prometía su actividad favorita.

Efectivamente, Julio se alegró mucho al oír que se lanzaban al mar y de un salto comenzó a prepararse. Botas y pantalones de montaña, camiseta de algodón, tirantes y el jersey de lana roja de cenefas blancas que le regaló Eric en una de sus salidas al mar, cuando el frío los sorprendió de noche y vio temblar al anciano.

Tuvo que tranquilizar a Julio cuando, en vez de dirigirse al embarcadero, salieron de la cabaña por la puerta delantera para meterse en el coche alquilado. Le contó que iban a otra playa lejos de allí, un viejo secreto de La Isla, un lugar donde pescarían las mayores piezas de su vida. Le ayudó a entrar en el auto de lunas tintadas, teniendo cuidado de que no se golpeará la cabeza. Debía desaparecer limpiamente. Un fantasma que deambulaba por el pueblo y que de repente ya no estaba. Nadie se preocuparía por él. Nadie en absoluto, y eso lo sabía bien Eric. Después cerró las puertas para que el anciano no pudiera salir.

Julio se vio encerrado, confuso, pero se limitó a quedarse en el asiento del copiloto mirando a Eric como un perro fiel que se fía de su dueño.

Eric se dirigió de nuevo a la cabaña y registró cada rincón de arriba abajo. No había muchos escondites posibles en el pequeño espacio. Apenas unos pocos muebles, unos pocos cajones. Al fondo de uno de ellos, Eric encontró lo que buscaba. Una caja llena de documentación y fotografías antiguas en las que apenas se reconocía al hoy luminoso anciano. Mateo Mantovani Gálvez. Aquellos eran su nombre y apellidos, así figuraba en un documento de identidad caducado, y al conocerlos a Eric le pareció más humano que nunca. En las fotos posaba rudo, serio, instantáneas del oficio, con barcos a su espalda, casi todas las imágenes pertenecían al ámbito marino. También había alguna foto familiar, las menos. Tomó una de estas en sus manos. Estaba amarilleada y había perdido algo de color, pero era ella, esos ojos eran los de Mía, más asustados que los de ahora, pero igual de vivos. Sintió escalofríos al pensar en que aquella debía ser la época que había marcado la vida de la muchacha, el tiempo en el que convivía con un monstruo que devoró algo dentro de ella que no ha vuelto a crecer.

Eric metió todas las fotos y la documentación en una mochila y volvió al coche.

El anciano estaba más nervioso. Miraba con ojos asustados a Eric mientras se aproximaba. Aún no había amanecido. Eric entendió que Mateo Mantovani hacía

años que no se montaba en un vehículo que no fuera su barca y seguramente no recordaba haber montado nunca en un coche.

Eric ocupó el asiento del conductor, arrancó y se centró en conducir sin apartar la vista de la carretera bajo un aluvión de preguntas nerviosas.

—¿A dónde me lleva, joven? ¿Cuánto tardaremos? No he regado las plantas. Pueden morir si no volvemos a tiempo. ¿Está muy lejos esa playa a la que vamos? Nos hemos dejado las cañas de pescar, joven. ¿Cómo vamos a pescar sin cañas de pescar?

No quería hacerlo, pero no pudo evitar dedicar un rápido vistazo a su copiloto. Tuvo que enfrentarse a la mirada de miedo de un anciano que no entendía lo que estaba ocurriendo, que no comprendía por qué debía acompañar a aquel joven, su nuevo amigo, tan lejos de su casa. La angustia en el tono con el que Mateo Mantovani lanzaba sus preguntas llegó a su punto álgido cuando salieron del pueblo. Temblaba cuando sus ojos vieron perderse las últimas casas tras una curva de la carretera. Eric notaba cómo el viejo marinero sabía que iba a ocurrir algo importante. El perro fiel intuía que estaban a punto de abandonarlo en la perrera. Mateo susurraba asustado para sí mismo:

—¿Qué está haciendo este joven? Nunca me alejo tanto de casa... Las plantas... notarán mi ausencia... Gritarán toda la noche y no me dejarán dormir. Gritarán...

Tras una larga curva sobre uno de los montes que rodeaban el pueblo, toda la costa quedó ante ellos. La primera brizna de sol asomaba en el horizonte. El comienzo de un día agradable y sin nubes. Desde lo alto de aquella loma, Eric y el señor Mantovani contemplaron un adiós anaranjado, con olor a montaña, a tierra fresca cubierta de rocío. Una despedida flotando en el océano y coloreando el cielo.

El teléfono comenzó a sonar. Eric sujetó el volante con la mano izquierda mientras con la otra lo sacaba con cuidado del bolsillo. Echó un último vistazo a la pantalla antes de bajar el cristal de su ventanilla y arrojar el teléfono por el terraplén por el que se desmoronaba la montaña. Después respiró hondo y disfrutó del aire de la mañana en su cara mientras se acercaba a su destino.

En aquellos folios escribió todo lo que recordaba, todo lo que estaba decidido a olvidar.

Claudia. Jairo. Carolina. Los Cinco. Una vida feliz. La rutina. El desgaste. Eva Belcourt. Un parche de lunares. El pecado. La penitencia.

Varios folios más tarde, tras toda una noche de vómito escrito, sus recuerdos se habían transferido al papel. Y Eric sintió como si aquel traspaso lo vaciara un poco.

No se ahorró detalles. «Si recuerdas algo por última vez, hazlo bien», pensó Eric. No tuvo piedad consigo mismo, asumió su culpa, la infidelidad que acabó con la vida de su mujer. También narró cada gota de sangre derramada en aquel dormitorio donde acabó una vida y empezó otra.

Escribió también todo lo que pasó después. Cómo volvió en sí tras el desmayo que siguió a las puñaladas y cómo decidió que aquel sería el comienzo de su penitencia. Debía sobrevivir, hacer el esfuerzo sobrehumano de sonreír y convencer a

Eva de que su sonrisa era sincera. Fingir con la suficiente naturalidad que amaba a la mujer que acababa de arrebatarse lo que más quería. El cuerpo sin vida de Claudia en contraste con la sonrisa de Eric convencieron a una Eva exultante por su triunfo. Eric quedó libre de unas esposas que a la primera oportunidad utilizó para inmovilizar a Eva. Después llamó a la Policía.

También sació la curiosidad de Mía referente a aquellas llamadas que siempre le veía ignorar. Explicó el secreto del misterio: cómo había bloqueado las llamadas entrantes de todos los números menos de uno. Aquel desde el que Eva le llamaba desde la cárcel. Lo guardó en la agenda con una sola palabra, una orden que se obligaba a cumplir a diario:

RECUERDA.

Antes de abandonar el complejo con su bolsa de deporte y pasar delante de una recepción que hacía horas que ya dormía a oscuras, deslizó aquel sobre por debajo de la puerta del bungalow de Mía.

Era lo justo. Ahora ambos conocerían sus secretos.

Después partió a cumplir su promesa.

Eric se abrocha el cinturón de seguridad y se pregunta si ese pequeño dispositivo servirá realmente de algo si el avión sufre un accidente.

Se ha cruzado con todos esos turistas avanzando a contracorriente por la terminal del aeropuerto. Han llegado como una marabunta, con sus caras cansadas, sus ganas de sol y de nada. El estrés de sus vidas ha mutado, ha dejado paso a la necesidad imperiosa de ser felices a la fuerza. Ansiedad por exprimir al máximo unos días que deben sanarlos y permitirles continuar adelante con aquellos otros que los esperan con las fauces abiertas a su regreso. Ha llegado la hora del recreo y deben darse prisa, dentro de poco sonará de nuevo la campana y volverán a sus puestos.

Una larga hilera de taxis espera su turno para llenarse de carne humana y maletas, dispersando a los turistas por las arterias de La Isla. Sangre tóxica pero necesaria para el corazón de ese monstruo en el que hace tiempo se convirtió este enclave.

«No deja de ser irónico —piensa Eric— que este día en el que comienza oficialmente una nueva temporada alta sea el mismo en el que yo doy por concluida mi estancia.» No lo había planeado, quizá un cronómetro oculto pero implacable, grabado a fuego sobre la piel del subconsciente, tenía marcada esta fecha de regreso hace mucho tiempo, pero desde luego Eric nunca lo supo. Lo que sí sabe es que no volverá a pisar ese trozo de planeta, se despide para siempre de sus aromas, de sus calles, de sus puestas de sol y sus tormentas, pero, sobre todo, se despide de sus recuerdos.

Ahora sabe de dónde vino el regusto a despedida definitiva al ver partir a Jairo y Dhawal hacia el aeropuerto. Supo entonces que no iría a aquella boda. Ni a ninguna otra. Supo que no volvería a verlos, tampoco a Carolina. A nadie que tuviera nada que ver con un pasado que ya no existía para él. Pero solo ahora reparaba en ello.

No volverá a su antigua casa, esa que abandonó para emprender esta huida. No era el cemento, la madera o el acero los que sostenían aquellas paredes, de eso se

encargaba Claudia. Ahora solo es un espacio muerto, objetos, vigas, sillas. Tan solo ruinas. Un cementerio que acaba de ponerse a la venta.

Dejará aquel chalé asfixiante, empotrado entre otros que conforman una manzana a lo largo de una de las infinitas calles que se amontonan formando una ciudad asfixiante. Lo reemplazará por el mar. Otro mar. En otra parte del mundo. Una cabaña como esa en la que hace unas horas sacó de la cama a un anciano prometiéndole precisamente ese otro mar.

Su nuevo hogar será una cabaña como la que acaba de arrebatarse a Mateo Mantovani. Vivirá como vivía ese hombre. Sabe que es posible y que es capaz. Lo sabe porque ha sido testigo, porque Mateo se lo ha enseñado. Es posible vivir con mucho menos de lo que jamás pensó que pudiera vivir un ser humano, y quizá de eso se trate. De simplificar. De ser una señora Hicks, de vivir en chándal, en zapatillas deportivas, en una barca, con el sol curtiendo la piel y el aroma de un mar que ya no asusta, sino que acompaña. Cocinando lo que queda pagado con el sudor del esfuerzo de la caza, lo que atrapan las manos callosas y los músculos cansados. Vivirá tejiendo redes, fabricando aperos de pesca, disfrutando de unas manos calientes alrededor de una taza de café en las primeras luces del día. Devolviendo lo que acaba de robar. Una vida sencilla pero sin cuentas pendientes.

En esto piensa Eric cuando el avión comienza a moverse despacio, enfilando la pista para despegar. Las turbinas comienzan a girar, cada vez más rápido, y el avión acelera hasta que las ruedas del tren de aterrizaje dejan de tocar el suelo. Hechizado por un tipo de magia mecánica inventada por el hombre, el Boeing 737 se eleva en el aire.

Esta huida acaba como empezó, con un asiento en clase turista, un cinturón de seguridad abrochado y un cierre de plástico de una bandeja en posición vertical que no encaja de manera perfecta, pero con una importante diferencia. Una novedad que necesitará de sus cuidados, o su compañía, y que ahora mira por la ventanilla desde el asiento de al lado sin poder reprimir su euforia.

—¡Caramelos de menta, un barco que vuela! ¡Qué gran idea, joven! ¡Vamos a pescar en las nubes!

Eric lo intenta, pero no consigue recordar qué pie posó primero al entrar en la aeronave. Eso ya no importa.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Patricia, por sobrevivirme y aun así seguir queriéndome y apoyando mis locuras, por creer en mí mucho más de lo que yo nunca seré capaz, y por otros muchos asuntos que nos conciernen solo a nosotros. Gracias por ser tú.

Gracias a todos aquellos familiares y amigos a los que atormenté con el envío de los manuscritos y que os tomasteis la molestia de darme vuestras opiniones. Gracias por vuestro tiempo, cariño y benevolencia.

Gracias a todo el equipo de la editorial Planeta que puso su confianza y su trabajo al servicio de esta novela.

Y también un perdón. Perdón, Mónica, por ser un culo de mal asiento en constante búsqueda del cambio. Por marcharme a pesar de ti. Y también gracias. Gracias por ser la primera que pensó que mis historias merecían estar en las estanterías. A las primeras personas, en cualquier ámbito de la vida, nunca se las olvida.